

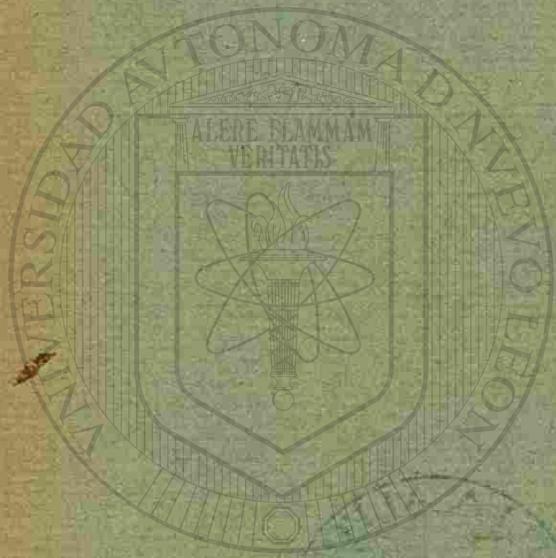
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



OBRAS COMPLETAS

DE

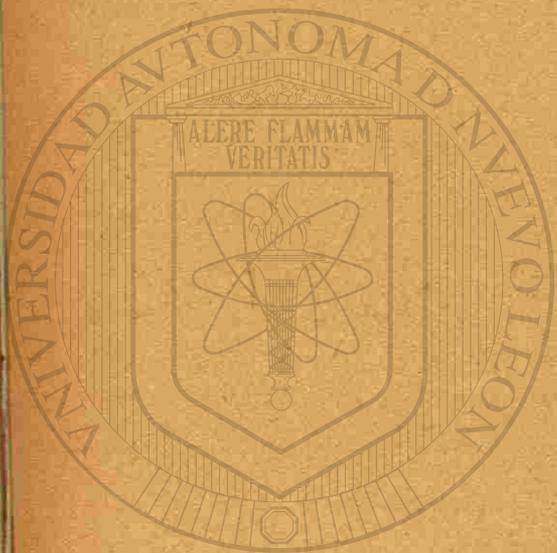
EMILIA PARDO BAZAN

AL PIE DE LA TORRE EIFFEL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

864.62
Núm. Clas P 266 a
Núm. Autor 33698
Núm. Adg. 8
Procedencia AS
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 64
Catalogó _____



EMILIA PARDO BAZAN

OBRAS COMPLETAS.—TOMO XIX

AL PIE

DE LA

TORRE EIFFEL



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1626 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADMINISTRACIÓN
calle de S. Bernardo, 37, principal
MADRID

099972

33698

63
P.B.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

P26629
A7

Es propiedad.— Queda
hecho el depósito que
marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

MADRID

Establecimiento tipográfico de Idamer Moreno
Blasco de Garay, 9

PRÓLOGO

A LA PRESENTE EDICIÓN

La fecha en que,—estimulada por el inmerecido favor que el público no ha cesado de dispensar á estas *Crónicas*,— me determino á darles cabida en la colección de mis *Obras completas*, es, mediante casual coincidencia, la misma en que á toda hora, en toda conversación, en periódicos y libros, en el Congreso, en el Senado, y no hay que decir si en el extranjero, está puesto á discusión y sometido á implacable crítica lo que han dado en llamar *prestigios del Ejército español*. Así lo quiere la lógica de nuestras desdichas, y así la fuerza de la realidad ha roto convencionales mutismos y barrido estereotipadas fórmulas.

A ser menos española, caería en la tentación de alegrarme viendo, no confirmados, sino sobrepujados hasta un límite que espanta, mis juicios de diez años hace, y aplicado por los suce-

sos cruel correctivo á la tempestad de brutales injurias que estos juicios desencadenaron contra mí; pero de estos triunfos de egoísmo no acierto yo á extraer sino hondas tristezas,—asi como de las injurias sólo extraje incommensurable desprecio.—Se me acercan ahora muchas personas y me dicen la frase de más melancólico sonido: "Razón tenía V.! ¡Cómo profetizó V. entonces!" Y ven con sorpresa los que me interpelan así, que yo — incapaz de rectificar una tilde cuando la agresión me recredece el sentimiento de independencia inherente á la dignidad profesional del escritor,—en las actuales circunstancias, lejos de engreírme con el apoyo de la opinión—que está llegando á extremos de censura jamás presentidos, hasta imposibles de presentir en 1889,—aparezco inclinada á no juzgar al Ejército de mar y tierra con más rigor que á otras instituciones, clases y organismos de nuestra enferma y decaída patria.

A la luz de la catástrofe hemos reconocido nuestras deficiencias nacionales, no sé si lo bastante para querer enmendarlas, de hijo lo suficiente para que ellas nos expliquen el doloroso misterio. Principio es de curación el conocimiento del mal, y los verdaderos patriotas fuimos siempre los que en vez de fomentar candorosas ilusiones, soñamos, hasta donde nos lo permitían nuestras fuerzas, señalar el daño y despachar la amarga medicina de la verdad desnuda. Los resultados del sistema de mentira y ficción á la vista están y nos han costado los

ojos de la cara, el rubor de las mejillas y el puesto entre las naciones semifuertes, relegándonos, sabe Dios por cuantos siglos, á última fila, sin brindarnos la compensación de la dulce obscuridad y el modesto bienestar que disfruta Suiza, verbigracia. ¡No dormirá sin pesadillas la ex-senora de dos mundos!

¿Qué tanto de culpa toca al Ejército en el desastre? Para deslindar bien este punto habria que escribir voluminoso informe, con datos y documentos. Como no he de realizar la tarea que compete á los futuros historiadores, sólo sé repetir lo que exclamé á cada descalabro, á cada capitulación, á cada derrota que nos costaba una escuadra ó una colonia magnífica, sin darnos el consuelo de costarle al enemigo sangre suficiente para empapar un pañuelo de narices.—Tengo por vulgar y absurdo creer que en Bailén ó Lepanto eran valientes todos los españoles, y en Cavite ó Santiago de Cuba lo contrario. Lo racional, lo que la inteligencia admite es que el valor individual, aun en grado heroico, es una cantidad que en la guerra sólo arroja total apreciable si se suma á la buena organización, á la previsión, á la pericia, al acierto y firmeza en el mando, á la aplicación de los adelantos científicos, á la solidaridad nacional, al vivo sentimiento de una responsabilidad inmediata, con una sanción rigurosa y efectiva, no embarazada por contemplaciones de ningún género.

Casi indiferente el país á las contingencias de las guerras mientras la veía lejos de la Pe-

nínsula; desatentados los Gobiernos que pudieron evitarlas y no quisieron, temerosos de perturbaciones infinitamente menos importantes (para España se entiende); resuelto de antemano que fuésemos á la derrota, cuanto más completa y rápida mejor— si hemos de prestar fe á reiteradas versiones— no debíamos esperar renovación de hazañas épicas, y era llegado el instante de preguntar, como Leopardi á Italia:

Dove è la forza antica?
Dove gli armi, il valore è la costanza?
Chi ti discinse il brando?
chi ti tradi....?

Maravilloso parece (y demostrativo de las energías latentes de la raza) que en tales condiciones no hayan faltado almas generosas esclavas de su deber, rasgos de belleza, rastros de claridad envueltos en el inmenso negror de la catástrofe. Nos consta que se ha luchado, que se ha sufrido, que quizás se ha deseado luchar y sufrir más aún, y que no únicamente el soldado—materia dispuesta al sacrificio y á la cual sólo es menester infundir la forma— pudo en ocasión menos infausta dar bizarra muestra de sí. Me autorizan para profesor este relativo optimismo, entre el letal pesimismo que nos abruma, dos cosas que prestan mérito de absoluta sinceridad á mis afirmaciones: el desdén y olvido de viejos agravios, y la independencia de criterio propio de mi sexo. La mujer, cuan-

do piensa, opina y emite su opinión, no se ve obligada como los hombres políticos á lisonjear y á incensar á las instituciones que representan la fuerza. ¡Cálculo del temor que espero ha de salirles mal á los gobernantes si lo extreman en detrimento del derecho, llevándonos á estados peores todavía que el actual, hijos de la flaqueza y engendradores de la opresión; estados que no justificaría ni la victoria!

Las páginas que figuraban como Epílogo de mis *Crónicas*, y ahora inserto á continuación de este Prólogo, harán comprender cuanto voy escribiendo á los que hayan olvidado cierto curioso episodio de mi vida literaria. Entonces, como ahora, creía yo que no pueden las colectividades sustraerse á la crítica ni declararse inviolables é infalibles, y que el medio único de conservar intacto prestigio no es ejercer presión sobre los pareceres ajenos, sino en el propio organismo estrecha policía, selección y hasta eliminación inflexible. Esta eliminación, —conveniente á la parte sana, á los que cumplen los deberes de una profesión que impone el culto del honor, como el sacerdocio impone la práctica de otras virtudes— sólo estorba y molesta á los que han menester tapar con la capa de la colectividad las faltas y manchas del individuo. Gritan por honra colectiva los que no traen muy floreciente la personal; y en cambio, el que la lleva clara y limpia, no se hace á gusto solidario de las ajenas acciones. Yo supongo — es un ejemplo tomado de mi propio caso — que al oficial de Estado Mayor que sea

incapaz de escribir folletos grotescos contra una dama, no le hará gracia maldita que le apliquen los méritos del oficial de Estado Mayor que cuenta en su brillante hoja de servicios tal proeza.

No he de decir más sobre el tan asendereado asunto, remitiendo al lector al antes Epílogo, que ahora figura á continuación de este Prólogo. Me resta advertir que he suprimido en la presente edición algunos capítulos de las *Crónicas*, porque versan sobre temas de literatura francesa ó española, que en otros trabajos y con mayor detenimiento y reflexión he tratado después. Asimismo he procurado recortar superfluidades y personalismos que en la crónica periodística se excusan y en el libro desdican. He respetado lo esencial,—una impresión fuerte, vivaz y espontánea del París de la Exposición, y un relato de viaje que todavía, á pesar del tiempo transcurrido, hay quien tiene la bondad de leer gustoso.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EPÍLOGO

DE LA PRIMERA EDICIÓN

ESTE libro, y su hermano el titulado *Al pie de la torre Eiffel*, se compone de crónicas, en su mayor parte escritas con destino á la prensa americana. Baste advertirlo para que las personas enteradas de cómo se forja el trabajo periodístico, excusen los defectos en que abundan los dos tomos y comprendan que no pueden ser obra de observación profunda, de seria y delicada análisis, de fundada doctrina, ni de arte reflexivo y sentido, elaborado en los últimos camarines del pensamiento ó en las delgadas telas del corazón. La necesidad de escribir de todo, y deleitando é interesando, aunque se traten materias de suyo indigestas y áridas, obliga á nadar á flor de agua, á presentar de cada cosa únicamente lo culminante, y más aún lo divertido, lo que puede herir la imaginación ó recrear

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

incapaz de escribir folletos grotescos contra una dama, no le hará gracia maldita que le apliquen los méritos del oficial de Estado Mayor que cuenta en su brillante hoja de servicios tal proeza.

No he de decir más sobre el tan asendereado asunto, remitiendo al lector al antes Epílogo, que ahora figura á continuación de este Prólogo. Me resta advertir que he suprimido en la presente edición algunos capítulos de las *Crónicas*, porque versan sobre temas de literatura francesa ó española, que en otros trabajos y con mayor detenimiento y reflexión he tratado después. Asimismo he procurado recortar superfluidades y personalismos que en la crónica periodística se excusan y en el libro desdican. He respetado lo esencial,—una impresión fuerte, vivaz y espontánea del París de la Exposición, y un relato de viaje que todavía, á pesar del tiempo transcurrido, hay quien tiene la bondad de leer gustoso.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EPÍLOGO

DE LA PRIMERA EDICIÓN

ESTE libro, y su hermano el titulado *Al pie de la torre Eiffel*, se compone de crónicas, en su mayor parte escritas con destino á la prensa americana. Baste advertirlo para que las personas enteradas de cómo se forja el trabajo periodístico, excusen los defectos en que abundan los dos tomos y comprendan que no pueden ser obra de observación profunda, de seria y delicada análisis, de fundada doctrina, ni de arte reflexivo y sentido, elaborado en los últimos camarines del pensamiento ó en las delgadas telas del corazón. La necesidad de escribir de todo, y deleitando é interesando, aunque se traten materias de suyo indigestas y áridas, obliga á nadar á flor de agua, á presentar de cada cosa únicamente lo culminante, y más aún lo divertido, lo que puede herir la imaginación ó recrear

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

el sentido con rápida vislumbre, á modo de centella ó chispazo eléctrico. En crónicas así, el estilo ha de ser plácido, ameno, caluroso é impetuoso, el juicio somero y accesible á todas las inteligencias, los pormenores entretenidos, la pincelada jugosa y colorista, y la opinión acentuadamente personal, aunque peque de lírica, pues el tránsito de la impresión á la pluma es sobrado inmediato para que haya tiempo de serenarse y objetivar. En suma, tienen estas crónicas que parecerse más á conversación chispeante, á grato discreteo, á discurso inflamado, que á demostración didáctica. Están más cerca de la palabra hablada que de la escrita. Ley aplicable en general á todo el periodismo, y particularmente al que ha de leerse en la América del Sur. En esos países de cultura naciente y tan robusta ya, el libro de procedencia europea corre y se busca tanto ó más que en las mismas tierras donde se escribe y publica: el libro se compra á fin de instruirse, el diario para recrearse: lo que se pide, pues, al cronista es la personalidad y el atractivo, el brillo y aun la petulancia, que distinguen su crónica rauda y volante del volumen maduro y sesudo, erudito y oneroso, venal ya en todas las librerías y con puesto indicado en los estantes de todas las bibliotecas.

Por otra parte, gracias á la distancia, cosas familiares aquí para los lectores, de las cuales se dice lo muy suficiente con dedicarles alguna pasajera alusión, en América (si ha de entenderlas el público) hay que presentarlas de un

modo punzante y contundente, á veces hiperbólico, y siempre aspirando á conseguir aquella cualidad que, según Byron, era esencial á la belleza femenina, y en mi entender lo es á la prensa—la animación.

De haber sido escritas para público americano, originase también una falta ó exceso de estas crónicas: cierta *galofobia* acentuada en la forma aunque templadísima en el fondo. En efecto, la epidermis del espíritu se irrita á veces y la irritación superficial dicta censuras que con suma facilidad pueden convertirse en arranques de impaciencia: arranques pasajeros, que la reflexión corrige, sin evitar que se reproduzcan ante nuevos estímulos, cuando prevenido el ánimo y en actividad la pluma, acuden á ella conceptos no meditados, lo que en francés se llama *houlades* y en castellano *genialidades*. Yo no lo niego: aunque nacida en un país del Noroeste, soy al pronto impresionable como cualquier *Tartarin*; pero creo que bajo la hoguera está la nieve, y que en las capas profundas de mi espíritu reina la calma: hasta advierto en mí acentuada propensión á ver el pro y el contra de muchas cuestiones, á cruzar la espada con el escudo, buscando justicia entre el apasionamiento de ataque y defensa. Por eso á sangre fría, deseo rectificar, no resulten mis crónicas un libro *misogallo*, ó antifrancés, que diríamos aquí. Bien quiero á mi patria: sin embargo, ¿qué tiene que ver este cariño natural, instintivo y fuerte, con denigrar por sistema á país alguno? ¿Qué se consigue con negar el he-

cho patente de que muchísimas naciones saben, pueden y valen más que nosotros, y nos aventajan en cultura, en arte, en ciencia, en salubridad intelectual, en vida? Contraería sería responsabilidad si ayudase á inducir á mis compatriotas en el error de que Francia, aunque semejante á nosotros en ciertos defectos de carácter, de los cuales he de repetir siempre *in hoc non laudo*, no es una nación de *primer orden civilizador*, y no obráramos cuerda-mente estudiando lo mucho que en ella merece estudiarse, conocerse, imitarse, respetarse y admirarse inclusive.

La Exposición, triunfo moral y manifestación briosa de lo que Francia emprende y consigue, no debe en conciencia servir de pretexto para denigrarla. Conviene que lo declare, porque sentiría que se confundiese el lenguaje apasionado y rápido del cronista con la opinión segura que se forma de los sucesos, cuando, consumados ya, calmado el estrépito que ocasionan, los aprecia tan sólo nuestra conciencia imparcial. Si en América conviene excitar un poco la fibra del afecto hacia España, en España importa aclarar el pensamiento hasta la transparencia, evitando que los que leen aprisa traduzcan *ad libitum* y afirmen que, en mi concepto, Francia es un buñuelo, y los franceses, porque nos conocen mal y se enteran poco de nosotros, ya no entienden palotada de cosa alguna. No, y siempre no. Francia ni puede ser nuestra aliada política, ni cabe que la adoptemos por modelo exclusivo, imitándola servilmente en todo;

pero esto no quita para que sea una grande, poderosa, ilustrada, activa y fuerte nación: plegue á Dios que algún día podamos afirmar de nosotros mismos, con fundamento, otro tanto.

**

Aparte del tono un poquillo arrogante y *misogallo*, que declaro más bien necesidad retórica que expresión de un concepto reflexivo, tienen mis crónicas otros muchos lunares, especialmente si no se las considera como tales crónicas, sino como libros de *letu*. ¿Qué le importa ya á nadie en España la escapatoria de Boulanger, la agitación promovida por sus partidarios, el proceso que contra el presunto dictador instruyó la alta Cámara parisiense? De sobra comprendo que todo ello ha caducado para el interés de los lectores españoles, perteneciendo únicamente á la historia definitiva. Los sucesos evejecen pronto, y si acaso fuera más tolerable el vestir hoy como Ana de Austria que como un figurín de hace treinta años, también fuera más airoso y socorrido hablar de Turena ó Marceau que de Boulanger. Con todo, el cronista tiene que aprovechar esa actualidad momentánea y efímera, y servirla á su público calentita, hirviendo, espolvoreada de sal ó de azúcar, y á veces hasta de pimienta ligera. En el libro se ve luego la inconsistencia de tales merengadas. La autora la conoce clarísimamente, lo cual no le sirve de consuelo.

Aun por eso—me dirán—no debió haberlas

reunido en volumen: mejor fuera dejar los recortes de papel que se ranciasen y se hiciesen polvo en algún cajón de los que sirven á los autores para esconder pecados añejos, dramas nonnatos, versos ripiosos y argumentos ó planes de novela que se quedaron en agua de cerrajas. A lo cual respondería yo con varios argumentos, acaso insuficientes para la justificación, pero al menos impulsivos y determinantes para la acción. Habiéndose publicado mis crónicas en diarios de la América latina que aquí no circulan, bastantes amigos de los que leen con infatigable benevolencia cuanto escribo, me pedían prestados los recortes, y como me fuese difícil proporcionárselos, me instaban á que hiciese una edición, alegando que ningún libro se había publicado en España sobre el asunto del Certamen internacional, y que el mio podría ser grato á mis constantes lectores, consiguiendo algún éxito y muy buen despacho. De la misma opinión fue mi inteligente y animoso editor, el Sr. Manso de Zúñiga, fundador de la importante casa *La España Editorial*; y los hechos justificaron el dictamen de editor y amigos, pues la tirada copiosa del primer tomo ya se encuentra punto menos que agotada, al mes y medio de haber visto la luz. Excusa suficiente me parece ésta para el autor, aunque el crítico severo que dentro llevamos todos frunza el ceño.... y ojalá lo desfrunciese otras veces, cuando sudan las prensas libros míos de elaboración más detenida.

*
*

No menos trasnochada y fiambre que el proceso del general Boulanger (si es que alguna vez estuvo fresca y en punto) es la cuestiöncilla provocada por este libro, de la cual voy á decir, por ineludible necesidad, breves palabras. La tal cuestiöncilla, que no me resuelvo á llamar *militar*, me parece asaz insignificante para entretener con ella largo rato al público, que, como dicen nuestros vecinos, *n'aime pas q'uon l'embête*, y detesta á los escritores posmas que atribuyen gigantista importancia á sus rencillas y preocupaciones personales. El caso fue—para despachar y no hablar en jergolífico—que dos párrafos del primer tomo de mis crónicas, los contenidos en las páginas 183 y 184, ocasionaron algunas que no sé si llame protestas, procedentes de algunos que no sé si llame oficiales del Ejército: y adopto este tono hipotético y dubitativo, porque realmente, como sólo dos de los artículos ó sueltos que con tal pretexto vieron la luz están firmados, de los restantes, anónimos y, en su mayoría, de grosero é insultante estilo, bien cabe dudar si los escribieron militares ó paisanos, ya que no consta el nombre de los autores. Al principio el alboroto, un diario de provincia echó á volar la noticia de que á causa de mis apreciaciones iban á demandarme de injuria y calumnia los oficiales de la guarnición de mi pueblo natal, *Marineda* en la geografía novelesca, la Coruña entre las capitales de provincia españolas. Cuando recogieron la especie, por su extrañeza, los periódicos madrileños, y *La Épo-*

ca dedicó un artículo muy gracioso y cortés á la hipótesis de mi enjuiciamiento criminal, juzgué llegado el caso de dirigir á este último periódico unas cuantas líneas desmintiendo autorizadamente el *canard* y adelantando algo de lo que pensaba escribir en este epílogo sobre el asunto. Decía en mi carta á *La Época*, que para saber si la noticia de la demanda ante los tribunales tenía algún fundamento, ó era, como yo pensaba, una paparrucha que la escasez de asuntos interesantes hizo recoger á un periódico local, me había dirigido á la autoridad militar, Sr. Sánchez Bregua, suponiendo que acuerdos de esa índole no los toman por sí y ante sí los subordinados; y que el Capitán general del distrito me contestaba que no sabía nada, ni había llegado á oídos suyos la menor noticia que á semejante proyecto pudiera referirse. Y enseguida añadía yo, sobre poco más ó menos, lo siguiente:

Dos hechos me han sorprendido en este asunto. El primero, que se fijase la atención del público en quince ó veinte renglones de estilo entre humorístico y censorio, intercalados en una obra que ni por su índole ni por su procedencia aspira á competir con la tan famosa del marqués de Santa Cruz de Marcenado. No creo que los militares que tengan uso de razón — y me apresuro á añadir que son muchísimos — abriguen la pretensión de declararse colectivamente inviolables. Escritores y periodistas juzgan y hablan de todo, según les place y entienden, en uso de un derecho estricto, siem-

pre que respeten el límite sagrado de la vida privada y la dignidad personal. Obras literarias, teorías científicas, instituciones, leyes y creencias, han sido y serán discutidas mientras haya pensamiento y pluma, y por lo tanto, no basta formar parte de la milicia para pretender cercenar los fueros de la razón humana. Si la censura es desautorizada ó injusta, ya caerá de suyo; pero poner dique á la imprenta y grillos al pensamiento, no está en mano de nadie, ni lo conseguirá en nuestro siglo individuo ó colectividad alguna. Cuando tal absurdo pudiera imponerse militarmente, volveríamos á los tiempos del pretorianismo, á la era infausta de los Otones, Cómodos y Didios Julianos, restableciendo una especie de inquisición armada, peor que la de marras mil veces. Con efecto — y esto lo agrego ahora, pues en *La Época* no lo decía — si fuese verdad que no se puede imprimir cosa alguna que en opinión de varios individuos de una clase puede molestar poco ó mucho á esa clase, sin correr el riesgo de verse el varón atropellado y la mujer blanco de incalificables libelos, yo creería que vivíamos en pleno régimen de fuerza, en las peores épocas de la historia, en un período en que la justa libertad y el sentido moral habían emigrado juntos á otro planeta. Coacción serían, en efecto, el ataque á mano armada ó la provocación, actos que sólo deben realizarse con grave motivo, según aquel noble lema de las hojas toledanas que dice "no me saques sin razón ni me envaines sin honor"; y coacción serían tam-

bién, terrible para un espíritu pusilánime, las injurias y las vociferaciones, aunque procediesen de muy bajo lugar, y sólo pudiesen, en buena ley, mover á risa. Quien manda en su albedrío con dignidad racional, conserva siempre, no sólo la inquebrantable energía de la convicción, sino el propósito de no faltar á la equidad en ningún caso. Deseosa de mostrar este espíritu de templanza, me juzgo obligada á consignar aquí, para satisfacer á ciertas preguntas de mis amigos, que á pesar del tono de algún escrito que contra mí se ha publicado, no se ha ejercido tentativa de *chantage*; no se me ha pedido dinero ni amenazado privadamente, como sucedió hace años á varias señoras de Barcelona y Valencia. Muéveme á declarar esto la justicia, que se debe hasta al más vil de los hombres; hasta á un licenciado de presidio.

Claro está que el Ejército, en su inmensa mayoría, en las figuras que lo caracterizan y aun en la masa que lo compone, supongo que probablemente ni se ha enterado de estas menudencias: porque ¿quién me asegura, insistió en ello, que sean oficiales la infinidad de señores que se han puesto conmigo á media correspondencia, ellos escribiéndome cartas impresas y yo no contestándolas? Así se lo manifestaba al público en las columnas de *La Epoca*, añadiendo que la circunstancia de que el foco inicial de la supuesta indignación fuese mi propia ciudad natal, Marineda, me hacía presumir que bajo la capa de la protesta militar debía de ocultarse

algún personal resentimiento de esos cuyos móviles y causas nadie ignora en la vecindad, y fuera todo el mundo presume. Y decía también que el incidente me recordaba cierta historia que me refirieron, acaecida á una dama aficionada, como yo, á las letras, en una capital de provincia. Recibía esta señora en sus reuniones á dos rancheros literarios, aunque oficiales del Ejército. Tuvo el uno de ellos la mala idea de leer una noche, como suya é inédita, una poesía que no era ni lo uno ni lo otro; y habiéndole puesto en compromiso la buena memoria de la sorprendida dama, y sucediendo después que otros versos, que acaso tampoco fuesen suyos (por más que lo parecían), no obtuviesen premio en un certamen que presidió la misma señora, el nuevo Ereilla renovó también el juramento de Aníbal contra las escritoras, y lo cumple siempre que puede sin grave riesgo y metiendo en danza á otros más estóldos todavía que él. Del rancho segundo me contaron que se figuró que aquella señora compartía la dulce é irresistible hilaridad con que acogió el público un su drama, y á la primera ocasión se desató contra ella, persuadido de que no había moros en la costa. Cuando un individuo de la familia de la dama le llamó al terreno en que los caballeros corrigen á los procaces, nuestro rancho recordó con emoción que era padre de familia, suscribió un acta digna de archivarse en un Museo de nuestras glorias, y hubo de retractarse en la misma hoja de berza donde publicara sus desahogos. La historia parece inverosímil,

y yo me resistí á creerla; pero me aseguraron que existen muchas personas asistentes á la reunión en que leyó sus versos el rancharo número uno, y que han leído el acta del rancharo número dos. Agregaba yo que casi siempre las indignaciones proceden de historietas análogas.

Me ratifico, aunque parezca machaquería, en que todo lo que voy diciendo no reza con el Ejército español, y declaro—pues conviene que se sepa—que los únicos renglones impresos que se han publicado con firma de oficiales, y son dos cartas de los Sres. La Guardia y Barado, se mantienen en los límites de la corrección, y por esto y porque estampan su nombre, miro á sus autores como personas regulares y estimables, y puedo—yo que jamás he mandado á la imprenta un renglón sin firmarlo—cruzar con ellos algunas frases, lo más cortas posible, (á fin de que no parezca que hacemos aquí de un cirio un monumento.)

Señor La Guardia: usted, en su carta,—publicada en *La Correspondencia*—manifiesta creer que yo entiendo principalmente de modas. Bueno: y entonces ¿por qué atribuye usted tan exagerada transcendencia á mis opiniones en otras materias? Lo que yo escriba de asuntos militares—aunque no fuese un rápido inciso—¿vale la pena de que usted llene tres columnas en un periódico que casi nunca recibe artículos extensos? Otra cosa: usted que admite el empleo de

la sátira, pues en su carta adopta tono satírico, ¿rechaza acaso el humorismo en las crónicas periodísticas? Si no lo rechaza, y está en sus medios intelectuales el entenderlo, ¿cómo un señor que parece tan discreto va á figurarse que yo censuro á los oficiales españoles porque contraen nupcias y tienen sucesión? ¡Ah señor La Guardia! Por muchos años la tengan, y sea numerosa y masculina, para defensa y prez del patrio imperio.

Y usted, señor Barado, ¿no cree en el fondo de su alma que mis ataques (si lo fuesen) al Ejército español no piden refutación tan pronta y eficaz como otros que por venir de personas doctas y entendidas en la materia y que visten uniforme, pudieran efectivamente amenguar su prestigio? ¿No entiende usted que, verbigracia, el libro reciente del Sr. Lapoulide *¡Pobre España!* donde se dice textualmente que “el sistema militar de España forma un conjunto zureido á retazos, muy costoso para el país y lo menos útil posible”; donde este distinguido escritor vaticina y pinta con colores que asustan y entenebrece el espíritu el desastre de nuestras armas en el caso de una guerra, reclama mayor atención que mis cortas y desautorizadas líneas? ¿No opina usted también que aquel artículo que en *La España Moderna* vino á corroborar el de usted, artículo titulado *Lo que es y lo que debería ser el Ejército*, y que lleva la firma *Arcadio L. de la Cámara*, donde, entre otras cosas muy graves, se asegura que “al cuerpo de la milicia española le falta algo que no acertaré á definir

concretamente, pero que se traduce por falta de cohesión, de respetos, de entusiasmos," y que el ejército vive hoy "con vida menguada, como organismo de discutible utilidad, ó si se quiere, como instrumento de respeto," y que "la familia militar aparece hoy falta de medios para alternar con las demás clases sociales, obscurecida, puesta al nivel de las que en último lugar dependen del Estado;" que "el militar es hoy ni más ni menos que un empleado cualquiera," etc., etc.; no opina usted, repito, que este artículo, escrito al parecer por sastre que conoce el paño, es más acreedor á que usted se emplee en desmentirlo, que mis insignificantes líneas? Yo, Sr. Barado, no puedo menos de creer que usted, en este caso, obedeció, mejor que á los impulsos de su iniciativa, á eso que llaman *espíritu de cuerpo*, que en cierto modo le imponía á usted la obligación de aplicar triaca al veneno destilado quizás—no le duela la afirmación—por el artículo de usted y por el que le sirve de escolio recargando el cuadro. ¿Y no es extraño asimismo que persona tan avisada y entendida como usted, que debe tener alguna idea de la legislación de imprenta, se haya tragado buenamente el *canard* de la denuncia, siendo así que á la mera lectura de los párrafos en cuestión resultaba claro como la luz del día que no hay allí materia denunciabile ni aun para el leguleyo de peor fe?

Discurrámos con la buena fe que nos caracteriza, Sr. Barado. Yo aprecio mucho á bastantes distinguidos oficiales del Ejército, entre los

cuales si no hay razón para que cuente admiradores, como usted afirma, sé al menos con certeza que tengo algún excelente amigo. A mí me duele y me repugna mortificar ó zaherir á nadie por inadvertencia, pues de propósito no cabe que lo haga jamás. Si para el dieterio soez, cuya hilaza veo patente, soy de un mármol que desprecia, para el lastimado decoro soy de mantequilla de Soria. Por mí no quisiera que nadie pudiese juzgarse agraviado, en ninguna ocasión ni lugar. Que no fue mi ánimo inferir ofensa, pruébalo hasta el descuido con que cité á usted de memoria, equivocando el contexto de uno de sus párrafos: tan aprisa escribí, en una fonda, donde no tenía más libros que la *Guía Budeker*. Usted no puede dudar que yo, y cualquiera que disponga de quince días y una regular facultad de asimilación, defiende el dictamen menos fundado y lo robustece con pruebas y citas de autoridades competentes: en el caso actual, con sólo repetir sin comentarios lo que ustedes un día tras otro dicen de sí mismos, ya tendría tela cortada: me guardaré de obrar así: creo que el escritor, si lleva dentro un átomo de vocación, aunque modesta, perseverante, no escribe según el azar de las discusiones y las contradicciones que suscítarse le puedan: va derechamente adonde le guía su propósito, y puesta la mano en el arado no vuelve la cabeza atrás. Es cuanto tenía que contestar á usted, y cuanto le ruego que repita á los señores oficiales á quienes han herido en sus más vivos sentimientos, según usted afirma,

mis dos páginas; por supuesto, siempre que esos señores oficiales practiquen, como no dudo que practicarán, aquel hermoso aforismo militar del General Galvis: "La energía no reside indudablemente en las palabras, sino que se manifiesta por hechos: y éstos, la mayor parte de las veces, están en razón inversa de las baladronadas intempestivas, groseras y ridículas". ¡Ah! Y dígales también—si no le enoja tanto encargo—que mi libro *Al pie de la torre Eiffel* va á ser reimpreso en castellano y traducido al francés: y que me duele muy de veras no seguir mi natural impulso suprimiendo los párrafos que han podido molestarles, como lo haría inmediatamente á no haberse alzado el vocerío insultante y amenazador, que de fijo, más aún que en mis oídos, habrá resonado penosamente en el alma de esos pundonorosos y corteses señores oficiales.

AL PIE DE LA TORRE EIFFEL

CARTA I

¡FRANCIA! AQUEL PARÍS.....

Madrid, 7 Abril.

SI yo no conociese bastante la gran capital de Francia, ¡qué emoción experimentaría al encontrarme, como quien dice, puesto el pie en el estribo para salir hacia hacia ella, con objeto de escribir del magno acontecimiento, la Exposición Universal de 1889!

Quien nunca vió á París, sueña con la metrópoli moderna por excelencia, á la cual ni catástrofes militares y políticas, ni la decadencia general de los Estados latinos, han conseguido robar el prestigio y la mágica aureola que atrae al viajero como canto misterioso de sirenas. Para el mozo sano y fuerte, París es el placer y el goce vedado y picante; para el valetudinario, la salud conseguida por el directorio del gran médico especialista; para la dama

mis dos páginas; por supuesto, siempre que esos señores oficiales practiquen, como no dudo que practicarán, aquel hermoso aforismo militar del General Galvis: "La energía no reside indudablemente en las palabras, sino que se manifiesta por hechos: y éstos, la mayor parte de las veces, están en razón inversa de las baladronadas intempestivas, groseras y ridículas". ¡Ah! Y dígales también—si no le enoja tanto encargo—que mi libro *Al pie de la torre Eiffel* va á ser reimpreso en castellano y traducido al francés: y que me duele muy de veras no seguir mi natural impulso suprimiendo los párrafos que han podido molestarles, como lo haría inmediatamente á no haberse alzado el vocerío insultante y amenazador, que de fijo, más aún que en mis oídos, habrá resonado penosamente en el alma de esos pundonórosos y corteses señores oficiales.

AL PIE DE LA TORRE EIFFEL

CARTA I

¡FRANCIA! AQUEL PARÍS.....

Madrid, 7 Abril.

SI yo no conociese bastante la gran capital de Francia, ¡qué emoción experimentaría al encontrarme, como quien dice, puesto el pie en el estribo para salir hacia hacia ella, con objeto de escribir del magno acontecimiento, la Exposición Universal de 1889!

Quien nunca vió á París, sueña con la metrópoli moderna por excelencia, á la cual ni catástrofes militares y políticas, ni la decadencia general de los Estados latinos, han conseguido robar el prestigio y la mágica aureola que atrae al viajero como canto misterioso de sirenas. Para el mozo sano y fuerte, París es el placer y el goce vedado y picante; para el valetudinario, la salud conseguida por el directorio del gran médico especialista; para la dama

elegante, la consulta al oráculo de la moda; para los que amamos las letras y el arte, el alambique donde se refina y destila la quinta esencia del pensamiento moderno, la Meca donde habitan los santones de la novela y del drama, el horno donde se cuecen las reputaciones... y, por último, para los políticos, el laboratorio donde se fabrican las bombas explosibles, el taller donde se cargan con dinamita los cartuchos y los petardos que han de estallar alarmando y consternando á Europa... París (lo único vivo en toda Francia) será siempre, y más si se mira desde lejos, la *ciudad madre* que cantó Victor Hugo; "fuego sombrío ó pura estrella, araña que supo tejer la inmensa tela en que las naciones vienen á enredarse; fuente de continuo atestada de urnas que esperan el agua vivificadora, donde las generaciones acuden á apagar su sed de Idea". (De esto de *vivificadora* responda Hugo).

Años después de muerto el excelso poeta, y á tiempo que su fama empieza á palidecer bajo el implacable sol de la crítica, todavía conmueve, en visperas de un viaje á París, leer aquel fragmento de sus *Voces interiores*, donde expresa con tal energía el papel providencial de París en los destinos europeos. "Cuando París," dice, "pone manos á la obra, arrebatá á los demás pueblos (por felices y valientes que sean) sus leyes, sus costumbres, sus dioses; y en el candente yunque de colosal taller, funde, transforma y renueva esa ciencia universal que robó á la humanidad."

"Después de tan gigantesca labor, devuelve á los pueblos atónitos sus cetros, sus coronas, sus sistemas y preocupaciones, torcidos y abollados ya por las manos vigorosas de París. ¡Ah! París es—sin saberlo— el depósito de las fascas como el de los incensarios; cada mañana eleva una estatua, cada noche apaga un sol; con la idea, con la espada, con la realidad, con el sueño, reconstruye, clava y erige la escala que une al cielo con la tierra, y edifica— en este escéptico siglo— una Babel para todo hombre y un Panteón para todo numen. Ciudad envuelta en una tormenta continua, que día y noche despierta á la vasta Europa al tañido de la campana y al redoble del tambor, y que noche y día zumba á su oído como enjambre de abejas en el bosque. ¿Y qué sería del rumor del mundo el día en que tú ¡oh París! enmudecieras?,"

Nunca mejor ocasión de repetir estas estrofas del ilustre anciano; parecen hechas expresamente para saludar la apertura del gran Certamen internacional que al tañido de la campana despierta á toda Europa, y para servir de himno á la Babel contemporánea. Tampoco encontraremos mejor coyuntura de meditar las frases que Victor Hugo consagra á la futura destrucción de París; á esa época vendrá en que el Sená correrá silencioso y pálido entre olvidados y solitarios escombros, y en

que de todo el esplendor de la antigua Lutecia quedarán sólo dos torres de granito construídas por Carlomagno y un pilar de bronce erigido por Napoleón. En efecto, si París dista mucho de haber llegado al caso de inspirar canciones del género de la malamente atribuida á Rioja sobre las ruinas de Itálica, es indudable que su estrella se oscurece desde la caída del Imperio, proscripción de la estirpe napoleónica y triunfo de Prusia.

Al comparar los resultados internacionales de la primer Exposición Universal francesa y la que hoy se anuncia, vemos clarísima la verdad de esta observación. Nótese cuál fue la actitud de las naciones al recibir el convite para tomar parte en la liza. Alemania, desde lo alto de sus victorias, y mostrando su perseverancia en la línea de conducta política que se ha trazado, contesta muy clarito á la nota de Flourens que no le es posible acudir, y que ni oficial ni extraoficialmente estará representada en el Certamen. Austria-Hungría, con menos sequedad, pues siempre se ha preciado de cortés, pero con igual escrúpulo, declara que si facilitará á sus industriales y artistas medios de acudir y lucirse, no puede tener representación oficial. Italia, con su coquetona impudencia de *bella mendica*, sonriendo, alega que es muy pobre, y que, mediante razones económicas, no le es factible estar representada tampoco. Inglaterra, correcta y prudente según costumbre, aduce la fecha del Centenario que ha de conmemorar la Exposición para abstenerse;

mas como al fin es el país de la actividad y la iniciativa individuales, el lord Alcalde no vacila en aceptar la presidencia del *Comité de la Exposición*, y la industria inglesa pide en el Campo de Marte, para su instalación, la friolera de doce mil quinientos metros de área. Rusia misma, la gran simpatizadora, la aliada resuelta de Francia, no se determina á comprometerse enviando un comisario oficial; y si privadamente se mueve y coopera todo lo posible llevando al Certamen el atractivo de su arte oriental, de sus curiosas costumbres y sus típicos productos, delante de gente no permite rozar el armiño del imperial manto con la escarapela tricolor del *sans culotte* parisiense.—
¿Y España?

España merece párrafo aparte. Si consideramos á Francia, se nos presentan dos problemas, el industrial y el político: el primero es de datos claros y fácil solución. Con ningún estado de Europa realiza España mayor cantidad de transacciones que con el francés; con ninguno está en más inmediato contacto, ni tiene mayor interés en conocer sus medios de adelanto y perfeccionamiento industrial para establecer hasta donde quepa una competencia lícita, que nos emancipe de muchas tutelas y redima en parte el formidable censo de cerca de trescientos millones de pesetas anuales que pagamos á la nación vecina por importación de

artículos que aquí no sabemos aún fabricar, ó á los cuales no hemos acertado á imprimir sello propio y gracia moderna. Nosotros, que dominábamos en mejores tiempos el arte de la cerámica, prescindimos de nuestra loza y encargamos vajillas á Limoges y á Sèvres; nosotros, que poseímos el secreto de las más ricas sederías, despreciámos el damasco de Valencia por el paño de Lyon; nosotros, que en forjar y cincelar el hierro eclipsábamos á los florentinos adornamos nuestras casas con bronce y níquel franceses; nosotros, que cebamos en Galicia los más orondos capones y en Granada el más suculento pavo, dejamos salir de España todos los años ¡cuatro millones de pesetas! gastados en *pulardas* del Mans, en patos gordos gansos y faisanes. Pero así y todo, Francia nos compensa, tomando nuestros caldos, desde el añejo Valdepeñas al dorado Jerez, los minerales de nuestras sierras, el corcho de nuestros alcornoques, el aceite de nuestros olivos, la suave lana de nuestros borregos. De modo que no es Francia para nosotros una enemiga industrial; quien lo será en breve, y terrible, si Dios no lo remedia, es Alemania, que nos exporta poquísimos y á bajo y ruinoso arancel—escasamente doce millones anuales,—y nos saca noventa y cinco por bujerías de cuarto orden, de lo más inferior que puede verse en nuestros bazares y en nuestras tiendas de bisutería y quincalla. ¿Qué ha de esperar España, en punto á ventajas comerciales, de una nación populosa y vasta, amiga de empinar el codo y

donde, sin embargo, sólo se consumen nuestros vinos por valor de dos millones quinientas mil pesetas? Nuestros vinos, néctares amasados con fuego del cielo, perfumados con fragancia de azahar, tintados con oro derretido, tan diferentes de los aceitosos jugos de las viñas del Rin, los cuales, á guisa de muchacha clorótica que se pinta las mejillas, necesitan que el color del cristal les disimule la palidez? Yo los prefiero, es verdad; pero hay quien se indigna al ver el desastre de los vinos españoles.

Industrialmente, no cabe duda: estamos al lado de Francia más bien que al de Alemania, y las complacencias de nuestro Gobierno con el del Canciller en la cuestión de aranceles, no nos han reconciliado con el país de los juguetes de plomo y los alcoholes amílicos. Políticamente.... ya es harina de otro costal.

Políticamente, si Francia no es ya nuestra adversaria, tampoco es una amiga segura. Latina, sí... pero la frase *pueblos latinos* es muy elástica. España lleva en las venas más sangre finesa, fenicia, celta, semítica ó goda, que romana: España hubiese estado antes al lado de Anibal que al de Escipión, y era más que latina cartaginesa: España tiene mayor afinidad con Francia por el lado céltico que por el latino, el cual en ambas naciones representa la opresión extranjera y la conquista. Y evitando remontarnos á edades tan lejanas y á tan ne-

bulosos periodos,—siempre Francia ha sido la piedra en que tropezamos, la fosa en que caímos, la enemiga declarada ó embozada, y en este último caso más funesta, que acechó nuestras desventuras para explotarlas, que observó nuestros lados débiles para herirlos, y que nos quitó con pérfida habilidad, como el que realiza un acto premeditado y un plan maduramente concebido, y aprovechando nuestro inconcebible descuido, la hegemonía de los pueblos que por no llamar latinos, llamaré romanizados. Mediante los manejos de Francia perdimos un riquísimo florón de nuestra corona, Portugal, y á poco perdemos otros dos no menos ricos, Cataluña y Navarra. Por Francia, nos hubiésemos quedado sin nombre ni nacionalidad á principios de este siglo; y la espantosa energía que contra la invasión desplegamos, prueba cumplidamente que en el fondo de nuestra conciencia existía el convencimiento de que al rechazar á los franceses rechazábamos la absorción. La hoguera del odio no se ha extinguido por entero después de sesenta y siete años. Aún en las masías de Cataluña el nombre de francés suena de siniestro modo, y aún en las bodegas de Castilla os enseñarán con orgullo la inmensa cuba de vino cuyo mérito y paladar consiste en *tener francés*, es decir, en que en su fondo yace el esqueleto del granadero de la vieja Guardia chapuzado allí por el más feroz patriotismo.



Concretando: las naciones se han mostrado con Francia reservadas y frías, otorgándole tan sólo lo que dentro del derecho internacional no podían negarle. La misma Bélgica, especie de retoño ó prolongación del Estado francés, con el cual lleva excelentes relaciones y sostiene el comercio más activo, no se atrevió á salirse del campo de la neutralidad, y trató de quedar bien echando un requebro á la bandera francesa, á la cual llamó *arco iris del progreso*; Holanda imitó la conducta del país belga; Suecia torció el gesto; Rumania, por no ser menos, tampoco quiso enviar representación oficial; y ¿qué más? hasta China se mostró para Francia remilgada y desdeñosa. El activo de adhesiones explícitas quedó reducido á los Estados jóvenes, impúberes casi, como Grecia, Servia, Mónaco (jóvenes algunos de puro viejos, y otros resueltamente viejos ya y sin esperanzas de renovación; por ejemplo, Marruecos y Egipto); al evolucionista Japón, que no pierde coyuntura de asomarse á Europa, y á todas las Repúblicas de la América meridional. La del Norte no ha sido tan franca: á despecho de su papel de centinela avanzado, manifestó diplomática reserva, á fin de no desafinar en el concierto de las naciones.

Es evidente el carácter político de tan marcada abstención. A la Francia monárquica ó imperial, nadie la desairaba. Francia no ha sa-

bido ó no ha podido curarse de sus aficiones de propagandista, ni renunciar oportunamente á su oficio de mecha encendida y aplicada sin cesar al barril de pólvora de las revoluciones. Un siglo va á cumplirse desde que á los gritos de la multitud derribó la vieja y sombría Bastilla; un siglo lleva demoliendo, y no se ha cansado. Parécele que no agitó lo suficiente al mundo; aún se estremecen sus entrañas con movimientos convulsivos, y al pronunciar las palabras de "paz, trabajo y concordia," duda de sí y no se cree apta para realizar plenamente tan halagüeña divisa. Este lema es pura fórmula mercantil. Nada violento persiste; y así como España, para respirar y vivir, tuvo que renunciar á sus pronunciamientos y sus guerras civiles, Francia necesita dejarse de revoluciones. La actitud de las potencias se funda en la fecha del Centenario que la Exposición conmemora, la demolición de la Bastilla: para unas habrá motivos, para otras pretexto; para todas razón suficiente. Viene muy á pelo recordar aquí otros versos de Víctor Hugo, una estrofa de los *Cantos del crepúsculo*. "¡Oh Dios!"—exclama el vate—"Si tus alas cobijan á la nación francesa, no permitas, Señor, estas perennes luchas, este levantar y derrocar de tronos, estas tristes libertades, hoy concedidas y suprimidas mañana; este negro torrente de leyes, pasiones, ideas, que se derrama en desatadas olas; estos tribunos que no se reúnen sino para oponer á los abusos de granito constituciones de yeso; este flujo y reflujó incesante; esta guerra más honda y som-

bria cada vez, del Gobierno contra los partidos y de los partidos contra el Gobierno!" ¿No parece que presintió el estado de incertidumbre y angustia política que precede á la apertura de un Certamen cuya corona debiera tejerse con las rosas de la alegría y las olivas de la paz?



De todas maneras, y acaso por lo mismo que Francia se encuentra metida en el atolladero, en la Exposición tendrá fijos los ojos el mundo; ¡y quién sabe si al cerrarse el concurso, el país republicano y revolucionario por excelencia (que es en el fondo el más partidario de la autoridad y la jerarquía), obedecerá al dictador, al amo con quien sueña en secreto, como apasionada é indómita mujer que suspira por el querido tirano!

¿Quién lo duda? París rebosará de gente y harán su agosto los hosteleros, los tenderos, las cortesanas y las modistas que chupan al incauto viajero la substancia. Yo sé que en París todo *resulta*, porque conozco aquella capital. Dos ó tres inviernos he pasado en el *cerebro del mundo*, haciendo hasta las cuatro de la tarde la vida del estudiante aplicado, y de cuatro á doce de la noche la del incansable turista y observador.

Segura de ser respetada, porque aquel es un país culto, y bastante conocedora de la topografía física y moral de los barrios parisienses para no exponerme con frecuencia á ser roba-

da ó asesinada miserablemente en algún rincón de la inmensa capital, la he recorrido sin perdonar callejuela, ni olvidar Museo ó teatro.

París está en prosa. Allí se piensa mucho en comer. Recuerdo que me ha divertido infinito la gastronomía parisiense. He comprado fresas en Enero, melones en Junio, castañas asadas á los saboyanos que las venden en la calle, y patatas fritas, envueltas en un cucurucho. He visto fabricar el turrón ó *nougat*, me he enterado de cómo se acaramelan las violetas dobles, de cómo se falsifica el champagne y de cómo se fabrican artificialmente las trufas. He visitado el *ventre de París*, según le llama Zola, ó sean los mercados. He visto desempaquetar de entre témpanos de nieve, los esterletes del Volga; he compartido el cocido de garbanzos y el bacalao á la vizcaína que comen en París los naranjeros de Murcia, encargados de abastecer de *narranca* á las fruterías parisienses; he observado cómo volvían del campo los carricoches de las verdulerías, atestados de aquellas zanahorias con que aplacó su hambre el infeliz anarquista héroe de la novela de Zola; cómo viajan los gansos de Estrasburgo, con su infarto en el hígado y sus ojos atravesados por cruel punzón; conozco las cocinas italianas, con sus frascos de Chianti y sus *ravioli*; las cervecerías alemanas donde se ostenta un salchichón más grueso que el tronco de un mediano roble; las fondas rusas, en que abren el apetito la sardina curada y el caviar; las tiendas españolas en que se compra legíti-

mo *mansunilla*...; en fin, no hay nada tan variado y complejo como la bucólica parisiense, y creo que es uno de los ramos más interesantes que pueden estudiarse en París y de las cuestiones más vitales para el francés contemporáneo.



Pues ¿y las tiendas? El anuncio, el modo de engalanar el escaparate á fin de que atraiga los ojos y entreabra el bolsillo; la tentación hábil, insidiosa, continua, que llega á convencerle á uno de que necesita con urgencia un objeto en que no pensaba cinco minutos antes, ni en su vida ha echado de menos; la maña del vendedor, sus palabritas de miel, sus agasajos, la tupida red de seda en que envuelve al marchante, la seducción que ejerce sobre sus sentidos y hasta sobre su conciencia... es otro capítulo que mi sexo me obliga á conocer, y que adicionado con las visitas al taller de las modistas y modistos favorecidos del público de-rochador, podría inspirar un tratado edificante y moral, demostrando el tremendo papel que desempeña en la moderna sociedad esa hoja de parra que nuestros progenitores, en el feliz Edén, obtenían sin más trabajo que extender la diestra hacia las enredaderas y los floridos arbustos.

Pero mis predilectas excursiones eran á los

Museos. Los domingos, como no se podía trabajar en la Biblioteca, refugiábame en el Louvre, el Luxemburgo ó Cluny, y me pasaba horas y horas mirando cuadros, estatuas, esmaltes, lozas, casullas viejas, joyas de orfebrería, retablos ó hierros primorosos; solamente prescindía de estas dominicales artísticas cuando iba á entretener la mañana en el famoso *desván* de Edmundo de Goncourt, mi viejo maestro y amigo.

En Madrid todavía no se dispone la gente á visitar la Exposición; pero así que la primavera asome, empezará el movimiento. El viajero que más abunda en la coronada villa es el que calcula económicamente la salida veraniega, y resuelve pasar en París quince días, sin conocer palabra del idioma, ni jota de las costumbres, ni haber realizado nunca otra excursión más que la clásica del Sardinero ó la obligada de la Concha. Así, desde que pasa la frontera y se ve entre desconocidos y extranjería, todo le sorprende, todo le escama, todo le amontona, todo le subleva. La cortesía francesa le parece baja adulación; la útil ley, irritante traba; el abuso que con él comete un hostelero ó un fondista, se lo achaca á la nación en conjunto. Ve que por un vaso de agua (con azúcar y azahar) le cobran un franco, y supone que en París la vida es imposible, y que el agua del Sena cuesta más que el vino de Arganda. Le empuja el gentío, y reniega de las Exposiciones, diciendo

que son un caos, un desbarajuste y un infierno.

Los monumentos que visita sin inteligencia, se le barajan en la memoria, y al cabo de un mes ya no sabe si Nuestra Señora es un cuartel de inválidos ni si la tumba de Napoleón está ó no está en la Santa Capilla. El cansancio físico, el mal humor que engendran las continuas sangrías á la bolsa, el mareo de las multitudes, el sentirse gota de agua perdida en un océano, la irritación de hablar una lengua que nadie entiende y de oír hablar otra para él ininteligible, todo hace del cándido turista de ida y vuelta la persona más desdichada y rabiosa del mundo. Generalmente, á los que van á París muy resueltos á divertirse tres semanas, les he oído maldecir del viaje, y de la diversión, y de los franceses, y hasta del gran bellaco que inventó las Exposiciones.

¡Cuánto inconveniente, cuánta desilusión, cuánto desengaño!

En casa, antes de cerrar la maleta, habían hecho su presupuestito: tanto para el billete, tanto para comer en el camino, tanto para el hospedaje en París; cuánto para propinas, cuánto para café; eche usted diez duros para imprevistos; ¡jeal y añadamos... ¡psch! quince duros para llevarle unas finezas á la familia y á los amigos de confianza. Total, unas seiscientas ú ochocientas pesetejas... bueno, mil á lo sumo.

¡Inocentes proyectistas! Ya veo el susto que les aguarda. En la frontera, quebranto del cambio; pierde el dinero español cinco ó seis pesos que se van sin gracia ninguna. En París: la co-

33698

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mida por las nubes; la fonda, en el Olimpo; los cafés, remontados; todo por las setenas... Al satisfacer la cuenta del hospedaje, sobre el precio del ajuste diario, una peseta más por luz, una por servicio, media por agua caliente, y los recados á peseta también. En fin, las desagradables sorpresas de toda *adición* (*sustracción* debiera llamarse). Luego, el ramo de caprichos y deslices; los cachivaches sueltos que se compran por su excesiva baratura, y después de sumados importan una regular cantidad; las frusterías de á real, que en conjunto cuestan mucha plata; el retrato económico, el monigote japonés, el álbum con vistas de la Exposición, el prensapapeles con la torre Eiffel, la docena de pañuelos casi regalados... todo va poquito á poco acreciendo la columna de gastos y exprimiendo el portamonedas, al par que exigiendo la compra de una maleta ancha, de una sombrerera más, de un saco y una carterita. El presupuesto módico de las mil pesetas sube, sube como la espuma, y no para en las mil quinientas, con profundo terror del honrado madrileño.

¡Qué derroche! Para el ciudadano pacífico, acostumbrado á su vida casera, burguesa, angosta, con el plato de arroz al almuerzo y el cemento de garbanzos á la comida, con sus imprevistos previstos más exactamente que anuncian los Observatorios las galernas y los ciclones (treinta céntimos el tranvía, tres pesetas el asiento de los toros, etc.), aquel sutil y vertiginoso modo de sacar el tuétano al bolsillo que en París se estila, tiene algo de fatal, de pato-

lógico; es como quien siente que se le va la vida por una vena rota, y no acierta á restañar la sangre. En vano escatima, discurre y se ingenia. "Compañero, mañana mucho cuidadito.... A tal parte, que está cerca, iremos á pie... ó en ómnibus. Comeremos en un sitio barato. Nada de compras.... juicio, y á ver cómo recorreremos muchas cosas en poco tiempo. Consultar la guía, ir seguido y á patita, que estos simoneés salen por un ojo de la cara..." Excusado es decir que no se cumplé ninguno de estos propósitos de mis madrileños incautos. Yendo á pie se tarda un siglo en llegar á cualquier parte, porque son inmensas las distancias: los ómnibus no hay medio de aprovecharlos, siempre van atestados hasta la imperial; en los edificios públicos, si no corre el franco, nada enseñan; hace calor, y no se puede pasar sin un refresco; el cuerpo pide tabaco, y éste (si no ha de ser hierba seca) es carísimo en París: en fin, que mis madrileños susodichos, dándose al diablo, no tendrán más recurso que desliar el bolsete y otra vez soltar *guita*. Pues ¿qué diré si el propio diablo hace que sean solteros, ó casados, pero alegres, y les mete en el fregado de dejarse envolver por alguna de aquellas niñas, respecto á las cuales emitió Fray Luis de León su sapientísimo consejo:

«Si acaso te mirare,
los ojos, sabio, cierra: firme atapa
la oreja si llamare:
si prendiere la capa,
huye; que sólo aquel que huye, escapa.»

¡Ah y qué disimuladamente voy á reirme cuando encuentre por aquellas calles y aquellas instalaciones de la Exposición á mis vecinos madrileños, que no verán la hora de volver á catar su liná de Lozoya y su puchero castizo!

Ante todo, pensemos en lo material del viaje, en elegir el momento más á propósito para encontrar á París en su plenitud de animación, dejando transcurrir este mes de Abril, que se presenta frío, lluvioso é ingrato como si fuese el más inclemente Marzo ó Febrero. Por ahora, es indudable, nadie se arroja á ponerse en camino: el invierno no se ha despedido todavía y nos lanza al rostro puñados de granizo; el teatro Real no ha cerrado sus puertas, y resuenan en su escenario los divinos acentos de la voz de Gayerre, cantó de cisne de la temporada teatral que ya agoniza; las señoras no sueltan aún los boas, los manguitos y los abrigo de pieles; aún no se come fresilla, ni las lilas desabrochan, ni las acacias dan olor, ni se vende horchata de chufas... De Francia, en vez de acentos de alegría é himnos á la paz, nos llega el eco de las discordias, quejas y amenazas del ídolo popular, Boulanger, perseguido y obligado á declararse faccioso; los clamores de la Liga de patriotas y el fatídico acento de la prensa, temerosa de que se altere el orden público. Hay tiempo de arreglar sosegadamente la maleta, de buscar alojamiento en París, y de escribir despacio la carta próxima, á la cual ésta sólo sirve como de sinfonía ó preludio en

que, mezclados ó entreverados á capricho, resuenan los motivos principales de la cantata que con sus coros, arias, concertantes y dúos, se entonará después de alzado el telón del gran Certamen, y que siempre será *oda triunfal*.

CARTA II

EL ASPIRANTE A DICTADOR
LA BASTILLA

Madrid, Abril 21.

Lo que todo el mundo pregunta al tratarse de la Exposición, es lo siguiente: ¿La habrá? ¿Se abrirá en paz? ¿No se cerrará con barricadas? Esta incertidumbre, zozobra y angustia, que refluye en desanimación del público, el cual se muestra rehacio en disponerse á emprender el viaje, para mí constituiría, si la compartiese, un estímulo, pues siempre he sentido no ver á París en uno de esos momentos críticos y supremos—por ejemplo, el de la *Commune*—cuando toda Europa fija sus ávidos ojos en la gran capital y espera con ansiedad el fin de la convulsión que la agita, á ver qué cambios trae consigo. Dicen los que me oyen expresar este deseo, que una revolución en París es formidable, pavorosa y peligrosísima. No lo nie-

¡Ah y qué disimuladamente voy á reirme cuando encuentre por aquellas calles y aquellas instalaciones de la Exposición á mis vecinos madrileños, que no verán la hora de volver á catar su liná de Lozoya y su puchero castizo!

Ante todo, pensemos en lo material del viaje, en elegir el momento más á propósito para encontrar á París en su plenitud de animación, dejando transcurrir este mes de Abril, que se presenta frío, lluvioso é ingrato como si fuese el más inclemente Marzo ó Febrero. Por ahora, es indudable, nadie se arroja á ponerse en camino: el invierno no se ha despedido todavía y nos lanza al rostro puñados de granizo; el teatro Real no ha cerrado sus puertas, y resuenan en su escenario los divinos acentos de la voz de Gyarre, cantó de cisne de la temporada teatral que ya agoniza; las señoras no sueltan aún los boas, los manguitos y los abrigo de pieles; aún no se come fresilla, ni las lilas desabrochan, ni las acacias dan olor, ni se vende horchata de chufas... De Francia, en vez de acentos de alegría é himnos á la paz, nos llega el eco de las discordias, quejas y amenazas del ídolo popular, Boulanger, perseguido y obligado á declararse faccioso; los clamores de la Liga de patriotas y el fatídico acento de la prensa, temerosa de que se altere el orden público. Hay tiempo de arreglar sosegadamente la maleta, de buscar alojamiento en París, y de escribir despacio la carta próxima, á la cual ésta sólo sirve como de sinfonía ó preludio en

que, mezclados ó entreverados á capricho, resuenan los motivos principales de la cantata que con sus coros, arias, concertantes y dúos, se entonará después de alzado el telón del gran Certamen, y que siempre será *oda triunfal*.

CARTA II

EL ASPIRANTE A DICTADOR
LA BASTILLA

Madrid, Abril 21.

Lo que todo el mundo pregunta al tratarse de la Exposición, es lo siguiente: ¿La habrá? ¿Se abrirá en paz? ¿No se cerrará con barricadas? Esta incertidumbre, zozobra y angustia, que refluye en desanimación del público, el cual se muestra rehacio en disponerse á emprender el viaje, para mí constituiría, si la compartiese, un estímulo, pues siempre he sentido no ver á París en uno de esos momentos críticos y supremos—por ejemplo, el de la *Commune*—cuando toda Europa fija sus ávidos ojos en la gran capital y espera con ansiedad el fin de la convulsión que la agita, á ver qué cambios trae consigo. Dicen los que me oyen expresar este deseo, que una revolución en París es formidable, pavorosa y peligrosísima. No lo nie-

go, y ya conozco que no se puede tener la curiosidad de Plinio el Anciano y mirar de cerca la erupción de un volcán sin exponerse á quedar sepultado entre las cenizas. Mas tampoco se me negará que las erupciones volcánicas son un espectáculo sublime y que debe de serlo igualmente una conmoción popular en la capital francesa.

Lo que infero es que el volcán parisiense está ya resfriado y carece de fuerzas para arrojar un torrente de lava devastadora, pudiendo, á lo sumo, lanzar rojos resplandores y tal cual materia incandescente. El periodo de las grandes revoluciones pasó; hoy reina cierta sensatez ó escepticismo que detiene los ímpetus de la furia política: Francia puede reunir, como ha reunido, un museo donde se archivan los recuerdos del 93; pero hacer otro 93, total ó parcial... lo considero punto menos que imposible.

Ninguna idea radical y de potencia transformadora representa el boulangérisimo (el *panaderismo* diríamos, si tradujésemos al pie de la letra en castellano el apellido del célebre presunto dictador). Tiene el General — ¿quién lo niega? — sus acérrimos partidarios; y, sin embargo, ¿cuán por bajo queda, en dimensiones y en importancia, no ya del pálido primer Cónsul, que llevaba de la mano á la Victoria, sino del mismo *sobrino de su tío*, ambicioso precoz, que había domesticado al aguilucho para que le

siguiese por montes y veredas! Si Boulanger pudiese organizar el famoso *desquite*; arrancar de las uñas de los prusianos á Lorena y Alsacia; devolver á Francia la supremacía militar que llora perdida, y cerrar á un tiempo las heridas del amor propio nacional, Boulanger sería un semidiós. No consiguiendo nada de esto; representando solamente una personalidad y un nombre, á lo sumo la idea de la revisión y cierto militarismo nacionalista, lo que creen los más expertos políticos es que Boulanger se quedará en la estacada.

Por otra parte, su reciente odisea, ó, mejor dicho, escapatoria, dista mucho de aumentar su prestigio. Las multitudes quieren que sus ídolos estén siempre en tensión heroica, y que el peligro resbale sobre ellos como el agua sobre la bien templada hoja de acero. La prudencia humana aconseja portarse como lo hizo el General; pero sus partidarios, que le aclamarían con entusiasmo al verle arrostrar el martirio, no tienen por qué exaltarse al verle pasar la frontera lo mismo que la pasaría un cajero defraudador ó el último de los criminales.

Su proscripción es motivo de regocijo malévolo para los monárquicos, que le dicen: "Tú proscribiste al duque de Aumale; hoy el refugiado en tierra extraña eres tú: no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague." La popularidad que se adquiere lentamente puede perderse en una hora. Hace tiempo que fermenta el prestigio de Boulanger: cuando

estuve por última vez en París (Marzo de 1887), oía constantemente por las calles la vocecilla de los *gavroches* parisienses que silboteaban alguna canción con el estribillo indispensable de *Vive le général!*... Después de la fuga, ¿seguirán cantando los chicuelos?

Convengamos en ello: el paso, tal cual lo refieren los periódicos, es algo deslucido para un héroe. Salir furtivamente envuelto en las sombras de la noche, protegido por aquello mismo que le tocaba á él proteger á toda costa, ó sea la mujer amada; recatando la frente, que debe alzarse con orgullo ante los ataques del enemigo, bajo el ala del sombrero de fieltro; tapando la boca con la mano, volviéndose con zozobra á cada instante por ver si le seguían, agazapándose en el fondo de un cochecillo de alquiler; esperando oculto no lejos de la estación, mientras su compañera, más resuelta, compraba naranjas para apagar quizá la sed calenturienta del ambicioso acosado; y, por fin, saltando en el vagón como el naufrago en la barquilla, sin que á pesar de tantas precauciones dejase de seguirle paso á paso, momento por momento, el sabueso ó *detective*, que minutos después de presenciar la salida del tren, daba este aviso al Gobierno: "El General hizo la del humo;" á lo cual respondía el Gobierno: "Enemigo que huye, puente de plata."

A la verdad, este episodio nada tiene de épi-

co, sino mucho de burgués, y algo, y aun algos de indelicado. Su parte amorosa ó *liosa* me disgusta. Una de dos: ó el General estimaba y quería á la dama, ó era para él mujer vulgar y despreciable. En el primer caso no debió poner en lenguas su honor dejándose salvar por ella; en el segundo, no debió aceptar sus beneficios. Tal vez estas sean metafísicas, y tal vez no porque de rigurosamente exacta la relación de la hégira del General.

De todas suertes, su efecto en la opinión pública puede considerarse desastroso. Sus partidarios políticos defienden ¡claro está! la resolución del jefe, repitiendo que el hombre que consigue reunir un millón de votos no ha de consentir que le echen mano y le cojan en la ratonera como á reo de delitos comunes. No obstante — y Boulanger mismo lo ha confesado — muchos amigos suyos, de los más adictos, desapruaban su conducta.

La justicia obliga á declarar que tampoco merece plácemes la del Ministerio. Sobre que el deber de un Gobierno republicano es abrir paso franco á la opinión pública y respetar la popularidad, no sienta bien llevar á los Tribunales á personas simpáticas como Déroulede, y perseguir á la Liga de los patriotas en concepto de sociedad secreta é ilegal, después de haberla tolerado tácitamente por espacio de siete años; ni puede eximirse de la nota de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1926 MONTEREY, MEXICO

inoportuno y desacertado el Gobierno que, en vísperas de una Exposición Universal, cuando sólo deben resonar los himnos de la paz y verse por doquiera la unión y tranquilidad más absolutas, adopta medidas perturbadoras, exaspera los ánimos y encona más las discordias civiles. ¿Es razón que el Senado francés juegue á la Convención revolucionaria declarándose constituido en alta Cámara de justicia para examinar un crimen de Estado, lo mismo que si á la vuelta de estas imponentes ceremonias estuviese el hacha del verdugo ó la carreta de la guillotina? ¿Caben hoy crímenes de Estado? ¿Serán capaces de sentenciar á muerte á Boulanger? Claro que no. Trátase únicamente de arrastrarle por el fango, por ese fango político del cual, como del fango salubre de los balnearios, sale la gente más vigorosa.

Los franceses, que suelen acusarnos de fanáticos y supersticiosos á los españoles, han hecho con el general Boulanger (el General, le llaman allí á secas) lo que á nosotros no se nos ocurrió hacer con Narváez, Cabrera, Prim ó Espartero: estudiar muy despacio, según todas las reglas quirománticas, las rayas de su mano, deduciendo por la longitud y forma de sus dedos, el realce de sus eminencias y valles, la mayor ó menor elevación de los montes de Saturno, Mercurio, Marte y la Luna, el horóscopo y futuros destinos del General y de Francia. A

la vista tengo el mapa astrológico profético de la mano del General, publicado por el *Figaro* en primera plana, todo lleno de signos cabalísticos, y leo que de él se deduce tan claro como la luz del sol (astro de mayor influencia sobre Boulanger) que el año de 1899, cuando el proscripito de Bruselas cumpla los setenta y tres de su edad, sucederá una cosaza tremenda, importantísima, un acontecimiento magno, y Boulanger mandará en la Francia victoriosa, debiendo realizarse en él aquellas predicciones que Marchena fingió haber sido hechas por Catulo y poder aplicarse á Napoleón:

«Mas ya traerán los siglos un héroe más excelso,
Invicto en las batallas y armipotente más:
Será de estirpe Eácida; que sólo el fuerte Aquiles
A tal varón pudiera noble prosapia dar:
Le admirarán los siglos, mientras que nuestros dedos
De las humanas gentes los hados urdirán.
Cruzando los estambres, corred, husos, ligeros:
Del porvenir las telas fatídicas hilad.»

En materia de predicciones sobre el porvenir de los hombres políticos, juzgo más seguras las que se fundan en hechos conocidos ya, y no en vanidades y supercherías astrológicas. Por eso, y porque he admirado siempre el robusto talento de Zola, uno de los pocos grandes hombres, *en su género*, de la Francia contemporánea, me enamora la deliciosa sinceridad, tan original como suya, con que ha respondido á una pregunta sobre las actitudes del nuevo pro-

curador general de la República, quien ha publicado novelas bajo el pseudónimo de *Jules de Glouvet*. Otro que no fuese Zola, daría su opinión, pero atenuándola y dorando un poquito la pildora. Él no se anda con repulgos, y contesta (me parece que le estoy viendo hablar, con los ojos guiñados y la boca entre desdenosa é irónica): "Lo que escribe el Sr. Glouvet son puras necesidades. Imitación de Jorge Sand, menos el genio, y de Octavio Feuillet menos el ingenio. Todo ello, una serie de invenciones absurdas; la cuerda patriótica á fin de prevenir favorablemente al público; luego un recursito sentimental, y en conjunto un mal melodrama, del género Ennery. Ahora, por lo que toca á lo que pueda valer el Sr. Glouvet como particular y como magistrado, no digo nada, porque no le conozco."

Así habla el hombre sincero, brutal si se quiere, pero leal con el público; así debe hablarse, y si en España tuviese alguien el valor necesario para emitir (poseyendo autoridad) juicios de esta índole, caerían por tierra muchas usurpadas reputaciones que á la sombra de la política se han entronizado en el Olimpo literario. En efecto, aquí es comunísimo que para justificar encumbramientos no fundados en servicios á la patria, se aleguen méritos literarios que son, poco más ó menos, del género de los de Glouvet, tan dura, pero tan valerosamente demolidos por los puños taurinos del implacable Emilio Zola.

* * *

Si la Exposición pudiese fracasar, que no lo creo, á nadie tendría que echar la culpa el Estado francés más que á sí mismo, por la serie de torpezas que viene cometiendo, de las cuales la más trascendente fue elegir para este Certamen la fecha del centenario de la toma de la Bastilla. Error de los que no se explican en un pueblo que conozca sus intereses y no aspire á comprometerlos con alardes intempestivos.

Recuérdese lo que fue la toma de la Bastilla, y se verá que no es dable elegir más adecuada alegoría de la Revolución que la caída de aquel sombrío edificio, la Bastilla por antonomasia, el torreón misterioso que desde el siglo XIV dominaba á París como simbolo del poder absoluto de los Reyes, y, por extensión, de la arbitrariedad humana. Víctor Hugo, en su novela titulada *Noventa y tres*, pone frente á frente dos emblemas, dos signos visibles del antiguo y del nuevo régimen; una bastilla feudal, formidable, amenazadora, obscura, llena de escaleras secretas, de pasadizos subterráneos, de puertas ocultas en el espesor de las gruesas paredes, con almenas donde se habían columpiado cada- veres de enemigos, con saeteras por donde bajaba derretido plomo; y para echar abajo esta construcción pavorosa, un sencillo instrumento, tres maderos y una media luna de metal: la guillotina. Pues bien: la bastilla representativa y simbólica, no es la que el poeta sitúa en el fondo de las selvas de Bretaña; es la de París, la fundada en el azaroso y perverso siglo XIV por Carlos V; la demolida cuatro siglos más

tarde por una multitud resuelta á dejarse hacer pedazos, multitud entre la cual, sudoroso, enronquecido y dispuesto á morir también, iba el célebre esposo de Lucila, Camilo Desmoulins.

Hay que recordar esta página decisiva de la Revolución para comprender su interés y su poesía; que la tiene, y muy grande. Moralmente fue herido en el corazón el antiguo régimen el día en que se representaron *Las Bodas de Figaro*, de Beaumarchais, y la nobleza y la corte rieron á carcajadas una amarga sátira contra la sociedad antigua; pero el golpe material que echó á tierra la monarquía fue la toma de la Bastilla; ningún historiador lo duda.

El 14 de Julio de 1789 puede calificarse de día memorable, no sólo para Francia, sino para toda Europa y para la humanidad. En él se desbordaron, con irresistible empuje, las verdinegras olas de un torrente que ya ningún dique podía contener. Aquella jornada decisiva fue la que motivó el siguiente diálogo entre Luis XVI y el Duque de Liancourt: —“Tenemos, por lo visto, una gran asonada”, —dijo el Rey.— “No, señor; tenemos una revolución” —contestó el magnate.

Precedieron al acontecimiento las arengas de fuego de Camilo Desmoulins, subido á una mesa del café Foy, y la adopción de la famosa escarapela tricolor, que á modo de flor teñida con los matices de la inocencia, la espe-

ranza y la sangre, había de abrir su cáliz sobre las humeantes ruinas de la pavorosa fortaleza. El pueblo, un pueblo entero, París en masa, se levanta, bullé y agita: por todas las calles resuena incesante clamoreo: “¡Armas! ¡armas!” Con este grito se mezcla el toque de rebato en las iglesias, y el redoble afanoso del tambor en las plazas públicas. En treinta y seis horas se forjan cincuenta mil picas. La multitud que se arma, que se provista de pólvora con más empeño que de víveres, que ondula como inmenso océano, no tiene aún plan fijo ni sabe si mantenerse á la defensiva ó emprender el ataque resueltamente; pero de súbito una chispa misteriosa la enciende, una idea pasa como soplo de aire cálido y enloquecedor sobre las cabezas de los amotinados: no se les ocurre ir al palacio de los Reyes, no; el grito unánime es: “¡A la Bastilla!”

No era empresa tan fácil tomarla. Aunque escasa en número la guarnición, juntaba municiones y artillería suficientes para detener y destrozár á la muchedumbre armada de picas. Pero ¿quién resiste á París entero, despeñado como furiosa catarata? Los muros de la sombría fortaleza, sepultura de vivos, no eran tan robustos como la voluntad popular. Niños, mujeres, clérigos, estudiantes, obreros, estaban allí para rellenar el foso con sus cadáveres (según decían enérgicamente) y facilitar el asalto. An-

tes del anochecer capitulaba la prisión fatídica, y el pueblo, rompiendo las dobles puertas de las mazmorras, sacaba en triunfo á siete espectros humanos, entre ellos dos á quienes la prisión había vuelto locos. A uno de éstos caíale hasta la cintura luenga barba blanca; temblaba su cabeza, y sus ojos visionarios, extraviados, al volver á contemplar el cielo y el aire libre, derramaban lágrimas abundantes. El misero creía encontrarse aún bajo el reinado de Luis XV. Preguntáronle cómo se llamaba, y respondió: "Soy el Mayor de la inmensidad." Después soltó una risa pueril...

Bastilla, bien estás en el suelo. Fue justo que de tus piedras, tus herrajes y tus plomos, penetrados de sollozos humanos, fabricase la Revolución juguetes para los niños y joyas para adornar la garganta de las mujeres; que sobre el emplazamiento que ocupabas, raso ya y sin escombros, el pueblo colocase una inscripción diciendo: "Aquí se baila." Pero ¿por qué el recuerdo de un hecho inspirado en el sentimiento más noble de piedad y justicia ha de ir unido á memorias tan sangrientas como las que son afrenta del mismo régimen despótico?

Al ponerse el sol de la jornada del 14 de Julio, por las calles de París eran paseadas en picas varias cabezas: una, la del alcaide de la Bastilla, Delaunay. Las almenas del feudalismo habían caído á tierra; pero en cambio la

horca descamisada, la famosa *linterna* de la Grève, colocada sobre la tienda del especiero Delanoue, inauguraba sus funciones odiosas, y en ella se balanceaban tres infelices, á quienes hordas ebrias de furor tiraban de los pies. Arrasada la Bastilla, levantábase el terror del farol y de la guillotina. Pronto el degüello sería institución popular, y la libertad se daría un baño completo de sangre humana; sangre de inocentes, de débiles, de sabios, de honrados, hasta que el último chorro lo derramase la Poesía, decapitada en la persona de Andrés Chénier.

He aquí por qué no juzgo acertado elegir para celebrar una Exposición Universal la fecha conmemorativa de estos trágicos y solemnacimientos. Es preciso que las Exposiciones no traigan consigo memorias que á nadie puedan lastimar; que gran parte de la opinión, si es antirrevolucionaria, no tenga ningún pretexto para declararse herida, y que los monarcas no vean en el Certamen de la paz y la industria una consagración de la anarquía y de la demagogia. Lo mismo que los individuos, las naciones necesitan tacto á fin de no enajenarse voluntades y simpatías; y cuando emprenden una obra de concordia, deben atraer suavemente á unos y otros, no alarmar á ninguno. Ha sido una pifia, dicen los prudentes, la ocurrencia del centenario. Todos vemos la di-

ferencia entre la fortaleza del París viejo y la torre Eiffel del nuevo: no era necesario ponerlas en violento antagonismo y contraste. Para no despertar enojosas reminiscencias, le bastaría al Gobierno de la República francesa seguir aquella máxima de Víctor Hugo: "Solo estás en la historia ¡oh Titán Noventa y tres! En pos de ti no puede venir nada tan grande como tú." ¿Por qué no dejaron dormir al Titán?

A fin de terminar con algo que nos desimpresione de la tragedia revolucionaria, apuntaré las reflexiones que me sugiere cierta noticia que acabo de recibir de París. Es noticia de sensación para los españoles: tratase nada menos que del permiso otorgado por el ministro del Interior — ó de Gobernación, como diríamos nosotros — para celebrar en París, durante la Exposición, "verdaderas corridas de toros, idénticas á las que se celebran en España".

¿De modo que saborearemos en París, en el mismo París de Francia, las clásicas estocadas de *Lagartijo*; los atrevimientos incomparables de *Frasuelo*; las felices y poderosas arremetidas de *Mazzantini*; el fino trasteo de *Guerrita*; el sereno esperar de *Cara-ancha*, y tantas y tantas emociones como acostumbramos disrutar en la plaza de Madrid? ¿De modo que presenciaremos el animado *despejo* y veremos salir en doble fila, caminando con gallardo meneo de cintura, cubiertos de seda y oro, á los indivi-

duos de las cuadrillas más célebres? ¿De modo que halagará nuestros oídos el toque de clarín, que anuncia la salida de la fiera, y el bramido con que ésta desafía al hombre para comenzar la lidia? ¿De modo que admiraremos la ligereza del banderillero que en giro elegante, como quien prende flores en el pecho de una hermosa, planta dos *aretes* al bruto y le deja atónito? ¿Y contemplaremos al picador resistiendo con fuerte brazo al empuje del toro? ¿Y al espada arrojando con garboso movimiento la monterilla, después de brindar "por usía y por los forasteros..." que se dirige risueño, impávido, ostentando su indomable corazón, á hundir el brazo armado del relámpago de su delgado espada, entre la amenazadora cornamenta del jarameño ó del miura?

Poco á poco. No entusiasmarse, ni consentir que hierva la savia española, africana más bien, que en las venas llevamos. En París habrá corridas de toros, es cierto; se alzará una gran plaza, capaz de treinta mil personas; serán llamados *Mazzantini*, *Lagartijo*, *Cara*, todas las eminencias del arte taurómico; se derrochará dinero en trajes, en hacer *color local*, etc.; pero... sólo faltará una cosilla... punto menos que nada...

"No habrá efusión de sangre."

¡No habrá efusión de sangre! Esta cláusula, á propósito de corridas de toros, es algo análogo

á las recetas caseras para imitar con un asado de conejo un asado de gallina, ó para hacer un *trufado sin trufas*.

No quisiera pasar plaza de sanguinaria, bien lo sabe Dios; no quisiera—y menos llevando faldas—que se me acusase de tener un corazón de perro, insensible al dolor, ó un espíritu como el de las damas romanas, que se gozaban en la carnicería; pero creo que cada cosa requiere sus requisitos, y que convertir las corridas de toros (las cuales me atrevería á sostener que no son tan bárbaras ni tan cruentas como en general se asegura) en lidia incruenta, es quitar á ese espectáculo su esencia misma. Si las corridas de toros repugnan al sentido humanitario del pueblo francés, que las prohíba en absoluto; yo acaso las prohibiría aquí, si tuviese fuerzas para hacerlo; consentir un pálido remedo, es peor mil veces.—¿Cómo serán esas corridas? Sospecho que los nacidos aquende el Pirineo se reirán mucho con ellas. Pareceránse á la saladisima función que describe con tanto chiste Franquelo. Nuestros vecinos

«pensaron que era jaser
un tarrillo de pomá.»

Para dar la señal de la lidia, en vez de los toques de clarín, salieron rascando violines; para trastear al bicho se pusieron guantes y al fin y al cabo, después de muchos descalabros é intentos inútiles, allí se quedó sano y salvo el toro... "que ya tiene un torá," añade el autor de la graciosa letrilla.

¿Y el público francés? ¿Qué dirá de nosotros al asistir á nuestra fiesta nacional? ¿Nos pondrá, según costumbre, como chupa de dómine? ¿Tendremos que taparnos los oídos, ó fingir diestramente que no entendemos una palabra de lo que alrededor nuestro se murmure? ¿Les dará por entusiasmarse y por exclamar: ¡*Salerro!* según les decían á las bailadoras y cantaoras flamencas en el Eldorado, hará tres años, cuando ellas ejecutaban su quiebro característico?

CARTA III

EN BURDEOS.—¡DICHOSO CRIMEN!
RECUERDO A BARCELONA

Burdeos, Mayo 2.

Por cortar la monotonía de un viaje que he realizado directamente tantas veces; por saborear el aire balsámico de estos viñedos, donde la alegre primavera ríe y desabrocha en follaje; por descansar de mis fatigas y saludar á un buen amigo hispanófilo que ha tenido la bondad de hablar mucho de mí en la prensa francesa, decidí pasar unas horas en Burdeos antes de seguir hacia París con objeto de asistir á la apertura del gran Certámen.

Es Burdeos inmensa capital de provincia, demasiado vasta para la gente que la habita y

á las recetas caseras para imitar con un asado de conejo un asado de gallina, ó para hacer un *trufado sin trufas*.

No quisiera pasar plaza de sanguinaria, bien lo sabe Dios; no quisiera—y menos llevando faldas—que se me acusase de tener un corazón de perro, insensible al dolor, ó un espíritu como el de las damas romanas, que se gozaban en la carnicería; pero creo que cada cosa requiere sus requisitos, y que convertir las corridas de toros (las cuales me atrevería á sostener que no son tan bárbaras ni tan cruentas como en general se asegura) en lidia incruenta, es quitar á ese espectáculo su esencia misma. Si las corridas de toros repugnan al sentido humanitario del pueblo francés, que las prohíba en absoluto; yo acaso las prohibiría aquí, si tuviese fuerzas para hacerlo; consentir un pálido remedo, es peor mil veces.—¿Cómo serán esas corridas? Sospecho que los nacidos aquende el Pirineo se reirán mucho con ellas. Pareceránse á la saladisima función que describe con tanto chiste Franquelo. Nuestros vecinos

«pensaron que era jaser
un tarrillo de pomá.»

Para dar la señal de la lidia, en vez de los toques de clarín, salieron rascando violines; para trastear al bicho se pusieron guantes y al fin y al cabo, después de muchos descalabros é intentos inútiles, allí se quedó sano y salvo el toro... "que ya tiene un torá," añade el autor de la graciosa letrilla.

¿Y el público francés? ¿Qué dirá de nosotros al asistir á nuestra fiesta nacional? ¿Nos pondrá, según costumbre, como chupa de dómine? ¿Tendremos que taparnos los oídos, ó fingir diestramente que no entendemos una palabra de lo que alrededor nuestro se murmure? ¿Les dará por entusiasmarse y por exclamar: ¡*Salerro!* según les decían á las bailadoras y cantoras flamencas en el Eldorado, hará tres años, cuando ellas ejecutaban su quiebro característico?

CARTA III

EN BURDEOS.—¡DICHOSO CRIMEN!
RECUERDO A BARCELONA

Burdeos, Mayo 2.

Por cortar la monotonía de un viaje que he realizado directamente tantas veces; por saborear el aire balsámico de estos viñedos, donde la alegre primavera ríe y desabrocha en follaje; por descansar de mis fatigas y saludar á un buen amigo hispanófilo que ha tenido la bondad de hablar mucho de mí en la prensa francesa, decidí pasar unas horas en Burdeos antes de seguir hacia París con objeto de asistir á la apertura del gran Certámen.

Es Burdeos inmensa capital de provincia, demasiado vasta para la gente que la habita y

que no consigue llenarla, según observó oportunamente Teófilo Gautier, á quien debemos una descripción admirable de la ciudad bordelesa. Ferviente devota del "estilista impecable," nunca paso por Burdeos sin acordarme de cómo pintó Gautier las momias de la iglesia de San Miguel.

Diré algo de esta fúnebre curiosidad.

Parece que no lejos de la torre de San Miguel existía un cementerio, cuya tierra poseía la virtud de momificar los cadáveres que en él se enterraban. Al hacer excavaciones y descubrir cuerpos casi intactos, los recogieron en la cripta de la torre, adosándolos contra la pared, y mediante la propinjea indispensable del franco, cualquiera puede regalarse con espectáculo tan macabro y feo. Al ver por primera vez aquella procesión de muertos en horribles ó grotescas posturas, como yo era muy joven, soñé toda la noche con semejantes visiones del otro mundo, y por poco enfermo. Ahora podría visitar las momias, sin que esta noche diese vueltas en la blanda cama del hotel (las camas francesas, entre paréntesis, son las mejores del mundo). Pero prefiero contemplar la hermosa embocadura del río en los Quinconces; prefiero gozar el despejo del cielo meridional, el bullir de las gentes en el puerto, y, sobre todo, la indefinible sensación, mitad placentera y mitad *saudosa*, del que se encuentra lejos de la patria, sabiendo que puede volver á ella cuando guste; más aún: que volverá en breve plazo.

En verdad, no me pesa haber dejado á Madrid. Queda la capital de España más entregada que nunca á la pasión que la domina desde hará diez meses: la manía jurídico-policíaco-criminalista, infundida por el deseo de hallar la solución de un enigma que lleva trazas de no ser nunca descifrado. ¿Quién cometió el asesinato de la calle de Fuencarral? Al pronto, si nos lo preguntase un extranjero, responderíamos que el célebre *crimen* es la cosa más vulgar del mundo, la menos digna de fijar la atención, no ya de las personas ilustradas, pero ni siquiera de la muchedumbre.

Que una señora rica, que vive sola, cometa la imprudencia de traer dinero á casa y de admitir á una criada de antecedentes sospechosos; que esta criada la despoje y la asesine, y luego quemé con petróleo el cadáver para ocultar las huellas del atentado, es suceso, aunque terrible, tan trivial de suyo, que al parecer no vale sino para ocupar dos días á las comadres del barrio y veinticuatro horas á los noticieros de la prensa. Sin embargo, de este crimen hace casi un año que se habla en la calle, en los salones, en los diarios, en las Cortes, en el Consejo de Ministros: luego hay en él algo mucho más grave que los hechos aparentes; algo tan grave, tan serio, tan trascendental, que si el rumor público lo indica y la maledicencia lo subraya, la razón lo repugna y lo condena la verosimilitud.

Obsérvese la fatídica escala que la opinión—*regina del mundo*—ha elevado con peldaños

de honras y respetabilidades, desde la mujer de mal vivir amancebada con el *Cojo*, hasta importantes hombres políticos y poderosos de la tierra. Una criada asesina y roba á una señora; hasta aquí no salimos del crimen callejero y plebeyo. Pero esta señora tenía un hijo de canallescós instintos, de estragadas costumbres, de propensiones feroces, siempre mezclado y confundido con la hez del populacho y entregado á escandalosas *juergas*: hijo que, á pesar de ser presunto heredero de una renta de cinco mil duros y descubrir ciertas bastardas ínfulas aristocráticas, que le ganaron el apodo de *el marquesito*, había caído en la abyección de encontrarse procesado y sentenciado por el robo de una capa. El día en que fue apuñaleada la madre, el hijo extingüía condena por semejante delito en la Cárcel Modelo; no obstante, desde el primer momento la voz popular, prescindiendo de la criada, ó juzgándola cómplice tan solo, acusó al hijo del horrendo crimen.

Primer peldaño: de la sirvienta al marquesito.—El cual, según dejo indicado, extingüía su condena en la prisión celular.—La coartada estaba probada, pues Varela no podía encontrarse á un tiempo mismo en el establecimiento penitenciario y en la alcoba inundada de sangre de su madre. ¿Qué importa? gritó la *vox populi*: de la Cárcel Modelo se sale: con recomendaciones, con dinero, con destreza, con influencias poderosas, se sale, sí, y ninguna coartada más hábil para un asesino que la

coartada oficial, de que tienen que ser cómplices y encubridores los funcionarios del Estado, que en inoecentar al preso libran su pan y su honor. Segundo peldaño: de *el marquesito* perdelario á un empleado de bastante categoría: el director de la Cárcel Modelo, acusado de facilitar las escapatorias del supuesto parricida, y de intervenir en el sumario con propósitos encubridores.

Mas para que un funcionario se arriesgue á jugar así su destino y hasta su seguridad personal, preciso es — siguió discurriendo la excitada opinión pública, y siguió repitiendo gran parte de la prensa — que le ampare alguna influencia de primer orden; que se crea sostenido por alguien. Ya sobre la pista de este recelo, los más leves indicios, los más sutiles cabos, sirvieron para embrollar doblemente la madeja.

¿Se comprende ahora el extraño interés, la marejada indecible que levanta desde hace diez meses esta causa célebre entre las causas todas? No es el manoseado delito de una sirvienta, combinado entre presidiarios; es una serie de incidentes oscuros, raros, anómalos; y en el modo de interpretarlos, más raro y estafalarío que ellos mismos, se revela la poca confianza que inspiran al pueblo español sus instituciones seculares, la que ya todo el mundo llama *justicia histórica*, la organización de los establecimientos penales, y el sistema político á cuyo amparo supone que tamaños abusos pueden ocurrir... Por eso la opinión ha llegado á

interesarse en este asunto del *crimen* como no se interesa por cosa alguna. La prensa se ha dividido en dos bandos, llamados de *insensatos* y *sensatos*; los primeros se han declarado parte en el proceso, estableciendo la *acción popular*, porque los *insensatos* afirman las salidas de Varela de la cárcel, y su culpabilidad, y la complicidad del director, y ven en la muerte de doña Luciana Borcino un parricidio nefando, fundándose en que quien hace tiempo abofeteó, hirió, maltrató y probó á abrasar con petróleo á su madre, y le deseó la muerte en voz alta, no se habrá descuidado en rematarla cuando tuvo favorable ocasión.

Los sensatos opinan que la única culpable es la criada, con auxilio de alguna gente de mal vivir. Y entre las dudas de unos, las desorientaciones de otros, las declaraciones de cientos de testigos (entre los cuales figura desde el asqueroso rufián hasta la aristocrática dama), las hipótesis cada día diferentes y las caprichosas y variadas versiones que da la ya célebre Higinia, de tal manera está enredado el ovillejo, que me parece muy difícil para el Tribunal emitir un fallo que no descontente y haga murmurar á media España.

¿Qué cuál es mi opinión privada en este asunto intrincadísimo? Ninguna como juez, ninguna como polizonte; á bien que no soy ni lo uno ni lo otro. Como novelista, sin declararme *insensata* ni *sensata*, veo en el carácter y costumbres del hijo de la víctima algo que le ennegrece y acusa.

Quien abofetea á su madre hasta arrancarla los dientes; quien esgrime contra ella la navaja y sepulta el hierro en las entrañas donde fue concebido, podrá (mediante el absurdo de las circunstancias fortuitas) no haber sido parricida material: moralmente lo es; inspira el horror consecuente al más nefando de los crímenes, á aquel que las leyes de Moisés y Solón no castigan, porque no admiten ni que pueda existir; á aquel que más ultraja las sacras leyes de la naturaleza. Pero repito que si esto pienso como *novelista*, como magistrado sólo pensaría que el crimen ha de estar más claro que la luz del sol para que la justicia humana pueda castigarlo sin recelo.

¡Y ahora caigo! Yo que me felicito de haber dejado á Madrid por no oír hablar del famoso crimen y su juicio oral (único asunto de las discusiones en círculos y cafés, sin que pueda eclipsarle el Congreso católico); yo que respiro ávidamente la brisa que sube de los márgenes del Garona, sólo por verme libre de preguntas (da la casualidad de que todas las personas cuyos nombres figuran en esta notable causa, menos Higinia, son gallegas como yo), estoy hace media hora tratando también del resobado y antipático *crimen*, lo mismo que si no solicitase mi atención otro asunto universal, alegre, civilizador: la Exposición que va á abrirse y que ya nos llama.

Si este acontecimiento europeo pudiese despertarme reminiscencias de la patria, serían, por natural concatenación de ideas, las de la Exposición de Barcelona, que se abrió pronto hará un año. Por esta misma época, hará once meses y algunos días, tomaba billete para asistir á la inauguración del certamen barcinonense, que en su terreno y bien considerado todo, no tuvo que envidiar á ninguno de los magnos certámenes europeos, por lo cual los españoles debemos profunda gratitud á la nobilísima, valerosa y excelsa región catalana, que hace del trabajo un lábaro, de la industria un poema y de la civilización una realidad.

¡Oh Cataluña! ¡Oh artística y grandiosa Barcelona! Desde tierra extraña os saludo con más amor, con más entusiasmo aún que lo haría desde el suelo de la patria. Fui á la Exposición barcelonesa, no para enterar al público de las magnificencias del certamen, sino por mi gusto y resuelta á no cojer la pluma. Las crónicas de la romería vaticana, que tantos lectores obtuvieron al ver la luz en el *Imparcial*; aquellas crónicas escritas en el rincón de una estación de ferrocarril, en la mesa de una fonda, en el salón público de un hotel, entre el bullicio de las conversaciones y los acordes del piano; unas veces con frío, otras con sueño, otras con apetito de despachar el almuerzo ó de salir á beber la taza de café turco; otras en un estado de cansancio moral mayor aún que el material, porque era la fatiga abrumadora de la admiración y el vértigo del asombro, producido por

las maravillas del Vaticano ó los esplendores de Florencia; aquellas crónicas, repito, en que unas veces aleteaba el inmaterial misticismo y otras se quejaba el organismo fatigado y rendido á tantas molestias, me habían dejado con deseo de un viaje de pereza y descuido, en que fuese enteramente dueña de mis acciones y de mis impresiones, y las guardase y archivase con exclusivismo egoísta, sin que me las estropease el deber de narrarlas.

Así es que mi visita á la Exposición de Barcelona me dejó gratisimo recuerdo.

El tiempo era radiante, primaveral, no excesivamente caluroso; pero todos los efluvios y aromas del despertar de la naturaleza vivificaban el ambiente, y puede decirse que en él bullían átomos de luz y de olor de flores entretejidos. El cielo de Cataluña es turquí, de ese matiz que llaman los portugueses *azul ferrete*: ninguna nube altera su pureza, y las olas del Mediterráneo que bañan sus costas, copian en su superficie de liquido zafiro tan divino color. El paisaje, parecidísimo al de Italia, de la Italia del Norte; la retama ó *ginesta* deja caer sobre la tierra el diluvio de sus pétalos de oro, de embriagador aroma; el gran pino quitasol dibuja sobre el límpido firmamento su majestuosa silueta; por poco más, creeríamos que, en vez de hallarnos en la campiña del Llobregat, estamos en Recanati, en la patria de Leopardi, á poca distancia de Ancona, y que esa *ginesta* es la misma que el egregio poeta cantó.

De Barcelona, lo que me cautivó más fueron

aquellas cercanías, que—ojalá se convenzan de ello los aficionados á viajar—superan á las de Florencia, de Milán, de París, porque reúnen la exuberancia de la naturaleza meridional al ornato que presta la mano del hombre, sembrando aquí y allí quintas, *torres*, palacios, casitas, *cottages*, hoteles, merenderos, kioscos y hosterías. Para que nada falte á tan bello cuadro, la tradición y el recuerdo ofrecen ya una abadía, ya una iglesia gótica; al modo que, en salón alhajado suntuosamente al gusto moderno, luce una pieza de plata repujada antigua ó un rico bargüeno. Así, en las inmediaciones de la ciudad condal, la poética abadía de Pedralves. El que quiera soñar, reconstruir la Edad Media de Cataluña y Aragón con todo su prestigio histórico, religioso, artístico y guerrero, váyase al pie de aquel edificio ojival, misteriosamente triste, á la hora en que la luz de la luna alumbra las molduras de sus ventanas y el calado hueco de sus rosetones. Después, si la ingenuidad de la leyenda y del pasado le enamora, entre en cualquiera de aquellas hosterías que rodean el monasterio, y pida que le sirvan el plato clásico *mató de monxa*, que tiene la forma y la suave oscilación de un seno de mujer.

¿Pues qué diré de la ascensión á Vallvidrera, con su grandioso panorama de montañas y la alpestre diafanidad de sus azulados horizontes? ¿Qué del delicioso paseo á Arenys de Mar, cuyo recuerdo es para mí inseparable de un fortísimo perfume de azucenas, pues los jardin-

eros de las humildes casas pescadoras llenos están de ellas? ¿Qué del camino de Villanueva y Geltrú, el más pintoresco del mundo, salpicado de túneles y acariciado á cada momento por las azules olas, pues el ferrocarril serpentea por la costa, y á veces los railes tocan la arena de la playa ó la cresta del peñasco? ¿Qué de la mágica perspectiva de Monserrate, palacio de hadas salido de las entrañas de la tierra, y cuya rara arquitectura no es inferior, como curiosidad, á la célebre gruta de Fingal y á otros milagros de la naturaleza que tanto encarecen los viajeros?

Y Barcelona misma. Esta ciudad es la más hermosa de España, y sin duda el día que consiga extenderse del Llobregat al Besós, podrá competir con las mejores de Europa y América. ¿En cuál otra ciudad de mi patria podía celebrarse una Exposición Universal? Seamos francos: calle Madrid: ríndase Bilbao: en ninguna. Ella es la única donde el espíritu comercial y cierto cosmopolitismo hicieron posible esta solemnidad moderna. Con mucha razón afirma uno de nuestros más discretos escritores, José Ixart, que ha consagrado al certamen barcelonés muy lindos estudios. "Mientras nuestras viejas capitales de provincia—dice Ixart—están vueltas de espaldas al mundo, mirando á la corte, Barcelona se vuelve al Pirineo, y por encima de él atisba á Europa. Casi todos los pro

gresos materiales que ésta nos trajo, entraron en España por aquí. Francia, particularmente, ejerce directo influjo en nuestra ciudad, y los barceloneses se hallan quizá en mayor contacto con ella que con el resto de la Península, gracias á sus frecuentes viajes y á su activa correspondencia. ¡Esa España, la clásica España que imaginan aún hoy algunos, ya austera y altiva, hidalga y devota como el viejo castellano, ya chispeante y alegre, con su falda de colorines y la repiqueada pandereta en alto como una *flamenca*, es casi ajena á nosotros! Cuando llega el extranjero, se asombra de encontrarse en una ciudad que le recuerda todavía el último departamento francés; cuando el barcelonés se corre hacia el Mediodía, advierte que la verdadera España está fuera de su casa; á la puerta, sí, pero fuera. Sólo al pasar el Ebro comprendí lo que era realmente la nación española, y sólo al llegar á Madrid convencíme de que aquella era su verdadera capital, la vieja corte de la España de los libros. Barcelona, que dejaba á mi espalda, apareció en mi recuerdo como algo distinto, algo continental y no peninsular, con sus negras chimeneas de suburbio inglés, con sus *restaurants* y sus librerías de bulevar parisiense; con sus jarcías y velas sobre un mar de puerto italiano. ¡En este marco, sólo en éste, encuadra una exposición cosmopolita, que parecería desentonada y sobrepuesta mancha en cualquier otro paisaje típico de nuestra nación!"

* * *

He citado este fragmento del libro de Ixart, *El año pasado* (que me traje como viático durante el camino), porque él condensa perfectamente los recuerdos de la Exposición de Barcelona, que hoy acuden á mi memoria en tropel. Es muy cierto: sólo Barcelona pudo en España realizar esfuerzo tan colosal, poniéndonos con él á la altura de las primeras naciones europeas: y ese mar de puerto italiano de que habla Pepe Ixart, ese mar arrullador, mar de sirenas, ha prestado á la Exposición universal española un realce de magnificencia que tiene que faltar en la francesa, por muy superior que en otros terrenos se presente.

¿Quién puede olvidar aquella grandiosa solemnidad de las escuadras extranjeras que fue como la apoteosis del certamen; aquellos soberbios navíos de todas las naciones civilizadas, envueltos, como los santos en rompimientos de gloria, en la aureola de humo de sus estruendosos cañonazos, empavesados y adornados como novia el día de sus desposorios, con millares de gallardetes y flámulas, con la tripulación posada en las vergas, á modo de bandada de aves de fantástico plumaje? El azul espléndido del firmamento, reflejado en la superficie del mar, que brillaba como empavonada placa metálica; el regocijo de la engalanada multitud que cubría la extensa línea de los muelles y se tendía y desparramaba hasta trepar por la majestuosa falda del Monjuich; el sublime tronar del cañón, ruido cuya fuerza estética sólo comprenden los que le oyeron re-

tumbar en días de batalla ó en horas solemnes para un pueblo; los hurras con que la marinera saludaba el paso de la Reina... todo formaba un conjunto tan grandioso y de tan teatral pompa, que la Exposición francesa, con su inmensa balumba de construcciones, pabellones y palacios; con haber renovado la leyenda oriental de la torre de Babel, no ofrecerá espectáculo semejante. El fue á un tiempo mismo coronación de Barcelona como emperatriz de la cultura moderna en España, y tributo de cordialidad y simpatía ofrecido á nuestra patria por las naciones extranjeras. El sonoro estampido de los cañones italianos, rusos, austríacos, alemanes, parecía decir á España: "Ya ha pasado para tí la época de las luchas fratricidas, del motin diario y de la convulsión estéril y perpetua. Entrás en la vía del trabajo y de la sana actividad. Animo, España, acuérdate de lo que fuiste, y prepárate á redorar los castillos, los leones y las barras de tu viejo escudo." Lo confieso: en aquellos instantes (á pesar de mi afición á las cosas del pasado, á la España clásica, con todo su atraso y toda su herrumbre de fiebre é ignorancia) sentí una alegría misteriosa. Nada escribí sobre el certamen español, porque, lo repito, iba como peregrina viajera; pero hoy, que ya faltan pocas horas para la apertura de la Exposición francesa, séame lícito consagrar un *memento* á Barcelona y ufanarme con esta gloria de la patria, no suficientemente ensalzada, á mi ver, si se considera bien lo que significa.

CARTA IV

PARÍS NECESITA REY.—TRIUNFO
DEL PUEBLO

Paris, Mayo 7.

DESPUÉS de haber dormido de un tirón catorce horas y consagrado pocas menos al aseo, empiezo á reponerme de la fatiga física y moral de la apertura de la Exposición. No he querido perder rípió de la fiesta oficial, de las iluminaciones, del incomparable espectáculo ofrecido, no solamente á una vasta capital, pero al mundo entero; empenéme en agotar las distracciones del 5 y 6 de Mayo, y he aquí por qué el 7 estoy rendida.

Para empezar por el principio, digo que llegué á París en la madrugada del 4, en un tren atestado de gente; imagino que la llevaba hasta dentro de los furgones. En Francia, por lo regular, los viajeros de primera clase disfrutan de bastante desahogo, pues el francés, más taño que el español, suele contentarse con billete de segunda; pero de esta vez, primera segunda, tercera, y repito que hasta los vagones de mercancías, iban relleniéndose, mientras en cada estación algo importante nos agregaban coches y más coches. Nuestro tren se asemejaba á inmensa serpiente boa que poco á poco se desenroscase y creciese. "Fortuna —

tumbar en días de batalla ó en horas solemnes para un pueblo; los hurras con que la marinera saludaba el paso de la Reina... todo formaba un conjunto tan grandioso y de tan teatral pompa, que la Exposición francesa, con su inmensa balumba de construcciones, pabellones y palacios; con haber renovado la leyenda oriental de la torre de Babel, no ofrecerá espectáculo semejante. El fue á un tiempo mismo coronación de Barcelona como emperatriz de la cultura moderna en España, y tributo de cordialidad y simpatía ofrecido á nuestra patria por las naciones extranjeras. El sonoro estampido de los cañones italianos, rusos, austríacos, alemanes, parecía decir á España: "Ya ha pasado para tí la época de las luchas fraticidas, del motin diario y de la convulsión estéril y perpetua. Entrás en la vía del trabajo y de la sana actividad. Animo, España, acuérdate de lo que fuiste, y prepárate á redorar los castillos, los leones y las barras de tu viejo escudo." Lo confieso: en aquellos instantes (á pesar de mi afición á las cosas del pasado, á la España clásica, con todo su atraso y toda su herrumbre de fiereza é ignorancia) sentí una alegría misteriosa. Nada escribí sobre el certamen español, porque, lo repito, iba como peregrina viajera; pero hoy, que ya faltan pocas horas para la apertura de la Exposición francesa, séame lícito consagrar un *memento* á Barcelona y ufanarme con esta gloria de la patria, no suficientemente ensalzada, á mi ver, si se considera bien lo que significa.

CARTA IV

PARÍS NECESITA REY.—TRIUNFO
DEL PUEBLO

Paris, Mayo 7.

DESPUÉS de haber dormido de un tirón catorce horas y consagrado pocas menos al aseo, empiezo á reponerme de la fatiga física y moral de la apertura de la Exposición. No he querido perder ripio de la fiesta oficial, de las iluminaciones, del incomparable espectáculo ofrecido, no solamente á una vasta capital, pero al mundo entero; empenéme en agotar las distracciones del 5 y 6 de Mayo, y he aquí por qué el 7 estoy rendida.

Para empezar por el principio, digo que llegué á París en la madrugada del 4, en un tren atestado de gente; imagino que la llevaba hasta dentro de los furgones. En Francia, por lo regular, los viajeros de primera clase disfrutan de bastante desahogo, pues el francés, más taño que el español, suele contentarse con billete de segunda; pero de esta vez, primera segunda, tercera, y repito que hasta los vagones de mercancías, iban relleniéndose, mientras en cada estación algo importante nos agregaban coches y más coches. Nuestro tren se asemejaba á inmensa serpiente boa que poco á poco se desenroscase y creciese. "Fortuna —

pensaba yo—que estamos en tierra francesa. Allá en mi incorregible patria, esto se habría convertido ya en *tren botijo*, y en lugar de los ocho asientos de cada departamento, iríamos aquí trece ó catorce personas hacinadas, molestándonos, y por consiguiente aborreciéndonos de todo corazón.”

En los *buffets* de las estaciones ya se dejaba sentir la carestía de los momentos críticos. El café *completo*, que solía costar á lo sumo franco y medio, lo pagamos casi doble. ¿Qué tendrá que ver la Exposición de París con la leche de vacas de Tours?

Al avistar desde la ventanilla del vagón el hormiguo de los faroles de París, próximos ya á palidecer á los primeros destellos de la claridad matutina, busqué instintivamente los rayos que despiden los proyectores del faro Eiffel, radiante pupila de luz abierta sobre la gran Lutecia. Pero el cíclope dormía aún, y sólo velaba la nebulosa del alumbrado, titilando, como cansada de su larga vigilia.

Mi primer sorpresa al salir del hotel, después de ese tocado rápido propio de la mañana del desembarque, fue notar el aspecto más que nunca coquetón, limpio, refulgente, de las tiendas y de las calles, ya extraordinariamente animadas é hirviendo en una multitud cosmopolita. Siempre he tenido á París en concepto de la ciudad más pulcra del orbe, sin exceptuar á

Florencia; en París se lavan diariamente las fachadas de las casas y las maderas de las ventanas, se enceran los pisos, se barren primorosamente las calles, se exige á los dependientes de tienda, sirvientes y hasta obreros un aseo personal de que prescinde mucha gente rica española; pero actualmente, con motivo de la Exposición, París ha echado el resto: no se ve una mota de polvo; la pintura despidе el fresco brillo del barniz; los bronce relucen; los cristales se clarean, diáfanos como el aire mismo; los escaparates son un canastillo de flores, y hasta las flores, en que parece no cabe aliño, escogidas por manos hábiles, agrupadas artísticamente, ceñidas con lazos de cinta pomposa, levemente salpicadas de gotitas de agua, tienen la nitidez virginal de flores de cerámica. Un haz de *muguet*, lirio del valle ó convalaria (que todos estos nombres recibe tan encantadora flor), me entretuvo un rato, dudando si sería natural ó de porcelana de Sajonia.

Los amigos franceses á quienes he saludado en este primer día de París, están—salta á los ojos—enajenados de júbilo y orgullo por la solemnidad de mañana. “La Exposición vence, la Exposición triunfa,” afirman hasta los monárquicos. “Comprendemos que la fecha de apertura ha sido un desacierto; nos explicamos la actitud de las potencias; y sin embargo, nos embarga justa satisfacción, porque el extranjero, que pudo vencernos en el terreno de la fuerza, no logrará nunca arrebatarnos las cualidades en que nuestra verdadera superioridad se fun-

da: el ingenio, la habilidad, el don de gentes, la facultad de atraer, cuando nos place, á Europa entera." Hay parisienses que se desahogan burlándose de la apertura de otra Exposición llamante: la Exposición berlinesa de aparatos de salvamento, inaugurada por el Emperador en persona, con gran prosopopeya, y comparada por los periódicos alemanes á la parisiense. Seamos justos: es un tantico desairado para los alemanes eso de abrir ahora una Exposición de poco pelo y atribuirle importancia á la apertura. No se debe competir sin aplastar.

Hoy por hoy, París no sueña sino en el éxito del Certamen, que halaga á todo francés como si de cosa propia se tratara. Los monárquicos, si al principio torcieron el gesto á una fiesta que conmemora los albores de la Revolución y la declaración de los derechos del hombre, se esponjan al ver que el desquite nacional adquiere forma de concurso pacífico de la industria. Los *panaderistas*, si claman y vociferan contra la expatriación de su jefe y la causa que se le sigue, no se atreven tampoco á desafinar en el concierto; y el resto de Francia—el negociante, el artesano, el industrial, el hostelero, gente que á todas luces hará su agosto con la Exposición—encuentra, como el doctor Pangloss, que todo está lo mejor posible del mundo en el mejor de los mundos posibles.

He notado un fenómeno curioso. Enmedio de los festejos consagrados á la idea republicana, que amaneció en Francia ahora hace cien años; enmedio de una ruidosa glorificación de la so-

beranía nacional, la democracia universal y la igualdad niveladora; enmedio de la nueva fiesta floralia de la diosa Razón y de la maga Industria; al punto en que los embajadores de las testas coronadas cierran la maleta y huyen, por no sancionar con su presencia el recuerdo del período revolucionario... es cuando involuntariamente, sin que ellos mismos lo noten, los franceses rinden tributo á la idea monárquica, que llevan infiltrada en la masa de la sangre los pueblos más ó menos propiamente llamados latinos. La Monarquía, casi anulada políticamente por el sistema constitucional, es una forma de Gobierno insustituible desde el punto de vista decorativo y externo: la piden los sentidos. El año pasado, en la Exposición de Barcelona, me lo hizo notar cierto amigo mío, por señas acérrimo republicano. "¿Ha visto usted—me decía—cosa más ornamental ni que más juego dé que un monarca? Aquí lo que la gente manifiesta mayor afán de ver, es la Reina, el Rey chiquitín y las Infantas. ¿A qué hora comenzará tal función, tal diversión? Cuando llegue la Reina. ¿Para quién es aquel palco engalanado, florido, con colgaduras de terciopelo? Para la Reina. ¿Qué se prepara en el Círculo tal ó cual? El *lunch* que ha de servirse á la Reina. El centro de todo, el complemento, el pretexto de todo... la Reina. Mientras no se presenta ella y se oye la marcha real, los espectadores no están á gusto; no se atreven ni á solazarse. ¿Cree usted que es porque seamos rabiamente entusiastas de esa señora? ¡Quiá! La

apreciamos, es cierto, y la acogemos con respeto y simpatía, pero no deliramos de monarquismo, bien lo sabe Dios; y no obstante, si faltase ese rematito, esa especie de garzota ó plumero de la Exposición—las personas reales y a corte—la fiesta sería una fiesta acéfala; perdería la mitad de su interés.

En las solemnidades de estos días, reparo cómo Francia, á falta de reyes, ha tratado de forjar un simulacro de monarquía, encarnándolo en la persona del matrimonio Carnot. Porque uno de los rasgos más salientes del carácter decorativo de la Monarquía, consiste en la presencia de la mujer, y, si es posible, de la familia. El Presidente de República es casi una abstracción: no despierta entusiasmo, porque en él no vemos sino la forma viviente de la ley; la ley literal, árida é inflexible.

El Rey, para conquistar nuestras simpatías—siquiera irreflexivas y momentáneas—va escudado por el santuario de los afectos, por el símbolo de la gracia y del amor: la esposa y los hijitos. Si la Reina no logra captarse la voluntad del pueblo, ¡ay del Rey! Al triste Luis XVI le perdió la odiosidad contra la austriaca. Por donde se ve que la exhibición de la familia en los países monárquicos es un arma de doble filo, que así como puede conciliar los corazones puede encender en ellos fuego de odio. Pero generalmente, al pasar la carroza

donde sonríen unas tiernas criaturitas, el pueblo—que tiene un fondo de bondad inagotable—se enternece y aclama, sin sospechar cuánto revela de generosos sentimientos el acto de aclamar una institución porque la representa un angelote blanco y colorado, y porque al vitorearla se vitorea al *Sancta Sactorum* del corazón humano... la dulce familia.

¡Qué lejos ando de la inauguración! Todo lo anterior venía á cuento de que Francia, en interés de su certamen, otorga mayor atención que de costumbre á los dichos y hechos del Presidente, y le forja una especie de aureola, y hasta ha descubierto la existencia de Madame Carnot, señora hasta hoy obscurecida, y que estos días jugó á la Reina con bastante distinción y aplomo. Uno de los *clavos* de las fiestas actuales fue el traje lucido por la Presidenta en la ceremonia oficial. El tal traje merece especial mención, porque era algo más que unos metros de tela bien plegados: era un símbolo.

La moda, que después de recorrer un ciclo secular vuelve hoy al punto de partida é impone los atavíos de la época María Antonieta y Directorio, ha permitido á la Presidenta de la República francesa adoptar una *toilette* emblemática y significativa, luciendo, con las hechuras del año III ó IV de la República una é indivisible, los matices de la escarapela trico-

lor. El fondo del precioso traje es seda azul viejo (tono azul algo apagado, pero limpio). El blanco lo señalan guarniciones de riquísimo encaje de Alençon, aplicadas sobre las solapas rojo viejo, ó rojo pálido. El arte soberano del modisto Félix ha conseguido combinar tres tonos á primera vista rabiosos y charros — blanco, encarnado y azul — de tal manera, que su conjunto es suave y armónico, y no riñe con la edad y la figura de la esposa de Carnot, señora que habrá sido guapa, pero está algo pasada. El sombrerillo, donde los encajes velan discretamente el fondo rojo, tiene una forma de las que ahora, por fortuna, empiezan á prevalecer: modesta, sencilla y gallarda. A la distancia en que he visto á Madama Carnot, no pude apreciar si, en efecto, su aderezo era de turquesas, coral rosa y perlas blancas, como me aseguraron. Lo que sí temo es que la combinación tricolor dé en llevarse mucho este año, y que cuando no la realice Félix sea un banderín.

La Presidenta debe su éxito al acierto con que eligió sus galas semi-regias y á la afabilidad de sus saludos; el Presidente, al pistoletazo de Perrin. No es que nadie haya tomado el pistoletazo por lo serio, pues los opositoristas no se recatan para decir que el atentado dichoso es mero reclamo, y que no tenía carga el cartucho (*). De todos modos, la serenidad de

(*) El trágico fin de Carnot ha probado lo vano de estas suspicacias.—(N. de la A.)

Carnot ha producido buen efecto, y el tiro del desgraciado naufrago del *Venezuela* realza más la función que el estampido de los cañonazos y el retumbo de las bombas y cohetes.

Perrin se declara agriado y desesperado por adversidades é infortunios de los cuales echa la culpa á la sociedad, al Gobierno, á todos, en suma. Quejase de haber estado en Cayena un día entero expuesto á un sol de justicia, en compañía de sus tres hijos y de su mujer, que criaba al más pequeño. ¡Cruel situación ciertamente! Pero á quien hizo el caldo gordo su exaltación es á las Agencias telegráficas y al Certamen nacional, anunciados y encomiados una vez más con motivo del supuesto peligro que corrió la vida del Presidente.

Excuso decir cuánto trabajo me costó descubrir un sitio de preferencia para presenciar la ceremonia. Sabidos son los aprietos que cuesta en casos tales colocarse bien y sortear el oleaje de la multitud. Yo temo más que al fuego á los empujones; me repugna, no ya que me estrujen, sino sólo el contacto forzoso de otras personas, por ejemplo, en una diligencia ó en un ascensor. Salí, pues, resuelta á sortear peligros que, con ser menores que en mi patria—porque aquí se conserva más el orden y está mejor montado el servicio de policía—siempre juzgo formidables.

Un poco antes de las doce, París presenta un aspecto deslumbrador.

Cientos de miles de personas inundan las ca-

lles; todo el mundo emperejilado, ebrio de alegría, ó con esa excitación de la curiosidad que entona las fibras del espíritu y le abre horizontes amplios y risueños. Los edificios también se han vestido de gala: han salido á relucir las guirnaldas y festones de papel de oro y plata, las flámulas y gallardetes de colorines, los famosos *lampions*, el aparato estruendoso de los días de fiesta nacional, sólo que más brillante, con más lucimiento, porque el caso lo requiere. Haces de banderas de gayos tonos disputan su azul al cielo, despejado ya después de algunos conatos de lluvia, y en la Avenida de la Opera, una ramilletera ofrece ramitos de rosas y claveles rojos atados con cintas azules y blancas. Le compro uno y me lo prendo en el pecho: esta no es ocasión de tener opiniones políticas, y para gozar de la fiesta hay que ponerse á compás del sentimiento que anima á la multitud, que se vuelve enloquecida de entusiasmo hacia la plaza de la Concordia, hecha un bosque de banderas palpitantes al beso de la brisa, y hacia el gigante Eiffel, que toman por guía, cual la columna de fuego las tribus de Israel. Me agrada, antes de buscar un coche que me lleve al Campo de Marte, empaparme en la alegría popular, y en la burguesa también, pues hoy el burgués parisiense, de ordinario atareado y poco expansivo, derrama la satisfacción á chorros. Están persuadidos de que Francia tiene de huésped al mundo entero, y cada parisiense se cree colaborador en la obra colosal de la Exposición, lo mismo que sí

del hierro de su sangre hubiese algunas partículas en la famosa torre.

—Ya verán (entiéndase los extranjeros) si aquí se trabaja ó no,—dice un barbudo pálido á su vecino, patilludo y rechoncho.

—¡Exitó completo!—responde éste, porque hasta está hermoso el tiempo, y las iluminaciones y los fuegos artificiales saldrán que ni de encargo. El Dios de las buenas gentes se ha puesto de nuestra parte. Que rabien los monárquicos; que se fastidien.

—¿Qué dirá Wilhem mientras despacha su bock de cerveza?

—¿Y Bull entre las nieblas del Támesis?

—La jeta (*gueule*) que sería gracioso ver, es la de Crispi en su serrallo.

—Los diplomáticos han tomado las de Villadiego. ¿No sabías?

—¡Bah! Cuando el gato se ausenta, los ratones bailan.

Así comenta el pueblo parisiense su triunfo, y así, en este mismo tono de *blague*, de grosera chunga, realizó hace un siglo la metamorfosis social más completa y más profunda que ha sufrido.

CARTA V

LA INAUGURACIÓN

Paris, Mayo 10.

AL penetrar por primera vez en el recinto de la Exposición, sorprende su grandeza. No hablo de la torre Eiffel; no quiero tocar ni desflorar el asunto: dentro de algún tiempo, cuando ya los periódicos no traten de ella, recogeré mis impresiones y consagraré algunos párrafos al coloso, novena maravilla del mundo. Ahora sólo pretendo manifestar el efecto que me produjo la dilatada planicie cuajada de edificios, parques, bosquetes, fuentes monumentales y blancas estatuas. Al pronto los ojos y el alma se rinden al vértigo de tanta sensación visual y de tanta magnificencia. Bajo un sol resplandeciente; alfombrado el suelo de una multitud vestida de abigarrados colores, que ondula y culebrea y se agrupa y se desparrama, perdiéndose en las enarenadas calles ó sumiéndose bajo los marmóreos vestíbulos y en las enristaladas galerías; con el brillo de los dorados, la variedad infinita de los exóticos trajes, la blancura de la piedra nueva, el verdor de los arbustos y plantas traídos de lejanos climas; las formas caprichosas de las construcciones propias de cada país, desde la cónica morada persa hasta la choza lacustre; aturdiendo los

oídos el rumor de la muchedumbre, tan parecido al del mar irritado, y los sonoros ecos de las músicas... al pronto, nadie me lo negará, hay que sentirse abrumado y reducido al estado atómico,—sobre todo considerando que en nada hemos contribuido á este esfuerzo gigantesco de la industria moderna.

La obra no está completa aún. La Exposición parece una vivienda surtuosa, incomparable, donde no se terminó la colocación de los muebles y andan esparcidos por los suelos paja, virutas y papeles de envoltorio. Al dejar las crujiás y salir á los jardines, lo primero que atrae mis miradas es la fuente monumental, hermosa muestra del género estatuario moderno, más vibrante y alado que el clásico, pero también menos robusto y noble. Si la fuente tuviese ya esos tonos de ágata y esas agradables tintas verdosas que presta á la piedra el curso del tiempo, me gustaría más, como va gustándome el famoso y discutido grupo de la Danza en la fachada de la Grande Opera, obra maestra de Carpeaux, la cual indudablemente ha servido de modelo á esta fuente tan graciosa. A su margen, reina una impresión de calma y reposo antes desconocida.

Llego á la torre cuando las salvas anuncian la entrada de Carnot. El Presidente viene del Eliseo, en carretela á la gran *Daumont*, y escoltado por un pelotón de coraceros. Penetra en la Exposición por el puente de Jena, y pasa bajo el arco gigantesco de la torre Eiffel. A poco rato cruza á dos pasos de nosotros el pri-

mer magistrado de la nación francesa, frío, derecho, impasible, correctísimo, embutido en el frac que con razón llaman de hojalata negra: tan recto cae y tan imposible parece que en su tersa superficie se marque una leve arruga! Suenan algunos vivas, pero pálidos, desperdigados, vergonzantes, contagiados, por decirlo así, con la frialdad del personaje que los arranca. De repente las charangas y las bandas de música rompen con brioso y dramático empuje á entonar la Marsellesa...

Así que los compases de fuego del magnífico himno vuelan por los aires, con aquella palpitación de reprimidos sollozos y de indignación patriótica que en ellos late, el hielo se funde, la multitud se agita, los corazones saltan alborozados y las aclamaciones brotan primero enérgicas, nutridas, ardientes, por último, roncadas y feroces como el aullido de las turbas en días de revuelta ó en vísperas de combate. ¿Qué misterioso dinamismo ha puesto el genio del hombre en unas cuantas notas, en el rudimento de una melodía, para que, profanadas por todos los organillos callejeros, arrastradas por el escenario de los cafés cantantes, manchadas del lodo en los días de tumulto, encharcadas en sangre al pie de la guillotina, conserven su celeste virginidad y se levanten puras, incólumes, electrificadoras, en los momentos supremos de la vida del pueblo que las creó?

No me ha sido posible oír el discurso del Presidente. Ya he dicho que aborrezco los empellones y codazos, y por una arenga de Cicerón no me expondría á aguantar el más ligero. Pero he visto — al través de dos puertas vidrieras y á unos sesenta metros de distancia — la mímica de la oratoria presidencial. Carnot acciona bien, sin pasión, con la reserva elegante que caracteriza sus modales y su fisonomía. Así, de lejos, parecía un maniquí articulado, severo y distinguido, pero montado en alambre.

No pudiendo acercarme más, voy hacia la Galería de las máquinas. Dicen todos de ella que es una obra prodigiosa, honra de la Exposición, y que como osadía, grandiosidad y amplitud de concepción, supera á todo lo conocido hasta el día. Además se encuentra ya completamente instalada, en orden perfecto; las máquinas andan, respiran, giran, funcionan; estos monstruos de hierro y acero viven con una vida fantástica, y parece que dicen con su chirrido y su estridor: "¡Oh empedernidos amantes del pasado, oh admiradores infatigables de las catedrales viejas y de los edificios muertos! También nosotros merecemos que se nos atienda. Aunque parecemos unos pedazos de bruto metal, en realidad representamos la inteligencia: quien nos mueve es el alma del hombre. Aunque no lo crean los soñadores idealistas, en nosotros hay un poema: somos estrofas, somos canto."

Al retroceder hacia los jardines, me hallo con que no me dejan pasar. Recorro veinte

puertas; no hay escape; me encuentro—en compañía de otros quinientos incautos—encerrada en la sección austro-húngara, con un calor sofocante y una sed rabiosa. De pronto se oyen rumores halagüeños y respetuosos, y se adelanta Madama Carnot, vestida con el precioso atavío que antes describí, prodigando saludos y afables sonrisas.

No sería yo quien perdiese las iluminaciones y el fuego de artificio. No en vano soy nacida en Galicia, el país de los cohetes y las luminarias, la tierra en que hace sol de noche.

Mágico es el aspecto que ofrece la ciudad tan pronto como declina el sol de esta memorable jornada. Nunca se ha visto lujo de iluminación parecido. Una bacanal de luces; lo que se llama un incendio, remedo pacífico de la sanguinaria fiesta en que Nerón quiso ver abrasarse por los cuatro costados á Roma. A lo largo de las fachadas, señalando las ventanas, puertas, molduras y cornisas, hasta los pisos más altos, las líneas de luz nacen y se destacan poco á poco, hasta que de repente queda toda la orilla derecha de París adornada con estrellas y girándolas de diamantes. Los puentes tienen cada cual una iluminación distinta. El de las Artes luce lamparillas verdes, amarillas y rojas; de trecho en trecho, un mástil sostiene un blanco tulipán transparente. El Puente Real, lamparillas blancas. En el de Arcole alternan globos de fuego y oro; los colores de mi patria. El de la Concordia está alumbrado por pirámi-

des de luz. Por el fondo de París cruzan innumerables retretas con farolas. El Arco del Triunfo dibuja sobre la obscuridad nocturna un círculo de fuego.

Mas lo soberbio del espectáculo no se comprende hasta verlo de lo alto del Trocadero. Es de advertir que desde allí, París, con sólo su iluminación normal, ya es asombroso. ¿Qué será en esta noche encantada, con el palacio hecho un ascua, los jardines listados de luz y la torre Eiffel inflamada toda, ciñendo una corona de lumbre en cada piso, la fuente monumental alumbrada por cuatro poderosos focos de luz eléctrica y el surtidor que salta de su seno convertido en cascada de líquida lumbre, y cayendo con el misterioso rielar de las olas cuando las baña el argentino reflejo de la luna? El faro de la torre Eiffel refulge como un gigantesco sol, dominando el brillo de las demás iluminaciones, comiéndose la luz de tanta farola, de tanto *lampion* y de tanta incandescencia eléctrica.

*
*
*

Del Trocadero á los muelles, á ver la fiesta náutica. Sobre el obscuro Sena se deslizan en todas direcciones centenares de barcas iluminadas y empavesadas, salpicadas de farolillos venecianos y lamparillitas de colorines, ó adornadas sólo con un grupo de luces colocado en la proa, como las joyas que las mujeres se prenden en el seno para ir al baile. Estas embarca-

ciones, que no consienten que cuando todo refulge y brilla el Sena permanezca sombrío y mudo, son las que diariamente lo surcan: barquitos pescadores, vapores moscas ó golondrinas, yates, lanchas-vapores, falúas, queches, raro es el que no lleva á su bordo músicas, ó al menos una improvisada masa coral, que entona la Marsellesa, las canciones de Beranger, y á veces también los estribillos de las operetas ó los cantos provincianos de Bretaña y Languedoc. En los muelles, la muchedumbre baila al son de las tocatas que suben del fondo del río. La Torre Eiffel envía con sobrehumana fuerza rayos inmensos de eléctrica luz, y de repente el Sena sale de las tinieblas, se convierte en un raudal de plata verdosa y derretida, y las barcas, sobre su superficie, semejan pájaros que vuelan al ras del agua. La armazón del coloso, que aún no se había visto, se destaca y perfila repentinamente sobre el fondo de deslumbradora claridad: á esa distancia es un encaje finísimo de hierro, más calado que ningún rosetón ojival, de una gracia y de una delicadeza aérea. Cuando la luz le pone candente, al parecer, y se le ve inflamarse, un grito de admiración brota de todas las gargantas: es realmente una maravilla la torre. Su densa y dura materia, bañada por la inmaterial hermosura de la luz eléctrica, se espiritualiza, y ese gigante de la industria semeja el ensueño de un poeta, ensueño babilónico y primitivo.

Sobre el firmamento, donde centellean con serenidad las pálidas constelaciones, eclipsadas hoy por la industria humana, surgen de improviso millares de cohetes tricolores. Una lluvia de lágrimas azules, rojas y blancas cae del cielo á la tierra como enorme canastillo de claveles y *no me olvides*, volcado por los serafines sobre la cabeza de los hijos de los hombres.

Al verlas y al oír el clamoreo de la ebria multitud, acudieron á mi memoria frases de un discípulo de Maistre, enemigo, por consiguiente, de la Revolución, y de la Exposición también: "París danzará sobre la fosa de su gloria y sobre el calabozo en que tiene encerrada la Cruz. Este centenario es la apoteosis del ateísmo, la sanción de cuantas iniquidades lleva cometidas el siglo XIX."

¿Será verdad—medité mientras el azul obscuro del cielo se despejaba al esplendor de los fuegos artificiales—será verdad que el Dios amoroso que nos ha creado y nos ha impuesto la ley del trabajo, puede mirar con malos ojos el esfuerzo titánico del hombre para cumplir esta santa ley?

CARTA VI

UN ESPAÑOL DE PURA RAZA

Paris, Mayo 28.

Fué al concierto de música francesa que se verificó el jueves pasado en el Trocadero. ¿Vale la franqueza? No soy melómana; tengo, sin embargo, el gusto muy exigente en materias musicales, y por lo mismo que de todas las bellas artes la música es la que me satisface menos, le pido más, para que me contente algo. No carezco de eclecticismo: me agradan dos clases de música, si en su género son buenas; ó la alemana, á la vez profunda, vaga y extensa, instrumentada con magistral perfección, y en que resuenan unidas las voces de la naturaleza y las hondas corrientes de la filosofía; ó la italiana, romanesca y apasionada, rebosando melodías y tan pegadiza al oído, que sin permiso del entendimiento la tararean los labios. También me deleitan las canciones populares de cada país, en boca de los aldeanos; el *jalu-lá!* melancólico de mi tierra me conmueve; y el *polo*, ó la *soleá*, ó la *saeta* oída en las calles de la fragante Sevilla ó de la morisca Córdoba me causan un movimiento de tristeza rara. No me desplace la música de corte callejero que hoy domina en nuestras zarzuelas españolas: es vulgar, pero es animada y fresca, y

su alegría y brio distraen al más misántropo. Mas de esta musiquilla francesa, entre merced y señoría, ni carne ni pescado, sin inspiración, sin colorido, sin fuego, sin vigor, penosa rapsodia de los grandes maestros alemanes, con algo de picadillo italiano y español, puede decirse que lo bueno no es suyo, y lo suyo no es bueno. El programa del concierto — dentro del género — no pecaba de incompleto ni de escaso; tuvimos fragmentos de Bizet, de Feliciano David, de Berlioz, y, por supuesto, de Massenet, que es, si no el más inspirado, al menos el más docto de los compositores franceses. Al salir de allí decíame un español muy aficionado á las artes, abonado al paraíso del Real, y que había asistido pacientemente á todo el concierto, dando vueltas y más vueltas á los pulgares y enarcando las cejas:

— Por la solapa de la americana de Chapí doy á todos estos patosos de franceses. Ellos que hagan sombrerillos y cosméticos: la música que se la dejen á aquel brutazo de Wagner... ¡qué era un cacho de compositor!... ¡Vaya un cacho de compositor que era el tío ese, con su *Lohengrin* y su *Tanhauser!* Pues... ¿y el perro judío de Meyerbeer? ¡Cuando un franchute escriba un compás de *Roberto el Diabolo*... que me lo claven aquí! Sí, señora; lo dicho: ¡qué me lo claven aquí!

Reíme de este juicio compendioso y le confesé á mi compatriota que en el fondo... estábamos conformes.

De la Exposición propiamente dicha no he visitado despacio por ahora más que la exposición de los productos de las fábricas nacionales de Sèvres y los Gobelinos: dos glorias del país francés que los españoles, si viviésemos una vida más próspera, podríamos emular, comunicando gran impulso á nuestras manufacturas de tapices y loza, las cuales, en el día, no hacen sino aletear penosamente.

Sèvres goza de fama universal. Hay quien no gusta de su estilo, y lo encuentra amanerado y empalagoso; pero la finura de sus productos es proverbial; tienen la delicadeza del esmalte, y su famosa *pasta tierna* (imposible de imitar hoy) ha pasado á ser uno de los productos de cerámica que los inteligentes se disputan, y que se cotiza muy alto, como se cotizan las porcelanas raras, cuya fragilidad las pone á cada instante en riesgo de desaparecer. Nuestra loza española, con su enérgico barroquismo y la intensidad y originalidad de su color, no puede dar idea de la afeminación galante de la porcelana *pasta tierna*, con sus ligeros ramitos de flores, con sus leves y vaporosos festones, semejantes á las gasas que envuelven una garganta de mujer.

Sobre la *pasta tierna* (cuyo secreto repito que se ha perdido) corren varias leyendas: dicese que en su composición entraban ingredientes y drogas muy distintas, incluso jabón; y que un director de la fábrica de Sèvres hubo de exclamar, al enterarse de los componentes de la célebre pasta: "¡Esto ya no es química,

sino cocina!" El caso es que de la tal cocina resultaban objetos de una blancura ideal; de una superficie vítrea que parecía la escarcha recogida sobre el cáliz de una azucena; de una gracia de formas sólo comparable á los arabescos de hielo en las ramas del arbolado. Un sabio, un científico, Brogniart, empeñóse en mejorar lo inmejorable, y se propuso convertir el primoroso objeto de arte en objeto industrial, sólido, fuerte, á propósito para la exportación y para el comercio. Mandó el muy bárbaro enterrar en el parque todo lo que restaba de *pasta tierna*, y se dió á fabricar la dura, haciendo imposible ya el exquisito modelado de los adornos que requerían la maleabilidad de la masa. Cuando más tarde se quiso rehacer la composición antigua, á pesar de poseer la receta, fue inasequible conseguirlo: la receta existía, sí, pero no el obrero habituado á calcular la mezcla, á darle no sé qué proporciones y qué vueltas misteriosas en que consistía el intríngulis. Si bajo Napoleón III se consiguió fabricar algunas piezas de *pasta tierna*, fue aprovechando la que contenía un barril de los que salvaron de la inhumación dispuesta por Brogniart. El quid de la *pasta tierna* murió con los operarios de la antigua manufactura, como el del reflejo cobrizo de los encantadores platos hispano-árabes de Manises morirá con el viejo valenciano que hoy se empeña en no transmitir ni á sus hijos el procedimiento de ese esmalte oriental.

Así y todo, en la instalación de Sèvres he vis-

to algunas piezas modernas dignas de encomio y merecedoras de figurar en la colección del aficionado más exigente. Entre ellas, el *pilón de los pavos*, gigantesca concha de *biscuit* blanco, admirable por su modelado y su finura. Un jarro ó florero que representa á unos niños que cogen una guirnalda, es de lo más gracioso que en cerámica conozco; y algunos platos de la *pasta tierna*, tal cual hoy se intenta imitar, adornarían bien el comedor de un Príncipe.

Los Gobiernos exponen magníficos tapices: pero éste es uno de los muchos géneros artísticos en que los ojos, acostumbrados á la suavidad y armonía del colorido antiguo, encuentran siempre alguna desafinación en lo moderno. La mano del tiempo, la acción atmosférica, funden y patinan de tal modo las lanas del tapiz, que un tapiz de un siglo es ya muy preferible al de veinte años, y las tapicerías del XV y XVI no se parecen más que á sí mismas, pues todos los conatos de imitarlas son estériles.

* *

Al recorrer la instalación de los Gobelinos, paréme ante un hermoso sofá cubierto de *petit point*, fabricado en la manufactura de Beauvais, y que representa "Las aventuras del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha." Estaba absorta en mi contemplación cuando oí á mis espaldas una voz que en español pronunciaba mi nombre. Me volví, y conocí al del concierto, al enemigo de la música francesa,

—Paisana,—me indicó con aire de satisfacción burlona.—Apostaré que se ríe usted de esos tapicillos de mala muerte. Donde están nuestros Goyas y nuestras maravillas del Pardo y de Aranjuez y del Escorial, ver estos trapos da asco. ¡Que nos echen la pata estos nenes en materia de tapices! ¡Sí que no tenemos tapices nosotros! ¿Se acuerda usted de la gallina ciega, aquella delicia que está á la cabecera de la cama donde murió el rey Alfonso, en el Pardo? ¿Y del choricero? ¿Y del calesín? ¿Y del pelele? ¿Y de la duquesa de Alba en la pradera? ¿Y de...?

—Pero,—observé;—aquí no hemos venido á ver lo que tenemos allá. Para eso, con no moverse de Madrid....

—Pero es que me da rabia—objetó mi compatriota accionando mucho, y alzando la voz como suelen los españoles cuando se ven rodeados de extranjeros—que estos tipos se crean que nosotros estamos despatarrados de admiración al ver que ellos fabrican tapices.

—Y los fabrican, y muy buenos. Hemos de ser razonables. No neguemos á nadie la justicia. Usted me parece un poquito antifrancés. ¿Qué le han hecho á usted estos señores? Sepamos.

Alzó mi buen hombre los ojos al cielo.

—¿Que qué me han hecho? Lleve usted la cuenta (y contaba él por los dedos al decirlo). Pues... primero. Desollarme en todas partes: más ladrones no los cría Dios ni por apuesta. A todo el franquito. ¿Pide usted un vaso de agua? Se lo sacan con azahar y pilón para ha-

cer el franco. ¿Toma usted un café? El franco. ¿Cerveza? El franco. ¿Limpiarse las botas? El franco. Y si no es el franco entero.... cerca le anda. Yo me puse ayer á discurrir cómo podría gastar menos de un franco, y.... ¡ea! que no encontré modo. Segundo....

Le interrumpí.

—Tampoco hemos venido aquí á ahorrar los francos ó las pesetas. Quedándonos por allá....

—Después son más badulaques que mandados hacer. Ayer pasé por debajo del Arco del Triunfo y... ¡mire usted! soy hombre pacífico, pero se me quemó la sangre y les enseñé los puños á aquellos figurones. ¿Pues no ponen allí como victorias suyas los nombres de las batallas en que mejor les cascamos las liendres? ¡Hombre, caracoles, hay que tener lo primero de todo vergüenza!

—¿Usted no sabe que dice el célebre escritor ruso, conde Tolstoï, que siempre gana una batalla aquel que afirma que la ha ganado?

—A mí no me saque usted rusos. Para rusos me bastan esos animalazos rubiotes que he visto en la *isba*, como ellos la llaman. Parecen osos blancos. ¡Por vida de Rusia!...

—Noto, paisano, que está usted sufriendo el acceso de patriotismo hidrófobo que nos ataca á los españoles á los ocho días de residir en tierra extranjera. Nos ponemos incapaces. Conozco la enfermedad y sus síntomas; es una forma de la nostalgia ó *morrña*, como los gallegos decimos. Es la desaclimatación. ¿Quién les

manda á ustedes dejar sus penates queridos y meterse en esta Babilonia?

—Lleva usted razón. ¡Madrid de mi alma!

—No obstante, si puede usted hacerse superior algunos momentos á esas imperiosas soledades del país natal, confesará usted que esta gente es industriosa, activa, cortés y amable; que reciben con agasajo, y que cuando no re celamos pagar, nos llevan en palmas....

—¡Sí, en palmas! Señora, usted que es escritora, ¿no lee el *Figaro*?

—¿Qué *Figaro*? ¿El de hoy?

—No, señora; el del 23. De aquel día que nos dieron la *lata* del concierto famoso.

—No recuerdo. ¿Y qué dice el *Figaro* de ese día?

—Mire usted, aquí lo traigo justamente.

Mi interlocutor echó mano al bolsillo de su *chaquet*, y sacó un número del interesante periódico, mugriento y sobado por los dobles:

—Aquí está el cuerpo del delito. Aquí —dijo dando palmadas en el diario con el dorso de la mano izquierda.—Y vea usted qué título tan retumbante le han puesto á esa simpleza. Nada menos que "Fisiologías cosmopolitas vistas en la Exposición. El español." ¿Usted me descifrá qué es esto de *fisiologías cosmopolitas*? Querrá decir *fisonomías*.

—Puede que quiera decir *fisonomías*. En suma: ¿por qué le enfada á usted el artículo? ¿Nos pone como chupa de dómine?

—A eso voy. Yo prefiero ¿me entiende usted? que nos insulten y que nos peguen cara á cara,

á que nos traten con desdén solapado. Ni que fuésemos los *isidros*... vamos, los paletos que caen sobre Madrid por esta época justamente. Sobre todo, me carga que los franceses no acaben nunca de enterarse de nosotros. Mire usted lo que pone aquí: "París se ha inclinado ante España. Ha hecho á la tiesura castellana, al orgullo andaluz..." ¡Caballeros! ¡Orgullo! ¡Tiesura! "el inesperado sacrificio, la inmensa concesión, el favor excepcional de adoptar una diversión de origen extranjero." ¡Inesperado sacrificio! ¡Y lo dice por los toros! ¡Así les cogiera uno!

—Siga usted. ¿Qué más dice?

—Pues ahora entra lo mejor. A los banderilleros los llama *banderillos*. Dice que por aquí andan, en espera de los toritos traducidos al francés, todos los *aficiados* de la Plaza...

—¿*Aficiados* pone?

—Ahí lo tiene usted.

—Son incorregibles. ¿Y nada más?

—Dice muy serio que toditos los españoles gastamos patillas "cortas y simétricas..."

—¡Virgen María! ¡Pues si apenas sé de quien las gaste por allá! Como no sean los boleros, cuando se disfrazan de majos, y los ayudas de cámara.

—Y que fumamos cigarros "inmensos." ¡Olé por los cigarros inmensos! Algún trabuco naranjero, ¿eh?

—Hombre, ya le doy á usted un poco la razón. Mentira parece que un periódico serio, como pretende ser el *Figaro*, inserte tales ton-

tunas. Por la exactitud de los informes que dan de nosotros, deduzco la que gastarán para los rumanos ó los finlandeses.

—¿Lo está usted viendo?

Fuese mi paisano contentísimo de haberme persuadido y de haber desahogado su patriotismo con alguien que lo aprobara. A los dos días me le volví á encontrar, no recuerdo si en el Pasaje de los Panoramas ó en el de la Opera (con esta vida tan ajetreada no sabe uno ni por dónde anda), y lo primero que me soltó fue lo siguiente:

—Paisana, nuestra tierra cada día un poquito peor. Hoy he hablado con uno que viene de allá... y dice cosas divinas. ¿Se las cuento á usted? Son de gente que usted conoce.

—Venga esa chismografía.

—Pues parece que todo un profesor de la Universidad, que tiene muchas ínfulas de erudito, se presentó en la Academia de la Historia, asegurando á tres académicos de los más eminentes que, después de largas investigaciones, habia descubierto dos sonetos inéditos.. ¿de quién dirá usted? Poca cosa: nada menos que de Cervantes.

—¡De Cervantes! ¡Es un grano de anís! Y ¿dónde habia encontrado el hombre esos sonetos?

—Aguarde usted... Se los leyó á los tres académicos, preguntándoles si conocían los sonetos. Todos dijeron que no... Y ya iban á emitir informe y ya se disponía *La Ilustración Española y Americana* á publicar los sonetitos,

cuando cátrate que el primer día de sesión se aparece D. Pascual Gayangos en la Academia con un tomo debajo del brazo, diciendo:—“Pero, señores, ¿en qué están ustedes pensando? Aquí traigo los sonetos *inéditos* de Cervantes...”—

—“¿Qué libro es ese?”—“Un tomo de la Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneyra...”

—Y todo eso, ¿no será invención?

—¡Quíá! ¡Quíá! No, señora. ¡Es que los sabios que gastamos en España son así!

—Lo que me acaba usted de contar es parecidísimo al argumento de *L'Immortel*, de Daudet. Y traducido al lenguaje vulgar significa que en todas partes cuecen habas, que todos somos falibles, y que á cualquier galgo se le escapa una liebre.

—¿Liebre llama usted á los sonetos inéditos de Cervantes? Llámeles usted caza mayor... Señora, es que nuestras Academias, como dijo usted muy bien, no se dónde, son una calamidad.

—Que yo no he dicho tal cosa en parte ninguna.

—Bueno, pues será otro quien lo dijo...; en fin, que en España anda perdido todo.

—Y usted es un español genuino, repuse yo, que tan pronto reniega del extranjero y canoniza hasta los defectos de la patria, como denigra á ésta y la pone por los pies de los caballos. Tenga usted mesura, y no extreme nunca las cosas. ¡Pobre España nuestra! Con todos sus defectos, hay que quererla bien.

—¡Esa es la fija! me contestó el compatriota,

empleando en la afirmación tanto calor, fuego y energía como en las acusaciones anteriores.

CARTA VII

CACHARROS, MUEBLES, ENCAJES,
JOYAS

Paris, Junio 5.

ME he prometido hablar algo de la parte industrial de la Exposición francesa, y la verdad es que me he metido en camisa de once varas. Los juicios serios acerca de industria han de ser comparativos. ¿Adelantó mucho la maquinaria inglesa, pongo por caso, desde los últimos certámenes? La cerámica y la cristalería francesas. ¿se presentan con más lucimiento hoy que ayer? ¿Se advierte progreso en la ebanistería española? Y por el estilo, bien pueden formularse un millón de preguntas, á las cuales yo no sé contestar, ni me incumbe. Por lo cual esta carta tiene que salir deficientísima, no reflejando sino la impresión puramente estética de quien no ve en la industria otro atractivo que servir de pretexto á las aplicaciones del arte.

En este particular, yo creo que adelanta nuestro siglo, y—aunque dañado por una anar-

cuando cátrate que el primer día de sesión se aparece D. Pascual Gayangos en la Academia con un tomo debajo del brazo, diciendo:—“Pero, señores, ¿en qué están ustedes pensando? Aquí traigo los sonetos *inéditos* de Cervantes...”—

—“¿Qué libro es ese?”—“Un tomo de la Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneyra...”

—Y todo eso, ¿no será invención?

—¡Quíá! ¡Quíá! No, señora. ¡Es que los sabios que gastamos en España son así!

—Lo que me acaba usted de contar es parecidísimo al argumento de *L'Immortel*, de Daudet. Y traducido al lenguaje vulgar significa que en todas partes cuecen habas, que todos somos falibles, y que á cualquier galgo se le escapa una liebre.

—¿Liebre llama usted á los sonetos inéditos de Cervantes? Llámelos usted caza mayor... Señora, es que nuestras Academias, como dijo usted muy bien, no se dónde, son una calamidad.

—Que yo no he dicho tal cosa en parte ninguna.

—Bueno, pues será otro quien lo dijo...; en fin, que en España anda perdido todo.

—Y usted es un español genuino, repuse yo, que tan pronto reniega del extranjero y canoniza hasta los defectos de la patria, como denigra á ésta y la pone por los pies de los caballos. Tenga usted mesura, y no extreme nunca las cosas. ¡Pobre España nuestra! Con todos sus defectos, hay que quererla bien.

—¡Esa es la fija! me contestó el compatriota,

empleando en la afirmación tanto calor, fuego y energía como en las acusaciones anteriores.

CARTA VII

CACHARROS, MUEBLES, ENCAJES,
JOYAS

Paris, Junio 5.

ME he prometido hablar algo de la parte industrial de la Exposición francesa, y la verdad es que me he metido en camisa de once varas. Los juicios serios acerca de industria han de ser comparativos. ¿Adelantó mucho la maquinaria inglesa, pongo por caso, desde los últimos certámenes? La cerámica y la cristalería francesas. ¿se presentan con más lucimiento hoy que ayer? ¿Se advierte progreso en la ebanistería española? Y por el estilo, bien pueden formularse un millón de preguntas, á las cuales yo no sé contestar, ni me incumbe. Por lo cual esta carta tiene que salir deficientísima, no reflejando sino la impresión puramente estética de quien no ve en la industria otro atractivo que servir de pretexto á las aplicaciones del arte.

En este particular, yo creo que adelanta nuestro siglo, y—aunque dañado por una anar-

quía y un espíritu ecléctico que le llevan á armar cada pisto de dos mil diablos con lo japonés y lo etrusco, y lo rococó, y lo gótico y lo renaciente, todo revuelto—no puede negarse que el gusto actual en muebles y utensilios domésticos, y hasta en indumentaria, mejora notablemente y cunde entre todas las clases de la sociedad. Bien lo prueba lo rebuscadas que andan hoy las antiguallas artísticas, las telas, porcelanas, tapicerías y esculturas, tan desdeñadas hace medio siglo, que sólo algunos curiosos inteligentes comprendían su valor y las compraban por un pedazo de pan. Apenas se entra en una casa, por más modestos que sean sus dueños, se echa de ver la especie de infusión artística que se verifica en la sociedad de años á esta parte. El bargueño, el cuadro, el cacharro, el esmalte, la pieza de argentería de curiosa labor, objetos ayer arrumbados, ocupan sitio preferente, y se enseñan con satisfacción y orgullo, y hasta se imitan y reproducen en muebles nuevos. De aquí tiene que resultar, y resulta, mayor inteligencia y arte en los fabricantes y trabajadores, más refinamiento y exigencia delicada en los consumidores y un progreso general muy efectivo, aunque lento y casi insensible, en las naciones atrasadas.

Tomemos por ejemplo la cerámica. La afición á los cacharros bonitos y á los muñequitos bien hechos es tal vez la que más se ha propagado en España, sobre todo entre las señoras. No sólo los comedores, sino las salas de recibir, los despachos y gabinetes, se adornan con

platos colgados, y ya, en vez del clásico cucurucho de dulces ó de la caja de plegado raso, se regalan cacharros en bodas y bautizos. Pues bien—y aquí entra lo del atraso:—en España, donde tenemos tradiciones gloriosísimas de cerámica, nos hemos dejado invadir por la vulgar porcelana francesa, ó por lo más tosco y antipático de la loza inglesa. En tal decadencia y abandono se encuentra esta industria eminentemente artística, que nuestra fábrica de la Moncloa no ha remitido á la Exposición ni una sola muestra de sus labores, por no creerse en condiciones para ello. La loza española, con su ingenuidad encantadora de dibujo y su caprichosa energía de colorido, con su sabor árabe ó barroco, no aparece en el Certamen de París; el azulejo, la decoración por excelencia de los países cálidos, con la armoniosa tonalidad de sus esmaltes vítreos y la oriental riqueza de sus dibujos, no figura en el Campo de Marte. Allí puede el curioso adquirir jarrones persas, botijos indios y maravillosas porcelanas de Vegdwood; pero no un cacharro de loza estanifera que le recuerde, con sus cambiantes reflejos y sus extraños pajarraeos, la tierra del sol y las antiguas glorias de la alfarería ibérica.

Digo mal. La alfarería ibérica está representada, y no sin algún lucimiento, por las lozas y mayólicas de Portugal. Este pequeño reino, sediento de adelanto y deseoso de cultivar lo que le caracteriza como nación, no descuida la cerámica, y alienta y ensalza todas las ten-

tativas (más ó menos felices) de creación de un arte cerámico portugués, más apegado á la tradición de Lucas de la Robia y Bernardo de Palissy que á la cacharrería moderna. El defecto de la cerámica portuguesa que se exhibe en París es el que ya tuve ocasión de notar cuando hace un año visité en Caldas da Rainha la fábrica de Bordalho Piñeiro: una exageración de modelado que raya en grotesca; una densidad del color que quita toda finura á la pasta, y una fragilidad suma, de la cual resulta una inutilidad casi completa. Porque, en efecto, si un vaso ó fuente no resiste el pase del plumero ó el roce del fino cepillito empapado en agua y jabón, ¿cabe utilizarle como elemento decorativo? Prescindamos ya de que no pueda dedicarse á fines útiles; mas ni aun para recreo de la vista sirve un objeto tan rompedizo, máxime cuando la exquisita delicadeza no excusa la fragilidad. La solidez es también elemento estético, y una de las grandes condiciones del azulejo decorativo es su resistencia y la facilidad de asearlo. De ahí procede en parte la sensación de frescura y reposo que causan los grandes frisos de azulejo en las iglesias y palacios de Portugal. Entrar en una sala vestida de azulejos es como entrar en un baño. No diré que las modernas lozas portuguesas sean despreciables; sí que pecan de quebradizas, inútiles y recargadas. El que lo dude, pase de la sección portuguesa á la inglesa, y se convencerá.

Verdad que la cerámica inglesa no tiene ri-

val en el mundo. Al penetrar en la sección destinada á la loza y al cristal ingleses, se experimenta la impresión del que desde la calle, el zaguán ó la antesala, entra en el rico salón, amueblado con severo lujo, con pulcritud aristocrática. De la cristalería inglesa bien puede decirse sin hipérbole que centellea como el diamante, que es transparente como el más puro trozo de hielo, y que las manos finas de las hadas modelaron sus gráciles formas. Y al mismo tiempo se ve que las sutiles copas y las aéreas botellas son *útiles*, llenan su fin propio, sirven para beber y para contener la bebida, y se prestan á aquel aseo riguroso que es la mejor salsa de un banquete para las personas cultas y rectamente sibaritas. Esto de la utilidad, unida á la señorial distinción, es distintivo de las lozas y cristales expuestos por la Gran Bretaña. No se ven allí objetos de primera inutilidad, de esos que aquí compramos ó compra la gente sencilla, "para finezas," como si el toque del obsequio consistiese en regalar un embeleco estorboso; cada pieza tiene su aplicación positiva, ingeniosísima, que añade un deleite más á las comodidades del *home* y de la mesa. Como muestra de esta armonía entre el elemento estético y el práctico, citaré un cacharro que adquirí en la instalación de Daniell para recogerlo en Septiembre. Es una fuente de servir fresas. Sobre una concha de porcelana, que muestra la apetitosa blancura de la leche, corre una guirnalda de fresas pintadas con sorprendente verdad y guarnecidas de su

gracioso follaje. La concha tiene un resalte, en el cual descansan dos primorosas vasijas decoradas con fresas sueltas y destinadas á contener el azúcar cernido y la nata. Otro servicio análogo, pero mucho más caro y lujoso, no presenta sólo el fruto de la fresa, sino la planta del fresal en flor, tan de realce y tan bien ejecutada, que parece que ha de despedir aroma si nos ocurre olfatearla. Y pregunto yo: ¿habrá persona que encuentre el mismo paladar á unas fresas servidas en toco frutero que á otras ofrecidas en estos recipientes?

Cuanto se diga en elogio de la cerámica inglesa será inferior á su mérito. Verdad que cuesta mucho, é indica que sólo un pueblo opulento y amigo de embellecer el hogar pudo llevar á tal grado de perfección la vajilla y los utensilios domésticos. Además, supongo que los criados ingleses no romperán tanto como los de España, donde la casa más modesta, al cabo de seis meses, podría alzar un monte Testaccio con los cascós y los añicos de vidrio y loza. Si los Gedeones de allendé la Mancha se dan tanto arte para romper las preciosidades que he visto en la sección inglesa, se necesita un Potosí para remediar los desperfectos. La copa de cristal más sencilla cuesta de catorce reales á un duro: el plato más gazmoño, más inocente, sin otro adorno que unos cándidos *no me olvides*, puede cotizarse de media libra á

dos libras. Yo temblaba viendo á mis hijos coretear con su habitual é incoercible viveza, entre una fuente tasada en dos mil duros y un jarrón que valía mil libras justas. ¡Santo Dios, si aciertan á resbalar y caerse! Me quedo en París embargada por los ingleses, en realidad de nación y en metáfora de acreedores.

Tratándose de porcelanas, claro está que no han de dejarse en el tintero las secciones china y japonesa. En el pabellón chino, construido precipitadamente y á última hora, no figuran más de quince expositores, en su mayoría ricos negociantes de Cantón. En opinión de la prensa francesa, el pabellón chino ofrece deslumbrador aspecto; para nosotros los españoles, hay en él algo de conocido y familiar dentro del exotismo. Las cosas chinas (las japonesas no) son esos chirimbolos que nosotros llamamos *filipinos*, y que huelen á capitán de barco y á familia mesocrática. En España el rico pañolón dibujado por Ayún ó Senquá, los abanicos multicolores con macaquitos de faz de marfil y ropaje de seda, las cajas oblongas de sándalo minuciosamente esculpido, los juegos de café, en cuya pintura dominan el rosa y el verde pálido, los mueblecillos de laca, con flores de nácar de colorines, son objetos que las primeras veces habrán gustado por la rareza, pero que ya hastían. He notado en el pabellón chino que todos los vendedores saben su poco de español; verdad que lo hablan con graciosa y disparatada libertad, á lo negrito: "Señora, compa mí tasa bonita..... Señora, mira,

yo no engaña, presio barato.... Señora, te no encuentra París tanto rico....; de Suchong camina derecho; huele mucho bueno: do franco...?"

¡Ah! Lo que es el Japón—al menos para ojos españoles—es otra cosa, otra cosa bien distinta, tan distinguida, como es vulgar lo chino. El propio edificio donde expone sus productos el Imperio nipón se puede llamar una monería. Está construido con materiales japoneses, y antiguos, de tres siglos de fecha, y por obreros japoneses: tiene una puerta de madera esculpida, admirable; dentro todo es igualmente delicado; creación de un pueblo que posee, en mayor grado tal vez que otro alguno, el instinto de aplicar el arte á las necesidades más íntimas de la vida. Las porcelanas de Satsuma, con su inimitable armonía de colorido; los broncees repujados, incrustados y nielados de oro, con una riqueza de inventiva que debieran estudiar nuestros amanerados dibujantes de Eibar y Toledo; los vasos tabicados (*cloisonnés*), los grieteados (*craquelés*), las esculturas, llenas de realismo y de imitación de la naturaleza, ejecutadas en marfil y madera oscura; los cuadros, pintados mitad á la acuarela y mitad á la aguja; las armas, los dragones ó quimeras, los ingeniosos juguetes, los farolillos, los bebés ó muñecos llorones, todo en la sección japonesa ofrece un sello de elegancia que es más fácil notar que especificar en qué consiste y por qué carecen de él ciertas naciones, verbi gracia, Portugal y China, mientras otras,

como Inglaterra y el Japón, lo ostentan marcadísimo.

El mobiliario es de las industrias más íntimas y que con mayor elocuencia expresan las costumbres de un pueblo. Los Estados Unidos exponen muebles sólidos, prácticos, lisos, feos, para decirlo pronto; y á no ser por el gran jarrón de plata maciza que vale veinticinco mil duros, y que mueble decorativo es al fin y al cabo, la sección industrial de Norte América sería de lo más sencillo que encierra la Exposición. El cristal y las porcelanas *yankees*, si ofrecen la seriedad y la magnificencia inglesas, se quedan muy atrás en variedad y gusto. Los muebles ingleses reúnen utilidad y riqueza artística: el fino azulejo británico, las ricas tallas del Renacimiento, las maderas empleadas hábilmente, bien elegidas, el dorado sobrio, el adorno oportuno, hacen de los aparadores, mesas y armarios ingleses, otras tantas piezas maestras. No se concibe el apuro, la trampa, ni la escasez en ningún terreno, en casa donde existen muebles tan correctos y respetables. Infunden ese sentimiento que nace del espectáculo del desahogo, del orden y amplitud en la vida; sentimiento que, sin ser la estimación moral, se le parece mucho: la consideración. ¡Oh, cuán elocuentes son los muebles de la sección inglesa, y también sus vidrios y sus lozas!

No se distingüe España por su exhibición in-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

dustrial. Caldos, aceites, chocolates, pasas, naranjas, almendras, tabacos. ...; en eso sí nos llevamos la palma, y nadie me convencerá de que los vinos australianos puedan ponerle la ceniza en la frente al Jerez. Pero esto no es industria: lo brinda la próspera naturaleza, lo regalán el sol, el aire y la rutina laboriosa de una raza agrícola por excelencia. Y, sin embargo, la Exposición de Barcelona pudo haber fomentado en nosotros la esperanza de hacer brillantísima figura en el certamen parisiense. De la que realmente hacemos en el terreno artístico industrial, veré si puedo hablar otro día: el asunto requeriría detenimiento, y no ser tocado como por casualidad.

Si el cetro del mobiliario no corresponde a Francia, es que me engañan los ojos y la afición a lo delicado, nuevo y bonito, natural en la mujer. El arte industrial francés propende a sacrificar la solidez a la ornamentación, lo grandioso a lo lindo: por eso su triunfo son los muebles Luis XV, la galante afeminación de los colores suaves y las doradas molduras, la línea muelle y curva de los sofás y de las *bergères*, la gracia ondulosa de la cornucopia-espejo y el indescriptible encanto del floreado y rameado de las sedas. En una palabra: el francés idea y desempeña mejor el mueble de tela que el mueble de talla, el imponente mueble que tan bien se adapta al genio de las razas del Norte. Hay en la Exposición una alcoba, blanco y oro, que embelesa a todas las muchachas. Nido de plumón de cisne ó de pluma de palo-

ma, parece que está pidiendo el avecilla inocente, de fisonomía a lo Greuze, digna de habitar tan poética jaula, que sólo costará unos diez ó doce mil duros.

En porcelanas y tapicerías, los franceses descuellan desde hace muchos años. Hoy han aplicado todo su conato a sorprender é imitar los procedimientos de la cerámica china y japonesa, robándole el secreto de sus esmaltes y pastas. Las pruebas de su importante adquisición se encuentran en el Campo de Marte, patentes a quien desee estudiarlas. Hay una riqueza de color sorprendente en este nuevo producto llamado *porcelana dura*. En el mosaico han adelantado también, deseosos de competir con Italia. Y en su estilo propio, el género Sévres, exponen jarrones y servicios capaces de tentar a la persona más económica.

* * *

Expone también Francia la luna de espejo más grande que nunca se ha fabricado en el mundo. ¿No tiene mucho de simbólico? El dominio de Francia sobre Europa, del espejo nace y procede. La coquetería y la moda son las armas mejor templadas y más agudas de que Francia hace uso. Si adoptase nuevo blasón, en vez del gallo debería poner el pavo real, y por tenantes un espejillo y una caja de velutina.

Industria menos frívola, y hasta con un barniz histórico que la ennoblece mucho, es la ta-

picería nacional francesa, los Gobelinos. Más que industria, puede considerarse arte, al menos en sus resultados. En realidad, un hermoso tapiz agrada á la vista y decora la habitación tan regiamente como una obra maestra pictórica. Su coste impide que se vulgaricen, y su carácter es siempre nobiliario, grave y majestuoso. Una fábrica de tapices como los Gobelinos honra á una nación.

Ninguna de las europeas presenta tapices decorativos tan grandiosos como los destinados á adornar, después de cerrada la Exposición, el palacio del Eliseo, haciendo compañía á muchos y muy soberbios que la morada presidencial encierra.

De los tejidos de seda y los encajes franceses también puede afirmarse que son de primer orden. ¿Quién le disputa la palma á Lyon en sederías? Así los riquísimos terciopelos brochados ó labrados para muebles, como los géneros llamados á barrer el piso de las salas de baile vistiendo á las damas, son un prodigio de dibujo y una magia de colorido. Hay una tela—fondo de raso azul pálido, sobre la cual se confunden rosas te, medio deshojadas ó entreabiertas y ramas de lila blanca sembradas como á capricho,—que, más que tela, es un verdadero cuadro de flores, una obra de arte, por consiguiente. Hay otra—fondo de oro oscuro y mate, como si lo hubiese tostado y amortiguado el

uso, sobre la cual se destacan pensamientos de tamaño y color natural, de variados matices, de aterciopeladas hojas, con su follaje,—que me tuvo diez minutos en contemplación: y nótese que diez minutos de contemplación en París son palabras mayores, porque siempre se anda de prisa. Vestirse con semejantes telas sería ardua empresa, á menos que las maneje y corte la tijera de un gran artista en indumentaria femenil: son telas que eclipsan á la mujer que las usa; atraen demasiado la vista, la entretienen con exceso, y dañan al conjunto. Colgadas en el escaparate, adquieren su verdadero interés, su importancia artística. Nada quiero decir de los bordados, ni de las primorosas cintas y flores artificiales, pajaritos y plumas. De los encajes sí: no merece llamarse mujer la que pasa insensible ante las instalaciones de Chantilly y Alençon.

En virtud de una curiosa analogía, puede notarse que los mejores encajes reproducen casi siempre estilos arquitectónicos propios de la tierra en que se fabrican: las delicadas mallas del hilo compiten con la dura piedra. Esta regla es aplicable al encaje inglés, al de Brujas, al guipur, al Venecia. El Alençon, rey de los encajes, dulcemente moreno, cual si el sol oriental le hubiese acariciado mucho, ostenta en su diseño la complicada riqueza de las cresterías entre moriscas y góticas del punto de Venecia, del cual procede. La energía y realce de su dibujo proviene de que cada línea de hilo sutilísimo encubre un alambre tan fino como el más

delgado cabello; alambre que no quita nada de su flexibilidad al encaje, ni se puede advertir su existencia sino aguzando mucho la vista y el tacto. El Alençon es carísimo; en la Exposición hay pañuelos, guarniciones y velos nupciales, que valen una millonada de francos; y sólo en las novelas de Eugenio Sué andan por las ventanas "cortinas dobles" de este encaje, reservado al adorno de las damas pudientes y gastadoras.

La sección belga no se queda atrás en esto de randas: Malinas disputa á Alençon la primacía. El Bruselas, que está más al alcance de todas las fortunas, agota la variedad de sus motivos y temas, antes floridos que arquitectónicos. Cuando no alcanza á expresar bien las curvas virginales de una azucena ó la frescura de una rosa, acude á otros géneros, y mezcla una flor de punto de aguja ó de Venecia, que se destaca con brío sobre el fondo, algo desleído, del Bruselas. El que quiera ver cómo se realizan tales maravillas, no necesita sino entrar en un pabelloncito donde las encajeras trabajan, manejando con increíble destreza sus palillitos menudos, clavando y desclavando alfileres microscópicos, dedicando una mañana á hacer brotar de sus prolongadas agujas el pétalo de un lirio ó el remate de una estrella.

Descuella en la sección de Italia—al menos para mí que voy prescindiendo de las indus-

trias meramente *útiles*—el vidrio veneciano. Es una industria histórica, que no se transforma, pues está repitiendo eternamente los mismos tipos; pero que como nació tan seductora, no ha menester remozarse. Siempre los mismos espejos, que parecen rodeados de estalactitas de nieve y de flores fantásticas, teñidas con el gualda, rosicler y azul de los cielos al amanecer. Siempre las mismas copas y ánforas tornasoladas, que conservan en apariencia la huella del pulpejo que las modeló. Siempre las mismas arañas, que parecen sartas de gotas de rocío y lagrimillas cuajadas en la mejilla de algún querubín. A la verdad, es difícil innovar dentro de un estilo tan poético. Cualquier tentativa utilitaria desprestigiaria á la cristalería veneciana. No se concibe que la casa Salviati fabrique copas de champaña, enjuagues ó botellas comunes y corrientes. La tradición se impone demasiado á esta industria, que parece nacida, como otra Venus, sobre la espuma de las olas del Adriático cuando las riza la brisa y las dora el sol.

Al hablar de tapices he olvidado—reparemos el olvido—los de Holanda, de la Real fábrica de Eventer, que son admirables, y las porcelanas de Delft, que conocen bien los aficionados á cerámica, por ser uno de los productos favoritos de la moderna cacharrería. También los cacharros de la sección persa merecen mención especial. Ignoro si el que compré allí está copiado de algún modelo antiguo; pero sé que es sumamente típico, y que las figuras que lo adornan

recuerdan exactamente las miniaturas del célebre libro de caballería iraníano el *Schah-Nameh*. En el Palacio indio se venden también preciosos jarros de azul original, que no existe en nuestra cerámica española, y tan poco se parece al azul porcelana de Sèvres, sino más bien al azul mate y limpio de la turquesa viva. Una cosa he observado, y es, que cuanto más atrasados son los países que exponen, más aspecto artístico ofrece su Exposición. Las de Persia y el Indostán confirman plenamente esta regla. En ambas abundan los trabajos cincelados de cobre y latón, las espléndidas armas, las tapicerías viejas, las alfombras suaves, las telas de colores; y la sección india descuella por los cachivaches de plata cincelada, que verdaderamente se diferencian de todos los demás del mismo metal que se ven por el mundo. Es una aplicación del estilo hierático á los objetos de uso doméstico. Cada cucharilla para el té remata en un Ganesa ó una Trimurti: alrededor de las tenacillas del azúcar se enrosca la simbólica serpiente: una tetera representa el Nirvana ó la creación del mundo. Es precioso, y presumo que los ingleses deben de fomentar mucho semejante industria, á la vez exótica y familiar. Verdad que se nos figura algo raro hacer de un Buda el mango de un cortaplumas ó el ojo de unas tijeras; mas el trabajo es tan curioso, que la extrañeza se olvida.

* * *

Los plateros rusos han procedido lo mismo que los indios, aplicando el hieratismo á las cucharillas y los servicios de té. Hay en la sección moscovita esmaltes bizantinos, filigranas admirables, que recuerdan confusamente la forma del cáliz, del incensario ó de la patena, al través de la forma del platillo ó la cuchara. No encierra la Exposición muchas cosas tan artísticas como la orfebrería rusa.

¿Y las joyas? Insensiblemente hace rato que doy vueltas alrededor de ellas, sin atreverme á entrar en ese terreno, que ya tiene un pie en el reino de la moda. Las joyas en la Exposición de 1889, no sólo desempeñan papel importantísimo, sino que abundan y casi hastían. Aquí, un pabellón donde el público presencia todas las operaciones de la talla del diamante, desde que le arrancan de la ganga en que duerme hasta que ostenta sus mil facetas y lanza destellos multicolores. Allá, el escaparate en que un joyero artista expone arracadas y collares, que son copia exacta de las que lucen las hermosuras muertas hace trescientos años y retratadas en el Louvre. Más allá, perlas en su concha, perlas del grosor de un huevo de paloma, perlas de todos los matices y de todos los reflejos: negras, violadas, azuladas, rojizas, rosadas, blancas y hasta color de canela. Acullá, todas las flores de los invernáculos, y aun toda la maleza de los matorrales, lirios y cardos, rosas y ramas de espino, hechas de pedrería y sin aplicación aparente, como no sea para colocar en los jarrones del tocador de alguna Emperatriz, que, habiénd-

dose vuelto loca, quiera convertir en brillantes los productos de su jardín. Más adelante, un solitario colosal, adherido automáticamente al vidrio del escaparate, y que al parecer se nos viene á las manos. Y después, *rivieres* que deslumbran, diademas que marcan, brazaletes que echan chispas y culebras de esmeraldas que nos miran con ojazos feroces de rubies... Vamos, que ya cansa. Entran ganas de quitarse los pendientes y tirarlos al arroyo.

Aun en esto de las joyas cada país conserva su individualidad. El francés hace la joya coquetona y ligera, llamada á realzar la belleza de la mujer, según cumple á lo que al fin y al cabo es no más que accesorio, siquiera valga millones. El inglés la hace decorativa, solemne, ostentosa y firme: de gusto severo y clásico, de intachable montura, de extraordinaria riqueza. El norteamericano, original y costosísima. El ruso, de sabor oriental, como si saliese del tesoro de una madona. El portugués engasta poquitos diamantes en mucho oro ó plata. En la Exposición hay ejemplos de todos estos estilos nacionales.

Y ahora, si alguien me pregunta: Y la estearina, y los algodones, y los productos químicos y alimenticios, y la metalurgia, y las materias textiles, y la industria forestal, y el jabón, y el aceite, y los cueros, y tantísima divina cosa como habrá en ese Campo de Marte, ¿dónde se

las deja usted? Respondo que me las dejo donde debe dejarse todo aquello que ni nos divierte, ni nos interesa, ni nos es conocido, ni, en suma, nos compete tratar. En el departamento de los Estados Unidos hay una Venus de Milo de tamaño natural, modelada en chocolate. Es cuanto puedo decir sobre productos alimenticios; y, con franqueza, si estuviera en mi mano, la repartiría á los muchachos para que se la comiesen.

CARTA VIII

BAYONETAS, CAÑONES.—LA EXPOSICIÓN POR FUERA

Paris, Junio 7.

CADA día que pasa aumenta la animación de esta ciudad, y descargan los trenes en su seno mayor número de forasteros venidos de las cinco partes del mundo, y más aún de América que de Europa.

Ya puede decirse á boca llena que la Exposición no fracasa; y también puede afirmarse que será muy difícil en lo sucesivo mejorar el programa de las Exposiciones, encontrando después de la torre Eiffel alguna novedad estimulante, algún signo peculiar que distinga á un Certamen entre todos los que en el mundo han sido.

La barca de la Exposición navega, pues, en

dose vuelto loca, quiera convertir en brillantes los productos de su jardín. Más adelante, un solitario colosal, adherido automáticamente al vidrio del escaparate, y que al parecer se nos viene á las manos. Y después, *rivieres* que deslumbran, diademas que marcan, brazaletes que echan chispas y culebras de esmeraldas que nos miran con ojazos feroces de rubies... Vamos, que ya cansa. Entran ganas de quitarse los pendientes y tirarlos al arroyo.

Aun en esto de las joyas cada país conserva su individualidad. El francés hace la joya coquetona y ligera, llamada á realzar la belleza de la mujer, según cumple á lo que al fin y al cabo es no más que accesorio, siquiera valga millones. El inglés la hace decorativa, solemne, ostentosa y firme: de gusto severo y clásico, de intachable montura, de extraordinaria riqueza. El norteamericano, original y costosísima. El ruso, de sabor oriental, como si saliese del tesoro de una madona. El portugués engasta poquitos diamantes en mucho oro ó plata. En la Exposición hay ejemplos de todos estos estilos nacionales.

Y ahora, si alguien me pregunta: Y la estearina, y los algodones, y los productos químicos y alimenticios, y la metalurgia, y las materias textiles, y la industria forestal, y el jabón, y el aceite, y los cueros, y tantísima divina cosa como habrá en ese Campo de Marte, ¿dónde se

las deja usted? Respondo que me las dejo donde debe dejarse todo aquello que ni nos divierte, ni nos interesa, ni nos es conocido, ni, en suma, nos compete tratar. En el departamento de los Estados Unidos hay una Venus de Milo de tamaño natural, modelada en chocolate. Es cuanto puedo decir sobre productos alimenticios; y, con franqueza, si estuviera en mi mano, la repartiría á los muchachos para que se la comiesen.

CARTA VIII

BAYONETAS, CAÑONES.—LA EXPOSICIÓN POR FUERA

Paris, Junio 7.

CADA día que pasa aumenta la animación de esta ciudad, y descargan los trenes en su seno mayor número de forasteros venidos de las cinco partes del mundo, y más aún de América que de Europa.

Ya puede decirse á boca llena que la Exposición no fracasa; y también puede afirmarse que será muy difícil en lo sucesivo mejorar el programa de las Exposiciones, encontrando después de la torre Eiffel alguna novedad estimulante, algún signo peculiar que distinga á un Certamen entre todos los que en el mundo han sido.

La barca de la Exposición navega, pues, en

mares bonancibles, á pesar de las amenazadoras nuevas que estos días corren sobre la visita de Humberto de Saboya, rey de Italia, á Guillermo de Hohenzollern, emperador de Alemania. Parece que los dos soberanos, al reunirse, no tuvieron ojos ni pensamiento más que para los respectivos ejércitos. Del alemán se asegura (y lo confiesan y reconocen los franceses mismos) que es un modelo de perfección; que allí un regimiento ejecuta las maniobras como podría ejecutarlas un solo hombre; que el armamento, los uniformes, las fornituras, y hasta los semblantes, respiran coquetería marcial; que la enorme cadena de hierro, cuyos anillos eslabonan cerca de un millón de vidas humanas, funciona como si la animase un mismo soplo de vida, y fuese algún animalazo fantástico semejante al galápagos ó tortuga que con los escudos formaban las legiones romanas.

Cuentan que el joven Emperador, caliente de sangre y ansioso de respirar el olor de la pólvora, no ve las santas horas de echarse al campo, de jugar á los soldados en gran escala, y de ganar aquella cruz de hierro que en buena lid conquistó su excelente padre.

Hay mucho de simpático en esta impaciencia del mozo arriscado, que arde por ceñirse la espuela y señalar con altos hechos su paso por el trono, á fin de no dejar en la Historia la vergonzosa página en blanco de los reyes haraganes. Continuador de una dinastía de guerreros, Guillermo está embriagado con el recuerdo de

las victorias del gran Federico, y el sencillo lecho de campaña que usaba su abuelo se le figurará preferible á los salones del palacio de Berlín. No es maravilla, no, que ansie por el día de la primer batalla, como las niñas bonitas sueñan con el primer baile. Pero Humberto, ya todo encanecido, curtido por la edad, entristecido por la crítica y angustiosa situación de su reino y por la melancolía de su disensión con el Pontificado, ¿qué ilusiones llevará á la lucha? ¿Recobrar el pedazo de tierra prometida que le detenta Francia?

No soy enemiga de la guerra. Al contrario, juzgo que es un factor importantísimo de la civilización; que sin las guerras médicas no hubiera llegado la cultura griega á su apogeo; que sin las púnicas no hubiera prevalecido el mundo latino sobre el africano—y apenas significa y representa este suceso en el desarrollo histórico!—que sin las germánicas y coloniales romanas, el Cristianismo no se hubiera extendido tan rápidamente; que sin las de la Reconquista no existiría España, y sin la de la Independencia no tendríamos la escasa vida moderna que tenemos aquende el Pirineo. Mas si aplaudo la guerra, desconfío de la paz armada hasta los dientes, que, á manera de inmóvil coloso de acero relleno de balas, pesa hoy sobre Europa.

Durante los ocios de la paz, no sólo pierde

la profesión militar su razón de ser, sino que se convierte en el más prosaico de los oficios. Basta ver en las capitales de provincia (de España hablo) á los oficiales de las distintas armas cómo se ven al cabo de poco tiempo de cuartel, descanso y vida doméstica. Lo primero que hacen es aborrecer su oficio; no querer ponerse jamás el uniforme; dejarse crecer el pelo y la barba, con manifiesto descuido; criar panza, casarse, cargarse de hijos y adoptar el tipo del ciudadano pacífico por excelencia. El pundonor quisquilloso, la galante caballería, la resolución, la energía que la profesión militar lleva consigo, todo lo echa el oficial español en el desabrido pucherete de la familia modesta, y se convierte en algo semejante á hortera ó canónigo que se come tranquilamente su paga desde el sombrío coro de alguna arrinconada catedral. Los actos del servicio, aun los más insignificantes, como es alumbrar en una procesión, le molestan, y pone el grito en el cielo si el Ministro del ramo, en uso de un derecho indiscutible, le traslada de una guarnición á otra. Olvidado de la galanura y elegancia marcial, va sucio, derrotado, sin botones y con el galonaje color de destenido cobre; y, por último, sólo se acuerda de que abrazó lo que nuestros abuelos llamaban "la nobilísima carrera de las armas" el día que tocan á cobrar; el día en que cae del cielo—mal ganado—el garbanzo maldito.

De aquí procede que nuestros escritores militares se pregunten (como Barado en el último número de la *La España Moderna*): ¿de qué provienen esa indiferencia, ese despego hacia las clases militares que se echan de ver en nuestra patria? Proviene—responderíamos al distinguido oficial—de que está en nuestra conciencia que el ejército nos cuesta los ojos de la cara, y en un trance crítico de ningún apuro nos sacaría. Será un antemural (bien aportillado) para las instituciones; lo que es para el país, es un censo y una superfluidad que ni siquiera se puede calificar de hermosa. El mismo Barado se encarga de decirnos que los batallones, por economía, se encuentran reducidos al estado de esqueletos; que sus plazas son nominales, y que, en cambio, de la plantilla de oficialidad nada se suprime por no disgustar á los suprimidos, lo cual, según donosamente agrega el escritor, es lo menos que podía suceder.

Pero volviendo á Italia y Alemania, se me dirá, y con razón, que si nuestro ejército nos arruina y está además pésimamente organizado, hallándonos todos persuadidos de que cualquier guerra pararía en el mayor desastre, las dos naciones aliadas, en cambio de sus sacrificios, poseen una constitución militar de primer orden. En Italia recorrerán los campos gaviilas de aldeanos famélicos, que antes de emi-

grar lanzan el grito de la desesperación: "¡Pan y trabajo!" En cambio esperan almorzar dentro de poco laureles y gloria.

Si: no niego que el ejército alemán es en su género modelo; reconozco la marcialidad de sus oficiales, la perfecta instrucción de sus soldados; sólo pregunto: ¿es natural, en el siglo en que vivimos, que se reúnan dos poderosos monarcas para tratar únicamente de hazañas bélicas, ni más ni menos que si el uno fuese Agamenón, rey de reyes, y el otro Aquiles, hijo de Peleo? ¿Se concibe que, en vez de pensar en los adelantos literarios y científicos, recorrer los museos y los hospitales, comunicarse el progreso de las artes en sus respectivos dominios, presentarse los ciudadanos que son honra del siglo en que viven, estudiar de mancomún las necesidades de los pueblos y el estado de la política interior, no hagan más que revistas y revistas, desfiles y desfiles, visitas y visitas de cuarteles?

¿Cuándo se acabará la incertidumbre de Europa? ¿Cuándo se despejará el horizonte y vendrá el suspirado desarme, que devuelva los brazos á la agricultura y el dinero á las arcas del Erario? Llegue enhorabuena el conflicto; descargue la nube, resuélvase el problema y sonría otra vez el sol. Razón tienen los fueristas vascos: en tiempo de paz, es risible oír el redoble del tambor y el sonido de la corneta; en tiempo de guerra, es indigno ver á nadie que no sea soldado, porque, en peligro la patria, todo varón debe empuñar el fusil.

A los franceses no les ha caído en gracia el viaje del monarca italiano. Se les figura una protesta, más ó menos explícita, contra el éxito de la Exposición. Se han desquitado ridiculizando algunos pormenores de la hospitalidad alemana, riéndose de los *menus* de los festines regio-imperiales, comentando la amazona de paño blanco y el chambergo con plumas de la Emperatriz. Los Hohenzollern, en efecto, son una raza de soldados: la economía, la sencillez, la modestia, constituyen en ellos una tradición legada por el célebre Federico, que echaba mangas nuevas, botones y remiendos á las casacas militares. No habrán ofrecido á Humberto un hospedaje refinado; en cambio le han hecho testigo del delirante entusiasmo de un pueblo que tiene la fortuna de amar sus instituciones, que no cesa de vitorear á su Emperador apenas pone el pie en la calle ó se asoma á los balcones de palacio.

Desde las plataformas de la torre Eiffel se dominará perfectamente la totalidad de la Exposición, toda la Esplanada de los Inválidos, el Campo de Marte y el parque del Trocadero. Como sólo una vez pienso ascender á la torre, ese día la describiré, antes que se disipe la impresión que haya experimentado; por hoy me contento con subir á la galería circular del palacio del Trocadero, desde donde puede otearse todo, excepto la Esplanada de los Inválidos.

Lo primerito que atrae nuestras miradas ¿qué ha de ser sino la torre? En medio de su inmensidad, la pirámide de hierro es majestuosa, proporcionada, elegante: su misma férrea caparazón tiene esbeltez. No; ya dije que hoy no quería hablar de ella.

Allá abajo rueda la gran cascada, y de tazon en tazon viene á parar en el pilón donde se aplana y reposa. La cascada es antigua ya, y si alguna caída de agua pudiese ser de mal gusto, ésta lo sería. Se asemeja á una decoración de ópera, y contribuyen á la semejanza los cuatro avechuchos de dorada fundición que la guarnecen. A uno y otro lado de la fuente se extiende el Parque, transformado en Exposición de horticultura. Por allí anda también mi antiguo conocido el acuario, mejorado en tercio y quinto, y la futura Exposición geológica, que será indudablemente muy curiosa, pero que hoy por hoy se halla en el estado de la inocencia. El Parque comunica con el puente de Jena y va á desembocar en el inmenso y grandioso Campo de Marte.

En él se ven desde luego los pabellones pertenecientes á la opulenta Compañía petrolera internacional; luego la Exposición particular de la Sociedad electricista, y al extremo de la vasta construcción destinada al material de navegación y salvamento, el soberbio panorama de la Compañía Trasatlántica.

Merece que nos detengamos en él. Panorama y diorama nos muestran en todo su esplendor la poderosa flota de la Compañía que reali-

za hoy las empresas atribuidas á los navegantes fenicios. Quien recorre el pabellón del Campo de Marte puede forjarse la ilusión de estar á bordo de uno de esos hermosos vapores que han unido á Europa con América. Se visita el puente, el entrepuente, el sollado; se cruza por entre la arboladura; se ven las cámaras de los pasajeros de primera, el fumadero, el comedor; se conoce el navío en construcción *Turena*, lo mismo que si nos embarcásemos en él. Por lo que toca al pabellón en sí, dicen algunos que es una bonita obra arquitectónica; que se desarmará y se lo llevarán para armarlo otra vez en Nueva York. Confieso que este género de edificios en que domina el hierro me parecen todos de un carácter utilitario incompatible con la estética. Sólo la torre..... ¡Ea! No la nombremos aún.

Lo que llama la atención alrededor de la torre es la especie de mascarada arquitectónica, conocida por *Historia de la habitación humana*, que comprende desde las ciudades lacustres y las cavernas de los trogloditas hasta los palacios del Renacimiento italiano. Quizá diga algo, más adelante, de esta reconstrucción poco feliz: sólo de pasada la nombro ahora, al tratar de la Exposición por fuera.

Entre las descomunales patatas del coloso, como para quitar el aspecto industrial á los montantes de hierro que sostienen su mole, se eleva, hasta la altura de unos doce metros, la bella y artística fuente monumental, que, coronada por el arco en que se basa la torre, apa-

rece en toda su elegancia. Es obra de un alumno del célebre é ilustre Carpeaux; mide nueve metros de elevación y doce de diámetro, y comprende once figuras colosales; abajo, cinco que figuran las partes del mundo; más arriba, cuatro que sostienen un globo terráqueo circundado de una atmósfera de nubes, y sobre el globo otras dos, airoosas, esbeltas, *lanzadas*, como se dice en jerga de taller, que representan á la Noche intentando sujetar al Genio de la luz. Las cuatro figuras que soportan la esfera son la Historia, Mercurio con su caduceo y el saco de dinero (símbolo de la Exposición y del río de oro que trae á París), el Sueño y el Amor (éstos sí que no entiendo el papel que componen).

A los pies de la torre, como tapiz oriental á los de un negro gigantazo, se extiende un parque á la inglesa, con colinitas, saltos de agua, arroyuelos, frescura y sombra; pero todo salpicado de pabelloncitos é instalaciones. Allí se desparraman el pabellón de la Compañía de Suez y Panamá; el de la Exposición brasileña; la Exposición de cervezas de la casa Tourtel-enfrente, los pabellones de Venezuela y Bolivia; no lejos, el de Chile; luego el Palacio de los niños, paraíso de la chiquillería, con su indispensable teatrillo en miniatura. Bajando hacia el Sena y volviendo á pasar por delante de Venezuela, se llega á Méjico, construcción extensa que hace frente á los edificios de la Manutención y la Aduana. Al otro lado del Parque, más pabelloncitos aún: la cervecería del

ferrocarril, el pabellón de las Manufacturas del Estado, el de la Compañía del Gas, el de la Sociedad telefónica, el finlandés, el noruego, el sueco, la oficina donde se ve la talla del diamante, el teatro de las *Folies parisiennes*, y, por último—justo es que le otorgue especial mención—el pabellón de la Prensa.

Después de rondar todos estos edificios, se queda uno más molido que si le hubiesen dado una soberana paliza; digo, supongo que después de una paliza debe de quedarse muy molido quien la sufra, y sé por experiencia que recorrer el parque de la Exposición es un ejercicio de los más fatigosos.

La hermosa herradura que forman los dos palacios gemelos y el de la Exposición encierra un deleitoso jardín, mitad inglés y mitad francés, salpicado de algún pabelloncito de industrias bonitas que confinan con el arte, verbigracia, las lozas, los mármoles, las maderas recortadas para construcción. La calle grande resguardada por toldos, ofrece un refugio contra la lluvia y el sol; esta calle rodea la segunda fuente monumental, cuyo tazón descansa en un navío (la galera de Lutecia) y en la proa ó rostro de este navío se afirma en orgullosa y retadora actitud, dispuesto á entonar un cántico de victoria, el gallo galo.

Del centro del navío surge una estatua de *Francia iluminando al mundo*, en la cual todos ven reminiscencias de la célebre Libertad de la bahía de Nueva York. Alrededor de Francia se agrupan la Ciencia, la Industria, el Ar-

te, la Agricultura, el genio de Francia, muchos geniecillos portadores de cuernos de Amaltea, varios cañaverales, la Envidia, la Pereza, y en el tazón inferior los ríos de Francia, con infinidad de tritones. No diré que esta fuente, de noche y con luz eléctrica de colores varios, no resulte decorativa y grandiosa; pero tanta comparsa de figurones y tanta balumba de atributos obligan á recordar, por contraste, aquella joyita del arte renaciente, aquella fuente-cilla de las *Tortugas* que se encuentra en una solitaria plazoleta de Roma, y que, por su admirable sencillez, recrea los ojos, pone en equilibrio el espíritu y embelesa el alma. Hoy se ha perdido el secreto de las fuentes: no llegaremos nunca en eso á nuestros predecesores.

De los dos palacios gemelos, el uno es el de Bellas Artes (donde me detendré), y el otro el de las Artes liberales, donde se junta todo el material pedagógico y científico: tipografía, librería, material escolar, elementos necesarios para la pintura y la fotografía, instrumentos y aparatos de cirugía y medicina, chismes de los que se sirven los ingenieros y planos de la sección antropológica y de la historia retrospectiva del trabajo. Este palacio—lo adivino—no ha de robarme mucho tiempo.

Dando la vuelta á los dos palacios de las Artes, encontramos hacia el segundo el pabellón de Nicaragua y el del Salvador; y subiendo hacia la Escuela militar, nos salen al encuentro el del Uruguay y el de Santo Domingo, el del Paraguay, el de Guatemala y el de la India in-

glesa. Ante la fachada que mira al Sena, el pabellón de Mónaco y el de la pintura al pastel, y después otro mayor, el de los acuarelistas. Desde éste—haciendo caso omiso de cinco grandes pabellones industriales—llegamos á la galería Rapp, y entramos en el Palacio, propiamente dicho, de la Exposición. Su redonda y majestuosa cúpula sería de gran efecto si la torre Eiffel no se comiese y no anulase todas las construcciones que tiene próximas. Además, la variada decoración de la cúpula misma me parece muy discutible desde el punto de vista del buen gusto. Su fondo es de pizarra, con oscuros reflejos metálicos, y los adornos de cobre, plomo y zinc resaltan en demasía. La portada carece de novedad y severidad; el balcón que la corta por medio, contribuye á hacerla mezquina; su tímpano es aplastado y pobre, y los dos figurones que á ambos lados la guarnecen tienen el aspecto más industrial posible.

En las dos calles exteriores que orillan el palacio, pabellones y más pabellones, restaurantes y más restaurantes, donde, á pretexto de servirle platos exóticos y con mucho color local, le sangran á uno bonitamente la bolsa: el rumano (que es la novedad de esta Exposición), el ruso, el bazar marroquí, la típica y célebre calle del Cairo, siempre atestada de gente, siempre animada. Al salir de ella y volver al jardín interior, á cualquiera se le ocurriría consagrar enfáticos elogios á la Galería de las máquinas, que admira por la audacia de su construcción y su magnitud, como que es una su-

perficie de cincuenta mil metros cuadrados, cubierta, sin ningún punto de apoyo; ni pilares, ni columnas, ni arcadas, ni nada, en suma, que pueda sostener la nave colosal. Para mí esto es un problema científico magistralmente resuelto; pero comprendo que no sé apreciarlo; que no lo admiro ni lo estimo á proporción de lo que debe de valer.

No me determino á describir detalladamente el palacio de la Agricultura ni la Esplanada de los Inválidos, únicos puntos culminantes de la *Exposición por fuera* que no he pintado todavía. De esta última algo diré. Para ir á la Esplanada de los Inválidos he tomado, no un asnillo egipcio enjaezado con terciopelo rojo, sino el camino de hierro de cintura que rodea á la Exposición.

No ostenta la Esplanada grandes palacios de hierro, sino mucho pintoresco pabelloncito, mucha aldehuela exótica, habitada por indígenas; el palacio argelino, el palacio tunecino, la Exposición colonial y varios estanques, donde navegan en piraguas neocaledonios y haitianos legítimos. El Tonkín, el imperio anamita, Cochinchina, se encuentran representados por numerosos obreros; un teatro asiático, que da tres funciones diarias; diferentes pagodas de bulbosas cúpulas, y un templo donde el idolo de Buda cierra los ojos por no marearse con tanta actividad, ó puesta á sus soñolientas doctrinas. ¿Y qué más merece citarse en la Exposición por fuera? La puerta de la Exposición militar, que representa una fortaleza del si-

glo XV, con sus dos torreones redondos y almenados, y su puntiagudo techo, flanqueado de torrecillas.

*
*
*

El día mismo en que di el formidable paseo de recorrer toda la Exposición, después de haberla contemplado á vista de pájaro desde la galería circular, de noche se celebraba un banquete, al cual no pude asistir por hallarme fatigada, pero al cual asistí otros años, y, por lo tanto, debo consagrarle una memoria.

La idea del Folk-Lore, sajona de origen, ha prendido y arraigado de tal suerte en toda Europa, que van tomando carta de naturaleza en nuestros idiomas neolatinos las palabras *folklórico*, *folklorístico*, *folklorista*, cuyo sentido ya no ignora nadie.

Tienen por objeto las sociedades de Folk-Lore recoger, archivar é interpretar, si es posible, las preocupaciones, supersticiones, creencias, mitos, leyendas, consejos, refranes, tradiciones y cuentos que el adelanto de las sociedades y la mano niveladora de la civilización van extinguiendo y borrando por todas partes. Creen los fundadores del Folk-Lore que en ese terreno de aluvión donde ha ido depositándose lentamente el remanso de los siglos pasados y las edades desvanecidas, se encuentran los gérmenes de la vida histórica de las naciones, la clave de su arte, de su literatura, el fondo mismo de su carácter. Ayudadas por el movi-

miento regionalista y localista que hoy se manifiesta enérgicamente en Europa, las sociedades de Folk-Lore han adquirido en pocos años extraordinario vuelo, y cundido por los más remotos países.

No existían en España más que dos de estas sociedades cuando fundé en mi tierra el Folk-Lore Gallego, que ha sido de los más activos, y tal vez algo útil para la cultura regional. Porque el Folk-Lore, que parece una reunión de curiosos impertinentes dedicados á estereotipar cuentos de viejas, en realidad guarda estrecha conexión con varias ciencias, de las que más camino llevan andado en el presente siglo—etnografía, lingüística, mitografía, antropología.—Por eso no me sorprendió al llegar á París, encontrar establecido un Folk-Lore bajo el gracioso título de Sociedad de *Ma mère l'Oie* (como si dijésemos, *Sociedad de Maricastaña ó del Rey que rabió por gachas*) y ver que en el seno de esa Sociedad figuraban sabios de tanto nombre como Renan, Mortillet, Sébillot, el príncipe Rolando Bonaparte y otros muchos.

Digo, pues, que esta sociedad de *Ma mère l'Oie*, con la cual llevo hace años cordial relación, celebra todos los meses una comida, á que he asistido diferentes veces, y que la galantería de mis colegas en *saber popular* me obligó siempre á presidir. Verificábanse los agapes en un restaurant; pero hace dos años, deseosos los folkloristas de instalarse mejor, se convinieron con uno de los muchos círculos que en París

existen, llamado el *Cercle Saint-Simon*, el cual se ofreció á darles, mediante razonable subsidio, casa, luz, biblioteca, periódicos y local para el acostumbrado banquete. Apenas acomodados en el *Cercle*, me convidaron los folkloristas á asistir á la primera reunión gastronómica.

El mayor núcleo de socios del Cercle Saint-Simon se compone de protestantes; ignoro si calvinistas, luteranos ó evangélicos, pero protestantes al fin. Sabedores de que los folkloristas habían convidado á una dama, muchos socios, con la clásica intolerancia y la poca cortesía de los puritanos, elevaron una protesta. Apuro de mis anfitriones. ¿Iban á desconvidarme? ¿Romperían con la Sociedad? En esta duda estaban cuando mi anciano y respetable amigo el conde de Puymaigre, autor de *La corte literaria de D. Juan II, rey de Castilla*, traductor del *Victorial*, á quien la Academia Española nombró Socio correspondiente, intervino en la cuestión, mostrando un ardor y una vehemencia caballeresca propias de edad más lozana que la suya. ¿Cómo se entiende? ¿Soñar siquiera en rendir el pabellón ante gente necia y descomedida, cuando estaba de por medio una señora? ¿No sabían quién era yo? Ignoraban mi representación literaria, mis servicios al Folk-Lore, etc., etc.? En suma, tanto dijo el simpático Nestor, que la asamblea de los argivos aplaudió, y quedó resuelto el incidente, derrotando el *saber popular* á la Reforma.

Me enteré de la polémica cuando ya estaba

sentada á la larga mesa de cincuenta cubiertos, entre el príncipe Rolando Bonaparte y el docto euskarófilo Juliano Vinson. Renan, no sé si ocupado ó indispuerto, no había podido asistir. El Príncipe, deseoso de dar color local al banquete y de relacionar á nuestros paladares con los platos de su tierra, contribuía con una provisión de bollos de harina de castaña, quesos de oveja, empedrados de higos, tortas de maíz y cebada, roscos más duros que las paredes de la habitación prehistórica, y otros manjares corsos que, sin pecar de maliciosa, bien puedo figurarme que no gustaron.

En Francia es costumbre añeja cantar á los postres, y esta costumbre no la perdonan los folkloristas. No vale tener buena ni mala voz; no hay que disculparse con que se carece de afinación ó de oído, ó de conocimientos en el solfeo, ó de humor, ó de todas estas cosas juntas; y sólo se exime uno apelando á recitar una poesía, que ha de ser popular y en dialecto. Cantaron pues, ó recitaron por turno los cincuenta comensales, cada uno las canciones ó las baladas de su país. Un japonésito, que parecía una figura de barro cocido, nos narró no sé qué historietta amorosa, en su lengua por supuesto, con lo cual dicho se está que nos quedamos en ayunas y que él pudo muy á su sabor llenarnos de desvergüenzas, aunque no lo creo, pues con sus ojuelos oblicuos y su cabecita de calabacín parecía excelente persona, y mostraba hallarse muy confuso é intimidado. Un bajo-bretón no sólo nos cantó una leyenda pre-

ciosa, sino que bailó la célebre danza popular de *Los zuecos de la Reina Ana*. Un inglés nos ofreció un canto bárdico del país de Gales. Un normando entonó alegres estribillos, que oían á manzana en flor y sidra fresca. Por último, un negro haitiano nos hizo oír una *nana* ó canto de cuna, que á todos nos agradó mucho por su inocente gracia criolla.

Aquella mesa era abreviado trasunto ó, mejor dicho, profecía de la Exposición universal. Todos los países, todas las razas, todas las lenguas se reunían en torno de la mesa cosmopolita, al amparo de la vieja tradición y de la joven fraternidad de los pueblos.

Las conversaciones merecían que las hubiese apuntado un taquígrafo. A mi lado se hablaba de cráneos, conversación de molde para cortar el apetito á quien no sea un sabio de tomo y lomo, cual el ilustre Mortillet. Los cráneos de mi tierra, del Occidente de España, eran cabalmente lo que traía á aquellos insignes prehistoriógrafos vueltos tarumba. De las demás regiones españolas habían logrado juntar una mediana colección, suficiente para discernir el tipo étnico; pero de mi país no andaba por los Museos antropológicos ni una mala calavera. Yo me sonreía, pensando en el supersticioso respeto con que el gallego mira los cementerios, las sepulturas y todo lo que podemos llamar la religión ancestral ó culto de los antepasados. ¡Conseguir un cráneo gallego! Empresa muy difícil. “¡Y decir, exclamaba Mortillet, que tenemos cráneos de malgachos, de peruanos, de

laponos, de samoyedos, de aztecas, y no podemos lograr un cráneo procedente del país de esta señora! Al menos, señora, dígnese usted decirme si prevalece la dolicocefalia ó la braquicefalia."

En tan inofensivas disquisiciones entretuvimos la comida, que no terminó antes de las doce de la noche.

CARTA IX

COCHEROS Y REPRESION

París, Junio 14.

Los cocheros de punto, ó *simones*, como en Madrid se dice, son (hablando en general) la casta de gente más soez y gruñona que Dios echó al mundo. La mitad de las desazones que sufre el infeliz viajero cuando sale de su casa con el honrado propósito de echar una cana al aire y romperles el alma á unos cuantos duros, son debidas á la gente cocheril. Si á los que no tenemos trazas de provincianos consiguen explotarnos siete veces al día, ¿qué será al cándido ciudadano provisto de saco y gemelos, ignorante de las calles y de las tarifas, deseoso de llegar pronto, y determinado á no reparar en peseta arriba ó abajo? Con las tretas de los cocheros se podría hacer un libro, lo mismo

que se ha hecho un diccionario de germanía con sus injurias y palabrotas.

Aquí estos días andan picados de la tarántula. Han comprendido que el éxito de la Exposición era completo; que el Gobierno y el país lograban con él satisfacción y gloria; que los industriales parisienses se redondeaban, y que la nube de forasteros que diariamente arrojan sobre la metrópoli los trenes necesita ante todo hallar expeditos los medios de locomoción. Omnibus, ríperes, tranvías, vapores-moscas, carruajes de lujo, todo es poco para la muchumbre; y los catorce ó quince mil alquilones que en París existen son tan indispensables como el pan para la boca. Desde que estoy aquí, puede decirse que habito en un coche de punto. ¿Cual será mi consternación al verme amenazada de desahucio? Momentos son estos en que acude á la memoria el socialista aforismo: "¡Lo que conviene al pueblo, es ley suprema!" ¿Por qué no hace el Alcalde de París una alcaldada (las alcaldadas son excelentes cuando son oportunas) y manda á la cárcel á dos mil cocheros atraillados como galgos, ó siquiera al sindicato que les fomenta sus inoportunas pretensiones? ¿Por qué no se improvisan en el ejército cocheros (no serán peores que los que cocheaban ayer y se niegan hoy á seguir cocheando) y se deja á esos vándalos con un palmo de narices?

¿Creen ellos que no hay sino comprometer el éxito de una empresa cual la Exposición, donde se han tirado millones y donde está empeñado el decoro de Francia, y que puede la cosa quedarse así y estar toda Europa pendiente del antojo de un hato de *malcalzados*, como diría el poeta del Romancero?

Asegúrase que el Gobierno se da prisa extraordinaria para arreglar el conflicto, sin que se produzca una subida de precios muy desagradable para la gente forastera. Veremos cómo lo logra, pues de otro modo no sé qué va á ser de los extranjeros.

También la política ofrece alguna amenidad y encrespamiento hoy. Mucha gente anda con las orejas gachas y el corazón no mayor que una fresa, desde que se han sorprendido los papeles de la correspondencia del General. ¡Setenta mil cartas se encontraron! Y digo yo: ¿Por qué le llaman liberal á un régimen bajo el cual implica un peligro serio el escribir á determinado personaje político diciéndole: "me agradan sus ideas de usted, y celebraré que prevalezcan y se impongan?"

También se me ocurre nuevamente que el país francés no puede prescindir de la sombra de la Monarquía; y lo prueba lo mucho que llevan y traen á Carnot y á Madama Carnot en esta ocasión solemne para contrarrestar la popularidad del desterrado. El viaje del Presiden-

te ha sido un remedo de viaje regio, con sus salvas, su acompañamiento, sus dispendiosos banquetes, sus entusiasmos de fabricación oficial, sus comisiones y grupos con ramitos de flores, sus discursos, sus vivas, todo cuanto suele acompañar el paso de un monarca. Al lado del ídolo Boulanger, se pretende erigir la estatua de Carnot. Las naciones latinas no pueden avenirse al símbolo abstracto, á la seca fórmula: necesitan encarnar la opinión en un ser viviente y real.

A esta entronización de la persona va unida fatalmente una dosis de represión contra los enemigos de ella, más que del régimen. Aquí se habla muy en serio de persecuciones y de golpes de Estado; y algo semejante á los ya caducos procedimientos de la época imperial es el arresto de los principales bulangistas en Angulema. Llegados á esta ciudad por el tren de las diez y media Laguerre, Derouléde y Laissant, para dar una conferencia revisionista y presidir un banquete monstruo de quinientos cubiertos; recibidos con entusiasmo en la estación; aclamados, obsequiados con los indispensables ramilletes de claveles rojos, flor simbólica de Boulanger, la tropa interrumpe la manifestación descargando sablazos de plano y arrestando á los más entusiastas, y luego á los tres viajeros, á la puerta misma del hotel en que iban á tomar descanso. "¡No gritéis viva la República, que os prenderán!" exclamaba el fogoso Derouléde. "¡Gritad vivan los ladrones, y ya veréis cómo no os hacen nada!" En suma, los viajeros y sus ad-

miradores han sido conducidos á la cárcel, y el Comité nacional ha protestado diciendo que la patria está en peligro, y que la seguridad del ciudadano es palabra baldía.

Más ¿qué le importa todo esto al viajero que se refocila en los cafés, *bars* y hospederías de la Exposición, que acude á la malograda fiesta de las flores, que anda de tienda en tienda, que no pierde ripio, y que se pasa el día abriendo la boca ante la torre Eiffel y las maravillas de las distintas instalaciones? ¡Buen cuidado nos dan las armonías de Bismark y de Crispi, la anunciada hégira del emperador de Alemania á mi país, la prisión de los bulangistas, la llegada de los príncipes de Gales y la riña de gallos del Parlamento español, entre Martos y Sagasta (riña que, según parece, ha comenzado como el argumento del poema *Los Niebelungos* y los romances de los infantes de Lara, por una disputa de mujeres). Lo que nos tiene con el alma en un hilo no es la actitud de Tisza ni los planes de Derouléde, sino... la actitud y planes de los cocheros de punto. Si nos quedamos á pie en mitad de París, con este calor, engancharémos el caballo Pegaso á una carreta, y volaremos en alas de la poesía, siquiera no sea moda.

CARTA X

GENTE MENUDA

París, Junio 29.

Hoy, por descansar algún tanto de la Exposición, resolví llevar á mis dos chiquillos, Jaime y Blanca, á ver el Museo Grevin, que no es sino una colección de figuras de cera, pero maravillosa, digna de competir con la universalmente célebre de Tussaud, en Londres.

Actualmente se piensa mucho en complacer, divertir y alegrar á los niños: nuestro siglo consagra á esos capullos de humanidad atención preferentísima y culto idolátrico; se les mimaba bastante, y se encuentra placer en despertar sus tiernas imaginaciones á la noción de la vida y del arte, y en allanarles el camino de sus primeras etapas. Así se explica el que me haya traído nada menos que á la Exposición parisiense á dos personajes de trece y diez años no cumplidos, y les enseñe (con la ilusión de que no pierdo el tiempo) cuadros, estatuas, bailes exóticos, instrumentos científicos, teatros y jardines.

Fue lo más sabroso del mundo la emoción de mis dos muñecos en presencia del artístico Museo Grevin. La figura de cera, que en nuestro siglo ha llegado á suma perfección, aun cuan-

do en el XVI la alcanzó tal como lo prueban los retratos en cera que conserva el Museo del Louvre, se diferencia de la escultura en que ofrece evidente carácter dramático; si con alguna escultura pudiese compararse, sería con nuestras antiguas imágenes vestidas, que tienen de madera la cabeza y las manos, y ostentan un realismo enérgico y aterrador. Ignoro por qué misteriosa relación de la materia con la forma artística, lo que mejor cuadra á la madera y á la cera son las escenas trágicas y las expresiones violentas, así como el mármol parece que no es capaz de expresar pasiones, y sí sólo majestad olímpica, serenidad y reposo. Tussaud y Grevin, los dos famosos coleccionistas, no lo ignoran, y han sacado gran partido de las reproducciones de erimenes y muertas.

En la niñez, la vista de una galería de figuras de cera causa siempre unas miasmas de susto, unidas á misterioso deleite, que nace del juego moral, del terror ficticio y puramente cómico. La niñez ama la ficción del peligro, y todos los chiquillos se crecen cuando pueden decir: "pues yo ví el asesinato que está en las figuras de cera y no tuve miedo ninguno." Blanca, la criatura que va á cumplir diez años, entró en la galería, pálida, con sus ojos de azabache dilatadísimos, cogida de mi mano y apretándomela fuertemente sin darse cuenta de ello; en cambio Jaime, el caballerito que frisa ya en los trece, se reía y burlaba de la actitud de su hermanilla, y se metía en las salas como trasquilado por iglesia, haciendo muecas á los figuro-

nes más pavorosos ó á los más respetables personajes de la colección.

Y por allí andaban los que Europa conoce y admira, los que más influyen en su destino: Bismarck, con sus mandibulazas de perro dogo; la reina Victoria, con su corona de Emperatriz; Lesseps, muy respetable; el Zar de Rusia, tan marcial; Chevreuil, el centenario, luciendo las venerables canas; Zola, respingando la nariz y guiñando los ojos; Daudet, con su cabellera merovingia; luego las escenas compuestas lo mismo que un cuadro, perfectas en su desempeño, que se confunden con la realidad: el cuarto de la bailarina en la Grande Opera, el palco del administrador en la Comedia francesa, durante un ensayo, el donosísimo "grupo de académicos," la enamorada pareja que charla al amparo de una columna; la "audiencia en el Vaticano," con la ascética figura del Papa allá en el fondo y el admirable guardia suizo en primer término; el artístico cuadro de Luis XVI y su familia en la prisión del Temple; la imprenta clandestina nihilista sorprendida por la policía rusa; el asesinato de Marat—que es otra obra de arte—y, por último, la historia completa de un crimen, desde que el asesino, torvo y feroz, clava el puñal en el pecho de la víctima y violenta el cofre de hierro relleno de billetes y valores, hasta que, pálido é inerte, es condu-

cido á resbalar sobre el fatal tablado de la guillotina.

La niña se apretaba más contra mí, y no queriendo ver esta serie de horrores, los miraba, sin embargo, fascinada por el espanto mismo. Sus finas facciones, que parecían de cera también, estaban más descoloridas y espirituales que nunca, y su corazoncillo latía fuertemente. Determinamos sacar de allí la gente menuda y llevarla á que concluyese la tarde en la Exposición, á fin de desimpresionarla del terror.

En la Exposición está todo muy bien arreglado para los niños, y se les ve correr y rebotar por allí, divertidos, traviesos, sin desmentir la precoz cultura de los chiquillos franceses, que no rompen ni echan á perder cosa alguna. Tienen los niños su Palacio especial, su teatrillo infantil, su lechería, sus puestos de rosquillas y tortas: cuanto pueden necesitar, cuanto puede recrearles. Mas lo que hizo felices á los míos, fue el *Tío vivo* marítimo. El *Tío vivo* de la Exposición consiste en un inmenso círculo, que cubre una tela pintada imitando las olas del Océano. Varios barquitos sustituyen á los caballos de madera; y apenas los niños se embarcan, empiezan las olas á encrespase, á columpiarse los navíos, á producirse el fragor, la agitación y el desorden de una tormenta. Así se están un cuarto de hora, disfrutando eso que he llamado la ficción ó remedo del peligro. Blanca se agarraba á los palos del buque, y desde tierra oíamos sus chillidos, vueltos risas

cuando la conciencia de que el mar era de lienzo la tranquilizaba un poco.

Este pabelloncito se llama en el lenguaje técnico de la Exposición, Pabellón del Mar. Del mareo debiera llamarse; y hay quien explica lo que allí sucede nombrándolo "el mareo en tierra firme." En efecto, parece que el arte exquisito del que ideó semejante diversión consiste en haber logrado que se produzcan todas las bascas, sufrimientos y agonías del mareo, sin necesidad de arriesgarse en los procelosos mares.

De allí pasamos al llamado "Palacio de los niños," aunque en realidad no está dedicado á la infancia; pero el rótulo atrajo á la gente pequeña. Verdaderamente es un teatro, con el añadido de algunas tiendas. Cierto que no faltan, para los muchachos, el teatrillo guinól, los billares y circos mecánicos, las payasadas, los escaparates llenos de juguetes. Pero no creo que sea para los rapaces gran entretenimiento la vista de la *Hermosa Fatma*, que allí se enseña, ni la representación de las funciones de teatro exhumadas del período revolucionario, verdadera curiosidad literaria; el *Barbero de Sevilla*, con música, no de Rossini, sino de Paisiello; *Raoul de Créqui*, con música de Dalayrac; *La tarde tempestuosa*, opereta política; *Nicodemus en la luna*, parodia reaccionaria; *Madama Angot*, no la moderna y conocidisi-

ma, sino la madre de la actual, que se representaba en 1795; *Los verdaderos descamisados*, ó *La hospitalidad revolucionaria*, pieza escrita en el año 1794, y la *Partie carrée*, que subió á escena durante el apogeo del Terror, y donde no hay papel de mujer. Es un repertorio que me agradaría conocer entero.

Desde el Palacio de los niños nos fuimos á ver la esfera terrestre monumental. Esta esfera (muy propia para fomentar la afición á la geografía, hoy tan desarrollada en los rapaces) está sostenida en una especie de torre de fundición, y hace oficio de reloj, señalando horas, minutos y segundos. Se sube al globo por una escalerilla que ocupa el interior de la torre. Para dar idea de la magnitud del globo, sólo diré que forma una sala con una galería en figura de hélice, capaz para que trescientas personas puedan ver funcionar los motores mecánicos. Cuando termine la Exposición, este artículo irá á adornar un jardín de París.

Hay trabajos defectuosos y aun censurables desde el punto de vista del arte ó de la ciencia: pero que, incompletos y todo, llenan bien un fin pedagógico: el de instruir, estimular y abrir los horizontes de la vida á la infancia. ¿Que lección de historia *verbal* ó *leída* equivale á la lección *vista* que da á unas criaturas la crítica y no del todo afortunada tentativa de Carlos Garnier, conocida por *Historia de la habitación humana*?

Carlos Garnier es el arquitecto de la Grande Opera y pasa por erudito en arqueología. Su

ensayo de exposición retrospectiva de la vivienda humana es, acaso, lo que ha resultado más mezquino y pobre en el Campo de Marte: además (y esto era inevitable), se le tacha de poco exacto, de caprichoso, de haber visto con la imaginación puramente. Si á Flaubert, que se gastó años y años en estudiar los detalles de su *Salambó*, pudo acusársele de inventor gratuito, ¿qué había de suceder al que en pocos meses intenta una reconstrucción de la morada en todos los países del globo y en todas las épocas de la historia? Hay que admitir en este caso las circunstancias atenuantes.

El complemento de la idea de Garnier fue colocar en cada vivienda los inquilinos que le corresponden. Así se obtiene en mayor grado el color local y la fisonomía propia.

La exposición empieza por las habitaciones troglodíticas, que eran, según asegura la prehistoria, unas cuevas ó espeluncas negras. Por allí dícese que andaban nuestros antecesores, hechos unos mostrencos,

priusquam ferri cognitus usus.

En pos vienen las construcciones de la época del reno, que tampoco son ningún palacio de Murga; y las siguen las de la época neolítica, y de la piedra pulimentada ya. Luego una muestrilla, algún tanto mezquina, de las habitaciones lacustres: un charco y unos postes. Por supuesto que las habitaciones primitivas carecen de inquilinos. No era cosa de tener á un

pobre diablo metido todo el día en una caverna ó colgado sobre un charquito, para mayor edificación é ilustración de los espectadores. Y además, ¿cómo se resolvía la cuestión de traje? Los de los tiempos prehistóricos no salvaguardan lo bastante el pudor moderno; pues parece cosa averiguada que los canibales y trogloditas no usaban más vestidura que aquella que le arrancaron á San Bartolomé.

Seguimos nuestra excursión prehistórica visitando la casa egipcia, donde se venden multitud de chirimbolos sacro-arqueológicos encontrados en excavaciones y sepulturas, momias de cocodrilos, de icneumones, de gatos, de serpientes, y una carretada de dioses de barro, baratísimos: por una friolera adquirí un Horo que estará muy bien entre otros *bibelots*. De allí pasamos al palacio asirio, al monumento fenicio y á la tienda judía. La casa etrusca es una de las que mejor han salido sin responder de la exactitud, que tiene un aspecto curioso y que huele á verdad. Es una hostería-taberna, con sus muebles, su cocina, su horno, sus ánforas, sus sirvientes, sus letreros de la época. Cerquita está una cabaña pelásgica, hecha con bloques ciclópeos, y á seguida llega Oriente con sus arquitecturas luminosas y pintorescas: el pabellón indio, el persa, donde sirven uno de los más aromáticos y ricos cafés de la Exposición, tan espeso, que se masca.

En casi todas estas casitas se vende ya algo de comer. En las habitaciones troglodíticas, no era posible, á menos que nos sirviesen un *bisteque* de lomo humano; pero en la casa gala se puede probar el vino de cebada; en la griega, hidromiel y miel del monte Himeto; y en la romana-itálica se ve trabajar el vidrio por los procedimientos primitivos de Venecia.

¿Qué más diré de esta colección de juguetes arquitectónicos? Hay una cabaña escandinava, donde los descendientes de los *reyes de mar*, los pescadores noruegos, hacen ciertos trabajos que venden muy arreglados. Hay luego la casa románica y la del Renacimiento, construcciones elegantes y de un estilo puro. De éstas, al menos, puede hablarse con conocimiento de causa, pues á cada momento y en todas partes de Europa se conservan vestigios que permiten juzgar del acierto de la imitación. La casa árabe está llena de colorido y la habitan hermosas judías de Argel, con su lindo traje oriental. El Japón está representado por un pabelloncito, y China por una pagoda con sus imprescindibles campanillas y tejados en figura de flor, sobrepuestos. No faltan la cabaña lapona, la cabaña del Africa central, un *vigwam* de Pieles Rojas, una casa azteca, un templo inca ó peruano.

Con haber tanto... lo repito, la historia de la habitación, anunciada á golpes de bombo y platillos como uno de los grandes atractivos de la Exposición Universal, no alcanza.

CARTA XI

DIGRESION.—LAS FUENTES LUMINOSAS
GRECIA

París, Julio 1.º

No se puede negar la variedad, la opulencia de los edificios sembrados en el inmenso perímetro del Campo de Marte y la Esplanada de los Inválidos; no se puede desconocer que son ricos y bellos, cada uno según su género; sería injusto no conceder que los franceses, en general, y más en estos casos extraordinarios, se pasan de bien educados y de afables, y tratan de facilitar las idas y venidas de los forasteros, explicándoles hacia dónde han de dirigirse y cómo han de orientarse en el dédalo de la Exposición; pero también es preciso convenir en que ésta es propiamente un dédalo, un laberinto, un caos y una liorna, por culpa de la mala traza que se han dado los arquitectos al distribuir el terreno y conceder las instalaciones.

Diríase que al hacer el reparto no se tuvo en cuenta para nada la fatiga de los visitantes; antes al contrario, que se aspiró á que diesen vueltas y más vueltas sin encontrar camino ni carrera, y tuviesen que acudir á lo que aquí lo

resuelve todo, la sangría al bolsillo, en forma de alquiler de una de esas butaquitas con ruedas, tan cómodas y tan insolentes, en que, mediante dos francos cincuenta céntimos por hora, se desafía el cansancio y el calor, que ya va siendo tórrido. Ningún letrado, ninguna señal particular indica por donde debe uno dirigirse, y á cada paso se anda y se desanda el mismo trecho. El suelo está alfombrado de guijas menudas, que lastiman las plantas de los pies; el polvo forma una nubecilla irrespirable; el sol reverbera en la arena.... y el vértigo y el mareo de tanto colorín y de tanto estilo diferente acaban por quebrantar cuerpo y espíritu, sobre todo cuando se propone uno pasar en la Exposición el día entero.

Lo primero que falta es el orden de materias, tan necesario para la unidad de impresiones y para la comparación. ¿Cómo va nadie á entenderse encontrando aquí un pabellón de la Sociedad Telefónica, á diez pasos el pabellón finlandés, en seguida una casita donde tallan diamantes, y á la vuelta un teatro? Se comprende que cada cual se instaló donde le dió la gana y como pudo, y que desde un principio no se calculó la conveniencia de reunir, por ejemplo, todo lo exótico, formando un grupo aparte, y otro grupo de las industrias, y otro de los elementos artísticos, *e così via discorrendo*. Ni menos se ideó situar de tal manera estos grupos, que el visitador pudiese examinarlos de una vez y repartir el día con fruto y desahogo. Los restaurantes y *bars* lo invaden todo. Na-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1960 1625 MONTERREY, MEXICO

die imaginaria, al verlos tan abundantes, que son diecinueve no más: según pululan, parecen tres ó cuatro docenas; verdad que la extensión compensa el número. En cada uno de estos establecimientos he comido, y, por consiguiente, puedo dar algún aviso útil á los cándidos viajeros que llegan aquí sedientos de color local. Aunque vean anunciado *Restaurán ruso*, *Restaurán suizo* ó *Restaurán húngaro*, no se dejen alucinar por el embustero rótulo. Todos son franceses, y únicamente para lisonjear el amor propio de una nación y embaucar á los recién llegados, cogen en cualquier arrabal de París dos ó tres mozuelas bien parecidas, las visten de carnaval, las empolvan, las emperojilan y las mandan que sirvan, en compañía del eterno y prosaico *garçon*, el tanque de cerveza ó el *grög* helado. Sólo se distinguen estos *restaurantes*, mal llamados rusos, suizos ó ingleses, de los que continúan apellidándose franceses á secas, en que los primeros son más caros y peores que los segundos. En Tourtel, por ejemplo, sirven una comida abundante, bien condimentada, fina, sustanciosa. En cambio en el *Restaurán ruso*, amén de pasarlo mal con el calor, de llamar al mozo cien veces para que venga una, y de pagar todo por las setenas, no hay plato que pueda atravesarse, como no sea el *koliviác*, ó pastel de salmón, único condimento moscovita que allí ofrecen.

En el restaurán de la prensa, donde sólo les está permitido entrar á los periodistas, se come bien y se encuentra espacio y aseó; mas si los

primeros días el precio fue arreglado y módico, hoy ya alcanza el diapasón general de las comidas aquí, y una chuleta cuesta tres francos, y un platito de rábanos y manteca dos y medio. El que quiera comer bien, debe resolverse á frecuentar la bonita terraza de Tourtel; y al que solicite baratura, le recomiendo los Duval, que son siempre un prodigio de economía y limpieza.

El sábado asistí á la inauguración del Pabellón mejicano. Es un edificio espléndido, de arquitectura azteca, al menos tal cual hoy puede reconstruirse este estilo, siguiendo las lecciones de los sabios arqueólogos mejicanos é ingleses que lo han estudiado á fondo. Mezclado con los demás edificios cosmopolitas sembrados á granel por la Exposición, el pabellón de Méjico no se exime de parecer una decoración de ópera—que tal es el defecto de estos *pastiches*, atendida la imposibilidad de darles en poco tiempo la armonía de líneas y de tono que sólo procura el transecurso de los años. En el desierto, y bajo un ramillete de árboles tropicales, no dudo que tendría este pabellón más simpática traza. La Exposición, con su industrialismo arquitectónico, prueba cumplidamente que una arquitectura es inseparable de un país, de un clima, de un cielo y de una raza, y que traerse á la Esplanada de los Inválidos las chozas esquimales y las quintas galo-romanas

será muy entretenido para los muchachos, pero no satisfactorio para el artista.

Inauguróse, pues, el pabellón con asistencia de Carnot y de las personas más distinguidas de la colonia hispano-americana en París. Había mucho traje fresco y primaveral, mucho sombrero florido, muchos abanicos y bastante olor de *ilang* y de almizcle, flotando en la atmósfera; nos dieron unos ramillos de flores asaz mal configurados, y que podrían valer como diez céntimos, en la estación presente; nos ofrecieron además champagne, helados y otras frioleras; vimos varios pajaritos disecados, que asemejaban la instalación mejicana á un gabinete de historia natural: nos quedamos con la curiosidad de probar el *mezcal* que se ostentaba bien embotellado allí; admiramos los pintorescos trajes de los *gauchos*, expuestos en maniqués, y salimos cuando ya las fuentes luminosas habían extinguido sus olas de rubí, zafiro y esmeralda.

Sobre la luz en la Exposición, hay tela para escribir una carta larguísima. Todos los esplendores del gas y toda la magia de la electricidad se agotan en las fantásticas noches de la Exposición. Ha conseguido la industria humana resolver el problema de que la claridad del

monarca de la luz, padre del día,

quede afrentada y hasta sea importuna é insufrible en comparación de la incandescencia eléctrica. Porque el sol es el calor; el sol es el polvo, la sed, la muerte de las flores que inclinan su cabeza marchita; y la luz eléctrica es el reposo, la frescura, el misterio, la magnificencia, el teatral esplendor de esta gran fiesta pacífica.

La galería de las esculturas, bañada por la claridad sideral de centenares de globos blancos, es una visión celeste: diríase que aquella dulce luz quita su frialdad al mármol, su insipidez al yeso, y presta una vida latente á las estatuas. ¿Pues qué diré de la Galería de las Máquinas, donde lucen á porfía los globos rojos y verdes de las incandescencias y la claridad lunar del arco voltaico? ¿Qué del reflector Eiffel, colgado en los aires á modo de faro sobrenatural, de cabeza de Moisés, en que los rayos, en lugar de dirigirse al cielo, se inclinan hacia la tierra, vagos, fluidos, vaporosos, como una gloria inmaterial que desciende á nuestras manos?

En cuanto á las fuentes luminosas, quien no las haya visto no puede imaginárselas. Son una cascada de diamantes, de rubíes y de topacios: cada gota se ve aislada brincar en el aire convertida en piedra preciosa; el salto—ya tan hermoso de suyo—del agua que se lanza y vuelve á caer rota en líquidas perlas, aparece con la gracia y la elegancia de erizado plumaje de cisne que se encrespa sobre sus delicadas alas.

La explicación de tan hermoso fenómeno es

como sigue. Debajo de cada pilón de fuente han abierto unas cámaras subterráneas revestidas con betún impermeable, y en el techo de estas cámaras hay practicadas chimeneas verticales colocadas bajo los saltos de agua, y que rematan en un espejo que forma el mismo fondo del pilón.

En cada cámara existe una lámpara de arco eléctrico de gran intensidad, cuya luz va dirigida horizontalmente por un reflector parabólico bajo la chimenea de la cámara, y un espejo colocado á cuarenta y cinco grados de inclinación devuelve verticalmente de arriba abajo el haz luminoso, que después de haber atravesado una lámina coloreada y el espejo en que remata la chimenea, viene á iluminar todo el salto de agua con matices, ora rojos, ora verdes, ora cerúleos, según el color de la lámina. El agua en movimiento absorbe por completo la luz eléctrica, y como, por consiguiente, los surtidores y las gotitas sueltas son lo que adquiere color, es inexplicable el mágico efecto de aquella juguetona masa líquida, que escalonada en innumerables sartas de pedrería, salta, se deshace y pierde en la obscuridad para reaparecer á los dos minutos, trocados los granates en perlas, ó las esmeraldas en turquesas movibles y relucientes.

DIRECCIÓN GENERAL DE...
Ya es tiempo de que yo empiece á describir algunas instalaciones nacionales; y siguiendo

el orden cronológico de nuestra civilización, empezaré por Grecia.

En la Exposición Universal de Viena, recuerdo que la sección griega, que apenas ocupaba terreno, exponía, entre otros modestísimos productos, un vaso de cristal verdoso y tosco que me llamó mucho la atención. Era el primer vago de la industria en el país que á todos los demás ha dado la norma del arte, que ha condicionado por espacio de largos siglos nuestra estética y nuestro ideal.

El ánfora, ese nobilísimo cacharro cuyo armonioso nombre suena musicalmente, en el cual parece que sólo debe encerrarse néctar; el vaso etrusco, con la riqueza de su bicromía y con la elegancia de su diseño; la copa donde humedecen las palomas sus amorosos picos; todos los recipientes gallardos que hoy admiramos en los museos, son creación de Grecia; y ese pueblo artista ha descendido tanto, tantas vicisitudes y tantas desventuras vinieron á caer sobre él, que llegó á enorgullecerse de un vidrio informe, y á presentarlo á Europa como muestra de su vitalidad y de su trabajo. ¡La patria de Fidias y de Praxíteles; la patria de los dioses, á fines del siglo XIX, exponiendo un grosero vaso, de la misma hechura que los que sirven á los aldeanos gallegos para beber el vino adulterado ó el soez aguardiente de caña! El corazón se me oprimió de piedad y tristeza, como si viésemos á una Emperatriz obligada á salir pidiendo limosna por las calles.

En la Exposición actual, Grecia no se presen-

ta tan pobremente vestida; aparece cual si empezase á aletear en ella la vida industrial, fuente de prosperidad para las naciones contemporáneas. Su pabellón es de sobrio y puro estilo helénico; las alfombras que adornan sus muros pueden competir con las mejores de Persia; los trozos de mármol y jaspero recuerdan los días áureos de la estatuaria, cuando el soplo de un arte inmortal los arrancaba de las canteras de Paros y de Chíos, á fin de convertirlos en deidades.

Maniqués vestidos con el traje nacional nos muestran la Grecia moderna, cada vez más orientalizada, siempre gentil, airosa y pintoresca; y riquísimos bordados de colorido muy suave demuestran la permanencia de la aptitud artística en la raza, pues son obras de las mujeres de los pescadores de Corinto y de las labradoras de Atenas, que, por entretenerse, ejecutan tan graciosa labor.

En medio de la sala luce un plano en relieve del reino de Grecia, donde rios, mares y golfos están representados por trozos de vidrio semejantes al vaso que he descrito hará un instante. Mi aturdimiento ó mi mala fortuna quisieron que apoyase el codo precisamente sobre el golfo de Lepanto, y que lo hiciese añicos en un santiamén. Formóse al punto un corro de gente asustada, horrorizada de mi desafuero; no perdí la sangre fría: saqué el portamonedas, recordando que en mi patria suele decirse que el que rompe ha de pagar; mas al convencerse de que el destrozo no representaría valor de se-

tenta y cinco céntimos, un caballero muy almidado y cortés salió á rogarme que me fuera en paz, y así dejé la sección griega, habiendo ganado la batalla de Lepanto.

CARTA XII

RUSIA — INDIA

París, Julio 2.

ME acompañaba el escritor ruso Isaac Paulowsky, autor de las *Memorias de un nihilista*, último amigo del gran novelista Iván Turguenéff, y corresponsal en París del *Nuevo Tiempo* de San Petersburgo. Naturalmente, después de la visita de cortesía á la Grecia moderna para conmemorar las glorias de la antigua, mi acompañante me llevó, quieras no quieras, á la sección rusa y á la *isba* ó cabaña del distrito de *Troitzá*, ó, como diríamos en castellano, de la Trinidad.

Para mí tiene especial encanto lo que se refiere á Rusia. Si Grecia es el ayer de la civilización europea, Rusia es acaso el mañana. En ese inmenso Imperio, sujeto por espacio de tantos siglos al látigo tártaro ó al autocrático cetro de los Zares; en esa inconmensurable extensión de tierra, mayor ella sola que el resto del continente europeo, hay un misterio y un

problema que sólo el tiempo logrará descifrar.

**

Otro motivo que me obliga á interesarme por Rusia, es la situación especial de la mujer en esta nación, diferente de la mi sexo en el resto de Europa. Mientras en nuestros países occidentales, donde tanto se cacarean la libertad y los derechos políticos, la mujer carece de personalidad y le están cerrados todos los caminos y vedados todos los horizontes de la inteligencia, en Rusia, donde hasta hace pocos años existía la servidumbre, y el Parlamento es todavía una pura hipótesis, de la cual los mismos liberales se ríen, y las Constituciones futuras un papel mojado y el monarca un rey neto, la mujer se coloca al nivel del hombre, y la inmensa distancia que separa en los países latinos á los dos sexos, es desconocida ó tenida por la mayor iniquidad. París está lleno de estudiantas rusas que se dejan atrás en celo y aplicación á sus cofrades del sexo fuerte. Lo primero que tuve el gusto de encontrarme en la sección rusa, fue á una señorita muy inteligente, comisionada por una importante casa librera moscovita, y que cumplía su obligación con una formalidad, un cuidado y una firmeza que me encantaron. Sencilla en su traje, franca y discreta en su hablar, seria en sus miradas y en su continente, la comisionada rusa me cautivó, como toda señora que, no con sentimentales

alardes ni con risibles exageraciones, sino con hechos, contribuya á la redención de un sexo verdaderamente esclavo, ya le aten grillos de hierro, ya cadenas de oro y diamantes.

**

La casa librera cuya instalación dirige esta señora se consagra exclusivamente á imprimir y vender libros populares destinados á la instrucción del pueblo, baratisimos por consiguiente, y algunos ilustrados de un modo digno de nota. Pero lo que más fijó mi atención en la instalación de esta librería fueron dos gruesos volúmenes en 4.º mayor, cuyo título, traducido á nuestro idioma, quiere decir: "¿Qué género de lectura conviene más al pueblo?" La explicación de estos dos volúmenes bastará para probar cuán activo es el papel de la mujer en la tarea de la original civilización rusa.

Es el caso que un grupo de institutrices pertenecientes á una escuela dominical para la mujer, que existe hace años en el pueblo de Karkof bajo la dirección de una señora Cristina Altchewsky, se propuso ir recogiendo cuidadosamente la impresión producida sobre un auditorio popular por la lectura en alta voz de libros que pudiesen interesarle en mayor ó menor grado. Al terminar las lecturas, las institutrices ó maestras iban preguntando á los oyentes su opinión, y esmeradamente la apuntaban y recogían. Clasificando metódicamente estas notas, llegaron á formar un vasto indicador de

los libros más adecuados al entendimiento de las clases populares. El primer tomo vió la luz hacia 1882 y atrajo inmediatamente la atención de cuantos se interesan por la enseñanza del pueblo. El segundo acaba de publicarse, y es mucho más rico en noticias, conteniendo inmensa cantidad de preciosas indicaciones acerca del desarrollo de la cultura intelectual en la plebe rusa. Este segundo tomo atesora el análisis de cerca de 2.500 obras destinadas á la lectura del pueblo: cada análisis refleja fielmente la impresión que de semejantes libros recibió el auditorio, estudiado por las inteligentes y concienzudas maestras.

El difícil y tentador enigma, la esfinge del alma popular, de la Psiquis plebeya, sólo puede ser resuelto con estudios así. Y esta obra de reflexión y de análisis, de verdadera sociología, la ha realizado un puñado de hembras valerosas, arrinconadas en una capital de provincia y consagradas á la humilde tarea de instruir á la hez del populacho. Acaso no faltará en mi buena y clásica patria quien se admire de que los rusos no prefieran dedicar á sus señoras á la operación de espumar el puchero, base de todas nuestras virtudes domésticas.

Como Rusia es el país de los contrastes, la nación en que más se tocan los extremos, después de haber admirado los adelantos pedagógicos y la condición racional y libre de la mujer, vimos á dos pasos una especie de museito etnográfico, recopilación de los tipos, trajes y costumbres de un pueblo ruso, de los pertene-

cientes al elemento mógóico, que habita en las fronteras siberianas. La mujer—cuyo aspecto físico nos mostró un maniquí de aplastada y chata faz—lleva á su hijo colgado de la espalda, metido en una especie de ingenioso cuévano; y en un escaparate, semioculto, se entrevé el cinturón que, ceñido al vientre de esa mujer cuando alcanza la pubertad, no le es lícito desceñir nunca hasta que el marido, en la noche de novios, lo rasga de una puñalada. ¡Qué dos mujeres, que dos símbolos! Esta infeliz mogola hecha bestia de carga y máquina de brutal placer, y la caucasiana que ahí, á poca distancia, arregla sus libros y contesta con dignidad y varonil discreción á mis preguntas! Rusia lleva en sus entrañas bárbaras el germen de una civilización superior á la nuestra: si queréis saber lo que será un pueblo, considerad lo que hace de la mujer.

* * *

En arte, lo más notable que expone Rusia es la orfebrería. Del estilo bizantino, nielado y esmaltado con delicadísimos colores, hay cucharas, saleros, tazas, servicios de té, *iconas* y otros muchos objetos que son joyas verdaderas.

La parte exterior del pabellón ruso ofrece más interés que la interior. Es una reproducción de algunas maravillas arquitectónicas moscovitas, en las cuales domina también el estilo oriental y decadente de Bizancio. El muro del Kremlin, las balconadas del palacio de Tehrem,

las torres de la catedral del bienaventurado San Basilio—ó, como ellos dicen, *Wassili Blagennoi*—el campanario de Iván el Terrible, y la torre de Soukareff: todo esto ha reunido el arquitecto para ahorrarnos un viaje á Rusia. ¡Con cuánto gusto lo haríamos, no obstante, si quiera fuese tan sólo para visitar aquel misterioso convento de Troitzá, tan magistralmente descrito por Teófilo Gautier y del cual nos trae una reminiscencia la cabaña ó *isba* rusa!

En esta cabaña, construida con troncos de árboles despojados de su corteza, está un manecillo alto, rubio, vigoroso, de azules ojos y semblante cándido, como el de los San Juanes de los cuadros viejos. Viste el pintoresco traje veraniego del *mujik* ó aldeano ruso: las botas altas, el calzón bombacho de pana negra, el gorro negro también, la blusa roja, sujeta al talle con cinturón de cuero. Las manos de este joven hércules, manos anchas y rudas, que parecen hechas para manejar la fusta ó el arado, se dedican á esculpir... ¡y qué esculturas! Medallones y dipticos microscópicos de tres pulgadas de alto, donde cada figurita es mucho menor que mi dedo meñique, y en que cada detalle es una filigrana, digna de ser vista con lente. El padre de este muchacho—sencillo aldeano también del distrito de Troitzá—ha esculpido un tríptico tan hermoso, que mi compatriota el se-

ñor López Dóriga lo adquirió para un Museo español en el precio de quinientos francos.

Lo notable es que estas esculturas religioso-plebeyas tienen una unción, una nobleza y una dulzura mística incomparables. El pueblo ruso es un pueblo creyente, de alma profunda, que necesita y experimenta la impresión de lo infinito y lo sacrosanto: la *icona* ó imagen sale de sus manos con carácter divino, convidando á la oración. El santo, el bienaventurado, es el único personaje que sabe hacer. Hasta en los objetos vulgares, de uso diario, como plegaderas, cucharas y tenedores para la ensalada, etcétera, coloca á guisa de remate un San Sergio, un San Nicolás ó un San Miguel, envueltos en sus hieráticas vestiduras.

La *icona* rusa, propiamente dicha, suele ser un Cristo ó una Virgen con el Niño en brazos. Las manos y la cara, pintadas de color obscuro, casi negro, tienen inefable y célica expresión; el ropaje, de angulosos pliegues, es de metal sobredorado ó plateado. De estas *iconas* hay en la *isba* más pobre: á ninguna le falta su lámpara ó su cirio siempre ardiendo. Cuando visité en la Exposición de Barcelona la escuadra rusa, lo primero que me enseñaron á bordo de la fragata capitana fue la santa icona, refulgente de plata y pedrería, regalo del gran duque Wladimiro, si no me engaño.

Por no salir de Oriente, después de Rusia nos fuimos al pabellón indostánico. En mi concepto es una de las cosas más lindas de la Exposición, y de las de que mejor han conseguido ad-

quirir barniz local, algo que halaga la vista, haciendo creer que, en efecto, nos hemos trasladado á comarcas remotas. Exteriormente está pintado de un tono rojo teja, y le realza un cintado de escultura, algo semejante á los alicatados de la Alhambra, á modo de transparente encaje blanco sobre el moreno cutis de una beldad india. La cúpula central forma un patio sevillano de los más frescos y poéticos, aunque oficialmente sea copia de la torre que se alza en Delhi. El tazón de la fuente recuerda la de los Leones en el patio del Alcázar granadino y el verde de una inmensa palmera que surge del centro de la fuente, regocija los ojos fatigados del sol, al par que la melodía del chorro de agua recrea los sentidos.

A la sombra de esta palmera, al rumor de esta fuente, tomamos varios amigos un helado servido por indios verdaderos, cuyos rostros y trajes tenían el sello de indudable autenticidad. El que nos trajo el refresco era de Chandernagor, y parecía arrancado de alguna miniatura ejecutada en la pared de una pagoda. Esta raza sí que no se confunde con ninguna. No son negros, ni amarillos, ni rojos; son de un moreno atezado, obscurísimo, que hace resaltar más la blancura del traje y del turbante, la negrura de los cabellos, barba y cejas. Las facciones son delicadas y correctas; los ojos grandes, dulcísimos, pensativos, sombreados por las me-

jores pestañas que he visto nunca. Son graves y reflexivos, aristocráticos y nobles, aunque debo suponer que estos infelices, traídos aquí para servir de mozos de café, no pertenecerán á ninguna de las castas ilustres de la India; no serán ¿qué habían de ser? ni *bracmanes*, ó sacerdotes, ni *chatrias*, ó caballeros, sino *sudras*, pueblo, gente vil, cuyo contacto haría impuro un sacrificio. Tal vez hayan salido de la casta ínfima, despreciada y aborrecida, de los *parias*, hermanos de nuestros gitanos. Esta nobleza y distinción que noto en ellos es la nobleza característica de Oriente, cuna del género humano, manantial sagrado de la tradición y de la historia. ¡Pobre raza oscura, dominada hoy por los bárbaros del Norte, hecha instrumento de la actividad implacable del anglosajón! ¡Pobre raza soñadora, filosófica y artística, convertida en mercado de los productos ingleses! ¿De qué le sirve á un pueblo la inteligencia sin la voluntad?

La India moderna es una prueba más de que las religiones fatalistas son la predestinación al vencimiento.

Todavía el arte indio se muestra original y encantador. Los trabajos de plata y bronce tienen la gracia del exotismo y la riqueza de detalles que llama la atención en las cúpulas y santuarios de las pagodas. Abanicos de pluma de pavo real y vetiver, que parecen destinados

á abanicar á la reina de Saba; paños amarillos como la luz del sol, todos recamados de plata y oro, talco y lentejuelas; jarritas de madera pintada, que semejan trozos de esmalte copiados del libro persa el *Shah Nameh*; campanillas rematadas en divinidades indostánicas, como Ganesa con su trono de calaveras, ó la Trimurti con su cabeza tripe; cucharas hechas de un reptil; teteras que son una maravilla de repujado y cincelado; juguetes extraordinarios que resuelven un problema de equilibrio; cacharros azules, de un azul de cielo, con extraños dibujos que nosotros llamaríamos árabes, pero que en realidad son la expresión primitiva del arte oriental; collares de cuentas de granate, vidrio y perlas, á propósito para adornar la tostada garganta de una bayadera; brazaletes, broches, bandejas, rodela, cascós... todo es digno de un pueblo artista y simbolista; nada revela la infancia de una raza, sino, al contrario, su pleno desarrollo estético: el indio no es el salvaje, en cuyas labores nos interesa el candor infantil; es un pueblo que elaboró completamente su cultura, y á quien esta cultura bastaba para ser dichoso, si razas del Norte, del Norte individualista y batallador, no hubiesen codiciado la riqueza y la fertilidad de su suelo paradisiaco.

CARTA XIII

LOS "TICKETS".—IMPRESIONES

Paris, Julio 9.

No sé si el número de entradas en la Exposición baja ó sube; pero sí que los *tickets* ó billetes de ingreso están cada día más baratos.

Estos *tickets* han sido pretexto para un negocio asaz importante. Hizose una emisión de algunos millones, y al punto se convirtieron los *tickets* en una especie de papel moneda, que tiene sus alteraciones y altibajos, y que, cotizado nominalmente al valor de *un franco*, unas veces se vende á sesenta y cinco céntimos y otras descende hasta treinta y cinco, el nivel más inferior que han alcanzado por ahora. Ya hay especuladores que se han enriquecido con semejante negocio.

Es imposible andar diez pasos en París, ni entrar en establecimiento alguno, sin verse asaltado por el ofrecimiento de *ticket*, que le meten á uno por los ojos. Camino de la Exposición, se abalanza al coche media docena de pilluelos que, en vez de pedir limosna, me brindan los *tickets*. Yo tengo mi tarjeta de periodista y no he de menester entradas (las tarjetas de periodista se componen de un retrato, una firma y una autorización); pero mis niños nece-

á abanicar á la reina de Saba; paños amarillos como la luz del sol, todos recamados de plata y oro, talco y lentejuelas; jarritas de madera pintada, que semejan trozos de esmalte copiados del libro persa el *Shah Nameh*; campanillas rematadas en divinidades indostánicas, como Ganesa con su trono de calaveras, ó la Trimurti con su cabeza tripe; cucharas hechas de un reptil; teteras que son una maravilla de repujado y cincelado; juguetes extraordinarios que resuelven un problema de equilibrio; cacharros azules, de un azul de cielo, con extraños dibujos que nosotros llamaríamos árabes, pero que en realidad son la expresión primitiva del arte oriental; collares de cuentas de granate, vidrio y perlas, á propósito para adornar la tostada garganta de una bayadera; brazaletes, broches, bandejas, rodajas, cascotes... todo es digno de un pueblo artista y simbolista; nada revela la infancia de una raza, sino, al contrario, su pleno desarrollo estético: el indio no es el salvaje, en cuyas labores nos interesa el candor infantil; es un pueblo que elaboró completamente su cultura, y á quien esta cultura bastaba para ser dichoso, si razas del Norte, del Norte individualista y batallador, no hubiesen codiciado la riqueza y la fertilidad de su suelo paradisiaco.

CARTA XIII

LOS "TICKETS".—IMPRESIONES

Paris, Julio 9.

No sé si el número de entradas en la Exposición baja ó sube; pero sí que los *tickets* ó billetes de ingreso están cada día más baratos.

Estos *tickets* han sido pretexto para un negocio asaz importante. Hizose una emisión de algunos millones, y al punto se convirtieron los *tickets* en una especie de papel moneda, que tiene sus alteraciones y altibajos, y que, cotizado nominalmente al valor de *un franco*, unas veces se vende á sesenta y cinco céntimos y otras descende hasta treinta y cinco, el nivel más inferior que han alcanzado por ahora. Ya hay especuladores que se han enriquecido con semejante negocio.

Es imposible andar diez pasos en París, ni entrar en establecimiento alguno, sin verse asaltado por el ofrecimiento de *ticket*, que le meten á uno por los ojos. Camino de la Exposición, se abalanza al coche media docena de pilluelos que, en vez de pedir limosna, me brindan los *tickets*. Yo tengo mi tarjeta de periodista y no he de menester entradas (las tarjetas de periodista se componen de un retrato, una firma y una autorización); pero mis niños nece-

sitan un *ticket*, y no tengo valor para regatearles unos cuantos céntimos á los *gavroches* que tan penosamente se los ganan correteando detrás de cuantas personas se aproximan á las puertas del Campo de Marte y la Esplanada de los Inválidos. La miseria parisiense encuentra mil modos de sacar partido de la gran feria internacional. Además de los chicuelos revendedores de *tickets*, un ejército de vejestorios acampa al pie de cada puerta, en actitud de ofrecer su inutilidad á quien la necesite. Apenas se para el carruaje y el viajero va á abrir la portezuela, no le da tiempo una de las indicadas estantiguas: abre, ofrece su brazo á las señoras, baja en vilo á los chicos, agarra el paraguas ó el bastón que estorba, dice dónde están los torniquetes de entrada (que los vemos perfectamente sin necesidad de que nadie nos los enseñe), ajusta á nuestro cochero para la persona que sale y que puede aprovechar el retorno de nuestro coche, nos limpia con su gracioso pañuelo el polvo de las botas..... y, en suma, presta todos los servicios oficiosos é inútiles, cuyo precio máximo puede andar entre uno y cuatro sueldos..... para decirlo en cristiano, entre cinco y veinte céntimos de peseta.

Alguno de estos servidores de la muchedumbre (que les paga en *susés* ó en sofiones, según caen las pesas), luce en su raído paletó la cintita roja: es un *monsieur décoré*. ¡Quién sabe si es un veterano cubierto de gloria, como aquel *tambor mayor* del doloroso poema de Enrique Heine!

Para entrar en la Exposición se exigen dos *tickets* por la mañana, uno durante el día, dos por la noche—desde las seis de la tarde en adelante,—aumento que juzgo impuesto en interés de los fondistas y bodegoneros, á fin de que por no necesitar doble *ticket* se penetre en la Exposición temprano y se coma allí, gastando doble y triple de lo que el *ticket* representa. Pero, decimos en tierra española: “hecha la ley, hecha la trampa;” el pueblo francés, que es un modelo de economía y de habilidad para aprovecharlo todo, carga con su cestita rellena de víveres, se pasea el día entero con ella al brazo, y al sonar la hora en que los extranjeros y elegantes se sientan á la mesa del *restaurant* para dejar toda la lana del bolsillo en las garras del mozo, mis honrados burgueses parisienses ocupan algún banco ó silla al mismo pie de la torre Eiffel, destapan su cesta y acometen sus fiambres con ánimo gentil, pasando de mano en mano la botella de Maçon y la sobradamente aromática *saucisse*. A eso de las siete y media, la Exposición parece un merendero madrileño, alfombrado de grasientos papeles, de tapone de corcho, de huesos de pollo y chuleta, de migas de pan y de cazuelas ó *terrinas* rotas. No cabe nada más popular y democrático. La parisiense primorosa remanga con desdén la falda de su fresco traje para no pringarse en los restos de la merienda, y frunce con melindre su naricilla empolvada de velutina; pero los grupos de obreros, lavanderas y planchadoras no pierden el apetito ni el buen humor, y es-

carban hasta el fondo de la canasta. Si pueden eludir la vigilancia de los agentes, métense por el césped adentro, y buscan la sombra de alguna vellingtonia ó araucaria, bajo la cual, libres del sofocante polvo, creyéndose en plena campaña, les sabe mejor la refacción. Sólo que, por lo regular, los agentes los descubren, y agarrándolos del brazo, les obligan á volver al polvo de la calle. Así y todo, engullen tan orondos y satisfechos.

Cuando hay fiesta nocturna, como sucedió hace pocos días al inaugurarse la estatua de la República, el precio de los *tickets* aumenta de un modo injustificado y onerosísimo. Nada menos que *cinco* billetes exigen por el aumento de unos cuantos farolillos emboscados en la arboleda.

Siempre lo más atractivo, lo más curioso de la Exposición para los que tenemos instintos artísticos, será la calle del Cairo. La mezcolanza de caras morenas, atezadas, amarillas, bronceadas, inspira gran interés y despierta alguna lástima hacia estos pobres emigrados de "los países calientes," como diría Alfonso Daudet. Hay cada espolique egipcio y cada vendedor de sorbetes moros, que merecían ser fundidos en bronce. Una señorita peruana muy inteligente, que escribe con gran donaire en el *Figaro* y en el *Gil Blas* bajo el seudónimo de *Arsène Aruss*, tuvo la espontaneidad de decir

en español, viendo á uno de estos morazos cetrinos:

— ¡Qué lindos ojos que tiene!

A lo cual respondió el infiel, en el propio idioma:

— Están á su disposición.

La peruana se rió cuanto puede comprenderse, y el moro quedó tan satisfecho de la alabanza, que cuando pasamos por delante de su cafetín ó tiendecilla, sale á saludarnos cortésmente, empeñado en que tomemos un refresco de piña ó de rosa.

Es de notar que todos los orientales, asiáticos y africanos de la Exposición, entienden y hablan el castellano con más ó menos soltura. Los chinos que en la sección del Celeste Imperio venden té, monigotes, platos de porcelana, cucharas de lo mismo, teteras y acuarelas sobre papel de arroz, chapurrean nuestro idioma; los anamitas lo pían algo, y los semitas se expresan con notable pureza gramatical, y las nobles fórmulas de cortesía castellana adquieren en sus labios mayor realce. Son ceremoniosos, simpáticos, graves, insinuantes para vender, y ofrecen una raja de piña por diez céntimos, lo mismo que ofrecerían á una sultana un ramo de flores. Un morillo de estos me dió tratamiento de *merced*.

CARTA XIV

PRO PATRIA

París, Julio 15.

Si todos los días, desde hace tres meses, está París de fiesta, imagine el lector piadoso qué será hoy, el memorable 14 de Julio, conmemoración centenaria de aquel gran episodio de la Revolución francesa que describí en una de mis primeras cartas: la toma de la Bastilla.

Esta mañana me despertó el cañón. Retumbaba trágico y profundo, y, á pesar de que anunciaba festejos, á mí me pareció que su eco debía de sonar pavoroso en el corazón de los franceses, amenazados de una segunda guerra, que, en opinión general, les será doblemente funesta que la pasada. Rumiando esta idea, me vestí y me fui á presenciar, delante del Hôtel de Ville, el desfile de los batallones escolares. Los pobres chiquillos iban más mojados que pollos. Supongo que habrá fricciones de aguardiente al volver á casa; si no, les auguro catarrros á tutiplén. Porque llovía, llovía, defraudando las esperanzas de los parisienses, que contaban con el sol, complemento y adorno el más lucido de toda fiesta al aire libre.

La revista de Longchamps, en cambio, fue una brillante función de aparato. Tuve la suer-

te de obtener un billete de tribuna, y de colocarme bien, á pesar de la inmensa concurrencia, que no bajaría de quinientas á seiscientas almas. Y ví desfilar á los *Saint Cyriens* con su tuniquilla y su kepis, á los aparatosos zapadores-bomberos, á los cazadores, á los ingenieros, á la briosa y correcta artillería, y por último, á la caballería, en la cual fundan los franceses su orgullo, asegurando que compite con la alemana en precisión y agilidad, si es que no se la deja atrás completamente. Ignoro si es cierto esto último; pero confieso que es bello espectáculo el ver avanzar, sobre una línea de mil quinientos metros de extensión, la caballería con el deslumbrante relampagueo de las corazas y cascos, y el estrépito formidable con que se entrechocan, y la aureola de la nube de polvo que la envuelve, y el ruido de furioso torrente que la acompaña. Y es todavía más hermoso ver esa inmensa masa de hombres y caballos, lanzada á rienda suelta, á galope tendido, como para desplomarse sobre algo, detenerse en un segundo, quedarse inmóvil, en perfecta línea de batalla, mientras el polvo, obedeciendo también, aunque menos de prisa, á la voz de mando, permite ver ya con claridad entera el rico arreo y los elegantés uniformes de dragones, coraceros y húsares.

Vino á sentar el polvo la reincidencia de la lluvia—furirosa, torrencial, desatada—la eterna enemiga de las solemnidades al raso. Y, no obstante, la gente no se iba: abría el paraguas alzaba la ropa para cubrir las espaldas, se ata-

ba pañolitos por cima del sombrero, se apiñaba debajo del primer cobertizo que encontrase; pero no se iba; no quería irse de ningún modo. Esperaba á ver el desfile: y el desfile comenzaba, y las nubes seguían abriendo su seno y vertiendo arroyos sobre los espectadores, y mojando, ensopando los uniformes de la tropa y poniendo lacios los plumeros del Estado Mayor del general Saussier, que presidía el desfile. Si quisiésemos ver algún simbolismo en los sucesos fortuitos, diríamos que parece mal presagio la gran mojadura del ejército francés precisamente durante esta revista, en que la Francia revolucionaria cuenta sus fuerzas y las luce ante toda Europa, representada aquí por los que hemos acudido á la Exposición. ¿Le esperará igual desastre la primera vez que mida sus fuerzas con los alemanes? ¿Caerá sobre la bizarria de los adornos marciales el agua de la derrota?

Hoy se han depositado coronas á montones al pie de la estatua de Estrasburgo, en la plaza de la Concordia. También la lluvia las estropeó bastante, y la melancolía de las rosas deshojadas, de las perpetuas empalidecidas, de los lazos ajados y marchitos, es una nota más de funebre augurio para Francia. Por la noche, la lluvia cesó y las iluminaciones pudieron lucir. He notado que los edificios públicos eran los únicos que las ostentaban. En las casas particulares—salvo algún que otro *lampion* vergonzante y mísero—no había signos de regocijo en forma de gasto de aceite. Se han abste-

nido lo mismo los partidarios del levantisco Boulanger que los del insulso Carnot.

Los españoles andamos estos días amostazados á causa de los desplantes de un periódico francés, *L'Echo de Paris*, desplantes que tomaron pretexto de las corridas de toros, mejor dicho, del simulacro de corridas que se verifica aquí. Porque el torero *Lagartija*, incitado por el público y por la reina Isabel II, que le gritaba desde su palco "mátalo", dió muerte á uno de los bichos que se lidiaron, con una buena estocada al cuarteo, el periódico, deseoso de meter bulla y que suene su nombre, forjó un articulazo de esos que aquí llaman *demoledores*, donde nos trata de feroces, salvajes, bárbaros, bandidos, haraganes, brutos, y por último (la gran injuria francesa contra los españoles y los sudamericanos) de *raspacue-ros*.

Asegúrase que el artículo infundió á varios españoles y sudamericanos deseo invencible de rasparle un poco el cuero al articulista francés. A fin de satisfacer este antojo, fuéronse á la redacción del diario, y preguntaron por las orejas del director, un Sr. Bauer. Pero, como suele suceder en lances análogos, las orejas del Sr. Bauer no estaban en casa, y fue preciso seguirles la pista con gran asiduidad y mediana suerte. Por último, bien acorralado el señor Bauer, accedió á batirse á pistola; mas, sin

duda debió de parecerle que *se desdoraba* en trocar una balita con *salvajes*, y después de consultar con la almohada, optó por publicar una retractación grotesca y ridícula, como lo son todas las cosas que escriben sobre España nuestros incorregibles vecinos transpirenaicos.

* * *

Incorregibles, sí. No comprendo tan crasa ignorancia respecto de una nación que se tiene inmediata, y que las más elementales nociones de la prudencia y del sentido común aconsejan conocer á fondo, hasta para cometer la injusticia de abrumarla con sistemático desprecio. Se me objetará que es un periodiquito, que son dos ó tres folicularios los que así hablan y escriben. ¡Ah! ¡No le objetéis eso á la que, llevada á casa de Víctor Hugo por el entusiasmo y la admiración que inspira la gloria, hubo de escuchar de labios del ilustre anciano, que en 1823 se celebraban en España *autos de fe*, y que en todo tiempo media España había achicharrado á la otra media! Víctor Hugo quedóse atónito cuando yo le rogué respetuosamente que me nombrase á uno sólo de los "escritores y sabios" sentenciados á la parrilla inquisitorial.

Creo que nunca se repetirá bastante: no puedo fiarme de cuanto escriben los franceses—que á sí mismos se llaman un pueblo cosmopolita, un pueblo humano—acerca de las demás

naciones europeas. Si sobre nosotros desbarran tanto, con tan risible suficiencia y tal aparato de filosofía histórica de oropel, ¿qué harán con los húngaros, los anamitas, los japoneses? ¿Cuánto absurdo, cuánta patraña, cuánto embuste nos darán á tragar sobre el remoto Oriente, el Egipto y la Nubia? ¿Qué será el mentir de las estrellas, aquí donde el mentir de la frontera corre tan suelto y retozón?

* * *

Entre los diarios franceses, el *Figaro* es el que pasa por mejor informado de las cosas de España: hasta se permite el lujo de un redactor español. Pues no lo abro día, ni por casualidad—al periódico digo—que no me salte á los ojos un gazapo. Hoy, el primero es una lista de los cuatro vinos españoles más estimados, entre los cuales figuran el *Madera* y el *Verdeilho*. Ya lo saben los portugueses: el *Figaro* ha realizado la unión ibérica.

Aparte de tan burda ignorancia, tienen los franceses un género de presunción exclusivista, que sería muy cómica si no fuese muy molesta y depresiva para el resto de la humanidad. Virtudes y vicios; ingenio y genio; arte y ciencia; caracteres y costumbres, todo ha de ser á la manera gala, y si no, es puro salvajismo, barbaridad y estupidez. Los ingleses, á fuerza de energía, de orgullo, de aspereza, de dinero; por virtud de aquella personalidad nacional que no pierden nunca; por viajar siem-

pre con sus dioses lares en el baul, son los únicos extranjeros que en París se han impuesto á la frivolidad y á la mofa, y ya se guardaría bien cualquier periodista de llamarles bandidos á pretexto del *box* ó de los *bullfights*. Pero nosotros, mansos corderos del *turismo*; nosotros, que entramos en Francia resueltos á dejar que nos esquilen á trueque de probar nuestra hidalguía y finura (todo español acepta toda cuenta, es tradición y proverbio), nosotros somos el Quijote reidero, el figurón internacional, la víctima propiciatoria.

Hará tres ó cuatro días asistí á una representación en un café-concierto muy céntrico y muy concurrido. Después de varias canciones lúbricas é idiotas, salió una linda muchacha, que debía de ser mora, á juzgar por el tipo físico y por el traje. Muchacha la llamo, y más bien debiera llamarla chiquilla, pues podría tener de trece á catorce años á lo sumo. Sonreía con gracia púdica, y siguió sonriendo cuando el hombre que la acompañaba, forzudo tagarote vestido de beduino, la arrimó á una gran tabla puesta de pie, la hizo abrir los brazos y la dijo, en no sé qué lengua rara: "Estáte quieta." Inmóvil ya la criatura, el morazo sacó del cinto un cuchillo enorme, afilado, agudo, y agarrándolo por el mango y jugando la muñeca con destreza pasmosa, lo disparó, y fué á clavarse debajo del sobaco de la muchacha. Esta

no pestañeó siquiera: la tabla, en cambio, mordida por el cuchillo á gran profundidad, retemblo y vibró toda. Manó otra vez al cinto, y segundo cuchillo, que señaló el otro sobaco. La tercer arma se hincó besando la sien, y la criatura reclinó entonces la cabeza sobre el frío hierro. Cuarto cuchillo, al borde de la muñeca. Quinto, entre el dedo pulgar y el índice. Luego les tocó á los demás dedos de la mano, y en seguida, sacando un hacha cortante y reluciente, el hábil moro la envió con vigor de jayán á incrustarse entre el cuello y el hombro de la niña. Un leve temblor del pulso, un movimiento insignificante de la garganta, y la inocente cabeza hubiese rodado á tierra ensangrentada. Pero allí no estaba ningún periodista humanitario; allí no había enviado comisión alguna la Sociedad Protectora de Animales; allí no se podía hablar del salvajismo español... y los que no logran arreglar con su sensibilidad exquisita ver banderillear á un toro, contemplaron sin la más mínima emoción, con regocijo, el acuchillamiento simulado y posible de una virgencita de trece años.

Hace años asistí á un baile de la Opera en París. Era una saturnal romana con todos sus antecedentes y consiguientes. Mi familia, que me acompañaba, acordábase de los bailes del teatro Real, donde el pueblo español celebra el Carnaval, se solaza, galantea, embroma y ríe, pero sin convertir en bacanal el espectáculo entretenido. Cruzó ante nosotros una mujer vestida de diablesa del *Fausto*, escotada

hasta la cintura, con el pelo teñido de color zanahoria. Un hombre, joven, gallardo, fuerte, se acereó á la ramera, aplicó los labios al carrillo embadurnado de cosmético y bermellón, y en seguida, echando mano al bolsillo del chaleco, sacó un franco y lo deslizó en una especie de cepillo ó escarcela que la mujer llevaba á la espalda. El franco, al caer, hizo un sonido argentino que probó que no estaba solo. Preguntamos la significación del hecho á los amigos que nos acompañaban, y supimos que cada caricia se salda así, con un franco al cepillo. Este sistema, comparable al de las básculas automáticas, no se nos ocurriría á los españoles. Aun en medio de la crápula y del vicio, el español conserva un poquitín de idealidad, unas miasmas de honrada vergüenza.

* * *

Han reconstruido, en la avenida Suffren, la torre de Nesle, novelesca madriguera de la reina Margarita de Borgoña. Dentro de su recinto se celebran procesos y diversiones populares como los de la Edad Media, de los cuales hablaré más adelante. Entre estas diversiones se cuenta la picota. Una picota construída en el siglo XIX, recibe á dos ó tres hombres que se prestan á darse en espectáculo echados sobre el vientre, con el pescuezo metido en un cepo, las manos en dos argollas, mientras la picota gira y los entrega á las risas del pueblo. Los infelices sienten las ansias del mareo, ven con

doloroso vértigo que da vueltas la torre, el recinto, el cielo, y, sin embargo, alquileres para sufrir, se aguantan hasta que cesa su martirio. Este solaz, depresivo para la dignidad humana, cruel é inicuo, no le arranca á ningún Bauer ninguna protesta. Si el que da vueltas en la picota fuese un toro...

CARTA XV

EL PALACIO DE LAS MÁQUINAS
EDISON.—ESPLÍN*Paris, Julio 18.*

Por más que no sea yo capaz de apreciar como corresponde los méritos de tal obra, creo justo decir algo á los lectores de mis cartas sobre la Galería de Máquinas y la parte industrial de la Exposición francesa. Trataré de salir del apuro lo menos mal posible.

Si no existiese la Torre Eiffel (de la cual hablaré pronto, pues ya han hablado todos los corresponsales y periódicos del mundo y ahora empiezan á abandonarla), la Galería de las máquinas sería sin disputa el gran atractivo de la Exposición.

Los inteligentes afirman que lo es, á pesar de la Torre; que representa un esfuerzo superior de ingeniería, un problema más de estática re-

hasta la cintura, con el pelo teñido de color zanahoria. Un hombre, joven, gallardo, fuerte, se acereó á la ramera, aplicó los labios al carrillo embadurnado de cosmético y bermellón, y en seguida, echando mano al bolsillo del chaleco, sacó un franco y lo deslizó en una especie de cepillo ó escarcela que la mujer llevaba á la espalda. El franco, al caer, hizo un sonido argentino que probó que no estaba solo. Preguntamos la significación del hecho á los amigos que nos acompañaban, y supimos que cada caricia se salda así, con un franco al cepillo. Este sistema, comparable al de las básculas automáticas, no se nos ocurriría á los españoles. Aun en medio de la crápula y del vicio, el español conserva un poquitín de idealidad, unas miasmas de honrada vergüenza.

* * *

Han reconstruido, en la avenida Suffren, la torre de Nesle, novelesca madriguera de la reina Margarita de Borgoña. Dentro de su recinto se celebran procesos y diversiones populares como los de la Edad Media, de los cuales hablaré más adelante. Entre estas diversiones se cuenta la picota. Una picota construída en el siglo XIX, recibe á dos ó tres hombres que se prestan á darse en espectáculo echados sobre el vientre, con el pescuezo metido en un cepo, las manos en dos argollas, mientras la picota gira y los entrega á las risas del pueblo. Los infelices sienten las ansias del mareo, ven con

doloroso vértigo que da vueltas la torre, el recinto, el cielo, y, sin embargo, alquileres para sufrir, se aguantan hasta que cesa su martirio. Este solaz, depresivo para la dignidad humana, cruel é inicuo, no le arranca á ningún Bauer ninguna protesta. Si el que da vueltas en la picota fuese un toro...

CARTA XV

EL PALACIO DE LAS MÁQUINAS
EDISON.—ESPLÍN*Paris, Julio 18.*

Por más que no sea yo capaz de apreciar como corresponde los méritos de tal obra, creo justo decir algo á los lectores de mis cartas sobre la Galería de Máquinas y la parte industrial de la Exposición francesa. Trataré de salir del apuro lo menos mal posible.

Si no existiese la Torre Eiffel (de la cual hablaré pronto, pues ya han hablado todos los corresponsales y periódicos del mundo y ahora empiezan á abandonarla), la Galería de las máquinas sería sin disputa el gran atractivo de la Exposición.

Los inteligentes afirman que lo es, á pesar de la Torre; que representa un esfuerzo superior de ingeniería, un problema más de estática re-

suelto de un modo satisfactorio y admirable. Tiene, pues, la Galería sus partidarios acérrimos, sus fervientes devotos; pero no cabe duda que la muchedumbre prefiere la Torre, más aparente, más caprichosa, más entretenida..... y también ¿á qué negarlo? menos útil, por consiguiente más recreativa y simpática.

Las dimensiones del Palacio de las máquinas son tales, que vistas sobrecogen. ¡Ciento quince metros de ancho por cuatrocientos veinte de largo y cuarenta y ocho de altura! Y esta inmensa nave de la Catedral de la Industria, no tiene columnata que la soporte: se extiende amplia y majestuosa, como un milagro del arte mecánico realizado para asombro de los espectadores!

Bajo la nave, nos advierten todos los guías que el Arco del Triunfo, el de la Estrella y la columna Vendôme cabrían sin necesidad de doblar la frente. Se ha calculado que en el recinto de la Galería puede acuartelarse un cuerpo de ejército de treinta mil hombres y un escuadrón de doce á quince mil caballos. Hay que recurrir á las cifras cuando no bastan adjetivos ni superlativos, pues la pobreza del idioma es tal, que lo mismo llama *grande* á un palacete ó á una casa de las corrientes y usuales, que á esta desmesurada construcción, que pesa siete millones setecientos mil kilogramos y pico de hierro.

Para uso de los entendidos en cuestiones de mecánica é ingeniería, repetiré—tomándolo de otros escritores—que es muy notable la forma de las arcadas de hierro que sustentan la armazón de la bóveda. En su parte alta y en la que toca al suelo, son articuladas, y giran sobre visagras del grosor del cuerpo de un hombre. Cada arco pesa doscientos mil kilogramos, y el sistema de articulación les permite dilatarse libremente, cosa que sería imposible con la construcción habitual. Sobre la ingeniosa estructura de estos arcos y el atrevimiento de la bóveda que en ellos descansa, diría primores Echegaray, describiendo y puntualizando el intríngulis de los equilibrios, dilataciones y resistencias, y de los intrincados problemas resueltos por el arquitecto que ideó esta galería y los ingenieros que la realizaron: yo puedo afirmar que dentro de ella me sentía mareada á la media hora.

Sólo de entrar en la galería y ver el incesante y periódico vaivén de tanto artilugio, me entra un malestar, un desasosiego, un azoramiento físico, que se convierten pronto en sufrimiento y alteración nerviosa. Allí todo se mueve, todo anda: las máquinas sudan, gimen, trabajan como esclavas que son, con una tenacidad sombría é implacable. El puente rotatorio eléctrico gira lo mismo que un loco; las máquinas motrices respiran angustiadas; los cilindros no sosiegan; los aparatos telegráficos vibran de impaciencia; sólo las locomotoras duermen aburridas de su inacción; porque la

máquina cuando está quieta se fastidia, y tiene el aspecto más melancólico del mundo. El reposo que sublima al objeto de arte, vuelve triste y antipático al industrial.

Hállase dividido el Palacio en varias secciones, y cada una de ellas da asilo á una de las direcciones de la mecánica, cuya importancia es cada vez mayor, según demuestran las estadísticas comparativas de las Exposiciones que han ido sucediéndose.

La novedad científica que más llama la atención es el *punte giratorio eléctrico*. Sobre postes de hierro circulan dos clases de vehículos con ruedas, movidos por la electricidad que les transmiten máquinas eléctricas subterráneas. Así van de un extremo á otro de la Galería, cargados de curiosos, que desde allí registran toda la instalación de una altura de siete metros.

Mas para los ignorantes como yo, lo bonito de la Galería consiste en las luces eléctricas. Y abundan, y son variadas y preciosas. Así que anochece, se enciende en el centro del Palacio un magnífico faro eléctrico, y á dos pasos, Edison luce sus maravillosas incandescencias, veinte mil lámparas que arden á la vez, escribiendo en letras verdes y rojas el nombre del inventor; lujo que sólo puede permitirse ese millonario de la ciencia, ese libre é inspirado *trovero*, cuyo nombre será, andando los tiempos, legendario.

En la Edad Media se referían los hechos del caballero andante, del aventurero, que nacido en pobre cuna, pero dueño de potente talismán, iba por el mundo enderezando entuertos, descabezando gigantes y subyugando insulas. El caballero andante moderno es Edison, con su novelesca vida y su inverosímil suerte, que hará amarillear de envidia y soñar despiertos á la mayor parte de los pálidos alumnos de la Escuela Politécnica y de las Academias especiales.

Criado en la miserable tienda de un baratillero yankee, Tomás Alba Edison pasó una infancia pobre y triste, conociendo y padeciendo el hambre de lectura, la fiebre de aprender que atormenta á los muchachos estudiosos y sin recursos. A los doce años, dijéronle en su casa que era llegado el momento de ganarse la vida "con los brazos y la cabeza". ¡A la edad en que todavía se llora; á la edad en que se necesita del calor y de las caricias de una madre! Pero la necesidad es dura y benéfica maestra. Nadie desteta mejor á un chico que la necesidad. A los doce años Tomás Edison vendía en la estación del ferrocarril de *Canadá y Central Michigan* periódicos, dulces, pasteles y revistas; pero á escondidas y hurtando el tiempo, devoraba libros de física y de química, hacia experimentos, y al hacerlos prendía fuego al piso del wagón, por lo cual le administraban una buena azotaina. Después ensayaba diversos modos de vivir; redactaba y componía un periodiquito, y más adelante ingresaba en la oficina telegráfica, donde se portaba como el peor

telegrafista del mundo, pues ocupado siempre en inventos y ensayos, no se acordaba de expedir los telegramas á su debido tiempo. El director de telégrafos del Canadá, para tener la seguridad de que Edison no deserta de su puesto, le ordena que le telegrafie cada media hora la misma palabra, y Edison, para no estar sujeto, inventa un aparato automático que cada media hora telegrafaba la palabra exigida. Poco después, en Menfis, idea la manera de hacer pasar dos despachos simultáneamente, en sentido inverso, por el mismo hilo, y el director de la oficina telegráfica al enterarse de la extraña tentativa, le moteja de loco. ¡El loco iba á subir como la espuma, á señalar cada etapa de su vida con nuevos inventos, con un paso más en el camino de lo desconocido, y á obtener la celebridad universal de los Franklin y los Stephenson!

De allí á poco fue nombrado ingeniero y se le preparó un laboratorio que ha hecho célebre el aquelarre de las brujerías científicas, en Menlo Park; laboratorio donde vive como el alquimista en su tugurio, teniendo en derredor, en vez de retortas, alambiques y buhos disecados, baterías eléctricas, electro-imanés, hornos y generadoras de vapor. Mas como todas las abstracciones se parecen y todas las ideas fijas son iguales en sus resultados, Edison anda no menos distraído y sonámbulo que pudo andar en el siglo XIII Alberto de Bollstœdt, llamado el *Magno*, ó entre nosotros el Marqués de Villena, el del encantado picadillo.

Prueba de ello es lo que sucedió al renombrado inventor el día de sus bodas: graciosa anécdota, que si yo fuese él me propondría desmentir, porque algo tiene de *guillardura*. Cuentan que nunca había tenido Edison tiempo de pensar en casarse, y un día que sin duda los trabajos ó los experimentos eran menos urgentes, se dió una palmada en la frente y exclamó: "¿Por qué no he de tomar mujer?" Gustóle una obrerilla de fábrica y la propuso justas nupcias. Consintió la niña y verificóse la ceremonia: llevóse á su novia á Menlo Park, y después de enseñarla todos sus laboratorios, pidióla permiso para terminar una experiencia muy importante. Pasaron horas y horas, y si la desposada no llama á la puerta del laboratorio, á estas fechas se está con su corona de azañar y su velo prendido.

Hoy reina Edison en la Exposición parisienne, y domina la Galería de Máquinas. Su instalación ocupa ella sola seiscientos setenta y cinco metros cuadrados. Encima del foco enorme de incandescencia que equivale á veinte mil lámparas, se destaca el busto del ilustre inventor. Allí se exhiben, como blasón y lauro de su nombre, el nuevo fonógrafo, el micrófono, todas las fases y etapas del teléfono, los grandes reflectores, los aisladores magnéticos, la red eléctrica subterránea y otros mil cachivaches científicos que acaso contienen el germen de

descubrimientos más admirables para la edad futura en que hasta el respirar se verifique por medio de alguna corriente de inducción, y el andar requiera el auxilio de algún dinamo.

Cerquita de Edison expone cosas muy raras un profesor, Elihu Thomson, el cual realiza lo que se cuenta del zancarrón de Mahoma, sosteniendo en el aire sin apoyo alguno, mediante efectos de repulsión eléctrica, un anillo de cobre macizo de quince centímetros de diámetro. Pues no digo nada de las máquinas sopladas de la Sociedad Cockerill, de Bélgica, destinadas á insuflar aire puro contra los gases deletéreos de las minas. Y ¿cómo encarecer las máquinas magnético y dinámico eléctricas, de donde brota á chorros la luz que alumbra la galería toda? Yo creo que esto de la luz eléctrica no tarda veinte años en destronar al aceite, las bujías, el petróleo, el gas corriente, alumbrados que ya nos parecen mortecinos, amarillentos, feos y tristes. Cuando pienso en los adelantos de la electricidad de diez años acá; cuando recuerdo que hace tres lustros una lamparita eléctrica era una curiosidad y casi un milagro; cuando evoco la figura del hombre prehistórico—sepultado en la obscuridad de las cavernas, en compañía del reno y del oso—ó la del señor feudal—que iluminaba sus banquetes con humeantes y pestíferas antorchas de resina ó de saín—me entran impulsos de creer á puño cerrado en el progreso endémico y crónico, y de exclamar, con Leopardi en su *Palinodia*:

«Aureo seculo omai volgono, o Gino,
«i fusi delle Parche...»

«Universale amore,
«ferrate vie, multiplici commerci,
«vapor, tipi e cholera i piu divisi
«popoli e climi stringeranno insieme.
«Né meraviglia fia se pino o quercia
«suderá latte e mele, o s' anco al suono
«d' un walsér danzerá. Tanto la possa
«infin qui de'lambicchi e delle storte,
«e le macchine al cielo emulatrici,
«crebbero, e tanto cresceranno al tempo
«che seguirá: potché di meglio in meglio
«senza fin vola e volerá mai sempre.
«di Sem, di Cam e di Giapeto il seme.»

A la verdad, el problema que plantea el insigne desesperado de Recanati es el que se le ocurre á todo contemplador en presencia de tanta actividad, de tanto esfuerzo y de tanta fatiga. La humanidad que así suda y se afana, que así inventa, discurre y lucha, ¿es acaso más dichosa ó menos infeliz que la que en climas dulces, á la sombra de frescos árboles y al borde de límpidos y claros arroyos, duerme, come y procrea, sin cuidarse del ayer ni del mañana?

La que llamamos civilización ¿es más que una batalla sin tregua, para ganar un pan amargo, para cubrir necesidades facticias y para vivir roído de cuidados y en ahogo per-

petuo? Y cuando decimos que hemos llevado la luz, la ciencia y el progreso á una región salvaje, ¿no podríamos añadir que llevamos la inquietud, el desasosiego y las penas del alma? ¿Se suicidaban los aztecas, los pieles rojas, los australianos, antes de la llegada del europeo? ¿Sufrían por falta de dinero ó por hambre de goces? El pueblo de la Edad Media, al celebrar la *Fiesta del Asno*, ¿se trocaría por nuestros modernos obreros de fábrica, con su media cultura y su completa avidez de las dichas reservadas al rico y sólo al rico, para ellos eternamente inaccesibles?

La ráfaga de pesimismo que me azota no es sino que me aburren las máquinas. Voy á figurarme que al lector le pasa dos cuartos de lo mismo, y á sacarle pronto de este infernal palacio de la electricidad y el vapor, Proserpina y Plutón del báratro moderno.

Para estremecernos de angustia, consideremos la instalación de la sociedad minera del Loira. Allí veremos una reducción del célebre pozo llamado *Torre Eiffel de las minas*, que no tiene más de 530 metros de profundidad. ¿Qué significa subir á la Torre de 300 metros, con aire libre y luz del sol, en comparación de lo que será el descenso á esa boca del abismo, negra y fría, tal vez mortal? He ahí lo que representa nuestra brillante civilización para el

minero: sepultarse todos los días á 530 metros bajo el nivel de la superficie terrestre.

Las prensas hidráulicas de Morane me recuerdan la palanca soñada por Arquímedes: con otras semejantes levantó Eiffel en peso la Torre entera y verdadera. El material de ferrocarriles duerme esperando que el vapor anime sus entrañas y le comunique movilidad é impulso. ¡El vapor! Está muy de capa caída, no puede negarse: la electricidad le eclipsa en esta Exposición, y acaso le destronará en la inmediata. —A poca distancia vemos fabricar botones, plumas, agujas, alfileres, sobres de cartas, cepillos, tapones, mondadientes. Un español dicharachero, andaluz por más señas, me llamó y enseñándome una máquina, me dijo: “¿Vé uzte, paizana? Ahí meten por una ezquina un cochinillo vivo, y salen por la contraria las salchichaz hechaz ya, y zi ze desea, frititaz con huevos.”

CARTA XVI

EL GIGANTE

Paris, Julio 21.

HE prometido hablar algo de la Torre Eiffel, siquiera por pudor de cronista; y ya le ha llegado su turno al *clou* de la Exposición, al colosal mástil de hierro enarbolado por Fran-

petuo? Y cuando decimos que hemos llevado la luz, la ciencia y el progreso á una región salvaje, ¿no podríamos añadir que llevamos la inquietud, el desasosiego y las penas del alma? ¿Se suicidaban los aztecas, los pieles rojas, los australianos, antes de la llegada del europeo? ¿Sufrían por falta de dinero ó por hambre de goces? El pueblo de la Edad Media, al celebrar la *Fiesta del Asno*, ¿se trocaría por nuestros modernos obreros de fábrica, con su media cultura y su completa avidez de las dichas reservadas al rico y sólo al rico, para ellos eternamente inaccesibles?

La ráfaga de pesimismo que me azota no es sino que me aburren las máquinas. Voy á figurarme que al lector le pasa dos cuartos de lo mismo, y á sacarle pronto de este infernal palacio de la electricidad y el vapor, Proserpina y Plutón del báratro moderno.

Para estremecernos de angustia, consideremos la instalación de la sociedad minera del Loira. Allí veremos una reducción del célebre pozo llamado *Torre Eiffel de las minas*, que no tiene más de 530 metros de profundidad. ¿Qué significa subir á la Torre de 300 metros, con aire libre y luz del sol, en comparación de lo que será el descenso á esa boca del abismo, negra y fría, tal vez mortal? He ahí lo que representa nuestra brillante civilización para el

minero: sepultarse todos los días á 530 metros bajo el nivel de la superficie terrestre.

Las prensas hidráulicas de Morane me recuerdan la palanca soñada por Arquímedes: con otras semejantes levantó Eiffel en peso la Torre entera y verdadera. El material de ferrocarriles duerme esperando que el vapor anime sus entrañas y le comunique movilidad é impulso. ¡El vapor! Está muy de capa caída, no puede negarse: la electricidad le eclipsa en esta Exposición, y acaso le destronará en la inmediata. —A poca distancia vemos fabricar botones, plumas, agujas, alfileres, sobres de cartas, cepillos, tapones, mondadientes. Un español dicharachero, andaluz por más señas, me llamó y enseñándome una máquina, me dijo: “¿Vé uzte, paizana? Ahí meten por una ezquina un cochinillo vivo, y salen por la contraria las salchichaz hechaz ya, y zi ze desea, frititaz con huevos.”

CARTA XVI

EL GIGANTE

Paris, Julio 21.

HE prometido hablar algo de la Torre Eiffel, siquiera por pudor de cronista; y ya le ha llegado su turno al *clou* de la Exposición, al colosal mástil de hierro enarbolado por Fran-

cia para izar su enseña y hacerla ondear ante las demás naciones, á una altura á que no ha flotado todavía bandera alguna, como no sea desde la barquilla de un globo aerostático.

Dice el Génesis (capítulo XI) que los hijos de los hijos de los hombres, llegados á tierra de Sennaar, hablaron entre sí de este modo: *Faciamus civitatem et turrim, cujus culmen pertingat ad caelum*. Y descendió el Señor, y vió la ciudad y la Torre que edificaran los hijos de Adán, y dijo entre sí: "Bajaré y confundiré las lenguas de ellos, y ninguno comprenderá á su prójimo." Por lo cual, confundidas las lenguas, esparciéronse los hombres sobre la haz de la tierra y renunciaron á edificar la ciudad y á dar cima á la soberbia Torre..... *et idcirco vocatum est nomen ejus Babel, quia ibi confusum est labium universae terrae*.

Este fragmento de la narración mosáica acude inevitablemente á la memoria cuando por primera vez y con dejos de filosofía histórica nos paramos á contemplar la obra de Eiffel. La elevación vertiginosa que toca al cielo—al menos al cielo visible, ya que debajo de ella se condensan las tempestades y se forja el rayo;—la eterna confusión de lenguas—ya que en cualquiera de sus plataformas se oyen todos los idiomas del mundo;—la inmensa ciudad tendida á sus pies..... todo evoca el misterioso relato genésico, todo, excepto la materia con que está construida la Torre, la cual no tiene *lateres pro saxis et bitumen pro cemento*, sino un costillaje de hierro, que á medida que asciende

á la región de las nubes, parece á los atónitos ojos del espectador red sutil de finos trazos, bermejas pinturas hechas con delicado pincel sobre el azul del firmamento.

Es evidente que el entendimiento del hombre y su don de discurrir con agudeza y lo atrevido de sus ideas son cosa muy antigua. Los naturalistas que nos hacen descender de un mono perfeccionado, se verían en calzas prietas si tuviesen que marcar el instante en que este mono estúpido se convirtió en habilísimo ingeniero; si les obligásemos á precisar con exactitud dónde está el primer eslabón de la cadena que empieza en el antropomorfo y acaba en Gustavo Eiffel, constructor de la Torre. En cambio, me parece facilísimo enlazar á Eiffel con los patriarcas de la llanura de Sennaar. Lo mismo que Eiffel, los ingenieros y arquitectos de la torre de Babel pensaron ante todo que para erigir el edificio más alto del mundo, se necesitaba emplear materiales distintos de los que se usan para las construcciones comunes y corrientes: materiales de menor peso en igualdad de volumen, y gran elasticidad y resistencia al empuje del viento. Por eso recurrieron al ladrillo y al betún, en vez de la piedra y la argamasa. Algunos ladrillos de la torre de Babel se han encontrado—al menos lo afirman los asiríólogos—y son una maravilla de perfección y ligereza. Si el arte de Tubalcain estuviese en-

tonces tan adelantado como hoy, no cabe duda que los ingenieros de Babel emplearían el hierro cogiéndole la delantera á Eiffel y á su precursor Trevithick..... porque Eiffel ha tenido precursores: ¡quién no los tiene!

Y el tenerlos no quita ni pone, en mi opinión, al mérito de Eiffel. En el terreno científico puede decirse que no hay problemas nuevos: los problemas son viejos todos; las soluciones, más ó menos recientes y afortunadas, lo cual depende también de circunstancias extrínsecas é independientes de la voluntad del matemático investigador. En 1832, el ingeniero inglés Trevithick se propuso erigir una torre de 1.000 pies, ó sean 304 metros y 80 centímetros de elevación. Pero en 1832, la metalurgia, la construcción metálica y el arte de montar las piezas de hierro no se encontraban tan adelantados como están en el día. Sucedióle á Trevithick—cuyo olvidado nombre es justo ensalzar un poco—lo que á los arquitectos de Babel: se anticipó á su época.

En 1872, al celebrarse la Exposición de Filadelfia, los *yankees* quisieron realizar el proyecto abandonado por los ingleses: tampoco este propósito cuajó. Sin embargo, desde 1848 se dedicaba *Jonatán* á construir el monumento más alto del mundo, ó sea el gran obelisco de Washington, que mide 169 metros y 25 centímetros. A pesar de la torre Eiffel, este obelisco sigue

siendo el mejor mozo de su familia, pues ningún edificio de mampostería le llega á la suela del zapato. Los franceses lo han tomado á broma y le faltan diariamente al respeto, burlándose de los norteamericanos, porque el obelisco de Washington es cuadrado, muy feo, semejante á una chimenea de fábrica, y ha costado más de siete millones de francos, y ha tardado treinta y siete años en concluirse. ¡Ah! con la Torre Eiffel están que no caben en su pellejo los franceses. Todos los demás monumentos les parecen ya enanos y raquiticos. Los 46 metros de la "Libertad iluminando al mundo", en la bahía de Nueva York, son las dimensiones de un juguete. Los 105 metros de la flecha de los Inválidos..... bicoca, lo mismo que los 100 de la torre de San Pablo de Londres, los 120 de la catedral de Amberes, los 130 de la de San Miguel en Hamburgo, los 146 de la Gran Pirámide y los 159 de la flecha de la Catedral de Colonia. Yo, si me atreviese á opinar, diría que ésta última, con ser poco más de la mitad de la Torre Eiffel, me parece infinitamente superior á ella: 159 metros de piedra, artísticamente labrada, animada por el soplo de la fe! El hierro, en mi entender, no conseguirá nunca la majestad y dignidad de la piedra, su imponente estabilidad, su reposo sublime.

Largamente se ha debatido esta cuestión: si cabía belleza propiamente dicha en una Torre

de hierro de 300 metros de altura. La objeción estética fue una de las muchas que se presentaron contra el proyecto—realmente grandioso, bien puede decirse á boca llena—del insigne ingeniero. Claro que no era la más grave de todas esta objeción; mayor importancia hubo que otorgar al problema de si cabía en lo posible ascender con facilidad á una altura de 300 metros; de si el viento columpiaría la Torre como si fuese un navío anclado, por lo cual la gente se marearía dentro de ella; de si tan gigantesca elevación causaría vértigo; de si una masa de hierro semejante produciría desviaciones en los instrumentos magnéticos.... porque estas y otras muchas dificultades semejantes recelaban los tímidos y los enemigos natos de toda innovación, mientras Eiffel sereno é imperturbable llevaba adelante su colosal empresa. Así y todo, la objeción estética debió de molestarle algo. En efecto: él podía saber á qué atenerse en lo tocante á condiciones de resistencia y seguridad material; pero en cuanto á si resultaría fea ó bonita la Torre.... como el gusto no se escribe y carece de ley, bien comprendo que recelase que pareciéndole á él muy linda, la encontrasen horrorosa las gentes, en lo cual no harían sino aceptar el dictamen de doctores competentísimos en asuntos de belleza, como Meissonnier, Gounod, Gerôme, Bonnat, Bouguereau, Sully Prudhomme, Robert Fleury, Victoriano Sardou, Guy de Maupassant, Leconte de Lisle, Pailleron, etc., etc.: pintores, escritores, artistas célebres, que en Fe-

brero de 1887 publicaron una terrible protesta contra la Torre, afirmando que iba á ser la mengua de París, llamándola "chimenea de fábrica" y jurando que, con su enormidad brutal, el armatoste de Eiffel aplastaría todos los monumentos y todas las glorias francesas!

Protestaron, sí, con toda la indignación de su alma—así decían—en nombre del gusto francés, del arte y de la historia, contra "la erección de la inútil y monstruosa Torre Eiffel, que la malignidad pública, á veces saturada de buen sentido y de espíritu de justicia, ha bautizado ya con el nombre de Torre de Babel.... Ni la misma mercantil América la admitiría: para París es la deshonra."

Lockroy, archiamostazado, resolvió tomar en broma á los protestantes. Lo primero de todo, les cazó en la protesta—firmada por tantos y tan ilustres escritores—un solecismo de los que aquí llamamos concordancias vizcainas, y se entretuvo un rato con él. Después les cogió en un *lapsus* histórico, y también se lo refregó por los hocicos. Y por último encargó que se archivase la protesta para colocarla en los escaparates de la Exposición, donde fuese solaz y asombro de los concurrentes. Nada más. La Torre siguió alzándose como por arte de magia, sin que se pudiese ver á los obreros, cual esos puentes de la Edad Media atribuidos al diablo.

Hoy el problema estético está resuelto, y en cuanto cabe, resuelto á favor de la Torre. Yo no sé si es verdad que su forma sea la única posible, la única que garantiza su seguridad y solidez; personas expertas lo afirman, diciendo que la hechura está en tan perfecta armonía con el objeto, que humanamente no cabe darle otra. El enemigo que había de combatir el constructor de la Torre, era el viento; y la forma y disposición del edificio es tal, que no parece sino que el huracán mismo, al embestir contra la Torre, la modeló, prolongándola y prestándole el aspecto de las gigantescas coníferas australianas, por ejemplo, las wellingtonias, que son verdaderas torres vegetales.

De día, la Torre tiene algo de rudimentario y tosco, que es como el boceto de una idea arquitectónica; y el chiste que ha rodado por la prensa, de la señora que para dar su opinión acerca de la Torre aguardaba á que quitasen el andamiaje, no carece de fundamento; unos la llaman *andamio*, y otros la califican con mayor irreverencia todavía, de *jaulón*. En cambio, de noche, las líneas se funden, la materia se unifica, y engalanada con orla de diamantes alrededor de cada arco de los que la soportan; ceñida en su primer plataforma con un cinturón de pedrería; coronada por su vaporoso faro tricolor, la Torre es la maga de la Exposición, la reina indiscutible del gran Certamen.

Una falta capital le encuentro á la Torre. Es muda; le falta el melodioso cántico que tanto

hermosea á las caladas agujas góticas; la estrofa de la campana. Esa lengua de bronce, consoladora de la tristeza, nuncio de esperanza, promesa de la eternidad, no resuena en la inmensa pirámide de hierro.... Repito que es muda, y por consiguiente, si no tuviese el reflector, diría que carece de alma. El reflector le presta—de noche tan sólo—una mirada dulce y serena.

El único ruido que se produce en la Torre, es el de la subida y bajada de los ascensores: rumor pavoroso, profundo, enteramente igual al del Océano en días de tormenta. Lo raro es que desde el ascensor y desde la Torre misma, no se oye poco ni mucho ese medroso bramido del aire, mientras desde abajo pone los pelos de punta, y de fijo más de una persona apocada se habrá abstenido de subir por el terror que infunde. En efecto, si al susto del ruido se añade la vista de la enorme caja, que al que se encuentra en tierra le parece chiquita, y que descendiendo cargada de seres humanos, colgada y deslizándose en el aire á una altura de más de 100 metros, se comprende que algunos se persignen (yo lo he observado, bastantes de los que ascendían se persignaban) y que otros palidezcan cuando ponen el pie en el piso del ascensor... donde en realidad no se corre el menor peligro.

Tan exactamente está calculada la resisten-

cia de la Torre, que ni un temblor de tierra la derrocaría. Si hubiese terremoto en París, la Torre sería el asilo más seguro. Encuéntrase preparada para no ceder á un huracán que soplase con uniformidad y ejerciendo una presión de 300 kilos por metro cuadrado — lo cual, más que huracán, sería ya una tromba desconocida en nuestras latitudes. — La presión de 78 kilos, la máxima que aquí se experimenta, no puede inclinar el copete de la Torre ni 15 centímetros. En esta Torre todo viene combinado de antemano y preestablecido; es casi una abstracción; ha vivido en la cabeza de un geómetra, ha sido álgebra antes de ser hierro. Cuarenta dibujantes y matemáticos trabajaron por espacio de dos años en estudiar las doce mil piezas distintas de que la Torre se compone, y que salieron de los talleres prontas para la colocación, sin error de un milímetro ni de un decigramo en la dimensión ni en el peso. Cada pieza necesitó su dibujo especial, y estos doce mil dibujos fueron calculados por logaritmos. A mí un cerebro humano de donde puede salir hecha y derecha esta Torre, como Minerva del de Jove agosto, me inspira admiración, pero admiración semejante á la que tributo á la maquinaria de esos relojes que señalan la hora de todos los meridianos, el mes, el año, el día, y tienen música repetición y cuerda perpetua.

Las raeduras y escorias del metal empleado para las doce mil piezas las adquirió Julio Jalluzot, dueño de los Almacenes del Printemps, y se gastó seiscientos mil francos en fabricar con esos materiales multitud de prensapapeles que venderá como pan bendito, de seguro. Sólo que ocurre con ellos lo que con las reliquias: si uno estuviese cierto de que todas son auténticas..... les rezaría con más devoción.

Los ascensores no producen el menor vértigo. La subida es tan mansa é insensible, que ni se nota: parece que es el Campo de Marte el que baja, mientras nosotros estamos quietos. El sistema de estos ascensores tan suaves está descrito en todas las Guías: no he de repetirlo. Lo que sí debo consignar — para que conste que la ingeniería no es infalible — es que en los ascensores no se permite que entren las 100 personas con que al principio se contaba para el sistema Combaluzier, ni las 50 del Otis. En realidad suben muchas menos; y consiste en que una vez se paró no sé cuál de las cajas, sin querer bajar ni subir, y desde este incidente se teme cualquier lance — aunque sólo sean los chillidos de una *miss* asustada — que bastarían para sembrar el pánico en la Exposición.

Como soy miope, no estimo en todo su valor el panorama que desde lo alto de la Torre se domina. Con decir que son treinta leguas del corazón de Francia, basta para que se forme idea de su extensión. Rambouillét, Etampes, Chantilly, Meaux, Melun, Fontainebleau, el curso del Sena, las verdes praderías y los ne-

gros bosques lejanos es lo único que se divisa desde la tercer plataforma. Cosa sorprendente: á semejante altura ya no se percibe la vida de París ni el movimiento del Campo de Marte, que tan activo y febril parece desde la primera. Así como del quinto piso de una casa no percibiríamos una hormiga que se pasease por el arroyo, de la tercer plataforma no se puede apreciar un hombre ni un carruaje, y la enorme capital aparece desierta, inmóvil, petrificada, como esos pueblos prehistóricos que se encuentran en el fondo de los valles mejicanos.

A pesar de lo bien que se va en los ascensores, no falta quien les tenga, como dicen los portugueses, *seu bocado de respeito*, y se decida á la heroicidad de encaramarse por las escaleras arriba. Las escaleras no son lo que se llama incómodas, al menos hasta la primer plataforma: pero al encontrarse encerrado en aquella celosía de rojos travesaños, suspendida entre tierra y cielo, viendo abajo ensancharse el horizonte y crecer el Campo de Marte, y al lado descender con fantástica suavidad el ascensor, entra una angustia y un sudorcillo en la raíz del pelo que no me atrevo á llamar síncope, por más que he visto á una señora desmayarse de verdad al finalizar la subida, mareada por tanta línea y tanto palitroque como la rodeaban al trepar por la escalera. ¡Trescientos cincuenta peldaños por el aire!

Los valientes, los aficionados á lo extraordinario, los fanfarrones, los que todo quieren "verlo y que no se lo cuente nadie," apencan luego con la escalera de caracol que va del primero al segundo piso: trescientos ochenta peldaños: casi nada. Las piernas se les doblan; las caderas les duelen atrocmente; llevan la boca seca, el diafragma contraído; notan la sensación del vértigo; se les figura á cada instante que la Torre da vueltas, y que la escalera en vez de subir, gira y se hunde en el abismo..... y mareados, exhaustos, locos, llegan á la cima, juran que se han divertido mucho, y lamentan que para alcanzar la tercer plataforma no haya más remedio que tomar el ascensor!

—¿Y de qué sirve esa bendita Torre?— preguntan algunos, en un arranque de utilitarismo. — Ha costado la friolera de seis millones quinientos mil francos, y parece demasiado lujo para instalar unos cuantos restaurantes y cafés, montar un faro y dos proyectores eléctricos y tirar una edición del *Figaro* redactada por los cajistas.

A lo del coste de la Torre, se puede replicar que la Sociedad accionista ganará mucho dinero y el Gobierno se desquitará dentro de veinte años de la subvención y concesión de terreno, entrando en posesión del edificio. A nadie arruina, pues, la humorada científica de Eiffel, y á muchos obreros ha dado trabajo. En cuanto á

utilidad inmediata, general y verdadera, afirman los sabios que la tendrá muy grande, ayudando á esclarecer en astronomía la ley de las refracciones y las rayas telúricas; en química vegetal, la composición del aire y la influencia del ácido carbónico sobre las plantas á 300 metros de altura; en meteorología, infinidad de estados eléctricos, corrientes superiores y problemas higrométricos; en física, las desviaciones del cuerpo que cae, la electricidad atmosférica, los experimentos sobre la rotación de la tierra y otras mil cuestiones más ó menos importantes. Y sobre todo.... aquí es donde los franceses se hinchan de pescuezo y se encienden de cresta, ni más ni menos que el gallo de sus armas....

"Telegrafía óptica. Con tres estaciones bien elegidas, estamos en la frontera."

¡En esto paran los progresos de la ciencia y las pacíficas manifestaciones de la industria!
¡La Torre Eiffel instrumento de combate!

* * *

La verdad es que la Torre señalará una nueva é importante etapa para las construcciones de hierro, puentes, estaciones, viaductos aéreos y palacios. El hierro entrará como elemento poderoso á facilitar obras y empresas colosales.

No quisiera despedirme del férreo gigantazo sin soltar una cosa que me bulle en la punta de la pluma, y es, que con toda su estatura descomunal, la Torre está *muy baja*, ¡333 metros so-

bre el nivel del mar!; gran puñado son tres moscas. Rigurosamente hablando, cualquier campanario de Castilla mira por cima del hombro á la Torre Eiffel.

CARTA XVII

TRAPOS, MOÑOS Y PERENDENGUES

Paris, Julio 28.

YA estoy, ó cuando menos tengo obligación de estar, en mi elemento, puesto que voy á hablar de trapos y moños, conversación tan simpática para las mujeres, y en la cual, diga lo que quiera el protano vulgo, no sólo puede, sino que debe entrar una mediana dosis de sentimiento artístico, que es como la filosofía de estas frivolidades trascendentales.

* * *

A la verdad, me alegraría mucho de salir con color del empeño, por desmentir la mala fama que tenemos las escritoras en materias de gusto. En efecto: si el turbante de madama Staël ha pasado á la historia, y las botitas de doble suela y el tapabocas encarnado de Jorge Sand son ya únicamente un recuerdo típico del romanticismo, todavía asegura la gente que las señoras dadas al cultivo de las letras se llevan la palma en

utilidad inmediata, general y verdadera, afirman los sabios que la tendrá muy grande, ayudando á esclarecer en astronomía la ley de las refracciones y las rayas telúricas; en química vegetal, la composición del aire y la influencia del ácido carbónico sobre las plantas á 300 metros de altura; en meteorología, infinidad de estados eléctricos, corrientes superiores y problemas higrométricos; en física, las desviaciones del cuerpo que cae, la electricidad atmosférica, los experimentos sobre la rotación de la tierra y otras mil cuestiones más ó menos importantes. Y sobre todo.... aquí es donde los franceses se hinchán de pescuezo y se encienden de cresta, ni más ni menos que el gallo de sus armas....

"Telegrafía óptica. Con tres estaciones bien elegidas, estamos en la frontera."

¡En esto paran los progresos de la ciencia y las pacíficas manifestaciones de la industrial!
¡La Torre Eiffel instrumento de combate!

* * *

La verdad es que la Torre señalará una nueva é importante etapa para las construcciones de hierro, puentes, estaciones, viaductos aéreos y palacios. El hierro entrará como elemento poderoso á facilitar obras y empresas colosales.

No quisiera despedirme del férreo gigantazo sin soltar una cosa que me bulle en la punta de la pluma, y es, que con toda su estatura descomunal, la Torre está *muy baja*, ¡333 metros so-

bre el nivel del mar!; gran puñado son tres moscas. Rigurosamente hablando, cualquier campanario de Castilla mira por cima del hombro á la Torre Eiffel.

CARTA XVII

TRAPOS, MOÑOS Y PERENDENGUES

Paris, Julio 28.

YA estoy, ó cuando menos tengo obligación de estar, en mi elemento, puesto que voy á hablar de trapos y moños, conversación tan simpática para las mujeres, y en la cual, diga lo que quiera el protano vulgo, no sólo puede, sino que debe entrar una mediana dosis de sentimiento artístico, que es como la filosofía de estas frivolidades trascendentales.

* * *

A la verdad, me alegraría mucho de salir con color del empeño, por desmentir la mala fama que tenemos las escritoras en materias de gusto. En efecto: si el turbante de madama Staël ha pasado á la historia, y las botitas de doble suela y el tapabocas encarnado de Jorge Sand son ya únicamente un recuerdo típico del romanticismo, todavía asegura la gente que las señoras dadas al cultivo de las letras se llevan la palma en

vestir charro, exagerado, anticuado ó ridículo. Un recuerdo de mi infancia es la ilustre condesa de Mina, después duquesa de la Caridad, y no sé lo que se me ha quedado más presente de aquella gran mujer, si su despejo y discreción varonil, ó los guantes de algodón á lo carabenero y la cofia extravagante que usaba hasta por casa. Las mujeres cultas pueden y suelen tropezar en dos escollos igualmente peligrosos: el exceso de oropel, los trajes vistosos en demasía, ó el estilo cuáker y marimacho, el zapato de oreja, el pelo en *chichitos* y el traje plano, color de ala de mosca, sin adornos ni vanas superfluidades. Este último tropiezo ha sido uno de los desaciertos de las nihilistas rusas, quienes cometieron la atrocidad de raparse las cejas y usar gafas azules.

El traje de la mujer, desde algunos años á esta parte, se perfecciona y agracia cada vez más, habiendo alcanzado, en este año de la Exposición, un toque supremo y delicadísimo de sencillez exquisita. Las épocas históricas y literarias imprimen á los trajes y adornos, y hasta al tipo físico de la mujer, sensibles modificaciones, que la mirada escrutadora de un Balzac ó un Daudet advierte al punto. Bajó María Antonieta, la corte, deseosa de sacudir del todo la solemne y fastuosa etiqueta del pelucón de Luis XIV—etiqueta ya muy relajada en los últimos años de Luis XV—penetrada además por el ambiente de égloga y pastorela que las letras respiraban, se entregó á los dulces juguetes rústicos de Trianon, y fatalmente, la moda

trajo los sombrerillos de paja coronados de rosas, los cayados, los *fichús* de muselina, los primeros percales (hasta entonces no se concebía la dama sino vestida de seda), y otros mil detalles graciosos en que se reconoce la influencia de la elegante y desdichada esposa de Luis XVI. Vino la Revolución, y su mezcla de sensibilidad y estoicismo romano y griego se reflejaron en la moda también, según no ignora nadie que haya visitado los Museos franceses. La protesta aristocrática, en la época del Directorio, tomó forma de lazos de cinta, solapas exageradas y dijes chocarreros, gala de los perimetres y lechuguinos (*muscadins*). El Imperio, con sus alternativas de júbilo y susto, el orgullo de las victorias, la brillantez de sus uniformes y la forzosa rapidez de sus aventuras amorosas, dió á la mujer brillo y marcialidad, la coronó de plumas y pedrería (por entonces una diadema le caía á cualquiera del cielo), y la hizo aguerrida, fuerte, amazónica, de hermosos brazos, color fresco y resplandeciente mirar. Vinieron el romanticismo y la restauración, Chateaubriand y Lamartine con sus tristezas elegíacas, y la mujer palideció, prolongó el talle hasta los pies, desfleó el bello en virutas, puso los ojos entornados y adoptó continente angélico. El segundo Imperio, con sus agiotajes y su sed de goces positivos, su cosmopolitismo y su música de Offenbach, trajo modas violentas y dispendiosas, las largas colas, los peinados monumentales y bizantinos, las botas altas y el miriñaque escan-

daloso. Epoca de menos sobriedad y gusto en el traje de la mujer ni se ha visto ni verá. El conjunto de la gentil forma femenina desapareció bajo postizos armatostes, de los cuales podía decirse lo que Alarcón en *La verdad sospechosa* acerca de los almidonados canjilones que en su tiempo ostentaban los galanes:

«Una valoncilla angosta
Usándose, le estuviera
Bien al rostro, y se anduviera
Más á gusto á menos costa.»

Sólo que ocurría á las damas modernas lo mismo que á los galanes arcaicos:

«Todos dicen que se holgaran
De que valonas se usaran,
Y nadie comienza el uso.»

Fue preciso un cambio político radical, una guerra que mudó la faz del continente europeo, una corriente de ideas que viene del Norte y trae consigo mucha tolerancia y libertad, de que ha de gozar la mujer más cada día, para que el traje cambiase de rumbo y tomase la dirección racional, simpática y artística que hoy lleva.

A raíz de la guerra francoprusiana, la multiplicidad de los lutos, la amargura del vencimiento, impusieron á la mujer francesa los co-

lores oscuros y las hechuras sencillas. Siempre que predomina una tendencia de sencillez, la moda se acerca al ideal del arte: vestir y engalanar respetando la forma natural del cuerpo, sin desquiciar el talle ni desfigurar las líneas. No diré que esto se haya obtenido completamente, pero sí que á eso se propende, y este año más que nunca.

Así como en ciertos períodos literarios se distingue claramente una estela de ideas que procede de algún país extranjero, y se ve, pongo por caso, la filiación árabe del *Conde Lucanor*, ó el origen español del *Bachiller de Salamanca*, en la moda de este último cuarto de siglo se advierte, mezclada con la dominante influencia gala, la británica, que ha logrado imponerse en el mismo París, á despecho de la poca afición de los franceses á dividir con nadie el monopolio de cosa alguna. La moda inglesa se apoderó de la ropa de hombre, y luego se impuso á los chiquillos, que ni son hombres ni mujeres, sino querubines; les prescribió cómo habían de cortarse el pelo, vestirse higiénica y pictóricamente, y calzarse con distinción; les ofreció el único encaje que pueden usar, porque resiste al juego y á las travesuras. Poco á poco fue insinuándose en el atavío de la mujer, no aspirando de pronto á dominar sino en las prendas prácticas y útiles: el impermeable, el *ulster* de viaje, que preserva del polvo, el traje de playa, la chaqueta de paño, el cuello, la pechera y la corbata masculinas que tan picaresco hechizo comunican á las don-

cellitas de quince á diez y seis años. Hoy el *chic* inglés ha triunfado: en las modas de este año, en las mangas ajamonadas y las telas candorosas, sobre todo en los sombreros de dimensiones descomunales, con puntillas que flotan y envuelven en un nímbo de dulce sombra el rostro, hay algo de puritanismo sentimental, un poco de la concepción novelesca y autónoma de la mujer, que tienen los nacidos más allá del Canal de la Mancha, y se advierte el influjo estético indudable de Kate Greenavay y sus originales dibujos.

Por los sombreros quiero empezar, puesto que la cabeza es la parte más noble del cuerpo. Los sombreros de este año demuestran que la moda está en un buen momento de poesía unida á la razón. Dos años hace, el sombrero capota se usaba altísimo, empingorotado, de tres pisos con entresuelo; lo cual era absurdo, porque la capota que descubre la frente, debe ajustarse al tamaño de la cabeza y adornar y aureolar la cara. Así son los de ahora. Un casquetito que encaja perfectamente sobre el breve peinado actual; algunas flores ó una fina nube de arrugado tul; pocos cintajos, pocas plumas, ninguna bisutería, armazón ligera que no pese ni moleste, componen las delicadas capotas que he visto en el Campo de Marte, y más aún en los teatros. El sombrero redondo, en cambio, es inmenso: mas no lo censuramos,

porque tiene su razón de ser; el sombrero redondo cubre la frente y resguarda del sol; no hay que extrañar que le crezca el ala. La copa es plana, y la materia de que se fabrican estos sombrerazos levisima, por lo cual desaparece su inconveniente mayor, que sería el peso. Con la paja calada, el encaje y la supresión de los adornos metálicos y de las cintas de terciopelo, los sombreros mayores no pesan ni media libra.

Corren este año vientos idílicos y naturalistas, y se reflejan—¡quién lo diría!—en el adorno del sombrero femenil. Nótase en él una falta de simetría muy grata, que no carece de arte; un descuido con cuidado, que es la nata de la coquetería. En efecto, el sombrero más elegante de los que por aquí se ven, es muy parecido al que podría armar una zagala deseosa de conquistar á algún Melibeo, enroscando una florida guirnalda de sauco ó de madre selva alrededor de un capacho de paja. Quiero decir que sólo se adornan con flores, y á veces con rama de vid ó yedra puesta al desdén, al caer de su propia hechura.

Sí, los sombreros de este año son floreales, y en las mismas capotitas reina la flor, haciendo corona. Y nótese un pormenor que evidencia más el carácter primaveral é idílico de las modas de la Exposición. Lo que domina es la flor blanca y la hoja verde pálido; la margarita, el espinó albar, la lila blanca, la *bola de nieve*, la rosa blanca, también se llevan la preferencia. La moda se inclina al candor, á la modestia, á

los tonos mates y frescos, y el colorido dominante es esa nota fina gris ceniza, predilecta de los pintores en las Exposiciones recientes.

El colorido es muy expresivo. En las épocas trágicas de la Historia, durante el Renacimiento, v. gr., el color de las ropas es vivo, intenso, rico, entonado; las telas majestuosas, de pliegues opulentos, que realza el oro. La púrpura triunfa; el verde es metálico; el azul, turquí. Con el fanatismo religioso, los puritanos, vienen los tonos sombríos, apagados y lúgubres. Con la afeminación y la galantería, los colores bonitos, rosas y azules, la tonalidad fantástica de Watteau. Con una edad de individualismo como la nuestra, en que la aspiración de todos es pasar inadvertido en la calle—y aparecer al mismo tiempo *correcto y distinguido* si alguien se fija en nosotros,—tienen que predominar los matices limpios, discretos, que aparentan seriedad, y sin embargo no pueden confundirse con la librea de las clases trabajadoras.

Colores hay enteramente desterrados del traje de la mujer elegante en la Exposición. El granate y el lacre rabioso; el naranja, que hace cinco años se disfrazó de *color volcán*; el azul declarado; los canelas, chocolates y castaños oscuros, que tan injusta popularidad lograran últimamente; el rosa impúdico, y otros tonos que aún se pavonean en las fiestas provincianas, ni asoman por allí. Verdes hay muchos, y

esto prueba, en mi opinión, que el idilio se respira; pero ¡qué verdes tan desleídos, tan velados, tan pasados, tan de transición al gris, tan semejantes á los que se ven en las cintas archivadas en los cajones de una abuela! Estos verdes, que desafinarían combinados con algún color fiero, se suavizan y funden al juntarse con el blanco, el ceniza, el lila. Del negro dicen siempre los cronistas de figurín que “se lleva mucho”: á la verdad, no en la Exposición, donde el gris le ha suplantado. El negro es un género de elegancia al alcance de todas las fortunas y de todas las imaginaciones; su mezcla con los bordados de azabache habia llegado á ser nauseabunda á fuerza de usarlo hasta las modistillas y las mozas del partido; á Dios gracias, ya en la Exposición el negro que se ve es mate y flexible, sin caparazón de vidrio ni colgantes de esos que meten ruido, lastiman las carnes y van soltándose al andar.

El carácter esencial de las telas de este año es la flexibilidad: son telas gratas al tacto como á la vista, de pliegues muelles y fofos: si alguna seda ó tejido recio se pone, va por debajo, haciendo de armazón, y escondiéndose como avergonzada de su esplendor, á la sombra de las muselinas, batistas y lanillas espumosas. El estampado de los géneros suele ser de flores. Los arabescos exagerados, los floricones churriguerescos que parecen una mueca del traje, han desaparecido, y ¡vayan benditos de Dios! pero la flor natural, con su color y forma encantadora, hace el gasto. Sembrados de viole-

tas, de margaritas, de *no me olvides*, de brizas de lila, de combalarias, son el adorno de los fulares y sargas de seda. El raso, que tanto se usó hace dos ó tres años, apenas se ve ahora: preponderan los tejidos mates y flexibles, y aquel hermoso y opulento género sólo se gasta en corsés. Aun en esta misma prenda el *tusor* ó sarga blanca es más fino y veraniego. Ni para forros se estila el raso: los forros elegantes (y toda mujer algo delicada cuida mucho de los forros) son de tafetán tornasolado, de esos suaves tornasoles propios de nuestras abuelas, que se llamaban *cuello de pichón* y nunca se sabía si eran rosa ó gris, azul ó castaño, lila ó verdoso.

Hay para el traje leyes de estética que no pueden desconocerse ni infringirse. Alguna vez el capricho de la moda impone que se estampen en los géneros objetos repulsivos ó vulgares: lagartos, culebras, moscardones, cabezas de negro, herraduras, látigos y hasta *jockeys* de cuerpo entero. ¡Aborrecibles adornos! Si los excusase la utilidad, anda con Dios; pero ¡engalanarse con un *deshabillé* sembrado de barómetros, ó bordando un sapo y una langosta en las vueltas de un abrigo! *Vade retro*. En cambio, las flores son el adorno más femenino y más seductor. Las damas japonesas usan en cada estación del año trajes recamados con las flores y plantas propias de la estación misma, costumbre que debiéramos imitar las europeas.

Los cortes y hechuras de los trajes son lisos,

lisos del todo, sin un mal recogido, sin un encrepamiento de tela. Los *polisones* se han deshinchado tanto, que parecen obleitas: apenas señalan una curva que destaca la cintura. Suprimirlos del todo, sólo creo que lo habrán hecho las moradoras de algún poblachón, de las que toman las cuestiones de figurín al pie de la letra.

Una innovación advierto, que me parece muy acertada y muy linda, y es, la restauración de los escotes y de las mangas cortas y la proscripción total de esos horribles cuellos-carlancas que tapaban y entiesaban la garganta de las mujeres, sofocándolas en el verano y quitándoles la gracia en todo tiempo. Estilo austero venido del Norte, de tierras donde el clima es frío, la religión gazmoña y los pescuezos largos, no convenía de ningún modo á nuestros países del Mediodía. Hoy, no sólo los trajes son derribados del cuello y entreabiertos por delante, sino que se ha renovado el estilo de usar telas transparentes, con forro escotado, para la calle. En cambio las mangas no son tan rabicortas como antes, y, por consiguiente, el guante no sube hasta tan arriba. Siempre los más finos son de Suecia; es la piel que más pronto se ensucia, y por consiguiente la más cara; pero es muelle y arruga bien, mientras la cabritilla ostenta un lustre desagradable, y la seda recuerda inevitablemente la media y el calcetín. No, no se puede calzar más guante que el de Suecia, ni de más color que de los tonos grises ó cuero, que llaman *naturales*. Y para calzar bien la mano

guante flojo. El verdadero tamaño de la manecita no lo encubre el guante holgado, al paso que el justo la amorceilla y desfigura.

Metiéndome en interioridades, diré que tampoco el color de las medias puede elegirse á capricho, sino que ha de armonizar bien con el traje, y que el calzado prieto deforma el pie, por lo cual las señoras elegantes que se dejan pasear en sillón de ruedas á través de la Exposición, llevan bota ó zapato de hechura prolongada, de corte escogido, pero cómodo. Mas no es novedad especial de este año: hace bastantes que Inglaterra triunfa en cuestiones pedestres, imponiendo el zapato flojo y el tacon ancho. No se usa ya en el calzado, ni la punta excesivamente aguda, ni tampoco chata y roma. Lo actual es un término medio, encaminado á prolongar y estrechar la forma del pie. Los zapatos bordados de colores no gozan de gran favor; en cambio es muy fino el de raso gris bordado de acero.

Abrigos, no es en verano cuando se discurren más variados, y casi no he visto otros sino la chaquetilla de paño, recta por delante y ajustada por detrás, que ya va siendo prenda de uniforme para las salidas de trapillo y el mañaneo. No pecan de baratas si son—como deben—obra del sastre inglés, cortadas de un modo impecable, de paño de primera, forradas de tafetán tornasol riquísimo, y con algún atinado golpe de trencilla en pecho y bocamangas. Semejantes chaquetas parecen nada á primera vista, y sin embargo, pertenecen á lo que

podemos llamar el *lujo hipócrita*: no cabe en ellas término medio; han de costar por lo menos seis ú ocho libras esterlinas, y si no, no pueden llevarse. Ellas han desterrado la anti-pática *visita*, con la cual las mujeres se me figuraban pájaros bobos, sin poder menear los brazos. Hubo una modista que á principio de estación intentó aclimatar un género de abrigo muy feito, dividido en pisos como la torre Eiffel, de tres esclavinas sobrepuestas; pero la cosa no cuajó: era desairada como ella sola.

Nadie ignora la magnificencia con que la joyería se ha presentado en la Exposición: hay instalaciones capaces de trastornar la cabeza á la mujer más formal; y sin embargo, ninguna joya especial de este año, ninguna innovación se ve asomar por el horizonte. Nótase, eso sí, la misma tendencia que hace tiempo se ha iniciado, á relegar la joya á su puesto natural, el de *accesorio* de la mujer. Los aderezos ó *ternos* simétricos de hace veinte años, compuestos de pendientes, brazaletes, alfiler, collar, diadema, agujas. ..., han pasado definitivamente á la historia. El ideal de la joya contemporánea es que no atraiga la vista y no hastie el espíritu con su uniformidad y la repetición de una misma nota brillante en orejas, garganta y pecho. Lo imprevisto, lo caprichoso, lo poético, ha reemplazado á lo fastuoso y refulgente.

La dama no llevará por nada del mundo pendientes y alfiler *que hagan juego*: una corona heráldica (si tiene derecho de usarla) se admite, aun cuando es demasiado solemne: mejor

estará una mariposa ó libélula de esmeraldas, brillantes ó rubíes prendida con negligencia en un lazo; un agujón de pedrería sujetando el sombrero; un frasquillo de artístico esmalte medio oculto en el guante y delatado sólo por su rica fragancia; unas hebillas de oro cincelado en el zapato *Molière*, un par de gotas de agua bien claras y gordas en las orejas, destacándose sobre el limpio cuello; un alfiler de oro rematado en una perla y clavado al desdén entre los encajes; una miniatura antigua orlada de diamantitos minúsculos; unos botones de turquesas abrochando el corpiño.... En el pelo se puede deslizar mañosamente alguna horquilla de cabeza, de pedrerías, ó tal cual peinecillo que remata en un hilo de bellas rosas; pero ojo con las peinetas y los embelecos: la cabeza más sencilla es siempre la más elegante. Los moños, de poca balumba: escaso rizado, ligero bulto, gran limpieza, perfumes discretos, la nuca descubierta y en ella los correspondientes *ricillos locos* que se forman del pelo corto encrespado allí: algunas veces (y esta es innovación recientísima) con los sombreros *Maria Antonieta* hoy tan en boga, un par de tirabuzones gruesos que caen sobre la espalda ó juguetean sobre el hombro,—y especialmente los menos postizos posibles, insisto en ello.... Como siempre, en tiempo de Exposición y en todo tiempo en París, asoma una novedad chavacana: la de este año es el *reloj brazalete*. Digo de él lo que dije de las telas estampadas con patas de gallo ó rabos de la-

gartijas: la estética prohíbe estas ensaladas: lo útil no puede presentarse como elemento ornamental: el brazalete es un adorno, el reloj un instrumento de utilidad para saber la hora: puede enriquecerse, incrustarse, cincelarse, pero siempre debe ir oculto: por eso las *châtelaines* cayeron pronto en desuso y á las pulse-ras-relojes les sucederá lo mismo.

A imitación del siglo XVIII (que fue un siglo primoroso, no puede negarse) hoy se emplea la joyería en menudencias de tocador que antes no se juzgaban dignas de honra tan alta. Los cepillos, peines, limpia-uñas y frascos se blasonan, esmaltan y enriquecen con pedrería, y los *impertinentes* ó anteojos de tallo largo, más de moda que nunca, llevan sobre la rubia concha cifras de diamantes. Los gemelos de teatro son de oro ó plata cincelada, y cifrados también. Hasta en los puños de los paraguas ha entrado la orfebrería.

Para el final he dejado la moda de más miga y de menos aplicación real de este año: la única que pudiera, si no entrañar una revolución social, al menos cooperar á ella poderosamente. Ya comprenderéis, oh severos lectores y lectoras asustadizas! que hablo del *divided skirt*, ó sea del traje con pantalones.

Nadie se haga cruces. He visto expuesto en un escaparate un traje airoso y práctico, cuya creación, obra de eminente sastre inglés, se debe á la necesidad en que se ven muchas norteamericanas de andar aprisa y no enredarse las enaguas cuando suben á tranvías, coches y

barcos de vapor. El pudor y la decencia (que son hijos de la civilización y no de la inocencia primitiva, aunque otra cosa se figure la gente rutinaria) quedan mil veces más á salvo con el *divided skirt* que con los provocativos faralaes, que en momentos de apuro, viajando y andando aprisa, se pasan de indiscretos. Si á esta condición de resguardar la honestidad se añade la de la baratura, abrigo, ventajas higiénicas y gusto estético, insisto en que no veo motivo de escandalizarse. ¿No tienen todas las señoras trajes muy distintos para las diferentes circunstancias de la vida? ¿No hay vestidos de *trote*, de *callejeo*, de *casa*, de *baile*, de *comida*, de *baño* y *playa*? ¿Pues por qué no ha de haber el de *viaje* y *trabajo*, y no ha de ser éste el *divided skirt*, con su gentil zuava, su bonito faldellín, sus pantalones bombachos decorosos y bien hechos?

Todo esto me parece muy obvio; existe contra el *divided skirt* el reparo que el personaje de Alarcón alega para sustituir los canjilones por el cuello á la valona: que "nadie comienza el uso". Dícese que un sastre ó modista ofreció premios en metálico á las primeras que se echasen á la calle con el pantaloncillo á la zuava. Increíble parece que de tanta mujer como anda por París deseando exhibirse, no haya tres que se concierten para hacerse en un día más famosas y nombradas que Edison y Eiffel. ¡Es que salir así pide más valor moral que entrar en el cuarto de un varioloso ó ponerse ante la boca de un cañón cargado para recibir

la bala! Yo creo que el sastre del *traje partido* es un genio que se adelanta á su siglo y á su era (1).

Me he extendido tanto, que ya no me queda sitio para tratar de los espectáculos propios de la Exposición. ¿Ven ustedes lo que tiene ponerse á charlar de modas?

CARTA XVIII

UN DIOCLECIANO

París, Agosto 9.

No se habla en París sino del Chá de Persia (pongo Chá ateniéndome á las instrucciones de la Academia Española, que considero acertadas, porque en castellano no se puede escribir *Shah* de ningún modo). El Chá, ó sea Nasaredino (porque tampoco habrá nadie que me obligue á estampar *Nasr' Ed' din* ó cosa parecida) trae mareada y vuelta tarumba á la gran ciudad, y no se piensa más que en verle, curiosar sus menores pasos y movimientos, contarle los brillantes del tesoro y ofrecerle festejos, comidas, funciones y entretenimientos de toda especie.

* * *

Hay quien asegura que el entusiasmo de Pa-

(1). La bicicleta ha venido á popularizar y vulgarizar el *traje partido*.—(N. de la A.)

barcos de vapor. El pudor y la decencia (que son hijos de la civilización y no de la inocencia primitiva, aunque otra cosa se figure la gente rutinaria) quedan mil veces más á salvo con el *divided skirt* que con los provocativos faralaes, que en momentos de apuro, viajando y andando aprisa, se pasan de indiscretos. Si á esta condición de resguardar la honestidad se añade la de la baratura, abrigo, ventajas higiénicas y gusto estético, insisto en que no veo motivo de escandalizarse. ¿No tienen todas las señoras trajes muy distintos para las diferentes circunstancias de la vida? ¿No hay vestidos de *trote*, de *callejeo*, de *casa*, de *baile*, de *comida*, de *baño* y *playa*? ¿Pues por qué no ha de haber el de *viaje* y *trabajo*, y no ha de ser éste el *divided skirt*, con su gentil zuava, su bonito faldellín, sus pantalones bombachos decorosos y bien hechos?

Todo esto me parece muy obvio; existe contra el *divided skirt* el reparo que el personaje de Alarcón alega para sustituir los canjilones por el cuello á la valona: que "nadie comienza el uso". Dícese que un sastre ó modista ofreció premios en metálico á las primeras que se echasen á la calle con el pantaloncillo á la zuava. Increíble parece que de tanta mujer como anda por París deseando exhibirse, no haya tres que se concierten para hacerse en un día más famosas y nombradas que Edison y Eiffel. ¡Es que salir así pide más valor moral que entrar en el cuarto de un varioloso ó ponerse ante la boca de un cañón cargado para recibir

la bala! Yo creo que el sastre del *traje partido* es un genio que se adelanta á su siglo y á su era (1).

Me he extendido tanto, que ya no me queda sitio para tratar de los espectáculos propios de la Exposición. ¿Ven ustedes lo que tiene ponerse á charlar de modas?

CARTA XVIII

UN DIOCLECIANO

París, Agosto 9.

No se habla en París sino del Chá de Persia (pongo Chá ateniéndome á las instrucciones de la Academia Española, que considero acertadas, porque en castellano no se puede escribir *Shah* de ningún modo). El Chá, ó sea Nasaredino (porque tampoco habrá nadie que me obligue á estampar *Nasr' Ed' din* ó cosa parecida) trae mareada y vuelta tarumba á la gran ciudad, y no se piensa más que en verle, curiosar sus menores pasos y movimientos, contarle los brillantes del tesoro y ofrecerle festejos, comidas, funciones y entretenimientos de toda especie.

* * *

Hay quien asegura que el entusiasmo de Pa-

(1). La bicicleta ha venido á popularizar y vulgarizar el *traje partido*.—(N. de la A.)

rís por Nasaredino obedece al inevitable y secreto instinto monárquico que siempre subsiste en las Repúblicas latinas. El Chá es un rey de veras, un rey con todos los perendengues — el fausto, el dominio, el carácter sagrado y la irresponsabilidad del monarca auténtico. — Nasaredino puede cortar cabezas; poblar su gineceo de vírgenes arrancadas al hogar de sus padres, ó de esposas arrebatadas á los brazos de sus esposos; recamar de pedrería los jaeces de su caballo y llevar detrás un esclavo portador de una garrafa de agua helada, para no tener que molestarse en pedir de beber en ningún café; á Nasaredino le llaman sus súbditos *Rey de reyes* y *Sombra de Dios*; y todo esto lo ve París, París el demoleedor de Bastillas, el revolucionario, el heraldo de la libertad y la igualdad, y en vez de exclamar, como pedía la lógica: "¡Si serán brutos los persas!" hace lo mismo que ellos y se prostra ante Nasaredino.

El cual no es ningún prodigio de cultura, ni de sabiduría, ni de magnanimidad, ni de talento. Un hombre vulgar, grueso, no muy alto, con escasa majestad y sin esa continua y loable afectación de valor personal que hoy caracteriza á los soberanos. (Nasaredino se ha resistido á entrar en los ascensores de la Torre Eiffel). El soberano de Persia no tiene, pues, nada que justifique la febril curiosidad y la ardiente simpatía que París le demuestra.

Para cohonestarla, la prensa afirma que Nasaredino posee ciertas cualidades que harán memorable su reinado, y que desde su ascenso

al trono se propuso organizar el imperio del Iran con arreglo á los adelantos de la civilización europea. Él inauguró en persona el primer telégrafo eléctrico; él protegió la fundación de colegios y escuelas (con profesorado francés, se sobreentiende); él quiso tener á sus órdenes, en vez de hordas indisciplinadas, un ejército regular y montado á la moderna: él viajó por toda Europa, uniendo á mucho afán de divertirse, prurito propiamente infantil, alguna loable curiosidad por los progresos de la industria y del ingenio humano. Parece además que el monarca oriental es bastante sobrio. Arroz, guisos de carnero, agua azucarada, limonada, son los platos y bebidas que prefiere. Las larguísimas minutas de los banquetes que le ofrecen estos días, le cansan; los vinos no le tientan; le han preparado una cama muelle, de infinitos almohadones y colchones, pero él quiso tumbarse en el suelo, encima de varios tapices y mantas, al uso de su tierra. Gracias á los periódicos, estamos tan enterados de lo que hace el soberano persa, que no ignoramos que come de pie ó echado, y con los dedos; que á pesar de su frugalidad le sirven diariamente un cordero guarnecido de ocho pollos; que roe los huesos y los va echando en cubos; que á veces se entretiene mordiscando frutas y catando dulces; que le gusta el café, y que ensucia á cada comida varias servilletas (no lo extraño, ya que en vez de tenedor usa los diez mandamientos). Además nos han informado minuciosamente de los gustos artísticos de Nasaredino;

sabemos que compra todas las Torres Eiffel que ve (en miniatura, por supuesto), y que se para, embelesado lo propio que un chiquillo, delante de los juguetes de plomo. Y hasta se ha recogido un dicho suyo para uso especial de los españoles. Como le hablasen de España, es fama que Nasaredino frunció la nariz, y bajando la palma de la mano hasta casi tocar con la tierra, exclamó: "España, España.... ya sé: una nación que tiene un Chá así de pequenito."

Pues aunque Nasaredino, con todos estos pormenores familiares, aparezca aquí como un soberano sencillo, bonachón y amigo de instruirse, al modo del Emperador del Brasil, no hay que fiarse: en la historia de su reino existe una página sangrienta y sombría que semeja arrancada a los fastos de la Roma decadente, durante las persecuciones. Cinco años antes de que subiese al trono el joven Nasaredino, nació y se desarrolló en Persia una secta religiosa, llamada el *babismo*, fundada por un persa de Eschiraz, que tenía de nombre Mirza-Ali-Mahometo, y se decía descendiente de Mahoma. La nueva religión, en el terreno teológico, era una especie de reforma en sentido panteístico; en el terreno social, una creencia suave, caritativa, progresiva y humana, sobre todo, comparada a la que intentaba sustituir. Entre sus dogmas se contaban — y se cuentan, porque Persia está llena de babistas — la invio-

labilidad del domicilio y de la correspondencia, la cordialidad de las relaciones, el respeto a la mujer, los derechos de ésta ampliamente reconocidos, la clemencia en la educación, la proscripción de toda violencia, la compasión, la hospitalidad, la monogamia, el tráfico comercial, el trabajo honrado como ley de la vida, y multitud de ideas que, francamente, parecen muy buenas, sabias y útiles, y en el fondo son esencialmente cristianas.

Las doctrinas amables, luminosas y equitativas del babismo cundieron y se propagaron de tal suerte, que en breve el Chá tembló sobre su trono, viendo acercarse una revolución social que probablemente sería la ruina de su omnimodo y despótico poder y de la vieja y bárbara organización de sus Estados. Al punto inició contra el babismo persecución encarnizada y horrible. Se les acorraló como fieras; se les cercó en los puntos donde se habían hecho fuertes; se les pasó a cuchillo, y se abrió el vientre a las mujeres y a las criaturas menores de catorce años. Los sectarios desplegaron el heroísmo, la constancia, la fe de mártires. Al jefe Mirza Ali le pasearon por las calles desnudo, atado con una cuerda, para que el populacho le arrojase lodo, piedras y saliva; luego le colgaron de una pared altísima, y desde abajo le remataron a balazos, en compañía de un joven y fiel discípulo suspendido cerca de él y que confesaba en alta voz su creencia. Tanta ferocidad excitó y sacó de quicio a los babistas, a pesar de su mansedumbre, y hubo tres

que resolvieron asesinar á Nasaredino (1). El regicidio fracasó, y los tres conspiradores fueron torturados con refinamientos increíbles y salvajes. A una mujer, sacerdotisa de la nueva secta, la quemaron viva.

Por las calles de Teheran desfiló una lúgubre procesión: rodeados de verdugos iban innumerables niños y mujeres babistas, con las carnes de todo el cuerpo desgarradas, y en cada herida clavada una mecha ardiendo. A latigazos los hacían andar los sayones, y las víctimas, en vez de gemir, cantaban á coro su himno religioso: "De Dios venimos y á Dios volvemos". A cada instante caía un niño, muerto ya, libre, feliz. Las madres seguían, pisando el cuerpo de las criaturas. Hubo un padre sobre cuyo pecho degollaron á sus dos hijos varones. Luego las cabezas fueron clavadas en palos. Así zozobró anegado en sangre el babismo persa; mas en secreto, con el fuego y el ardor que engendran las persecuciones, la secta ha continuado haciendo prosélitos; se ha organizado clandestinamente; tiene ramificaciones ocultas y poderosas, y si la egoísta política de los Estados europeos no prefiriese el atraso y fatalismo mahometano á doctrinas civilizadoras, benéficas y suaves, el Chá se vería á la hora menos pensada precipitado del solio, y el imperio persa sería babista en masa.

(1) Asesinado por un babista, vino á morir años después.—(N. de la A.)

París, al festejar al Diocleciano del Iran, obra conforme á sus intereses prácticos; los de la humanidad le importan bien poco. ¿Por qué razón la tolerancia religiosa, que se impone en todas partes, que se alega contra el catolicismo para proteger ritos impuros y creencias arrumbadas y estériles, no ha de ser un hecho en Persia, donde una idea más benéfica en sus resultados sociales que el mahometismo se ve obligada á ocultarse como un crimen, y como un crimen se persigue y se extirpa? Y luego hablarán mucho los franceses de nuestra Inquisición (que desde hace más de ciento cincuenta años era tan ilusoria como el coco con el cual se mete miedo á los niños) y seguirán pintándonos vestidos á lo Torquemada y asando en parrillas á todo bicho viviente. Las hecatombes de Persia no impiden que á Nasaredino le represente la prensa de París en figura de un *roi d'ivoire*, bondadoso y paternal. Buenos son los adelantos materiales, telégrafos, caminos, colegios, fusiles perfeccionados; pero ¿no significa algo el adelanto moral, la mejora de las costumbres que, á falta de cristianismo, traería el babismo de Persia? ¿Y puede ser *hombre civilizado*, en el recto sentido de la palabra, quien ordena tales suplicios, y no escucha entre las sombras de la noche, con el terror del remordimiento, el gemido de los niños abrasados y destrozados, el último suspiro del mancebo degollado sobre los pechos de su mismo padre?

Para el Chá son hoy las sonrisas de las damas parisienses; para él encargan artísticos trajes á los modistos de fama, y para él se desdota las presidentas y ministras. Nasaredino ha pasado, sin embargo, de la edad en que la mujer fascina y subyuga; sus biografías le atribuyen bastante más de sesenta años. Como quiera que sea, siempre cosquillea y estimula el amor propio de una burguesa de París, eso de apoyarse en el brazo del hombre que ocupa el trono donde se arrellanaron Ciro, Cambises, Darío Codomano, Jerges, Artagerges, Alejandro el Grande, Cosroes, Gengis Kan y otros soberanos tremendos, cuyo nombre parece el grandioso rugido de la historia heroica; del hombre que ha sucedido á las célebres dinastías del *Carnero negro* y el *Carnero blanco*, á los Sofes y á los Califas.

Este hombre viaja con varios cofres llenos de perlas, esmeraldas, rubíes, diamantes y collares de oro, lo mismo que un sultán de las *Mil y una noches*; compra en la Exposición, en la primera joyería donde entra, una piedra que vale siete mil duros; acuña moneda especial para dar sus propinas, como si se desdenase de usar la que sirve á sus vasallos para las transacciones habituales; lleva consigo su caballo favorito, animal sacrosanto que debe de tener más servidores que un magnate de por acá; y finalmente (sólo Dios sabe lo que habrán trabajado las imaginaciones de la gente novelera sobre este tema tan socorrido) va en compañía de un gentil pajecillo, que, añaden,

no es sino una hermosísima circasiana. Esto basta y sobra para que el Chá sea el *león* ó el *dandy* del momento, el personaje de moda, el que tiene pendientes de sus idas y venidas á los papamoscas y ociosos que en ninguna parte faltan. Y por donde quiera que pasa el Chá, estallan los vivas y las manifestaciones de entusiasmo.

En parte, se explica tan brillante acogida al soberano de Persia. Víctor Hugo ha dicho:

Il faut au sultan des sultanes,
il faut des perles au poignard.

Parodiando la estrofa de las *Orientales*, puede decirse que la Exposición de París necesita esa cosa eminentemente decorativa y espléndida: los reyes. Así se pone el Gobierno de contento y obsequioso cuando asoma por París el más olvidado, el más insignificante de los que ciñen corona, ya sea de oro, ya de pintarrajeadas plumas. Los príncipes anamitas; el negrazo Diná Salifú; Jorge de Grecia; ahora el Chá, constituyen el mejor adorno de las fiestas, y el país republicano no sosiega anhelando el instante de que asome por allí alguna nueva testa coronada.

He visto al Chá un momento, cuando entraba en la Exposición por la puerta Rapp. El suele ir sin anunciarse; la casualidad me llevó allí, y

la suerte hizo que no se aglomerase demasiada gente; que si llega á aglomerarse, cedió el sitio, porque á nada le tengo tanto horror como á las apreturas.

El Chá me pareció viejo, grueso, basto, muy encorvado, de aguileña nariz y autoritarios ojos; para mayor desilusión, llevaba gafas azules, levantadas sobre la frente, lo mismo que un escribano de comedia. Me acordé de la bella circasiana, aquella que ha venido á París en compañía de su señor, para no ver nada, para no poder ni dar cuenta de cómo es la Torre Eiffel; para permanecer encerrada, reclusa, guardada por dos eunucos negros, que regularmente tendrán orden de cortarla el pescuezo si asoma la babucha fuera del umbral de su cuarto.... Y pensaba para mis adentros que no me extrañaría leer en algún periódico la noticia de que la favorita del Chá había aparecido una mañana estrangulada con un cordón de seda, pendiente de los hierros de la ventana de su horrible prisión.... y si no hay hierros, de la falleba.

¡Ah! se ha concluído definitivamente el romanticismo; la poesía está muerta, muerta para no resucitar nunca, cuando en todo París no hay un mancebo soñador y valeroso, que, renovando las proezas de lord Byron, arranque á esa beldad de su duro cautiverio y se la lleve á respirar el aire de la libertad y de la dicha.

¡Qué horas tan largas y tristes pasará la emparedada, oyendo en torno suyo el ruido de París, semejante al de un mar inmenso; sintien-

do que hincha sus venas la savia de la juventud, y que no le es lícito ni tomar el sol ni corretear por el campo! Con cuánta amargura pensará lo que expresó el poeta de las *Orientales*.

Si j'étais la feuille que roule
l'aile tournoyante du vent,
qui flotte sur l'eau que s'écoule
et qu'on suit de l'œil en rêvant,
plus loin que le fleuve qui gronde,
plus loin que les vastes forêts,
plus loin que la gorge profonde
je fuirais, je courrais, j'irais!

¿Y si esta tierna cautiva está enamorada de su dueño? (Muy mal gusto probaría, pero en fin, cosas más raras se han visto.) ¿Si tiene celos de esos banquetes á que no puede seguirle; de esas fiestas en que no sería admitida; de esas mujeres á quienes el Chá ofrece el brazo; de esas sonrisas ensayadas ante el espejo para brindárselas?

Todo lo que voy diciendo, arguye que lo más interesante del Chá es su infeliz prisionera, su invisible favorita. Ella vive oculta como el lirio entre el follaje, ella no se deja ver por ahí, pero todos andamos preocupados con su suerte y rabiando porque se aparezca....

En cambió el Chá, maldito el interés que me infunde. Si no fuera por las atrocidades cometidas en la persona de los babistas, le miraría con indulgencia! Pero al fin, Nasaredino es un tirano; y el tirano, cuando ejerce su tiranía so-

bre ese flúido divino que llamamos la idea, y persigue al alma por medio de las torturas del cuerpo, es odioso, aborrecible. Oigo gritar por ahí "¡viva el Chá!" y me acuerdo de aquellas oscuras víctimas, de aquellos infelices, reos de haber querido proporcionar al Asia un estado mejor, más dulce, más humano..... y necesito apelar á mi razón para no dar algún indicio de desagrado, que asombraría á esta gente, prendada del que un chusco español llama con sandunga "el barbián de la Persia."

Escrita y redondeada esta carta llega á mi noticia que la bella y cautiva circasiana no es sino un muchacho.....

Retiro toda la poesía, la de Víctor Hugo y la mía también, y acabo diciendo con Ovidio al final de su *Arte amatorio*: "Ya es tiempo de descender del carro que en su cuello llevaron los cisnes."

CARTA XIX

AL PIE DE LA ESTATUA DE ZUINGLIO

Zurich, Septiembre 10.

DA LLÁ se queden la vida afanosa y el mareante bullicio parisiense; me voy hacia el Norte, en alas de ese *hipógrifo violento* llamado ferrocarril.

Los periódicos hablaron tanto estos días de la dificultad de atravesar sin pasaporte las fronteras de Alemania, que me consideré en el deber de sacar uno en toda regla, expedido por la Embajada española, y visado por la germánica: interesante documento que me costó unos cuantos francos y me valió el gusto de saludar al Sr. León y Castillo. Con mi papelito en el saco de mano, esperaba impaciente el paso de la frontera para ver renovarse una escena de otros tiempos y otras épocas, no de ésta en que todo el mundo va á todas partes sin que nadie le pregunte por qué, á qué, ni para qué. Y con gran sentimiento mío, pues no era cosa de no lucir el pasaporte ya que lo tenía allí tan preparado, salí de Francia y entré en los dominios de *Wilhelm* como Pedro por su casa, libre de exigentes carabineros, de polizontes y demás enemigos de la libertad viatoria.

A las ocho de la mañana, sobre poco más ó menos, me bajé en Zurich, y el aspecto de la ciudad me produjo una impresión inexplicable de paz y reposo. Poca gente en las calles; escaso ruido, como no fuese el del trabajo en los edificios que se construían; las casas modestas, pero sin que ninguna revelase miseria ó solamente estrechez en sus moradores; de mendigos, ni rastro; limpieza y tranquilidad por todas partes, y en suma la agradable apariencia de una ciudad racional y pacífica, sin fiebre ni

tráfago, aunque con la actividad que reclama la labor persistente—un rincón de Europa ni envidiado ni envidioso, como el sabio de los versos inmortales.

En el hotel donde me instalé sobraban comodidades, holgura y atención: desde el primer instante el portero, con inteligente solicitud, me indicó los puntos que debía visitar, el modo de visitarlos más barata y cómodamente, las horas de salida de los trenes, todo cuanto puede convenir á un *turista* deseoso de ganar tiempo y de no dejarse sin ver nada que merezca la pena. Hasta me entregó una guía que el hotel regala á los viandantes, y me explicó que había concierto por la noche, y que si lo deseaba él me proporcionaría entrada para asistir.

Es sensación grata y reconfortante la de verse así atendido en calidad de extranjero y transeunte, viniendo de París donde por los mismos conceptos ha sido uno moralmente tratado á empellones, por culpa de la premura del tiempo y la afluencia de forasteros, cada día mayor. Y después de tanto luchar para conseguir la menor cosa en cafés y hosterías, gusta sentarse con calma ante aseada y blanquísima mesa, para saborear el desayuno mejor presentado y la más rubia, aromática y pura miel del mundo.

Después del desayuno, me di la indispensable vuelta por Zurich, y hasta subí en ferrocarril funicular á la cumbre del Uetliberg, desde donde se goza admirable vista, anticipada du-

rante todo el trayecto por las bellezas de un paisaje que recuerda el de la *Penha de Cintra* en Portugal. En la cima de la montaña, una cervecería ofrece frugal pero apetitosa colación, con la bebida nacional germánica y el mantecoso queso de Gruyère, que nadie puede preciarse de conocer debidamente si no lo probó en Suiza, donde su gusto es distinto del que adquiere en países más secos y templados. El Uetliberg estaba también lleno de ingleses, porque Inglaterra puebla y enriquece todos los hoteles del globo. Por lo regular, la gente de las demás naciones no concibe que en un hotel se pueda estar más que de paso: llegar, ver el país, y vuelta á cerrar el baul. Los ingleses lo entienden de otro modo: sea porque en su patria les sale más caro vivir que en un hotel cualquiera del continente, sea porque aun siendo muy patriotas, no les acucia la nostalgia. En la cúspide del Uetliberg—como en todas las cúspides ventiladas, pintorescas y verdes de Suiza—hay establecido un hotel desahogado, limpio, excelente, donde bastantes ingleses se pasan el verano ó el otoño, bebiendo aire oxigenado y libre, contemplando extasiados las vaporosas lontananzas azulinas del valle, las nevadas crestas, y el curso del Limat, que acaricia á la fabril y bonita Zurich.

Al pie de la estatua de Zuinglio, desde donde podría verse el lago, me senté á gozar el fres-

co de la noche y la sedación que á mis nervios proporcionaba aquel sosiego incomparable. El simulacro de piedra, que destacaba sus vagos contornos sobre el follaje de un jardinete de arbustos, me recordaba las palabras del reformador, tan en armonía con el modo de ser de la ciudad que su estatua domina: "La libertad no consiste en poder satisfacer sin obstáculos todos nuestros antojos y pasiones, que esto fuera peor tiranía que el despotismo de uno solo ó de varios: la libertad existe donde quiera que dejamos libre curso á la verdad y á la justicia, y donde reina completa igualdad de deberes y derechos."

En lo que cabe, dentro de lo humano, parecíame que Suiza realizaba este concepto ideal de la libertad civil. Respetuosa en acatar la ley; morigerada en sus costumbres y en sus aspiraciones; ajena al fausto, al desbarajuste administrativo y al alarde bélico, ruina de muchas naciones europeas; consagrada silenciosamente á tejer algodón y fabricar sedas y paños, á albergar á los viajeros sin robar ni asesinar á ninguno—ni aun cuando se pierden en los desfiladeros con carteras repletas de oro y billetes;—dedicando al presupuesto de Instrucción pública lo que ahorra en el de Guerra y lo que físicamente le sería imposible gastar en el de Marina; conservando la salud pública con la pureza y sencillez de costumbres, el bien-

estar con la benignidad de los tributos, y el equilibrio del Erario con la moderación en los gastos y la noción de que la política no es *carrera*, Suiza puede presentarse como modelo de Estados venturosos. Contenta con su suerte, goza una felicidad parecida á la de la familia que ni derrocha, ni presume, pero que disruta la dorada medianía y la discreta penumbra de una decente posición. En su cielo político no hay nubes de tormenta: sus instituciones, pero más todavía su carácter, son garantía segura del orden interior y de la independencia exterior. Por los escaparates de las tiendas suizas no se ve una lámina proyoativa, uno de esos periodiquillos lupanarios que en Francia inundan los kioscos: las mujeres son feas, robustas y fecundas; á las diez de la noche no se encuentra alma viviente por las calles: el arte cede el paso á la naturaleza, los monumentos son pobres y espléndidas las montañas; y así, habiendo proscrito á los perturbadores Apolo y Venus, dejando cesante á Marte y sacrificando razonablemente á Mercurio; sin entusiasmos artísticos ni calenturas de la imaginación, sin fanfarronerías nacionales ni refinamientos impropios de montañeses que anidan entre la nieve vigorizadora, Suiza es la tierra á la cual puede aplicarse el manoseado dicho: "¡Felices los pueblos cuya historia hace dormir!"

Esta ciudad de Zurich, tan línfática, tan re-

frigerante, tan serena al borde de su hermoso lago, fue hace menos de un siglo envuelta por el incendio, arrasada por la artillería, atropellada por la caballería: en sus calles libraron combate mortífero Masena y Korsakof, los franceses y los rusos, hoy inseparables aliados.

La *historia*, para los pueblos, suele traducirse así: carnicería, sangre, llamas, gemidos, saqueo, cadáveres. Había por entonces en Zurich un pastor protestante, místico y aun con sus puntas y ribetes de iluminado, predicador infatigable, hombre inofensivo, dulcemente fanático, lleno de persuasión y de bondad, apóstol é inventor de una teoría según la cual el alma y la condición moral del ser humano se reflejan exactamente en su fisonomía, y sobre todo en la parte saliente situada entre la frente y los labios, y que es órgano de la previsión y la sagacidad, ó sea en la nariz. Este hombre, célebre en toda Europa, y que casi me parece ocioso añadir que se llamaba Juan Gaspar Lavater, salió de su casa, con la distracción y el valor descuidado propio de los soñadores, en ocasión que las calles de Zurich estaban llenas de furiosas tropas francesas; y sin cuidarse del peligro que corría, intentando contener á la soldadesca desenfrenada, recibió mortal balazo en el vientre. Me acordaba de este episodio al pie de la estatua de Zuinglio, porque, de niña, los *Fragmentos fisiognómicos* de Lavater, con curiosas láminas iluminadas, me divertían muchísimo, y andaba yo bien lejos de imaginarme al autor en figura de teósofo y de cura hereje.

Recuerdo que creía que aquella obrita extraña había sido hecha para exclusivo recreo de la chiquillería—como los cuentos del canónigo Schmidt.

Zurich ha olvidado esta página sangrienta: Zurich reposa, lo mismo que si nunca hubiese de volver á padecer aquellas tribulaciones, ni hubiese más guerras posibles en el mundo. Descansa y goza de la paz que debe á los hados,

• libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo. •

Para el viajero ensordecido aún por el estrépito atronador de la Exposición, es muy simpático este ambiente, unas horas nada más.... A la larga ¿qué sé yo si tanta ecuanimidad acabaría por aburrirme? El espíritu necesita su oleaje, su mar viva y rugiente, y aquí no hay sino lagos, lagos que riza de tiempo en tiempo una brisa fresca.

CARTA XX

BAVARIA

Munich, Septiembre 12.

AL amanecer corría el tren hacia Lindau, y la serenidad de la atmósfera acentuaba la picante frescura de la madrugadita. Un empleado del tren me preguntó si almorzaría en *Dampfschiff*, ó vapor que atraviesa el lago de Constanza, y transmitió mi respuesta afirmativa por telégrafo.

En efecto, en el mismo instante en que nos trasladamos los viajeros del tren al barco, y éste con ligera trepidación empezó á cortar la superficie lisa, azul y quieta del magnífico lago *Brigantinus*, los camareros sirvieron el primer plato del almuerzo á los que ocupaban las mesas en la cámara baja y sobre cubierta también. El cielo no ostentaba una nube, y tenía la limpidez fría propia del firmamento del Norte: el sol radiante lo iluminaba sin calentarlo, reverberando en las aguas, también purísimas, de una serenidad fantástica de lago visto en kaleidoscopio. Inglesas sentadas cerca de mí contemplaban con éxtasis el panorama, las costas y nevados montes de Suiza, Austria y Baviera, que encierran la concha primorosa del lago; pero la contemplación no les impedía en-

gullir, saboreando los pescados de agua dulce, la rica cerveza, que escanciaba una muchacha de sanguínea tez y pelo rubio—una alemana ya, encarnación del país nuevo donde penetrábamos.

Era una suerte encontrar tan hermoso tiempo, porque este charco de ondinas, en cuyo seno el Rhin derrama el agua que le sobra, cubre á veces su túnica cerúlea con un velo de niebla tan espesa, que sólo ayudados de la brújula pueden orientarse en él los marinos. El día inmejorable, la atmósfera avivada por el frío, contribuían á que el almuerzo pareciese más sabroso y las orillas más pintorescas. La travesía fue un soplo: no creo que tardásemos una hora en desembarcar al pie del león de piedra que adorna el muelle de Lindau.

El registro de la aduana benigno y pronto. Los carabineros vestían uniforme de paño verde, sencillo y airoso, y me sorprendió su buena traza, su porte mesurado; aumentóse mi sorpresa, cuando en la estación del ferrocarril noté el aire marcial de los revisadores, que más que empleados, se me figuraron unos feldmariscales disfrazados con la casaca de sus subalternos. La energía, la calma, la complacencia, se manifestaban en aquellos rostros, exentos de la estereotipada sonrisa servicial del francés, como del brusco despego del español. Para pedir los billetes, los empleados hacen el saludo militar, y de este indicio y del uniforme, deduje que en Alemania las líneas férreas pertenecen al Estado, y que éste las tiene militarmente

organizadas, para facilitar la movilización del ejército. Se vé que aquí no se desperdicia fuerza ni recurso alguno, y que el estudio y atención preferente del Gobierno es la contingencia de la guerra.

¡Qué contraste! Salgo de un Estado enteramente civil y entro en otro que pudiera llamarse vasto cuartel, si el decirlo así, sin reserva alguna y repitiendo una frase tan manoseada, no pareciese entrañar cierto desprecio hacia la cultura de ese mismo país. La perfectísima organización militar que aquí se echa de ver, no impide que esta tierra se encuentre muy bien cultivada y sabiamente regida, ni que en ella florezcan las artes hasta el punto que demuestra el extraño y casi místico teatro de Bayreuth, que siento en el alma no encontrar abierto, pues era una de mis curiosidades mayores. La florecencia de la imaginación, que instintivamente se echa de menos en Suiza, anda en Baviera como de sobra, si de sobra pudiese andar jamás. Los reyes de la rama palatina que en este siglo vienen sucediéndose en el trono, desde el enamorado de Lola Montes hasta el actual, son cabalmente una serie de soñadores é imaginativos, para quienes lo de menos es la realidad, y lo preferible, lo indispensable, la poesía. Baviera es católica y por lo tanto inclinada al arte y al sentimiento de la belleza plástica. Si la raza bávara, un poco *maciza* de suyo,

no ha llegado á la elegancia griega, no será por falta de tentativas para lograrlo.

Me sugirió estas reflexiones Munich, grandiosa ciudad casi desierta, sin gente en sus soberbias calles ni en sus fastuosos edificios, que le han valido el título encomiástico de *Atenas del Norte*.

No se puede negar que Munich, como Florencia, causa desde luego una impresión regia y soberana. Munich y Florencia son dos ciudades-palacios. No las comparo desde el punto de vista esencialmente artístico, en que Florencia acaso no tenga rival: aludo solamente á su magnificencia urbana, á sus calles que parecen vías triunfales, á sus construcciones, en que sólo deben alojarse magnates y príncipes. Al revés de otras capitales—Madrid por ejemplo—que aún hoy luchan penosamente para resolver el problema de ensanche, Munich tuvo la fortuna de que desde el siglo XVII los soberanos de Baviera revelasen un gusto precozmente moderno y se pudiesen por la suntuosidad en la edificación, que habían admirado y aprendido en Italia. No sólo pensaron en hermosear, agrandar y adornar la ciudad, sino que, cultivando los alrededores con el esmero que se cultiva un jardín, desmintieron el dicho de Gustavo Adolfo, el cual comparaba á Munich á un arnés de oro puesto sobre un caballo flaco.

No tendré tiempo de ver, y por consiguiente ni posibilidad de describir tantísima iglesia, palacio, biblioteca, gliptoteca, pinacoteca, loggia, puerta y arco triunfal como embellecen y enriquecen á Munich, alzándose en medio de una ciudad casi solitaria, porque es imposible decir la poca gente que transita por Munich y lo temprano que esta gente se recoge. Únicamente elegiré entre todo lo que aquí se puede ver y admirar, el Museo de Pinturas y la Valhalla ó *Ruhmes-Halle* (Palacio de la Gloria). El primero, porque encierra unos cuadros de Murillo que son perlas, perlas riquísimas, perlas únicas; y el segundo porque me parece una muestra asaz curiosa de pedagogía arquitectónico-popular (si es lícita la frase.)

Que Murillo fue propiamente un pintor realista, me parecía indudable desde que ví el Museo provincial de Sevilla, y han confirmado esta creencia los cuadros de Munich. No podía desmentir ese genio tan castizo, tan español, la tradición gloriosa común á nuestras artes, y en Munich, Murillo se presenta competidor de Cervantes en sus *Novelas ejemplares* más crudas, soleadas y callejeras. Estos pilluelos que juegan á los naipes ¿no son Rinconete y Cortadillo en persona? De tal manera lo son, que el dibujante que quisiese ilustrar la deliciosa historieta de los dos ladronzuelos, no tendría más que reproducir los tipos creados por el pintor de las Concepciones.

En el mismo Museo donde figuran los preciosos *Granujas* de Murillo hay una colección de

tablas bizantinas y de la antigua escuela alemana, embeleso de los que no hemos acabado de reconciliarnos con la pintura moderna, ni de entender (sin duda por deficiencia de sólida cultura artística) en qué consiste su mérito y su secreto. Las pinturas viejas del Museo de Munich tientan á quedarse en él un mes ó dos sin hacer otra cosa más que mirarlas y encantarse con sus detalles, tan inesperados como frescos y graciosos. Esos personajes vestidos de burgomaestres, de electores, de paladines, son San Jorge, San Pablo, los Reyes Magos, Pilatos; esas castellanas con brial, toca blanca, cofia de rejilla de oro, cinto de pedrería y pantuflas puntiagudas orilladas de cisne, son Santa Bárbara, Santa Isabel, Lucrecia, la Virgen María. Trajeadas así, según pedían la época y la imaginación del pintor, estas figuras nada pierden de su carácter histórico, ¡y cosa rara! ganan mucho en el que les prestan la leyenda y la fe. Sin esfuerzo alguno y como lo más obvio y natural (tanto influye en nosotros el arte) nos acostumbramos á creer que la Virgen usaba esa túnica guarnecida de pieles cuando esperaba la inefable Anunciación. Ninguna dificultad tenemos en ver á San Jorge (fuese el duque de Capadocia ó el patriarca arriano de Alejandría, enemigo de San Atanasio) con armadura del siglo XV, ni á los Magos con traje de príncipes electores de Baviera. Al contrario, tan extraño anacronismo diríase que aumenta la reverencia y la unción que las pinturas derraman en nuestro espíritu; diríase que

descarga de toda pedantería la idea pictórica y la hace más dulce, más tierna, más eficaz.

Ya se comprende lo que puede ser un Museo donde Van Dick está representado por cuarenta y una obras; Durero por diez y siete de las más grandes que produjo; por quince Hans Holbein, y por algunas menos Rembrandt: donde á la escuela mística de Vohlgemuth y Lucas de Leyde acompaña la admirable escuela *civil* flamenca, la que sólo quiso pintar actos humanos y escenas domésticas ó aspectos de la naturaleza exterior: donde los payos de Teniers bailan y engullen; los borrachos de Osta de se atiborran de cerveza, y sonríen los interiores de Mieris y Terburg. La escuela italiana —siempre la menos simpática (1)—se eclipsaría á no defenderla algunos Giottos, Angélicos y Lippis.

El Museo es para verlo con muchísima flema, y sacarle los tuétanos, y no irse de Munich en diez días. Con esa flema quisiera uno ver todas las cosas que le agradan y de que el mundo está atestado; sólo que la vida es muy corta, las aficiones múltiples, el campo vastísimo, y rara vez nos encontramos en situación de dar vado á nuestro gusto en estas materias. De las grandezas que hemos entrevisto así, hablamos después por la rápida impresión experimentada, y que ha sido rigurosamente el deslumbramiento de un relámpago: nuestro juicio es, y

(1) En este particular mi criterio se ha modificado mucho, como sucede siempre al correr del tiempo.—(N. de la A.)

tiene que ser, deficiente y aventuradísimo; nuestra memoria, infiel; nuestra opinión, poco madura y nada decisiva para la cultura artística del que nos lee. Esto es verdad, verdad inconcusa, como lo es también que el hombre es falible, y en arte y en todo yerra: yerra después de maduro examen, yerra aprisa y yerra despacio, yerra de palabra y yerra por escrito... y también acierta en ocasiones como el borriquillo del inmortal fabulista.

* * *

La Bavaria he dicho que me llamaba la atención como monumento pedagógico. Me explicaré, dando idea de la Bavaria y del Palacio de la Gloria. Este es un edificio de mármol blanco, de orden dórico, situado á la extremidad de la pradería de María Teresa, sobre cuyo verde tapiz de césped se destaca elegantemente el semicírculo del templete. Al través de la columnata y sobre el fondo de encáustico rojo, campean los bustos de los grandes hombres bávaros: más elevados los unos, como los de Durero y Gluck, más bajos los que no alcanzaron tan extensa celebridad, pero todos en lugar eminente, separados del vulgo, representados por lo que los inmortalizó distinguiéndolos del resto de sus compatriotas —la cabeza, donde residen las facultades que elevan al hombre. Allí nada habla de muerte: nada recuerda la podredumbre del cuerpo, como en los monumentos fúnebres: aquella clara y fina co-

lumnata, recortándose con precisión entre el fresco césped y los graciosos arbustos, tiene algo de elisiaco: y aquellas nobles cabezas de pensadores, artistas, músicos, teólogos, guerreros, escritores, parecen abreviada y gráfica expresión de la supervivencia del espíritu, que sigue morando entre nosotros después que el cuerpo se redujo á polvo en la tumba.

Delante del Palacio de la Gloria, se alza una gigante de bronce, envuelta en una piel de león y con otro león tendido á sus pies, personificación de Baviera y obra de Schwanthaler. Una escalera permite subir por su interior y penetrar hasta el cuello, viendo por los agujeros de los ojos el paisaje y la ciudad de Munich tendida á sus pies.

Que la estatua es pesada, macizota y defectuosa, no puede negarse; que el templo no pasa de imitación del gusto griego, sin la vida que presta á la arquitectura la armonía con el suelo y el ambiente en que brotó y el genio histórico que la produjo, tampoco es dudoso; pero que así y todo, la Bavaria y el Templo de la Gloria llenan un fin altísimo, no lo desconocerá nadie que haya lamentado el desamparo de nuestras ciudades españolas, sin exceptuar á Madrid, donde tiene una estatua Espartero, y no la tienen ni Quevedo, ni don Juan de Austria, ni Tirso, ni Garcilaso, ni Quintana, ni el duque de Rivas, ni... ¿á qué citar? Podrían añadirse nombres y nombres, que la multitud olvida absolutamente, que va relegando á las sombras del pasado remoto—tan remoto ya para

los que fallecieron ayer como para los clásicos del siglo de oro, porque la misma niebla los envuelve. Madrid no tiene plazas, ni sitio donde colocar el recuerdo de sus muertos ilustres: y el mausoleo en el cementerio ni basta ni sirve; porque precisamente el cementerio es el sitio donde desaparece la aureola de la gloria para que aparezca la humildad del cristiano ante el sepulcro. Es preciso desterrar del pensamiento del pueblo la idea de que el genio está sujeto á la ley común de nuestra perecedera naturaleza, ó por lo menos hacer palpable la realidad del *non omnis moriar*, fundamento del respetuoso culto que se tributa á la memoria de los que honraron á su patria, y juntamente á la humanidad. En este sentido, la *Ruhmes Halle* de Munich me parece un monumento que, realizado de un modo ó de otro, templete griego ó capilla gótica—allá el arquitecto lo arregle—puede ejercer gran influencia sobre la cultura de un pueblo, sobre su corazón y sus sentidos y ayudar á educarle, con esa educación del instinto que tiene el último pilluelo de Florencia al pronunciar con respeto el nombre de Dante, al repetir y mostrar conocer sus palabras y sus hechos.

Enseña la *Bavaria* un veterano, acaso inválido, figura respetable, análoga á la de Moltke, rasurado, de acentuadas facciones y saliente barba, algo temblón de cabeza, pero derecho

de espinazo y resuelto de continente, como si aún esperase entrar en fuego una vez más. Al pie de aquel templete, el viejo soldado me pareció personificación de la gloria anónima—la que no se escribe en lápidas de bronce, y es sin embargo tan necesaria á la grandeza de las naciones como la invisible sangre á las venas y al organismo.

CARTA XXI

UNA CIUDAD GÓTICA (NURENBERG)

Nurenberg, Septiembre 14.

ANTES de haber visitado los países nos formamos mil ideas erróneas acerca de ellos y tenemos caprichos y preferencias literarias que luego desmiente la experiencia. Yo, al pensar en Alemania, soñaba con Colonia, la santa y gran ciudad del poeta lírico, aquella en cuya catedral se conserva una imagen pintada sobre fondo de oro, que se parecía á la amada de Heine. Maguncia, la patria de Gutenberg, donde el Rhin corre tan ancho y majestuoso, me seducía igualmente. Nurenberg, en cambio, sólo me traía á la imaginación ideas de muñecos y juguetes de la Selva Negra, reminiscencias de cuentos de Hoffmann, algo ligero y vago como espuma de dorada cerveza..... algo que no se relaciona con el

arte, sino más bien con la indefinida aspiración de la fantasía hacia todo punto desconocido aún y poco familiar en el propio terreno de la lectura, terreno en que desde nuestros primeros años hemos habitado ciertas ciudades,—por ejemplo, Roma, Atenas, París.

Ahora que conozco á Nurenberg de vista, digo que es de las más originales y peregrinas del mundo, y que compite con nuestro Ávila en conservarse lo mismo que si no hubiese corrido el tiempo desde la Edad Media acá. La diferencia consiste en que Ávila permanece tal como fue en mejores días por virtud de su propia inercia y atraso: las piedras allí se están conforme las pusieron, en las calles crece la hierba, los palacios-casas-fuertes yacen solitarios y mudos, abandonados de sus dueños, y únicamente el labriego, envuelto en parduzcos harapos, goza á diario de tanta belleza y siente — si cabe tal sentir en su cerebro rudo — la poesía encerrada en los muros abulenses. Nurenberg, al contrario, es un pueblo que tiene vida moderna, burguesía, comercio, industria; pero su municipio y sus moradores, bastante cultos para entender en qué consiste el encanto de una ciudad histórica, no sólo han respetado, sino que han acentuado la fisonomía curiosa de la cuna de Durero; así es que el Nurenberg nuevo se va alzando calcado sobre el patrón del antiguo con escrupulosa fidelidad. Al lla-

marle *ciudad gótica* no me refiero al orden arquitectónico de sus edificios, sino al color, al aspecto de Edad Media que conserva y luce.

¡Gran ventura para los que viajamos deseosos de encontrar variedad y capricho, que los ediles de Nuremberg tengan acerca del ornato público nociones distintas de las que profesan nuestros honrados concejales! En España el *ornato* consiste en hacer las cosas lo más tontas é insulsas posible: en que las fachadas se parezcan y sean idénticos los portales, en que nada sobresalga ni entretenga la vista, en que nuestras viviendas presenten el gracioso aspecto de una hoja de papel de estraza con diez ó doce agujeros simétricos. Porque dije, no sé cuando ni dónde—pero estando presente un concejal—que me gustan las tiendas con muestras de bullo y que cada casa debiera tener un medallón, un santo, un farolillo, una balconada, algo que la distinguiese de las demás, creo que pasé plaza de loca. El ideal de la belleza para aquellos que Heine llamaba *philister*, y que desde Heine acá no han mejorado de gusto, es una ciudad semejante á una cárcel modelo: celdas á derecha é izquierda, numeradas y pintadas de gris.

* * *

¡Las calles de Nuremberg! En ellas consigue revolotear á su gusto, libre y feliz, el pájaro azul de la imaginación. Puede este pajarillo, en cuyas plumas de tornasol espejea el cielo,

esconderse en el ángulo que forman cada dos casas—porque la alineación tampoco la respeta poco ni mucho el Municipio nurembergués.— Puede posarse en los dientes de los tejados triangulares, originalísimos; puede descansar en las caladas rejeras góticas de las fuentes, donde parece que va á surgir Margarita, pensativa y con su cántaro bajo el brazo; puede travesear hiriendo con el pico los vidrios de colores de las iglesias ó llamando á los cristales emplomados de las ventanas; puede entrar y salir por los miradores monumentales que tan bien encuadran la cabeza de las muchachas, cuando se entreasoman á ver pasar la gente, preguntando con los ojos, por si les contesta algún pálido transeunte en palabras de Heine:

«Soy alemán poeta
conocido en las tierras de Germania:
si á los ilustres nombran,
también mi nombre te dirá la fama...»

Y finalmente, puede el ave soñadora, si desciende la nieve y vibra el granizo, cobijarse tranquilamente á la sombra del hogar de Alberto Durerro, conservado tal como estaba en vida del pintor, sin que falte ni una astilla del maderamen, ni una olla de la cocina, ni una losa del pavimento.

En Alemania, el perfecto estado de conservación de los edificios y las ciudades no sólo atestiguan á favor de la cultura general, sino prueba que los vándalos de principios del siglo, los guerreros napoleónicos, no entraron como

en nuestra patria, llevando la tea en una mano y el sable en la otra. Las estatuas de piedra en Alemania tienen narices y manos; el sepulcro maravilloso de San Sebald no está como el de la Cartuja de Burgos.

La tumba de San Sebald (marcada con dos asteriscos en las Guías, como para decir al viajero ¡¡atención!!) es el más soberbio trabajo de bronce que he visto nunca. Trece años de asidua labor gastó en él una familia de artistas, padre y cinco hijos. En la rica ornamentación de esta maravilla entran santos, profetas y apóstoles; pero lo más lindo son los grupos de chiquillos, grupos que no se sabe por qué están allí: capricho del artista, que se empeñó en trasladar al metal durísimo las curvas, hoyuelos, redondeces y monerías de la infancia, y con entrañas de padre estudió la risa y el traveso de los chiquitines, graciosamente abrazados ó espatarrados con encantadora desvergüenza.

En la parte baja del sepulcro la genialidad artística de Vischer se tomó otra licencia, colocando á guisa de cariátides unos retorcidos caracoles. El Renacimiento alemán no habrá producido muchas obras como el sepulcro de San Sebald.

Nos figuramos el genio alemán severo y pesado, envuelto en la sombría hopalanda y el ascético birrete de los reformadores. No es del

todo exacto. Hay en el arte germánico detalles de profunda ternura, inesperados rayos de luz, toques de alegría repentinos. Jamás he contemplado cosa más íntima y humana que una Virgen de bulto que reposa sobre un pilar de una iglesia de Nurenberg: aborrezco tomar apuntes y no recuerdo si es San Sebald ó *Frauenkirche*. La Virgen sostiene á su Niño: deliciosa y regocijada risa baña el rostro de la madre, que con la mano izquierda retira una manzana, hacia la cual el nene tiende los bracitos afanosos. Es una escena de hogar naturalísima, sorprendida por un artista del siglo XIV ó XV, de aquellos que, cuando encontraban casualmente á la verdad, no la soltaban hasta dominarla y poseerla.

Por las calles y tiendas de Nurenberg se ven expuestas fotografías tomadas de los grabados que representan á Alberto Durero. Durero es el genio protector de la ciudad, y en cierto modo la encarna. El rostro del excelso artista es el de un Cristo medioeval, acentuado y hermozeado por la larga melena rizada partida en dos, y alisada en las sienes y suelta en bucles sobre los hombros, la ahorquillada barba y el perfectísimo dibujo de las facciones. Cuando el maestro cruzase las callejuelas y el mercado que todavía hoy se celebra al pie de la iglesia de San Lorenzo, ¿quién no se volvería á mirarle? ¿Quién no le saludaría con respeto ó con misterioso latido del corazón? Aquella cara no es de las que pasan inadvertidas jamás. En ella está todo Nurenberg, toda su poesía.

Para sentir su terror, visitad el viejo castillo de los Burgraves, que domina la ciudad—á dos pasos de Durero.—En el patio de este castillo plantó un tilo la propia mano de la santa emperatriz Cunegunda; en su capilla gótica oyó misa Federico Barbarroja el ateo. Dentro de su recinto se conserva todavía un horrible espantajo, la *Virgen de hierro*, cuyo abrazo fatídico abrasaba la carne, trituraba los huesos y arrancaba el alma entre ayes desesperados y maldiciones infernales. Es la *Virgen de hierro* el más legendario de los instrumentos de tortura que se enseñan en la cámara del tormento; pero sin salir del castillo, el viajero sediento de emociones puede admirar una riquísima colección de suplicios. Nada falta allí: ni la silla con pinchos, que se calentaba al rojo blanco antes de que la ocupase el paciente; ni la máscara erizada interiormente de púas que, candente también, se aplicaba al rostro; ni la rueda en que se tendía el cuerpo formando arco para que sobresaliesen las coyunturas y pudiese quebrantarlas fácilmente la barra de hierro; ni el embudo por donde corría el agua hasta hinchar el estómago y poner el vientre más tenso que parche de tambor; ni las pesas que se colgaban de los pies para estirar las costillas, dislocar los huesos y relajar los tendones; ni el haz de varillas, las pencas, el gato inglés y el *knut* ruso para las azotaduras; ni el torniquete para sacar y arrancar la lengua; ni el hachuela para segar las manos; ni el hacha y el espadón para destroncar la cabeza; ni la hi-

dra de lana con lenguas de acero, que se enrosca al cuello y con sus siete bocas muerde y con su cuerpo ahoga, rarísimo tormento en que se añade el espanto de la vista á la crueldad del dolor, y se anticipan, con medroso símbolo, los castigos del infierno. Es un museo de ferocidad humana que crispera los nervios, y más si se considera que gran parte de los instrumentos dan señales inequívocas de estar *usados*.

Al salir de los *martirios* le llevan á uno con gran misterio hacia una cámara tenebrosa, haciéndole asomarse á la boca de un pozo, el *pozo profundo*, así se le llama. Tres ó cuatro chorros de agua, lanzados con un vaso á las entrañas de la sima, revelan, por el tiempo que tardan en llegar al fondo, cómo es de insondable. Una lucecita que descuelgan para alumbrar las húmedas y resbaladizas paredes, riela allá abajo, abajo, no se sabe dónde, descubriendo la triste superficie de agua negra. Abrieron este pozo prisioneros condenados á muerte, y de él arrancan dos subterráneas galerías, que serpentean por debajo de la ciudad, y una de las cuales no está cegada aún y puede recorrerla quien tenga ánimos para tanto. Sólo asomarse á la fría y húmeda boca causa una angustia sepulcral.

Salgamos del nido roquero de los Burgraves y hablemos de cosas más alegres y tónicas. Desearía que las personas inteligentes que pa-

sen á Nurenberg no omitan componer el *menudo* de una cena ó comida con los elementos que voy á indicarles. Pidan primero *Reinlachs*, ó sea trucha asalmonada del Rhin: lo que en mi tierra gallega se llama, no sé por qué, *reo*. El reo del Rhin tiene la carne algo menos compacta que el salmón ordinario: su color es un rosa más bajo y fino, su piel ofrece los reflejos verdosos del agua y las pintas sangrientas del coral. Para acompañar á este pez de agua dulce (los del mar, en Alemania, no valen cosa), que traiga el mozo un mediano plato de *kartoffeln*, ó patatas, dicho en español, y una salsera con manteca derretida. Cuidado con echar aceite y vinagre: le quitarían la unción á la trucha. Riéguese con un vinillo clareté y rancio, de los que se extraen de la uva renana: si hay valor para aflojar la moseca, *Schloss-Johannisberg* 1865, ó siquiera *Jardin de los jesuitas* 1867: si no, contentarse con el *Niedersteiner*, que no es ingrato. Rematada la trucha, venga una magra de jamón wesfaliense, y un plato de compota, que por sosa que sea valdrá más que la ácida y flatulenta *chucruta*, de la cual nos libre Dios. El segundo plato lo ha de acompañar un bock de cerveza bávara, tostada y fuerte, rebosando espuma, bebida en un tanque que diga, por ejemplo: "Patria, amor y justicia," ó "En teniendo mi pipa y un lindo rostro que mirar, me basta." (Estas leyendas de los tanques equivalen, como color local, á las de nuestras navajas de muelles y ligas de maragatos).

Después de la magra, y me figuro que no se

quedaría con apetito sino Gargantua en persona: mas para prever todas las contingencias, recomendaré un ala de faisán montés ó una terrina de legítimo *foie* de Estrasburgo. Glotonería me parecerá aceptarlo. También aconsejo el rollo de anguila en galantina. Lo mejor de la bucólica alemana son los pescados fluviales. Y como epílogo, una nuez de queso y una taza de té. En Alemania beber caté es beber pura achicoria.

* * *

Reparado así el estómago, piérdase sin miedo el viajante discretísimo (discretísimo por haber cenado según mis instrucciones) al través de las calles de Nurenberg, y olvide la impresión gastronómica, ó por mejor decir, tómelas únicamente como base de otra elevada y espiritual: que los exquisitos platos germánicos le exciten la imaginación, á fin de que se recree más de lo acostumbrado en ver callejones viejos, miradores y balconadas que hablan de aventuras, iglesias al través de cuyas agujas y rejas filtra la luna su luz sugestiva y romántica, casas picudas, santos que alumbran piadosamente un farolillo: escuche el misterioso silencio, la quietud de la ciudad dormida y el argentino chorro del caño en la *Fuente de las Virtudes* ó en la del *Gañán*; evoque, si se lo permiten sus recursos intelectuales y artísticos, la imagen de Alberto Dureró y la silueta del *Caballero de la muerte*, y por último, reconozca

una vez más jentre tantas! el poderío incontrastable, la magia seductora, la fuerza inmensa, la victoriosa soberanía del pasado, al cual pertenece parte de nuestro entendimiento, casi todo nuestro corazón y toda nuestra fantasía.

CARTA XXII

UNAS AGUAS ELEGANTES

Karlsbad, Septiembre 20.

PUEDO asegurar que no fue el *quid* de la elegancia lo que me condujo á ellas, pues yo me encontraba bien hallada con mi estación balnearia de Mondariz, allá en la tierra, entre frescos castaños y oscuros pinos. Aquellas termas gallegas no tienen que envidiar nada á las mejorcitas del extranjero, en cuanto á eficacia, virtud y santidad; y por lo que toca á *confort*, ó sea regalo y buen hospedaje, espero que cada día han de ir mejorando y adquiriendo lo que les falta, con lo cual quedarán hechas un primor, en ayudando el arte á la naturaleza. (1)

Pero mi condición errática y vagabunda, y la necesidad de pasar en Francia el otoño, me determinaron á esta humorada de echar el paso

(1) Ya puede hoy competir con cualquier balneario el de Mondariz por su espléndido Hotel.—(N. de la A.)

largo y extenderme hasta Alemania y Bohemia, recorriendo nuevos países y contemplando nueva gente, cosa que, sin más añadidura, ya basta para distraer el espíritu y bañarlo en deleitable serenidad. Con razón ha dicho el viejo poeta francés:

«Voir, c'est avoir: vie errante
est chose enivrante.....»

Desde que penetra la locomotora en territorio austriaco, el paisaje cambia enteramente de fisonomía. Entre Baviera y Bohemia las fronteras no son línea ideal trazada por el frío dedo del interés político, sino división impuesta por la naturaleza que, pacífica y frondosa en los valles del país bávaro, á partir de Eger frunce el ceño, plutónica y salvaje. Todo se vuelve gargantas y desfiladeros que encierran la vía férrea y parecen acceder de mala gana al paso del tren: las montañas que no viste el abeto son escuetas y descarnadas; las mismas coníferas tienen un matiz más sombrío; el agua corre por las laderas con impetu furioso. En lontananza, la última nieve, dispuesta á empalmar con la primera, que no tardará muchos días en caer, brilla sobre inaccesibles picos basálticos.

La impresión de que nos sumergimos en las entrañas de la tierra, que se experimenta al penetrar en país bohemio, crece en cuanto llegamos á Karlsbad, que es un embudo; el fondo de

estrecho y sinuoso valle. El río Tepel parte en dos valle y ciudad. Todo concurre allí para la frescura y salubridad del clima; á fines de Septiembre, la tal frescura se asemeja bastante al frío riguroso. Los karlsbadenses afirman (¿y cómo no?) que ni la peste negra de la Edad Media, ni el cólera de nuestro siglo, les pudieron meter el diente nunca.

A modo de arrugas en la cara de una abuela, cortan el valle de Karlsbad dos grietas hondas, producto de algunas sacudidas volcánicas, que atarazando y haciendo añicos las enormes rocas primitivas de *gneis*, abrieron camino á los manantiales calientes. Tal es la angostura del valle, donde apenas queda sitio para el cauce del Tepel, que las casas del pueblo tienen que apiñarse medio suspendidas sobre el río, ó trepar penosamente por las laderas de la montaña agazapadas en alguno de los escasos rellanos que presenta. Así es que Karlsbad ofrece la traza de lo que llamamos aquí *un nacimiento*. Ya se comprenderá, sin que yo lo diga, que en el fondo de aquella garganta salvaje del Noroeste de la Bohemia no viven más que hosteleros: toda casa es de huéspedes en Karlsbad. Cuando yo pasaba por la calle con mi vaso en la mano, camino de la fuente, salían á las puertas para ofrecérme hospedaje. La estación se acababa, y la caza del viajero se reerudecía.

Los nombres de las calles dan idea de lo que pudo ser en sus comienzos tan singular ciudad. Donde subsiste una *calle del Salto del Ciervo* y una *calle del Baño del Molino*, ¿qué habría más que chozas de pastores ó de cazadores monteses, hasta que los alifafes y dolamas de la humanidad llevaron allí á los enfermos distinguidos de Europa á convertir el Tepel en Pactolo?

Murmura la leyenda que allá en el siglo XIV, el rey á quien los bohemios llaman todavía *padre de la patria*, Carlos IV, hubo de internarse por las orillas del Tepel en seguimiento de un ciervo. De repente el acosado animal, que corría á refugiarse en el agua, lanzó bramidos de agonía. Acercáronse los cazadores y vieron al ciervo medio cocido ya: se había caído en el hervidero, el hoy célebre *Sprudel*. El médico de cámara, al reconocer el maravilloso chorro, aconsejó á Carlos IV que se bañase en él para curar sus males: así lo hizo el monarca, y como las nuevas aguas le procurasen la salud, fundó allí una ciudad y le impuso el nombre de Karlsbad (baño de Carlos).

Baños debían llamarse por entonces, pues no eran otra cosa: hasta el siglo pasado no se generalizó la costumbre de beber las aguas. Los que tenemos afición á la medicina nos divertimos mucho observando las radicales variaciones que ha sufrido esta ciencia, y lo poco que armonizan las ideas médicas de hogano con las de antaño. Este género de estudio conduce al escepticismo. ¿Es posible que el tratamiento

actual de Karlsbad combatía las mismas enfermedades que combatía el método de los siglos XVI y XVII?

Entonces no se bebía, repito, ni una gota de agua mineral. Verificábase la cura por absorción: baño solo, un baño que duraba *once horas diarias*. Tenía por objeto tal remojo ablandar la piel y producir en ella grietas, por las cuales fluyese el *humor pecante* y purgase la sangre sus *inmundicias*. Yo imagino que en aquellos tiempos los médicos trataban el cuerpo humano á manera de alcantarilla ó albañal, idea muy conforme con las que profesan esos médicos del alma que llamamos místicos. El caso es que la curación en Karlsbad se terminaba aplicando cataplasmas para curar las grietas de la piel. ¿En qué estado de debilidad se quedarían las víctimas de once horas diarias de baño caliente y carbonatado-sódico? Habría que recogerlas con cuchara.

Las dudas y el escepticismo consabido vuelven á asaltarme cuando leo una poesía latina que se enseña en Karlsbad, grabada en letras de oro sobre mármol negro, y fechada en los primeros años del siglo XVI. Allí se le dicen al chorro caliente los mismos requiebros que hoy se le dirían, afirmando que presta vigor al anciano, colores á la pálida vírgen y días felices á todos. ¿Será que las curaciones termales dependen sólo del régimen y del aire que se respira? ¿Calificaremos de pura broma las prescripciones terapéuticas modernas?

Una revolución total se ha verificado en

achaque de hidroterapia. El baño largo y caliente apenas se usa, no siendo en los casos de litiasis ó mal de piedra, y siempre con mucho tino para evitar las congestiones y vértigos. Empléase el tibio y moderado, que estimula la función de la piel y coopera al efecto de las aguas. Estas son la base del tratamiento. Cada agüista bebe del manantial que mejor le cuadra, ó que el médico le ha señalado. Todas las fuentes de Karlsbad, químicamente hablando, son idénticas, como que proceden del inmenso depósito de agua hirviendo que forma el cráter del volcán y el fondo del valle. Varía mucho su temperatura, según las detenga más ó menos la operación de filtrarse por el granito. Si hallan expedita la vía para saltar á la superficie de la tierra, entonces vienen ardiendo y humeando, como el prodigioso chorro del Sprudel.

A las márgenes del Tepel afluyen enfermos de las cinco partes del mundo, divididos en las dos categorías de *amarillos* y *colorados*, en que los separan los naturales de Karlsbad. Los *amarillos* son los amojamados brasileños, los norteamericanos dañados de ictericia, los ingleses rabiando de *esplín*; los *colorados*, los diabéticos alemanes, amigos de la cerveza, el jamón de Vestfalia y la *chucruta*; los franceses golosos y sensuales, la gente alegre que saborea la vida.

Abundan también las señoras atacadas de precoz obesidad, á quienes se les vuelve grasa todo cuanto comen, y para quienes la operación de ceñir el corsé es un suplicio. Vienen las tales con aquella decisión heroica que manifiesta la mujer cuando tocan á defenderse del ultraje de los años y conservarse *presentable*. Vienen determinadas á sufrir el masaje, la flagelación (la azotaina suena mal), el régimen seco, el asado con la compota de grosella, el baño repetido, la nauseabunda tibieza de las aguas, y todo cuanto Dios disponga, á trueque de adelgazar dos centímetros, de adquirir para el invierno una silueta hermosa y un volumen razonable, compatible con vestir á la moda y no displacer á los ojos.

¡Frivolidad: tienes nombre de mujer! — exclamará algún avinagrado filósofo ó algún partidario de la vida primitiva y natural, de las damas adornadas con delantales de conchas, sino con verdes lampazos que prestó la hojosa selva. — Alto ahí, señor displicente, y oiga lo que me han contado ahora en París (*relata refero*). Hay en Francia un hombre ilustre, que alardea de serio, positivo, práctico; hombre que ha visto la vida con ojeada, más que perspicaz, implacable. Si añado que debe su gloria á la novela.... verde y con asa, Emilio Zola. Pues bien: Emilio Zola, que se había puesto muy grueso, se propuso adelgazar; sujetóse á un régimen severísimo, y quedóse como globo desinflado. Parece que le cuelga el pellejo de la cara y de las manos y que le flota la ropa

hacia aquí y hacia allí. No lo hizo, seguramente, por coquetería: la crónica refiere que el autor de la *Joie de vivre*, atacado, como su héroe Lázaro, de un *miedo* trascendental á la de la guadaña, creyó que las personas obesas se encontraban más en peligro de muerte que los flacos, y se dedicó á enmagrecer, y lo ha conseguido. Y díganme á mi: ¿qué acusa mayor poquedad de ánimo: temer morir ó temer afearse? ¿No es más griego, no es más olímpico lo segundo? La mujer no tiembla á la puerta del otro barrio. Ha dado hijos al mundo, se ha visto mil veces á la boca del terrible camino. Sus chillidos y sústos son puramente nerviosos. Se necesita ser hombre para despertarse á las altas horas de la noche bañado en sudor frío y murmurando: „Hay que morir:“ como aseguran que le acontece á Zola.

Volviendo á Karlsbad, y dejando aparte los males de cada uno, y las arenillas del hígado, y otras particularidades, he de confesar que los alrededores son preciosos. El que tenga ánimos para subir á la montaña, antepondrá Karlsbad á lo más pintoresco y selvático de nuestros Pirineos. Goethe recorrió las cimas de los riscos, los abruptos senderos que conducen al Schweizerhof. La grandiosa figura del autor de *Fausto* encaja bien en aquel marco de paisaje.

Los hoteles son magníficos: el servicio “á la

carta" satisfará al paladar más exigente; las habitaciones y muebles ofrecen comodidad bastante; pero las camas.... En toda Alemania he observado la singularidad de las camas. Quien no las haya visto no se las figura. Estrechas y cortas, hasta el punto de que no comprendo cómo cabe en ellas esta corpulenta gente del Norte; con una cuña debajo de la cabeza que obliga á dormir punto menos que sentado; con sábanas que no pueden sujetarse al colchón, según son de exiguas, y que están abrochadas con ojales á la manta, las camas germánicas resisten á la marea de la civilización y la invasión de la molicie. Son un potro. Hay que entrar en ellas como la carta en el sobre. Sólo conozco otras peores, las portuguesas. Y todavía no sé cuáles se llevarían el premio de quebrantabueso. Las portuguesas me parecen más duras; en cambio, en las alemanas, listo ha de ser quien dé una vuelta sin quedarse destapado. Los *amarillos*, la gente flaca, aún se arregla; pero los *colorados*..... imposible.

CARTA XXIII

DIVERSIONES—GENTE RARA

Paris, Septiembre 28.

Y he regresado á esta liorna, y por supuesto al campo de Marte. Pensé hablar de los espectáculos en otra carta, y en ésta del

elemento exótico; después he caído en la cuenta de que son una misma cosa.

Yo confieso que estos espectáculos, extravagantes y todo, o acaso por su misma extravagancia, fueron lo que más me interesó en la inmensa feria internacional, no ciertamente por el *ludibrio*, ó juego escénico, tomado como obra de arte (se me figura ociosa la advertencia), sino por aquella comezón que hoy sentimos de conocer las fisonomías de cuantas razas pueblan el globo, de enterarnos, si es posible, de sus costumbres, de penetrar en su alma. Encontrar reunidos ochocientos seres humanos venidos de los climas remotos y de los países misteriosos; verles comer, trabajar, tañer, cantar sus canciones, danzar sus danzas, representar sus dramas y sus comedias, sin necesidad de haber pasado el charco en un trasatlántico, cruzado desiertos, sufrido picotazos de mosquitos y sustos de tormentas y *simunes*, es plato muy sabroso. Si me empeñase en sostener una paradoja defendible, diría que mejor se aprecia aquí el *color local* que viajando; viajando habrá que buscarlo y encontrarlo desperarramado y acaso oculto; aquí nos lo dan preparadito, porque de propósito eligieron en cada país lo más típico y saliente para regalárnoslo. Ya sé que en el fondo no es así; mi conciencia de artista protesta, y me entra escama cuando oigo decir á algún escéptico que cuantos turcos, moros y rumanos andan por aquí son todos de *Batignolles*. Para estar en lo justo, adoptemos un término medio, y creamos en la

carta" satisfará al paladar más exigente; las habitaciones y muebles ofrecen comodidad bastante; pero las camas.... En toda Alemania he observado la singularidad de las camas. Quien no las haya visto no se las figura. Estrechas y cortas, hasta el punto de que no comprendo cómo cabe en ellas esta corpulenta gente del Norte; con una cuña debajo de la cabeza que obliga á dormir punto menos que sentado; con sábanas que no pueden sujetarse al colchón, según son de exiguas, y que están abrochadas con ojales á la manta, las camas germánicas resisten á la marea de la civilización y la invasión de la molicie. Son un potro. Hay que entrar en ellas como la carta en el sobre. Sólo conozco otras peores, las portuguesas. Y todavía no sé cuáles se llevarían el premio de quebrantabueso. Las portuguesas me parecen más duras; en cambio, en las alemanas, listo ha de ser quien dé una vuelta sin quedarse destapado. Los *amarillos*, la gente flaca, aún se arregla; pero los *colorados*..... imposible.

CARTA XXIII

DIVERSIONES—GENTE RARA

Paris, Septiembre 28.

Ya he regresado á esta liorna, y por supuesto al campo de Marte. Pensé hablar de los espectáculos en otra carta, y en ésta del

elemento exótico; después he caído en la cuenta de que son una misma cosa.

Yo confieso que estos espectáculos, extravagantes y todo, o acaso por su misma extravagancia, fueron lo que más me interesó en la inmensa feria internacional, no ciertamente por el *ludibrio*, ó juego escénico, tomado como obra de arte (se me figura ociosa la advertencia), sino por aquella comezón que hoy sentimos de conocer las fisonomías de cuantas razas pueblan el globo, de enterarnos, si es posible, de sus costumbres, de penetrar en su alma. Encontrar reunidos ochocientos seres humanos venidos de los climas remotos y de los países misteriosos; verles comer, trabajar, tañer, cantar sus canciones, danzar sus danzas, representar sus dramas y sus comedias, sin necesidad de haber pasado el charco en un trasatlántico, cruzado desiertos, sufrido picotazos de mosquitos y sustos de tormentas y *simunes*, es plato muy sabroso. Si me empeñase en sostener una paradoja defendible, diría que mejor se aprecia aquí el *color local* que viajando; viajando habrá que buscarlo y encontrarlo desperarramado y acaso oculto; aquí nos lo dan preparadito, porque de propósito eligieron en cada país lo más típico y saliente para regalárnoslo. Ya sé que en el fondo no es así; mi conciencia de artista protesta, y me entra escama cuando oigo decir á algún escéptico que cuantos turcos, moros y rumanos andan por aquí son todos de *Batignolles*. Para estar en lo justo, adoptemos un término medio, y creamos en la

autenticidad de mucho elemento exótico, sin negar las *contrefaçons* posibles.

¿Cómo desconfiar, v. gr., de las bailarinas jавanasas, ni de los actores anamitas? ¿Qué europeo es capaz de imitarles? Por los anamitas empezaré, y dudo que quien no los haya visto se los pueda imaginar, aunque yo agote todos los recursos de la descripción. No cabe, ni en medio del delirio de una pesadilla, que la fantasía se forje visiones tan horribles, vestiglos tan espantables y monstruos tan monstruosos cual los comediantes del reino de Anam; y así como el sentido de la vista no acierta á representarse su fealdad, el del oído no adivinará nunca chillidos tan discordes y fieros, entonaciones tan desafinadas y agrias. Una chusma de gatos engarfiados tras el muro de una buhardilla en Enero, una jauría ladradora, me heriría menos el tímpano que los Calvos y Vicos de la raza amarilla. El drama de que les vi representar un fragmento se titulaba *La rosa (Ta hué)*; pero tengo para mí que debiera cambiar de nombre, y llamarse *La Cencerrada*.

Verificanse las representaciones anamitas en una sala rectangular, en que bien tendrán cabida trescientas personas; el escenario, al revés que en nuestros teatros, se encuentra más bajo que los espectadores, los cuales ocupan graderías; de modo que, salvo la forma, está dispuesta la escena anamita como uno de

nuestros circos de caballos. Los músicos de la orquesta no se colocan aparte, sino mezclados con los actores. Las decoraciones, suprimidas. El autor del drama nos dice que parte de él pasa en las nubes, en la selva, en el infierno ó en la mansión de los genios del aire; tenemos que creerlo. Suprimidas también las actrices: los papeles femeninos son desempeñados por muchachos. Como la raza amarilla no peca de barbuda, á estas actrices del género ambiguo no les da guerra la rasuración.

Las supuestas damas y los galanes reales y efectivos se parecen en la fealdad. Caras pintadas de rojo ladrillo ó del color natural del limón pasado; bocazas negras y dientes esmaltados de laca negra también; narices chatas; aspecto simiaco. Ni una actitud plásticamente bella, ni una inflexión de voz grata y humana, ni un matiz armónico en el traje, ni una expresión dramática en el rostro, ni nada; nada más que una docena de gorilas y macacos vestidos de máscara, pegando berridos y amenazando tirarse á cada minuto los trastos á la geta.

Sale uno de allí deseando perder de vista á semejantes espantajos, y convencido como nunca de que el calificativo de *noble* aplicado á la raza caucásica no es lisonja. De seguro el carricoche de Tespis, la aurora del arte escénico en nuestra civilización, no se parecería al teatro anamita más de lo que se parecerá un idolo barrigudo á la Venus de Milo.

Para sosegar un poco y reconciliarse con la gente amarilla, conviene ir de seguida al *Kompang* ó aldeita javanesa, pintoresca agrupación de chozas, edificadas por los indígenas con singular habilidad, y empleando á la vez é indistintamente los pies y las manos, según costumbre de estos asiáticos que tiran á jimios. Cincuenta ó sesenta naturales de Java habitan la colonia; tejen cestos, preparan el té y el café (el mejor café que en toda la Exposición se toma), y viven allí como en su patria. Mas lo curioso son los músicos y las bailarinas. A la entrada de la aldea encontramos ya á tres artistas, consagrados á tocar una especie de instrumento hecho con cañas, que tiene reminiscencias de la flauta de Pan. Sus recursos se limitan á tres ó cuatro notas monótonas, húmedas, frescas y pastoriles; las cañas se acuerdan del río en que nacieron, y gimen y cantan con sonido acuático. Aquello, más que música, es una voz de la naturaleza, el eslabón que enlaza el primer rudimento artístico á la sencilla realidad; poco á poco, en la imitación, irá el hombre ensanchando y dominando su reino, y de la cañaheja de Pan irán saliendo Beethoven y Wagner.

A poca distancia de los músicos se alza el palco de las bailarinas, las cuales son cinco y muy niñas todas, con ese aspecto de infancia que no pierde nunca la diminuta y delicada raza javanesa. Cuatro de las bailarinas pertenecen á la aristocracia más encopetada: son una especie de vírgenes sacras ó vestales, y el

rajá á quien pertenecen, y que las conserva como oro en paño, se ha dignado acceder á los ruegos del Gobierno holandés, descoso de que danzasen en la Exposición; mas no sin estipular que sería religiosamente respetada la integridad de sus doncellas. Vinieron, pues, las pobres criaturas á arrostrar las miradas impúdicas ó curiosas, á sufrir el frío que ya las tiene ateridas, á ejecutar ante europeos indiferentes, toscos ó burlones, los pasos y mudanzas del baile sagrado que aprendieran para obsequio exclusivo de alguna dorada y ensoñadora imagen de Buda.

Donde digo *pasos* y *mudanzas* debiera decir *ademanos*, porque si los javaneses construyen chozas con los pies, las javanesas bailan, en realidad, con las manos, y sólo con las manos. Los pies, los piecillos oscuros, enanos, de elegante corte, como trabajados en bronce finísimo, casi no se mueven del sitio en que se posan. Los brazos, en cambio, los magros y esbeltos bracitos, tenidos con caliente entonación de *terracotta*, y las manos de largos dedos, de aristocrática finura, desempeñan todo el baile. El cual no puede ser más decoroso, más honesto, más acompasado, más hierático: no recuerda, por cierto, la voluptuosa danza de Salomé, sino las místicas ceremonias de Salambó en adoración ante la diosa Tanit. No cabe duda: la coreografía de las javanesas tiene carácter religioso.

Ellas mismas, las bailadoras, parecen, más que mujeres armadas con las seducciones y

gracias propias de su sexo, *idolitos*, *bibelots* llamados á ocupar sitio en una cristalera. Tres son feas, graciosamente feas; la cuarta muy bonita, de correctas y delicadas facciones, oblicuos y graves ojos, mejillas menudas y redondas como las de las figurillas egipcias, labios puros y color de limpio cobre. Su porte es señorial, sus movimientos elegantes: su traje consiste en un paño estrecho, ceñidísimo de medio cuerpo abajo, á la egipcia también, un coselete enriquecido con bordados de oro, y una especie de mitra, ó, más bien, el tocado de las esfinges, igualmente de oro, realzado por brillantes colorines y plumas. Los instrumentos músicos que acompañan á su baile son unas como ollas ó teteras de metal, que hacen son profundo, triste y argentino, cual de campanas, y un guitarra que no sé explicar, pues no lo he visto de cerca.

Por las venas de la quinta bailadora no corre sangre ilustre, ni la adornan las galas que lucen las otras cuatro: es una mujer del pueblo, y aun creo que ramera; usa un pobre casaquillo y un paño de algodón, y entre ella y sus paisanas existe el abismo social que existiría, verbi gracia, entre unas monjas Huelgas ó Salesas Reales y una cantadora flamenca, á quienes la suerte enviase juntas allá al Indostán. Noté que las princesitas ó sacerdotisas, ó lo que sean, hablan entre sí, y no dirigen nunca la palabra á la danzarina pública. Ésta, cuando baila, tiene por compañero á un guapo mozo javanés, y la pareja no ejecuta pasos religiosos, sino ama-

torios. Los pies siempre quietos, las manos y brazos se encargan de toda la pantomima, que nada tiene de libre. En cualquier baile europeo toman mayor parte los sentidos.

Parece que un francés, sin duda asiduo lector de Pierre Loti y aficionado á la geografía erótica, se ha prendado ciegamente de una de las sacerdotisas, y va sin faltar un solo día á presenciar el baile. Sus tentativas de aproximación han sido estériles, y su muñequita de barro cocido no le hace maldito caso. Dicese que en momentos de sinceridad las javanasas declaran que les repugnan los europeos, á causa del olor desagradable que despiden, aun los más perfumados y limpios. Si reflexionamos que toda la aldea javanesa se baña cuatro veces al día, nos sorprenderá menos una afirmación tan depresiva para el amor propio de los gomosos parisienses. El baño, el cigarrillo, el té, entretienen las largas horas del destierro de las muñecas. Diviértense, además, en pintarse las unas á las otras, en teñirse los dientes con betel, y en imitar rizos en las sienes con tinta china. Y desde que ha comenzado el otoño, tiritan las pobres. Me dan mucha lástima. ¡Que las lleven, por Dios, á su templada y paradisiaca isla, donde el sol no palidece!

Con la primer ráfaga fría, toda la gente amarilla, verde, color de cangrejo cocido, gris ó negro charolado, que pulula en la Exposición,

se ha sentido invadir por la nostalgia, y ha perdido su gracia decorativa. Durante los últimos días de Julio y Agosto (este verano ha sido bastante extremoso en París), daba gozo ver tanto indígena y contemplar tanto tipo raro. Había los puja-puja anamitas, empujando sus carricoches; había la aldeita del Senegal, donde se fabricaban joyas y se tejían telas, y los gaboneses, cuyas señoras renunciaron de malísima gana, en aras del pudor de los civilizados, a su sencillo traje, compuesto de un pañito como de quince centímetros y varias sartas de cuentas. Había los canacos antropófagos, que se liman los dientes para tenerlos más aguzados, y había los isaguas, que daban diariamente una función de las que más agradaron á la gente distinguida y cosmopolita que se estrujaba todas las noches á la puerta de su tienda.

Parece que estos isaguas son unos negrazos de no sé qué tribu africana, que constituyen una secta fanática y dada á la mortificación y á la tortura de sí propio como acto religioso en honor de la divinidad. Sea que el hábito de infligirse ciertos suplicios les haya curtido y habituado al dolor, sea que por medio de movimientos giratorios y pases magnéticos logren hipnotizarse y producir la anestesia local, ello es que los isaguas pinchan, rajan y achicharran en sus carnes lo mismo que si estuviesen hechas de palo. Escorpiones, lagartijas, culebras, ascuas y hojas de sable, las tragan como confites. Pasan la lengua sobre hierros candentes, refriegan la nariz sobre un brasero encendido, se

atraviesan los brazos de parte á parte con agujas gordas, se echan fuera los ojos de un golpe con las yemas del pulgar....., y otras barbaridades análogas. Todo al son de una música rara y discordante, de tambor y guitarrillo, que acelera el compás siempre que se acerca el momento de ejecutar alguna barrabasada.

Después de haber mirado con horror á aquellos diablos en figura de hombres, se debe descansar la vista con la señorita Fatma, natural de Túnez. Al pronto, cuando por ver á Fatma exigen un franco por persona, se hace caro, pues en la Exposición es baratísima la entrada en todas partes. Pero tan pronto como aparece aquel hermoso milagro de la naturaleza, se da por muy bien empleada la monedilla. ¡Cuánto más agradable es la contemplación de Fatma que la de un diorama, cosmorama ó panorama circular, de estos con que ahora nos embaucan!

Fatma, premiada con medalla de oro en no sé qué concurso de belleza (esto del premio la despoetiza algún tanto), es un tipo perfectísimo de hermosura oriental. La Haydea del poema de Byron debía de parecerse á Fatma. La cual representa unos veinticuatro años, y es morena, de ese moreno bruñido y caliente que parece bañado en ámbar y coloreado con pétalos de rosa de Alejandría. Los ojos los tiene ovals, largos, resguardados por tupidas pestañas; el mirar dulce y manso, sin frialdad; la boca es un

rubi partido, por gala, en dos. Su nariz ostenta la majestad de las narices semíticas, pero sin exageración del corte aguileño. Sus regios brazos, sus magníficas formas, su pelo como la endrína, suelto en rica mata, completan la perfección de tan soberano pedazo de hembra. Estando cansada la vista de aquellas francesas, graciosas y airosas y picantes, sí, pero huesudas, anémicas, de pobre anatomía, la noble Fatma se nos figura protesta viviente contra la mentira y el prosaísmo de la civilización, alegato en favor de las razas que saben guardar la pureza de su tipo.

He oído decir (¿a quién no se le ponen defectos?) que Fatma es *bête*, ó sea tonta de caprote. ¡Extraño reparo, cuando sólo se trata de una exhibición plástica! El talento de Fatma consiste en su color, sus hombros, su pelo. Ni crea nadie que es la de Fatma de esas caras inexpresivas é inmóviles. Su expresión es suave, amorosa, tentadora, y al mismo tiempo ingenua y cándida; y aunque esto del candor parezca incompatible con el modo de vivir de una mujer que da en espectáculo su belleza, ello es verdad, y hay una distancia inmensa entre la risa de miel de la encantadora odalisca y la sonrisa forzada, estereotipada y degenerada en mueca de las beldades venales parisienses.

Vestía Fatma túnica floja de damasco verde recamada de oro; el corpiño se abría sobre la camiseta de gasa rosa, que indiscreta jugaba sobre el bíblico seno. El faldellín de gasa blanca tramada de plata envolvía en sus pliegues

el redondo tobillo, rematado en pie no pequeño, nunca desfigurado por la botina europea, libre y bien delineado como el de las estatuas. En la cabeza no llevaba birrete ni sarta de zequíes, sino una guirnalda de amapolas y no sé qué joyas orientales. Cuando bajó del estrado y se acercó al público para bailar la danza del Serrallo, sus movimientos eran más armónicos y su actitud más decente que nunca. Pensaba yo que los franceses tienen la sangre de horchata y el alma de cántaro, porque al empezar á bailar tan preciosa criatura, ni siquiera dijeron "bendita sea tu madre." Aquí, si baila Fatma, arrojarán á la escena sombreros; y si la ve Zorrilla, á pesar de los años, desenfunda nuevamente la guzla del raví y le dedica media docena de kásidas, con aquello del ramo de mirra, búcaro fresco lleno de olores y otros piropos de su musa mora.

**

Para ir acercándome á los espectáculos españoles, diré algo de la famosa *danza del vientre*, que ejecutan las bailarinas egipcias ó *almeas*, aquellas de quienes afirmó Gerardo Nerval que hacen soñar con el paraíso (sea todo por Dios). No hay que confundirlas con las bayaderas indostánicas, pues son mujeres de condición muy distinta. La bayadera es una mezcla de sacerdotisa y cortesana; consagrada al culto de la diosa Ramba, la Venus del Olimpo indostánico, la vida airada es para ella una

especie de rito religioso. La almea no tiene nada de sacerdotisa; no pasa de una saltarina alquilona, que ameniza las bodas, los banquetes y hasta los entierros mahometanos.

La danza del vientre es nuestro baile flamenco en estado de larva, sacudiendo en vez de las caderas el abdomen y omitiendo el quiebro saladísimo, como si dijésemos, la pimienta y canela de esa danza. Que no es bonito ver á una mujer casi inmóvil y con la tripa convulsa, me parece ocioso decirlo. Tendrá todo el color local que se quiera; pero no tiene maldita la gracia.

Verificanse estos bailoteos en una barraca, á cuya puerta se ve una especie de jaulón distribuido en departamentos, en los cuales dormita ó se aburre parte de los *artistas* de la *troupe*; un camaleón, un mono, una serpiente enroscada y probablemente abotargada de frío, á pesar de que los demás nos derretiamos de calor. En la representación toma parte gente de dos razas: los egipcios, aceitunados, esbeltos, ojinegros, parecidísimos á los gitanos españoles, y los nubianos, negros, fornidos, lanudos, chatos de nariz, abultados de labios y con espejillos y colgajos entre las tupidas greñas del cabello. Estos tales tienen por vestiduras un cinturón de conchas y caracoles de más de cuarta y media de ancho; deben de estar las conchas ensartadas en algún hilo ó bramante; son tantas, que hacen mediano bulto, y desde cierta distancia, figuran greguescos. Cuando los nubianos salen á danzar, suena la música,

una especie de tambor cilíndrico y una como mandolina de dos cuerdas; el acompañamiento consiste en el propio tecloteo del cinturón de conchas, amén de los golpes de las lanzas sobre los escudos, pues la danza nubiana es guerra, y fingen atacarse, herirse, retroceder, huir. Les siguen las mujeres, y al compás de la propia desapacible tocata y de unos crótalos de metal que llevan en las palmas escondidos, tejen las figuras de su barrigudo baile. Los que están sentados en el fondo del escenario, las jalean por medio de un grito angustioso y gutural, unas coplas doloridas, cuyo significado ignoro. Entre los instrumentos músicos he observado una cítara de forma antigua igual del todo á las que se ven en los jeroglíficos y sepulturas de Menfis.

Cierto día, teniendo que ir á la tienda de un electricista, en la calle de Bondy, el cochero, ó por entender mal las señas, ó por figurarse que á una española no se le perdía nada con la electricidad, me llevó en derecha á un cafetín de sospechoso aspecto, sobre cuya muestra, en letras como puños, se leía este rótulo bilingüe: "Posada de las Gitanas. Al rendez-vous de los caballeros." Así que el hombre hubo parado, volviéndose hacia mí muy risueño, y me dijo: *C'est ici. Nous voilà en Espagne.* "¡Buena!" pensé yo. "Pues ahora no me voy de aquí sin saber en qué consiste el *rendez-vous* de los ca-

balleros." Eché pie á tierra y entré en el cafetuchó, y resultó que el *rendez-vous* era bailar allí todas las noches unas flamencas españolas, de lo más derrotado de nuestros tugurios. Ningún periodista había hablado del dichoso *rendez-vous*, y supongo que no tendrían más público que los obreros de aquel extraviado barrio. Pero ¡oh inestabilidad de la fortuna! ¡Oh diversidad de los destinos humanos! De allí á poco anunció la prensa con bombo y platillos que iban á llegar al Campo de Marte las gitanas de Granada y *su capitán*; y el teatro en que se exhiben hallóse convertido en verdadero *rendez-vous*, no sólo de *los caballeros*, sino de damas ilustres y celebridades europeas. Ningún espectáculo exótico tan favorecido por la *crema* ó nata. *El Figaro* publicaba diariamente listas de nombres á cual más empingotados.

Pues bien: yo apostaré que, en cuanto al arte, y si me apuran en cuanto á prendas personales, no llevan ventaja las gitanas de la Exposición á las del cafetuchó de Bondy. Hasta he llegado á sospechar si serán las mismas. Porque las de la Exposición se pasan de feas, traperas, descocadas, inhábiles en bailar y aguardentosas en cantar. La *estrella* de la compañía es la *Macarrona* (¡vaya un nombre para gitana! ¡Si dijese *Macarena!*) la cual baila un poco mejor y no carece de sandunga; así es que los espectadores la consideran una huri, una *Carmen*, y se pirran por sus pataditas y sus quiebrós. El resto de las gitanas repito que

no colaría por acá, ni tiene que ver con las famosas bailadoras de Silverio y otras *artistas* de lo fino del género, en que caben muchos grados y hay seda y estopa.

Convencidas, tal vez por exhortaciones del empresario, de que el *carácter* es la exageración y la grosería, las gitanas del Campo de Marte toman cada postura y se permiten cada desplante, que abochorna. Los que las jalean, compiten con ellas en descaro, y en lugar de canciones flamencas, sirven al público coplillas de zarzuela del repertorio antiguo. El día que yo estuve allí, cantaban muy formales: "No asomes en la playa...." etc., etc.

CARTA XXIV

EL TEATRO EN FRANCIA.—SARA
BERNHARDT

Paris, Octubre 1.º

CUANDO Napoleón el Magno celebró en Erfurt su decisiva conferencia con el Zar de Rusia, se había llevado consigo á Talma, prometándole un auditorio de reyes. Más feliz aún que el excelso trágico, reformador de la escena francesa, Sara Bernhardt debió á la Exposición un auditorio universal procedente de ambos hemisferios del globo.

Y no obstante, si pudiese resucitar Talma, y

balleros." Eché pie á tierra y entré en el cafetuchó, y resultó que el *rendez-vous* era bailar allí todas las noches unas flamencas españolas, de lo más derrotado de nuestros tugurios. Ningún periodista había hablado del dichoso *rendez-vous*, y supongo que no tendrían más público que los obreros de aquel extraviado barrio. Pero ¡oh inestabilidad de la fortuna! ¡Oh diversidad de los destinos humanos! De allí á poco anunció la prensa con bombo y platillos que iban á llegar al Campo de Marte las gitanas de Granada y *su capitán*; y el teatro en que se exhiben hallóse convertido en verdadero *rendez-vous*, no sólo de *los caballeros*, sino de damas ilustres y celebridades europeas. Ningún espectáculo exótico tan favorecido por la *crema* ó nata. *El Figaro* publicaba diariamente listas de nombres á cual más empingotados.

Pues bien: yo apostaré que, en cuanto al arte, y si me apuran en cuanto á prendas personales, no llevan ventaja las gitanas de la Exposición á las del cafetuchó de Bondy. Hasta he llegado á sospechar si serán las mismas. Porque las de la Exposición se pasan de feas, traperas, descocadas, inhábiles en bailar y aguardentosas en cantar. La *estrella* de la compañía es la *Macarrona* (¡vaya un nombre para gitana! ¡Si dijese *Macarena!*) la cual baila un poco mejor y no carece de sandunga; así es que los espectadores la consideran una huri, una *Carmen*, y se pirran por sus pataditas y sus quiebrós. El resto de las gitanas repito que

no colaría por acá, ni tiene que ver con las famosas bailadoras de Silverio y otras *artistas* de lo fino del género, en que caben muchos grados y hay seda y estopa.

Convencidas, tal vez por exhortaciones del empresario, de que el *carácter* es la exageración y la grosería, las gitanas del Campo de Marte toman cada postura y se permiten cada desplante, que abochorna. Los que las jalean, compiten con ellas en descaro, y en lugar de canciones flamencas, sirven al público coplillas de zarzuela del repertorio antiguo. El día que yo estuve allí, cantaban muy formales: "No asomes en la playa...." etc., etc.

CARTA XXIV

EL TEATRO EN FRANCIA.—SARA
BERNHARDT

Paris, Octubre 1.º

CUANDO Napoleón el Magno celebró en Erfurt su decisiva conferencia con el Zar de Rusia, se había llevado consigo á Talma, prometándole un auditorio de reyes. Más feliz aún que el excelso trágico, reformador de la escena francesa, Sara Bernhardt debió á la Exposición un auditorio universal procedente de ambos hemisferios del globo.

Y no obstante, si pudiese resucitar Talma, y

con su ojeada perspicaz y su infalible instinto examinase los métodos y recursos de esta actriz, hoy la más famosa y celebrada de Europa, ¡qué severas censuras, qué crueles observaciones acudirían á sus labios ó mojarían de nuevo en acre tinta la pluma que le sirvió para trazar el *Prólogo* de las *Memorias* de Lekain!

La segunda mitad de nuestro siglo es fecha de decadencia para el arte dramático, y de apoteosis y victoria para el lírico, elevado á su mayor apogeo por la aparición de dos ó tres vastísimos genios musicales, la perfección de los medios decorativos, y algo y aun algos la rutina de los públicos que no quieren sino ópera á troche y moche, que padecen flojera para pensar y sentir, y que buscan sólo el recreo de la vista y el vago arrullo de la música, el cual no perturba el soporcillo de la primera digestión.

Como soy imparcial al juzgar á los franceses, en conciencia estoy obligada á decir que este pueblo, refractario á la belleza musical, tardo de oído como pocos, es en cambio muy sensible á la farsa escénica, lo cual pienso que arguye mucha intelectualidad y bastante buen gusto. Conviene notar que los franceses no por aficionados al drama prescinden de la novela, ni de la poesía, y que los tres géneros literarios viven prósperamente entre nuestros vecinos. El público francés merece alabanza y no he de regateársela.

Si en España los teatros que no dan sainetes ó zarzuelas por horas carecen de concurrencia, en París jamás he asistido á un drama sin advertir sobra de espectadores. Los teatros de París son malos, incómodos; los asientos estrechos; sofocante el calor; y sin embargo, la gente se estruja ante el despacho de billetes y hace cola á la entrada. De los tres elementos que necesita la escena, público, autores y actores, el primero es seguro en Francia. El segundo tampoco desmaya ni huelga: los dramaturgos trabajan con asiduidad, buscan resortes para interesar, menean bien los palillos, entretienen la fábula con arte, hieren mil teclas, proponen tesis..... Con todo eso no rebasan del límite de una inferioridad literaria crónica ya, ni evitan una falsedad tal vez irremediable. A mí la ebanistería dramática, la pirotecnia de *esprit* y el calculado efectismo de los Sardou, Augier y Dumas han llegado á hastiarme de tal manera, que ya veo con más placer un drama romántico y melencólico, pero alado—*Ruy Blas* ó *Hernani*—que las *Teodoras*, *Doras*, *Aventureros* y *Esfinges* de la escuela contemporánea, llamada *realista* por la incurable bobería de algunos críticos.

Es fenómeno peculiar de nuestro siglo la desaparición del *gran actor*, á la cual seguirá muy pronto, si ya no ha seguido, la de la *gran actriz*. Nótese que en los comienzos del arte

escénico la actriz no existía: los papeles femeninos eran desempeñados por muchachos, lo propio que sucede hoy en las compañías anamitas y japonesas. En el siglo pasado, época gloriosa para la escena, los lauros teatrales se dividen entre los dos sexos, prevaleciendo el masculino: Lekain, Talma, Garrick, Isidoro Mayquez. Con la centuria XIX empiezan á escasear estos singulares varones (el actor genial abunda todavía menos que el verdadero poeta), y en cambio reinan las trágicas insignes, las Raqueles, las Ristoris. Tampoco duran mucho, y ya la última comedianta realmente famosa (á pesar de todos los pesares) es Sara Bernhardt. Famosa en todo el mundo quiero decir, porque no me arguyan con celebridades locales, cuyo mérito dejo á salvo (1).

Las reservas y objeciones que se me ocurren á propósito de Sara son en tanto número, que si las indico casi voy á resultar declarando injusta la fama que goza. No es tal mi propósito, ni menos tratarla con dureza; y si bien lo que yo escriba por España y por América no ha de perjudicarla, quiero empezar declarando que respeto y estimo en la célebre comedianta la perseverancia en el trabajo, la tenacidad de la vocación, cosas más respetables de lo que el vulgo piensa, y de las cuales en ocasiones nace, según ha dicho Buffón, hasta el genio, y siempre la dignidad de la persona. Sara ha sabido con-

(1) Aludía á las actrices italianas, que hoy van haciéndose populares en España también.—(N. de la A.)

servarse artista; y cualesquiera que sean sus antojos, irregularidades y excentricidades, su personalidad de actriz no se oscurece ni se borra: las tablas son para ella profesión, no pretexto.

Sin embargo, al par que consigno la sinceridad de la vocación en Sara, debo añadir que sus mayores defectos y amaneramientos como actriz proceden de la galantería. No estampo semejante palabra en el sentido degradante y siniestro que suele atribuírsele; por galantería entiendo ahora únicamente la coquetería exacerbada, el desordenado apetito de agradar, subyugar y fascinar *como mujer*, la pretensión de ser á un mismo tiempo y en igual grado, trágica ilustre, arrebatadora sirena, *professional beauty*, figurín de la última moda y *reina de Bizancio*—así la bautizó el original Péladan en su libro más estupendo.

Semejante prurito nace de una imposición ó tiranía fisiológica; el médico la explica en términos crudos, pero yo no veo dificultad en indicar con tinta azul y dorada su misterioso origen. Creada la mujer para atraer á sí los corazones, para recoger perfumada cosecha de flores y para destilar con ellas embriagadora miel, cuando la corona el laurel artístico suele confundirlo con la rosa, y aun preferir (sin comprenderlo) la rosa á todos los laureles. Se me figura que dicho de esta manera tan botánica y

floreoal no ofenderá los oídos de nadie, y sigo.

La flaqueza de Sara, consistente en no querer estar nunca fea ni vestida sino de un modo original y magnífico, se ha comunicado ya á los espectadores, y mucha gente no va al teatro sino para admirar el arte de la corsetera, el zapatero, el peluquero y el modisto. Conviértese la escena en sucursal de Redfern y la comedianta en maniquí giratorio. Yo no pretendo ciertamente que los actores modernos se contenten con las cuatro barbas postizas y la corona de papel dorado de nuestros primitivos farsantes, ni pido que anden como asegura la leyenda que andaba Garrick, recogiendo afanosamente guñapos y andrajos para mejor caracterizar los papeles de pordiosero ó de bandido. Sólo deseo que no se retroceda á los tiempos anteriores á la reforma de Talma; aquellos en que — escribe el actor insigne — si alguien intentaba vestirse con propiedad en la forma, á la vez recargaba el traje de bordados ridículos, como si en Atenas y Roma abundasen los rasos y terciopelos lo mismo que en París y Londres. Ninguna falta mayor puede tener un traje que eclipsar y anular á quien lo usa, y este es el pecado de la ropa de Sara. Es más bonita que su dueña: distrae los ojos, no piensa uno más que en él frunce, en la cola, en el cinturón, en el peinado; y aunque las cuerdas del alma vibren, y el acento de la verdad resuene estremeciendo el corazón, la tragedia se convierte en espectáculo de curiosidad indumentaria.

Yo preferiría que Sara sacase por ropaje el

sencillo paño blanco que sacó Talma en un papel de romano — y por el cual alguien le preguntó maliciosamente si venía envuelto en las sábanas de la cama — y no tanto primor de aguja y bisutería, que paran en afectación y *pose* á veces insufrible.

**

¿Influirá también aquel duendecillo agitador del espíritu de las hembras, aquel deseo inagotable de cosechar rosas — aunque sean amarillas, secas y lacias — en la circunstancia, observada por muchos críticos, de que el talento y la genialidad de Sara donde se revelan principalmente es en las escenas amorosas? Frenética, con la imprecación en los labios y el rayo en los ojos, Sara flaquea; no es franco su grito: no es real y terrible su cólera, cual dicen que era la de Raquel. En cambio, al ponerse tiernecita y babosa, al tortolear, halagar y pedir celos, requebrar con entrecortadas ternezas y palabras de azúcar, expresar en el rostro el arro-bamiento más dulce y la malicia más juguetona, llega á la perfección. ¡Lástima que generalmente tales mimos y monerías recaigan sobre uno de esos galanes jóvenes ineptos, con cara de palo y alma de almirez, cuya falta de inteligencia y de expresión hace que la escena recuerde los cuadros ó grupos estatuarios en que una entusiasta driada ó napea abraza y acaricia á un figurón de granito!

Nunca he visto á Sara bien acompañada y

secundada en las escenas de amor, que son su triunfo: el mismo Damala, su marido, ensalzado por complacientes periodistas, era hombre de sensibilidad interna (como demostró su vida y su muerte); pero de duro é inmóvil rostro, de helada ó enfática actitud, de ningún fuego artístico *visible*. Hay personas que *sienten* y no saben *representarlo*; hay otras que *sienten* y lo *representan*; hay las que *representan* admirablemente sin *sentir*, ó merced á aquella trasposición del *sentimiento* á los dominios del arte, trasposición de que tantas veces me habló mi malogrado amigo Rafael Calvo. Yo creo que Sara es de estas últimas, y que trasporta mal, excepto en los papeles amorosos y pasionales, en que su naturaleza femenil auxilia y guía su instinto artístico. No imaginó que á Sara, cuando muera, le apliquen lo que cantó Alfredo de Musset sobre la entreabierta tumba de la Malibran: "¿Ignorabas tal vez, imprudente comediante, que aquellos gritos insensatos salidos de tu mismo corazón aumentaban la palidez de tus demacradas mejillas? ¿No veías que tu mano temblaba cada día más al posarse sobre tu calenturienta sien, y que quien ama el dolor tienta al cielo?"

Forma el amor una cuerda muy sonora y profunda del alma humana; pero el alma, como la lira, tiene más de una cuerda, y Sara no las domina todas. De aquí la monotonía de sus efectos escénicos, la falta de verdad de sus entonaciones, lo difícil y raro que es sentirse conmovido por una frase suya, el cansancio que á la larga

infunde el verla siempre centelleando y sorprendiendo por medio del aparato y el lujo, nunca abriendo las fuentes de la piedad ó esparciendo las sombras del terror. Pues contodo, Sara, lo repito, es acaso la primer comediante del mundo actual: de seguro la más nombrada. Ya sé que muchos anteponen y prefieren á las actrices italianas, y algunos (yo me cuento entre ellos), admiran sinceramente á las portuguesas. Sin embargo, ni de Italia ni de Portugal ha salido un astro de primera magnitud que sin disputa y por el mágico poder del actor genial é inspirado, arrolle á sus rivales y conquiste la admiración de sus conterráneos en grado tal, que éstos se la comuniquen á Europa y al universo, hoy que la fama vuela y la prensa extiende y comunica sus decretos con la rapidez del hilo telegráfico. Sigo creyendo que Sara sobresale algo por cima de las demás actrices contemporáneas, sin negar que el elemento bastardo de los trapos y las joyas, las formas extravagantes del tocado y vestido, la extrañeza del tipo físico, las mismas genialidades contribuyeron á otorgarle esta especie de dictadura ó presidencia que ejerce sobre la república teatral femenil. Admitiendo que el arte dramático está en decadencia, comprenderemos mejor que una actriz incompleta sea así y todo lo mejorcito de la casa.....

¿Morirá el arte dramático? Entrego este punto á las discusiones del Ateneo, sin esperanzas

de que nos saquen de la duda. Lo zarandearán un año, se pronunciarán muchos discursos, se citarán autores alemanes y franceses, y nos quedaremos como estábamos. Un escritor chileno, llamado el Sr. Lagarrigue, con quien don Juan Valera y yo hemos cruzado algunas cartas y andado en varios dimes y diretes, pronostica que cuando se extienda por el orbe entero el *altruismo* ó Religión de la Humanidad, serán suprimidos los teatros, "incompatibles con el régimen moral," como que han brotado "de la parte egoísta de la naturaleza humana." Sin duda caminamos hacia esta era de perfeccionamiento cuando tanto escasean los dramas de fuste y los actores de temple. Yo pido al Dios viejo, al que nos mandan retirar los positivistas, que en vez de realizarse los vaticinios del Sr. Lagarrigue se cumpla la profecía del autor de *Rolla*, contenida en las estancias que dedicó al *debut* de Paulina García y la Raquel.

Allons donc, quoi qu'on dise, elle ne tarit pas
la source immortelle et féconde
que le coursier divin fit jaillir sous ses pas:
elle existe toujours, cette sève du monde,
elle coule, et les dieux sont encore ici-bas!

CARTA XXV

ALGO DE ESPAÑA Y AMÉRICA

Paris, Octubre 4.

La Exposición toca á su término; el frío, el agua, el invierno que se acerca sacudiendo con mano descarnada las hojas de los árboles, y haciéndolas caer amarillentas y arrugadas sobre la arena de los paseos, nos empuja hacia España, donde el cielo es más despejado y más seco el ambiente, donde todavía, á estas horas, no se gastará manguito y botas dobles, ni andará la gente envuelta en pieles y quejándose ya de la inclemencia de la estación. Además no es cosa de ver demoler los edificios que tan animado y pintoresco conjunto presentaron en el Campo de Marte y la Esplanada de los Inválidos. Dará tristeza asistir á esta obra de destrucción: causará pena, y muy grande, el ver apagarse *para siempre* el incendio de las fuentes luminosas; quedar frío é inmóvil el cuerpo de serpiente del camino de hierro Decauville; pararse las máquinas de la Galería; emigrar el blanco regimiento de estatuas y el brillante ejército de lienzos de la sección de Bellas Artes; caer al suelo los gentiles pabellones; cesar, en fin, tanta actividad, movimiento y vida. Esto es preferible no presenciarlo; y cuando trans-

de que nos saquen de la duda. Lo zarandearán un año, se pronunciarán muchos discursos, se citarán autores alemanes y franceses, y nos quedaremos como estábamos. Un escritor chileno, llamado el Sr. Lagarrigue, con quien don Juan Valera y yo hemos cruzado algunas cartas y andado en varios dimes y diretes, pronostica que cuando se extienda por el orbe entero el *altruismo* ó Religión de la Humanidad, serán suprimidos los teatros, "incompatibles con el régimen moral," como que han brotado "de la parte egoísta de la naturaleza humana." Sin duda caminamos hacia esta era de perfeccionamiento cuando tanto escasean los dramas de fuste y los actores de temple. Yo pido al Dios viejo, al que nos mandan retirar los positivistas, que en vez de realizarse los vaticinios del Sr. Lagarrigue se cumpla la profecía del autor de *Rolla*, contenida en las estancias que dedicó al *debut* de Paulina García y la Raquel.

Allons donc, quoi qu'on dise, elle ne tarit pas
la source immortelle et féconde
que le coursier divin fit jaillir sous ses pas:
elle existe toujours, cette sève du monde,
elle coule, et les dieux sont encore ici-bas!

CARTA XXV

ALGO DE ESPAÑA Y AMÉRICA

Paris, Octubre 4.

La Exposición toca á su término; el frío, el agua, el invierno que se acerca sacudiendo con mano descarnada las hojas de los árboles, y haciéndolas caer amarillentas y arrugadas sobre la arena de los paseos, nos empuja hacia España, donde el cielo es más despejado y más seco el ambiente, donde todavía, á estas horas, no se gastará manguito y botas dobles, ni andará la gente envuelta en pieles y quejándose ya de la inclemencia de la estación. Además no es cosa de ver demoler los edificios que tan animado y pintoresco conjunto presentaron en el Campo de Marte y la Esplanada de los Inválidos. Dará tristeza asistir á esta obra de destrucción: causará pena, y muy grande, el ver apagarse *para siempre* el incendio de las fuentes luminosas; quedar frío é inmóvil el cuerpo de serpiente del camino de hierro Decauville; pararse las máquinas de la Galería; emigrar el blanco regimiento de estatuas y el brillante ejército de lienzos de la sección de Bellas Artes; caer al suelo los gentiles pabellones; cesar, en fin, tanta actividad, movimiento y vida. Esto es preferible no presenciarlo; y cuando trans-

currido algún tiempo vuelva á traernos la suerte á las orillas del Sena, poder creer que fue por arte de encantamiento, que fue la varilla de algún mágico prodigioso la que transformó este lugar y campo ya para siempre memorables.

Aunque todavía no ha comenzado el desbarajuste, ya es hora de emitir juicio definitivo sobre el gran Certamen francés. La opinión general confirma ahora lo que indiqué al principio, ó sea que la Exposición es un gran esfuerzo coronado por un éxito mayor; que ha estado concurrentísima, lucida, divertida, agradable; que ha revelado con elocuencia las condiciones de cultura, adelanto científico, riqueza propia y poderío industrial de Francia; que, en suma, ha llenado cumplidamente su objeto, rindiendo además pingües y en general legítimas ganancias al comercio parisiense. Si como toda obra humana, aun la más acabada y grandiosa, ha tenido sus lunares, sus deficiencias, sus tachas, que á veces se pudieron notar con apasionada censura, en conjunto ni pudo exigirse más, ni acaso se había conseguido tanto hasta el día de hoy. Bien equilibrados el elemento científico, el artístico y el exótico ó pintoresco, si la Galería de las máquinas y la Torre Eiffel fueron objeto de estudio y admiración para los inteligentes, las Exposiciones decenal y centenal asombraron á los artistas, y la vista y extrañas costumbres de salvajes, negros, asiáticos, moros y persas, nos divirtió extraordinariamente á los profanos y prestó el más gracioso colorido

do á la parte que puede llamarse de *feria*. El doble fin de una Exposición, enseñar y distraer, se ha cumplido maravillosamente; y el que después de visitar la Exposición no advierta que se han ensanchado los horizontes de su espíritu y completado bastante sus nociones acerca del estado actual de la especie humana..... es porque será incapaz de ese aprendizaje perpetuo negado por los que imaginan que el hombre acaba de aprender el día que termina su carrera.

En cuanto á que la Exposición modifique ó mejore los destinos de la nación francesa en lo exterior, ya es harina de otro costal. Tal vez la haya empeorado, dando lugar á que se vea patente el retraimiento de las potencias monárquicas de Europa ante lo que tuvo cierto carácter de fiesta y apoteosis republicana. Tal vez no haya hecho sino prolongar el plazo de angustia y expectación que supone esta paz terriblemente armada, armada hasta los dientes, armada como un contrabandista de zarzuela, de esos que llevan cuatro pistolas, tres puñales, carabina, sable, navaja y trabuco.

Si mirando la cuestión por otro lado distinto, elevado y optimista, observásemos que las naciones, al realizar esfuerzo tan brillante, al demostrar á la faz de Europa los adelantos de su industria, el florecimiento de sus artes, la importancia de su acción en todos los ramos de la

humana actividad, adquieren títulos al respeto general y en cierto modo cohonestan y justifican su marcha política, por más desacertada que ésta sea, entonces confesaré que moralmente la Exposición no puede dejar de influir de un modo beneficioso en el porvenir de Francia, y que á sangre fría no cabe mermar su alta significación. Es preciso agradecer á todos todo, y no desestimar ningún intento que redunde en pro del adelanto y mejoramiento de la cultura universal; y en este sentido, Francia con su Exposición, ha ganado bastante en el concepto público europeo.

Mas no creo que de estas verdades se deduzca ningún resultado *práctico* en la política internacional, ni nada aprovechable en el terreno positivo cuando se declare la inevitable guerra. Sin embargo, conviene á las naciones acrecentar y confirmar su prestigio en todos los terrenos, haciéndose acreedoras al respeto y al aplauso. Cualquiera que sea lo venidero para Francia, cualquier contingencia que traigan, lo hecho hecho, lo ganado ganado, y ojalá todas las ocasiones de relación con las potencias europeas fuesen de esta índole y de este género.

**

¿Cuál ha sido, en tan grande y solemne manifestación, el papel correspondiente á la raza española en ambos hemisferios: el de España y el de la América latina?

España ha aparecido en el Certamen como

un pueblo que tiene color local, riquezas agrícolas naturales, aptitudes varias y fecundas, y sin embargo se encuentra afligido por la decadencia lastimosa que todos vemos, que todos reconocemos—al menos verbalmente,—y sobre cuyas causas y remedios se opina de tan diversos modos. Propiamente yo creo que lo de España no se puede llamar decadencia, sino desorganización ó desbarajuste general, con aleación de atonía y pereza. La decadencia, si lo fuese, vendría de muy atrás; hubo tiempos en que se achacó al régimen antiguo, pero hemos implantado el moderno con todas sus consecuencias y requilorios, y sin embargo vamos de mal en peor; nos desmoronamos lentamente, piedra tras piedra, quedándonos arruinados y exangües; y mientras países modestísimos, como Suiza, han encontrado el secreto de pasarlo bien, sin apuros ni trampas, nosotros no sabemos á qué santo encomendarnos, ni en dónde buscar recursos, ni qué contribuciones inventar, sin que á despecho de nuestros hábitos de exacción y despilfarro sepamos, en ocasiones como la presente, tener un arranque generoso para presentarnos con cierta brillantez á los ojos del mundo.

Yo no diré que nuestra industria se encuentre en un estado de asombroso florecimiento; pero el que la juzgase por la Sección Española de este Certamen, formaría de ella una opinión errónea por lo despreciativa é injusta. Tal ha sido mi impresión, y tal la de cuantos penetran allí. En el mes de Septiembre, próxima ya

la Exposición á su término, pedí un catálogo de la Sección y me respondieron que el que existía estaba lleno de errores, y que se confeccionaba otro más puntual y exacto. ¡A buena hora! Rogué, sin embargo, dejando mis señas y declarando mi condición de individuo de la prensa, que se me enviase un ejemplar de ese catálogo exacto, para poder elogiar con conocimiento de causa las cosas buenas que en la Sección sobresalen; pero este catálogo definitivo no llegó á mi, ni sé dónde se lo puede uno procurar. Quien conozca las distancias de París y el género de vida que allí se hace, y lo difícil que es evacuar la menor diligencia, no extrañará que al tocar este punto de la Sección Española pueda incurrir en involuntarios errores, ni que me deje en el tintero algo de lo más digno de encomio.

Lucen en la Sección Española algunos productos, más típicos que importantes, de nuestra industria. La rica y airosa capa de paño, bonita prenda casi desterrada hoy del guardarropa de los elegantes, y conservada sólo por el instinto estético del pueblo ó de la chispería, ó por la económica tenacidad de la mesocracia más humilde, roba allí los ojos de los franceses, muertos por vestirse á lo *caballero*. Capaces serán de encapricharse y de devolvernos la capa impuesta por la moda traspirenáica, como se aprestan á restituirnos el calañés de las bole-

ras, y como algún día nos devolverán la mantilla de blonda. Allí están las capas, con su terso paño color de pasa ó de castaña madura, con sus embozos de felpa carmesí ó amaranto, con sus respuntes y realces en la esclavina, con sus contrabandas de colorines y con sus ganchos de plata; allí están hablando del barrio de Lavapiés y del invierno matritense. Hay también en la Sección bastantes corsés, algunos ingeniosos en hechura y que han ganado sus correspondientes medallas y premios. No sé, sin embargo, en medio de todo su primor y su esmeradísimo cosido, qué tienen de pesado y primitivo, de poco *pschutt* (ó como deba decirse para expresar la nata de las cosillas finas y cucas que exhiben las grandes corseteras parisienses). También expone España zapatos, fuertes y sólidamente trabajados sin duda alguna, pero á los cuales puede achacarse el mismo defecto que en los corsés noto; nuestro pie será más arqueado y gracioso que el francés: nuestro calzado no es tan correcto y ligero como el que aquí se gasta. Vi también coches, muebles modernos de estilo árabe, procedentes de Granada, bonitos jaeces, guitarras incrustadas, castañuelas, un trabajo hecho con escamas de pescado, que es un prodigio de paciencia y de mal gusto.... Recordemos más, en metalurgia, en mármoles y piedras. Andan por allí las aguas medicinales españolas (¡qué copia de riqueza poseemos en este ramo, y qué exposición podríamos organizar!),

y leo con estremecimiento de grata sorpresa: "Aguas minero-medicinales de Carballo, provincia de la Coruña." El empleado que me enseña la Sección me advierte: "Están premiadas." Y en un instante, aquella etiqueta colocada sobre una instalación chiquita y elegante, evoca todo el panorama, no ya sólo de la tierra, sino del rincón natal: Marinada presa entre dos zonas de agua salada, y los amigos y los vecinos y la vieja y tortuosa calle de *Tabernas*..... todo, en fin, con la mágica potencia de la memoria excitada por el sentimiento.

Muy cerca del fanalito que cobija las aguas de Carballo, veo unos sillones soberbios, tasados en dos mil pesetas cada uno. Son muebles de arte, curiosos y raros, no como esos muebles italianos, ya triviales—aunque tan ricos—á fuerza de repetir el modelo. De estos sillones me afirmaron (ya he advertido que no poseo catálogo) que son obra de artistas manileños. Lo más notable es el respaldo, de madera tallada é incrustada de marfil, representando escenas del *Quijote*. Es ciertamente curioso ver cómo entienden é interpretan los asiáticos el tipo de los héroes de la inmortal novela. La composición de las escenas está sin duda tomada de láminas de una edición del *Quijote*, no de las más antiguas, aunque tampoco de las más recientes, edición que poseo; pero la raza ha inspirado al artista, y don Quijote y Sancho, sin perder su tipo clásico, son dos asiáticos, dos figuras de taza de té ó abanico de marfil, extraordinariamente características.

Aunque muy oculta, muy mal situada, la instalación de Masriera merece llamar la atención de los que visiten la Sección Española. Esta casa de Masriera semeja una casa *medicea*, una familia florentina, en que el comercio se enlaza con el arte, y por el arte se eleva y adquiere inusitada dignidad. El objeto industrial á secas, el vulgo de los objetos, no existe para Masriera: todo es labor artística. La joyería, entendida así, recuerda los áureos tiempos de Cellini. Gusto severo, diseño impecable, ejecución primorosa, detalles originales y finísimos distinguen á las joyas firmadas por Masriera. El jarrón que expone, y cuyo valor fabuloso no apunto aquí, por temor de no recordarlo bien, es pieza de primer orden, á la cual no le pone la ceniza en la frente ningún modelo de la sección rusa ó noruega, ni acaso todo el Palacio de la Industria.

De Eibar y Toledo juzgo que hay poco, y entre eso poco algo que deja mucho que desear, como gusto y pureza de estilo. Y sin embargo, ¡cuán fácil nos hubiera sido organizar esta parte de la Sección con brillo, variedad y originalidad! En la Exposición de Viena recuerdo que esto del hierro labrado, incrustado, nielado y repujado, y la Sección de armería, era uno de nuestros triunfos.

En el pabellón de productos alimenticios—cuya arquitectura caprichosa, del orden compuesto, ha sido muy censurada—también cabría mayor lucimiento, aunque esta Sección sea infinitamente superior á la industrial. Nuestras frutas y nuestros vinos, aparte de su excelencia, forman un conjunto tan animado y simpático, tan rico de color y de vida, que con sólo presentarse parece que les basta, sin más aliño ni estudio. Si hemos adelantado ó no desde otras Exposiciones, desde el punto de vista agrícola, ya es otra cuestión que yo no puedo resolver. En esto de la agricultura también existe progreso; el laboreo, el abono, la irrigación, no son hoy lo que en tiempo de Columela; pero nuestra agricultura haría si se defiende del fisco y no se entrega exánime, desgarrada en todas partes por sus uñas. Ignoro si adelanta ó no; lo asombroso es que viva; que el territorio español no se haya quedado aún yermo é inculto.

En los kioscos de *degustación* sirven las copas de Málaga y Jerez unos muchachos que nos parecen sumamente graciosos á los españoles, pues visten chaquetilla de terciopelo guinda ó verde, faja y calañés, ni más ni menos que los boleros que salen en el baile titulado *La Tertulia*. Bueno es el olor local, y la fisonomía, y el carácter, y otras zarandajas; pero como dijo el profano, *est modus in rebus*, y hay que andarse con piés de plomo para no exagerar de un modo carnavalesco lo que, contenido en su justo límite, atrae, agrada, interesa y no perjudi-

ca á la formalidad, tan conveniente al prestigio de los individuos como al de las naciones.

Si en cuanto á España concierne se ve patente el estado de un país capaz de grandeza y esplendor, pero donde se encuentra amortiguado ese movimiento ó impulso que se advierte en los pueblos cuando caminan á prósperos destinos y late en ellos tumultuosa la savia de la vida, todo lo contrario manifiesta la raza española en las jóvenes y animosas Repúblicas sud-americanas. Allí está nuestro porvenir, nuestra renovación, la continuación de nuestra importancia histórica. Aquella es una nueva España que aparece casi ignorada por nosotros; se la ve combatiendo con brío para sacudir y desarraigar sus errores de pueblo joven, para sacar de la anarquía instituciones estables y sabias, de la rudeza primitiva esa flor de civilización, la cual tarde ó temprano habrá de fructificar produciendo el arte; para desbrozar y poblar sus desiertos, para desterrar lentamente la vida inferior del salvaje y formar tal vez un emporio de cultura allí donde resonó el grito inarticulado del canibal. Esos pueblos de la América del Sur, por mucho tiempo, han sido considerados entre nosotros como vivo ejemplo de desgobierno y de anarquía; nos hemos reído de sus convulsiones políticas, tan semejantes, sin embargo, á las nuestras propias; y he aquí que ellos, en silen-

cio, restañaban sus heridas, se organizaban, cobraban aliento y calladamente se colocaban en primera línea. La emigración empezó á infundirnos algún respeto hacia esos países vigorosos, cuya plétora de vida absorbía la nuestra ya y se nos llevaba á la gente, ahuyentada por el malestar que crecía, los tributos que arreciaban, la miseria que llamaba á las puertas del labriego y del colono, y el horizonte que se cerraba cada vez más. Hoy las Repúblicas de la América latina se han hecho acreedoras al respeto de Europa. La prensa, los concurrentes á la Exposición, les rinden plena justicia. Su puesto no ha sido secundario; en la línea y esfera que les corresponde, han mantenido su bandera tan alta como la que más.

Algo he dicho ya en la primera parte de estas *Crónicas* sobre el pabellón de Méjico, á cuya inauguración asistí. Méjico es el país del Nuevo Mundo que más curiosidad é interés me inspira, porque todo en él habla de nuestra gloria. Su pabellón es reproducción de un *teocalli* ó templo del antiguo culto azteca; una especie de cono truncado, sin más abertura que la del pórtico; ventanas no tiene, y por dentro le presta luz un techo de vidrio. Adornan su fachada doce figurones de emperadores y dioses aztecas, entre los cuales está el horrendo *Vizlipuzli*, que ante sus aras vió sacrificadas tantas víctimas españolas en la *Noche Triste*.

El Ecuador tiene un palacio de extraña he-

chura, que parece la pesadilla de un arquitecto. El de Bolivia es una monadita, muy bien arreglada y simpática, dentro y fuera. El de Venezuela es tan curioso como castizo: recuerda las catedrales jesuíticas, entre neogriegas y barrocas, del Nuevo Mundo. El del Salvador luce en su fachada sobre azulejos caracteres ó jeroglíficos de lengua *nahuatl* ó *nagual*, el puro idioma mejicano, hablado un tiempo por los toltecas, luego por los aztecas y chichimecas; lengua preponderante y riquísima, que ha sido para la primitiva civilización de la América Central lo que para el antiguo continente el griego. Chile expone en su bonito pabellón una colección mineralógica que, según leo en una Guía, es la más rica y completa que hasta la fecha ha logrado reunirse. Si este dato es exacto, honra mucho al pueblo chileno, y demuestra que no es exagerado el concepto favorableísimo que de la cultura de la tierra conquistada por Almagro y Valdivia se forma ya en Europa. Y cuán rico debe de ser el suelo que produce tales ejemplares mineralógicos, tan coposas y ricas lanas, tales frutos y tales gentes! Sin quererlo acuden á la memoria los triunfales versos del insigne venezolano, y como briosa cavatina de ópera, brotan de los labios las estrofas del poeta:

Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima
acariciada de su luz, concibes! »

Etcétera. Aquí, en efecto, hemos visto la caña hermosa, por quien desdeña el mundo los panales; la almendra cuajada en urnas de coral, que ha de rebosar en la espumante jicara; aquí el carmín viviente que afrenta al múrice de Tiro; aquí el vino que derrama la herida agave; aquí la hoja que al huir en suaves espiras, solaza el fastidio; aquí la yuca de blanco pan, y el fruto del arbusto sabeo, y el vellón de nieve del algodón, y cuanto produce aquel país privilegiado de la naturaleza, que ya llegará á serlo de la historia.

Bendita la Providencia que al arrebatarnos nuestro señorío en Europa, nos hizo renacer en las regiones donde, como dijo otro inspirado venezolano:

«arde la Cruz del Sur, Orión se enciende
sin par en hermosura,
y del radiante cinto se desprende
un mar de tibia luz que el Orbe baña.»

Bajo esta impresión de esperanza y alegría me despidió de la Exposición y, hasta la vista, de París.

FIN

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO á la presente edición.....	5
EPÍLOGO de la primera edición.....	11
CARTA I. — ¡Francia! Aquel París.....	27
— II. — El aspirante á dictador.— La Bastilla.....	45
— III. — En Burdeos.— ¡Dichoso crimen! Recuerdo á Barcelona.....	61
— IV. — París necesita rey.— Triunfo del pueblo.....	75
— V. — La inauguración.....	86
— VI. — Un español de pura raza.....	94
— VII. — Cacharros, muebles, encajes, joyas.....	105
— VIII. — Bayonetas, cañones.— La Exposición por fuera.....	123
— IX. — Cocheros y represión.....	142
— X. — Gente menuda.....	147
— XI. — Digresión.— Las fuentes luminosas.— Grecia.....	156
— XII. — Rusia-India.....	165

Etcétera. Aquí, en efecto, hemos visto la caña hermosa, por quien desdeña el mundo los panales; la almendra cuajada en urnas de coral, que ha de rebosar en la espumante jicara; aquí el carmín viviente que afrenta al múrice de Tiro; aquí el vino que derrama la herida agave; aquí la hoja que al huir en suaves espiras, solaza el fastidio; aquí la yuca de blanco pan, y el fruto del arbusto sabeo, y el vellón de nieve del algodón, y cuanto produce aquel país privilegiado de la naturaleza, que ya llegará á serlo de la historia.

Bendita la Providencia que al arrebatarnos nuestro señorío en Europa, nos hizo renacer en las regiones donde, como dijo otro inspirado venezolano:

«arde la Cruz del Sur, Orión se enciende
sin par en hermosura,
y del radiante cinto se desprende
un mar de tibia luz que el Orbe baña.»

Bajo esta impresión de esperanza y alegría me despido de la Exposición y, hasta la vista, de París.

FIN

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO á la presente edición.....	5
EPÍLOGO de la primera edición.....	11
CARTA I. — ¡Francia! Aquel París.....	27
— II. — El aspirante á dictador.— La Bastilla.....	45
— III. — En Burdeos.— ¡Dichoso crimen! Recuerdo á Barcelona.....	61
— IV. — París necesita rey.— Triunfo del pueblo.....	75
— V. — La inauguración.....	86
— VI. — Un español de pura raza.....	94
— VII. — Cacharros, muebles, encajes, joyas.....	105
— VIII. — Bayonetas, cañones.— La Exposición por fuera.....	123
— IX. — Cocheros y represión.....	142
— X. — Gente menuda.....	147
— XI. — Digresión.— Las fuentes luminosas.— Grecia.....	156
— XII. — Rusia-India.....	165

CARTA XIII.	— Los <i>Tickets</i> .—Impresiones....	175
— XIV.	— Pro patria.....	180
— XV.	— El palacio de las máquinas Edison.—Esplín.....	189
— XVI.	— El Gigante.....	199
— XVII.	— Trapos, moños y perendengues.	213
— XVIII.	— Un Diocleciano.....	229
— XIX.	— Al pie de la estatua de Zuinglio.	240
— XX.	— Bavaria.....	248
— XXI.	— Una ciudad gótica (Nuremberg)	258
— XXII.	— Unas aguas elegantes.....	268
— XXIII.	— Diversiones.—Gente rara....	276
— XXIV.	— El Teatro en Francia.—Sara Bernhardt.....	291
— XXV.	— Algo de España y América..	301

OBRAS COMPLETAS

DE

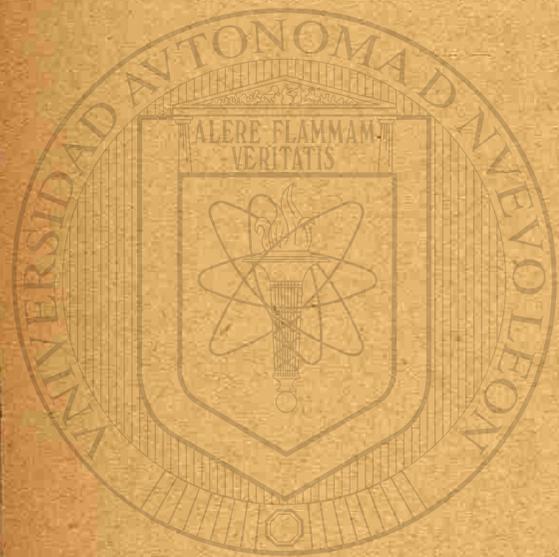
EMILIA PARDO BAZAN

- TOMO I.—*La cuestión palpitante*.—Precio, tres pesetas.
 TOMO II.—*La piedra angular* (novela).—Precio, tres pesetas.
 TOMO III.—*Los Pazos de Ulloa* (novela).—Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á seis pesetas, en un volumen, al precio de tres pesetas.
 TOMO IV.—*La madre naturaleza* (novela).—Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á seis pesetas, en un volumen, al precio de tres pesetas y media.
 TOMO V.—*Cuentos de Marinada*.—Tres pesetas.
 TOMO VI.—*Polémicas y estudios literarios*.—Tres pesetas.
 TOMO VII.—*Insolación y Morriña* (dos novelas amorosas).—Tres pesetas y media.
 TOMO VIII.—*La Tribuna* (novela).—Tres pesetas.
 TOMO IX.—*De mi tierra* (segunda edición).—Tres pesetas.
 TOMO X.—*Cuentos nuevos*.—Tres pesetas.
 TOMO XI.—*Doña Milagros* (novela).—Tres pesetas y media.
 TOMO XII.—*Los poetas épicos cristianos*.—Tres pesetas y media.
 TOMO XIII.—*Novelas ejemplares*.—Tres pesetas y media.
 TOMO XIV.—*Memorias de un solterón* (novela).—Tres pesetas y media.
 TOMO XV.—*El saludo de las brujas* (novela).—Cuatro pesetas.
 TOMO XVI.—*Cuentos de amor*.—Cuatro pesetas.
 TOMO XVII.—*Cuentos Sacro-profanos*.—Cuatro pesetas y media.
 TOMO XVIII.—*El Niño de Guzmán* (novela).—Primera parte dos pesetas y media.
 TOMO XIX.—*Al pie de la Torre Eiffel*.—Tres pesetas.

Los pedidos, á la Administración de las OBRAS DE E. PARDO BAZAN,

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL

Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE LA MUJER

La importancia que desde mediados de este siglo va adquiriendo el destino de la mujer, y la agitación que en favor de su cultura se advierte en los pueblos más civilizados, sugirió á Emilia Pardo Bazán la idea de publicar una Biblioteca donde tuviesen cabida cuantas obras pueden servir para completar el conocimiento científico, histórico y filosófico de la mujer en todas las épocas y en todas las literaturas.

TOMOS PUBLICADOS

- I.—SECCIÓN RELIGIOSA.—*Vida de la Virgen María*, según la Venerable de Agreda. (La primera edición se halla agotada ya).—**Tres pesetas.**
- II.—SECCIÓN SOCIOLÓGICA.—*La Esclavitud femenina*, por John Stuart Mill.—**Tres pesetas.**
- III.—SECCIÓN NOVELESCA.—*Novelas escogidas de doña María de Zayas*.—**Tres pesetas.**
- IV.—SECCIÓN BIOGRÁFICA.—*Reinar en secreto (La Maintenon)*, por el Padre Mercier, de la Compañía de Jesús, con un estudio crítico de G. Merlet.—**Tres pesetas.**
- V.—SECCIÓN HISTÓRICA.—*Historia de Isabel la Católica*, por el barón de Nervo, y *Elogio de la misma Reina*, por D. Diego Clemente.—**Tres pesetas.**
- VI.—SECCIÓN PEDAGÓGICA.—*La Instrucción de la mujer cristiana*, por Juan Luis Vives, famoso polígrafo valenciano.—I. *Tratado de las Vírgenes*.—**Tres pesetas.**
- VII.—CRÍTICA.—*La Revolución y la novela en Rusia*, por Emilia Pardo Bazán.—**Tres pesetas.**
- VIII.—VIAJES.—*Mi Romería*, por Emilia Pardo Bazán.—**Dos pesetas.**
- IX.—*La Mujer ante el socialismo*, por Augusto Bebel, jefe de los socialistas alemanes.—**Tres pesetas.**

